LOS HIJOS DEL PADRE

Novela de Alberto Moncada

�NDICE

LOS HIJOS DEL PADRE

Novela de Alberto Moncada

CAP�TULO 1. PLAYA DE GAND�A

Antonio Cuadrado, director de marketing de la Oil Iberia, ejecutivo triunfador a sus cuarenta y cinco a�os, vagaba sin rumbo fijo por el paseo mar�timo de Gandia a las seis de la tarde de un abrasador d�a de agosto de 1975.

Se hab�a despertado de la siesta con la boca seca y ese cansancio agradable que proporciona el ejercicio muscular. Era su tercer d�a de vacaciones y, por tercera vez, hab�a jugado al f�tbol en la playa con su hijo y los amigos de �ste. A�n sab�a meter el empeine a la pelota y dar dos o tres zancadas con ella pegada al pie, antes de sentir ese tir�n en los pulmones que marca el l�mite del esfuerzo. Despu�s del chapuz�n en el tibio Mediterr�neo, no se hab�a frenado lo m�s m�nimo con la comida ni con el vaso. Al fin y al cabo, vacaciones. Ya compensar�a con el deporte los excesos gastron�micos. Pero la sangr�a lo hab�a tumbado. Irene se hab�a puesto pesada. "No bebas m�s, que luego lo pagamos nosotros, aguantando tu dolor de cabeza y tus chinchorrer�as". "�D�jame en paz, mujer! �Que no hay manera de hacer lo que le da la gana a uno sin que se lo contabilice alguien!". Antonio se hab�a tumbado en la cama y hab�a ca�do en un sopor profundo.

Al salir m�s tarde, lavoteado y con un su�ter verde y un meyba gris encima del calenturiento cuerpo, trat� de recordar d�nde estaba aquel quiosco de la playa donde una valenciana rechoncha y simp�tica vend�a granizado de lim�n a los veraneantes. Todav�a no era hora de sentarse en una de las terrazas del paseo para ir matando el tiempo entre copa, ch�chara y relax hasta que la sesi�n de cine, la pel�cula de la tele o la partida de cartas reclamaran su atenci�n. "Gand�a -pensaba Antonio- tiene un atardecer verdaderamente soso. Los chavales, dentro de unos a�os, se me incorporar�n a esas pandillas de moto, ligue, discoteca y excursi�n, y se sentir�n felices. Pero, �y yo?"

Trat� de imaginarse a s� mismo penetrando en el apartamento de la alemana del piso de arriba e iniciando un di�logo propicio al entendimiento corporal; pero le fall� el recurso er�tico y se le meti� en la memoria el recuerdo de Irene, con su dulzura y esas manos sosegadoras de su cansancio diario que no estaba dispuesto a arriesgar por nada, por nada...

Echaba tambi�n de menos las discusiones en la oficina de la Compa��a, en el enmoquetado piso veinte del nuevo edificio H�rcules, en Padre Dami�n. Porque aquel invierno hab�a sido movidito. Los americanos llegaban de Nueva York con las �ltimas noticias del embargo petrol�fero y se pasaban el d�a pregunt�ndole por la posici�n espa�ola ante el chantaje de los jeques. Antonio presum�a ante ellos de sus contactos en Industria, en Presidencia del Gobierno, y les contaba, en su ingl�s del Time, mil y una suposiciones sobre los frutos de la tradicional amistad hispano-�rabe.

�Qu� chorradas inventaba para impresionarles! Se re�a interiormente recordando aquellas escenas. Pero tales cosas le daban confianza, le hac�an sentirse protagonista y le met�an de lleno en el pintoresco mundo del cotilleo pol�tico, que pon�a color en aquel aburrido oficio de calcular consumos de petr�leo y mantener abastecidos y contentos a los distribuidores de la Compa��a. "El marketing es anticipar, prever y, eventualmente, recrear una demanda potencial". Recordaba las explicaciones de aquel entusiasta ejecutivo de las oficinas centrales que, una vez al a�o, volaba a Madrid para dispensar lo que �l llamaba la filosof�a de la venta. Se ve�a de nuevo metido en aquellas sesiones interminables de lavado de cerebro, en que cuatro o cinco espa�oles de su nivel y responsabilidad soportaban estoicamente las mediocridades y lugares comunes

que, con af�n digno de mejor causa, sistematizaba, repet�a hasta el cansancio Philips White, un californiano de apenas treinta a�os, con su Master en Business Administration de Harvard a�n caliente y una mete�rica ascensi�n en las oficinas de la Gil International en Nueva York.

En Gand�a, por lo que llevaba visto en los �ltimos tres veranos, no hab�a demasiada gente interesada en hacer tertulia de chismorreo pol�tico. Los padres de los amigos de Anto��n y Elena, bur�cratas como �l del Estado o de alguna gran compa��a, no ten�an ganas de hablar de Madrid, ni de los pol�ticos, ni de lo que iba a pasar cuando Franco muriese. Quiz�s hab�a tenido mala suerte en su elecci�n de toldo playera y de la tertulia de bar y cartas, pero todav�a no hab�a encontrado a nadie dispuesto a enzarzarse en una de aquellas largas conversaciones de Madrid, mezcla de desahogo y anticipaci�n del futuro, que eran la salsa del caf� de las once en la oficina o de la cena de los viernes con la pandilla de matrimonios.

�Qu� aburrido resultaba todo...! El sol pegaba todav�a fuerte sobre la arena de la playa y el cemento del paseo. En el mar, se chapuzaba la gente, en ese ba�o de la tarde que algunos prefer�an al de la ma�ana porque el agua estaba como m�s tibia, m�s limpia, y no hab�a el griter�o de la ma�ana. Su pasi�n por el mar era tard�a, pero se hab�a convertido en un adicto al Mediterr�neo, a esa agua que acariciaba su cuerpo y disipaba las tensiones y los cansancios, a esa borrachera de sol que le penetraba muy adentro y le calmaba los pulsos y las ideas, haci�ndole entrar en una comuni�n animal con algo m�s fuerte que �l, m�s primitivo, casi indiscernible. Los d�as de Gand�a le reconciliaban con su cuerpo. Durante el invierno, Antonio era todo s�mbolo, lenguaje, comunicaci�n, recursos mentales. Tranquilizaba su biolog�a con el sue�o prolongado, la siesta furtiva, el halago gastron�mico, el cuerpo de Irene; pero d�a tras d�a, despu�s de la ducha caliente y a la vez que eliminaba los pelos de la cara, renunciaba tambi�n a los olores y los sudores humanos, echando mano de la larga fila de tarros de cosm�tica masculina que se alineaban en la repisa del lavabo.

Su organismo le pasaba alguna vez la factura: dolores de est�mago, fruto de la tensi�n nerviosa, que duraban tardes enteras, hasta la copa de antes de la cena. Pero, en conjunto, lograba olvidarse de su fisiolog�a, que en Gand�a se desperezaba e impon�a su ritmo. Tumbado en la arena, cerca de otros cuerpos semidesnudos, volv�a a palpar sus m�sculos fl�ccidos, a examinar su piel, a sentirse c�modo con los movimientos y los olores de su tripa. No se impon�a horarios fijos para ir al cuarto de ba�o, bostezaba a boca abierta, eructaba cuando ten�a gases. Aquello le produc�a una felicidad primaria, instintiva, y se estremec�a al pensar en la disciplina que impon�a a su cuerpo por raz�n de su trabajo en la oficina o por las reglas de convivencia burguesa. Recordaba haber le�do en alg�n psic�logo de moda aquello de: "Inter faeces el orina homo nascitur", como encabezamiento de un cap�tulo sobre la necesidad que tiene el hombre de ciudad de restablecer el coloquio fisiol�gico, la medida de sus corporeidades. Biolog�a y simbolismo, naturaleza y cultura, animalidad y vida cerebral... �Vaya conflicto!

Un golpe brusco en la espalda le sac� de su ensimismamiento.

-�Antonio! �Pero eres t�?

Al darse la vuelta y taparse con el rostro de quien le abrazaba, un mar de rojeces le subi� a la cara y, en fracciones de segundo, su pasado, aquel pasado que cada noche luchaba por enterrar, reapareci� de repente.

-�Mariano! �De d�nde sales?

Desde el quiosco, la valenciana miraba con cierto asombro a aquellos dos hombres, a pleno sol, darse un abrazo tras otro y sucesivas palmadas en los hombros. �Con el calor que hac�a en la playa!

-�Est�s estupendo, Antonio! �Qu� bien te sienta la honrada vida de burgu�s!

-D�jate de leches, Mariano, que a los cuarenta y cinco todos tenemos nuestra lista de achaques y de aprensiones. T� s� que est�s bien con esa barba de "progre" y ese buen color, s�ntoma de la buena vida que te das.

-�Hombre! Buena vida, toda la que puedo y me dejan. Tengo un amigo psiquiatra que describe mi actual comportamiento como un goce permanente de lo que en veinte a�os me negu� a m� mismo, y creo que tiene raz�n. Pero cu�ntame, �c�mo te ha ido desde hace.. cuatro, cinco a�os? Desde nuestro episodio com�n...

-Poco hay que decir, Mariano. Me cas� inmediatamente con Irene, la secretaria de

mi jefe Tenemos dos cr�os. Contribuyo al crecimiento del producto nacional bruto y, en agosto, a veranear en la playa. �Y t�?

-Pues yo sigo sin saber muy bien si quedarme en Espa�a, regresar a la jaula de oro de mi universidad californiana o seguir el peregrinaje por Sudam�rica... Estoy hecho un l�o... y sospecho que me encanta esta permanente indecisi�n.

-�Est�s solo? -inquiri� Antonio.

-Bueno, he venido a Gand�a con una chica que conoc� en San Francisco y est� recorriendo Europa. Se va ma�ana a Londres desde Valencia, y no s� qu� hacer con este dichoso mes de agosto antes de que empiece el curso.

-�Por qu� no te quedas unos d�as en Gand�a? -sugiri� Antonio-. Quiero que conozcas a Irene, y me temo que siento una gran tentaci�n de rememorar contigo aquel diciembre del 69. �Por qu� no cenamos juntos esta noche y lo decidimos?

-Si no te importa, lo dejaremos para ma�ana -repuso Mariano-. Katy se ha empe�ado en que la lleve a Valencia esta misma noche, para conocer la ciudad antes de que despegue su avi�n a mediod�a de ma�ana. Saldremos dentro de un par de horas, en cuanto refresque un poco. Nada m�s dejarla en el aeropuerto, cojo la autopista sin entrar en Valencia, y desde las cinco me tienes en la habitaci�n 215 del hotel Bayren. Ll�mame y hablaremos. A lo mejor te hago caso. Adem�s, tengo que contarte una cosa que me pas� en San Francisco el mismo d�a en que muri� Escriv�, algo que t� vas a entender muy bien. Se lo cont� a Ray hace unos d�as, en su casa de Santa B�rbara, en California. �Te acuerdas de Ray, el cura indio que tanto nos impresionaba en la Moncloa, cuando estren�bamos universidad madrile�a, all� por el 48? Se sali� de la Obra antes que nosotros, despu�s de una historia bastante jodida, y ahora es uno de los gur�s de mayor �xito entre los chicos de la universidad de California. Es todo un tipo, pero como yo, poco amigo de aclarar aquella etapa de nuestra vida. Como �l dice, s�lo en la India hay m�s de trescientos Opus, y cada uno cuenta con m�s seguidores fan�ticos que el nuestro. En realidad, Antonio, lo �nico verdaderamente importante en la Obra es el hecho de que nos pasase a ti y a m�, de que ocupe un lugar importante en tu biograf�a y en la m�a. Pero como organizaci�n de mitos y ritos, s�lo vali� la pena hasta que a Escriv� le dio por el poder. A partir de entonces empez� a parecerse, como un huevo a otro huevo, a cualquiera de las aventuras eclesi�sticas de la historia... Bueno, Antonio, que nos enrollamos, y hace mucho calor... No le des el co�azo a Irene con nuestro encuentro, que la mayor�a de las mujeres de los que se salen de la Obra est�n hartas de que el pasado de sus maridos se interponga constantemente en su matrimonio. Si le caigo bien, bien; y si no, pues ya nos veremos en Madrid.

Aquella noche, Antonio volvi� a encontrarse en ese estado de �nimo que le era tan familiar. A veces, ya acostados, cuando Irene conciliaba el sue�o, �l entraba en un duermevela, mezcla de recuerdo y fantas�a, durante el cual su memoria le presentaba en bloque sus veinte a�os de pertenencia al Opus Dei.

A fuerza de revivir esas im�genes, era capaz de verlo todo en veinte minutos, incluso en sus detalles m�s nimios. Era como una especie de contabilidad general de sus primeros cinco a�os de libertad, referidos constantemente a los veinte anteriores. El encuentro con Mariano le hab�a puesto en esa especial disposici�n de �nimo y, desde que lo dej�, sab�a que aquella noche no lograr�a frenar su imaginaci�n. Por azares de la vida -�o ser�a por decisi�n de la providencia?-, Mariano y �l hab�an dejado la Obra en los mismos d�as, mientras viv�an los dos en la misma casa, aquel chalet de la colonia del Viso con pretensiones de palacete donde resid�an los mayores de la Obra en Madrid, custodiados d�a y noche por los grises del servicio de Laureano, el famoso ministro, centro de atenci�n del servicio dom�stico de la casa por su r�gimen especial de comidas y descanso.

Contrariando las reglas Mariano y Antonio se hab�an contado sus problemas, se hab�an aconsejado mutuamente y hab�an urdido, como chiquillos, aquella huida de los sofocantes tr�mites que los superiores impon�an a quienes deseaban abandonar la Obra. "Ten�is que pensarlo despacio, y en la duda, hay que inclinarse por la perseverancia", les hab�a dicho por separado Rafa Caama�o, aquel marino que hab�a escalado, a base de lealtad y de eclipsar su propia personalidad, un alto cargo en la jerarqu�a de la Obra. Rafa pisoteaba constantemente su coraz�n de gallego cari�oso para administrar las lealtades y los deberes de los hijos mayores de Escriv�. �ste, que sostuvo siempre que los militares, por su

disciplina, tienen ya la mitad de la vocaci�n necesaria para la Obra, utilizaba a Rafa para templar los conflictos entre los mayores. E incluso le mandaba a Estados Unidos como representante personal suyo, para calentar los �nimos de los que se desalentaban ante la desintegraci�n del catolicismo americano convencional.

Horas y horas de charla, centenares de cigarrillos y docenas de copas de co�ac hab�an consumido Antonio y Rafa en una desesperante y cansad�sima controversia. A las razones de Antonio sobre su incomodidad en el seno de la Obra, Rafa no sab�a oponer m�s que un acto global de fe en el Padre, tendi�ndole toda clase de trampas psicol�gicas para resolver emocionalmente lo que Antonio quer�a esclarecer con su l�gica de jurista y su pragmatismo de comerciante.

La pel�cula de aquellas horas volv�a a proyectarse en su memoria. Irene se mov�a en sue�os y, en un gesto muy de ella, se cobij� entre sus brazos y le trajo, con la tibieza de su carne, un estremecimiento de gozo en el que Antonio se durmi� finalmente.

La autopista estaba caliente como un horno; a la altura de Sueca, Mariano detuvo el coche y se zambull� en uno de los bares del pueblo. Despu�s de beberse dos naranjadas y lavarse la cara en el mugriento lavabo, regres� al volante para liquidar los treinta kil�metros que le faltaban hasta Gand�a. El indicador de temperatura de su "124" se acercaba a la raya roja, pese a que no hab�a pisado muy a fondo. Docenas de coches con matr�cula francesa, alemana y suiza le hab�an adelantado, llenos de turistas con camisas chillonas, apresurados por llegar cuanto antes al mar. La costa era un puro frenes� de adoradores del sol, que quemaban sus epidermis de d�a, y de noche, vaciaban jarras y m�s jarras de sangr�a, de vino, de licores. Lo m�s parecido a un festival del Olimpo, irracional, caliente como la buena vida, se dec�a Mariano. Sonre�a interiormente al recordar aquel dicho que siempre le colocaba Juan, su compa�ero de campamento, cuando el fr�o de la noche les hac�a tiritar. "Deseng��ate, Mariano, Dios destin� los sures para morada del hombre, y �ste, en su soberbia, se empe�a en vivir en los nortes. Y as� nos va".

Mariano era un incondicional del calor. El calor supon�a para �l vida al aire libre, mar, deporte, tertulia de noche hasta la madrugada en una terraza abierta. Estaba marcado por su ni�ez malague�a y, antes que ideas, hab�a aprendido olores, colores, estremecimientos de la piel. Quiz�s en el fondo, se dec�a, �sa era la �ltima raz�n de su aburrimiento y de su rechazo ante la racionalidad de las organizaciones. Todas eran lo mismo, el Opus, la universidad, las compa��as mercantiles. Todas marc�ndole las horas, orden�ndole espacios, competencias, funciones, l�mites. Por eso California le sentaba tan bien. El campus de Stanford y sus alrededores cubiertos de abetos, a media hora de la playa, representaban una recreaci�n madura de su M�laga abierta. Y el tipo de su actividad, retrotray�ndolo a un mundo juvenil, significaba un fragmento de sue�o fant�stico. �Volver a ser joven, borrando aquellos a�os de urbanidad, de autocontrol, de prop�sitos organizados!

�Ay, qu� leche!

Se desperez� en el asiento. Ya hab�a pasado Cullera, y la autopista se ensanchaba. A ambos lados, naranjales inmensos se prolongaban unos hacia el mar, otros escalando la monta�a. Un prodigio de sincronizaci�n entre la naturaleza y la paciencia infinita de esa cultura agr�cola, generaci�n tras generaci�n, civilizando las �speras colinas con el verde manso y los rojos vivos del fruto, combinados con los ocres y blancos de la tierra y las barracas. La autopista y sus corolarios industriales y comerciales romp�an la armon�a del paisaje y apagaban, con sus grises geometr�as, la riqueza y los matices crom�ticos de la huerta.

Mir� el reloj. Tendr�a que correr un poco m�s si quer�a echarse un rato y ba�arse despacio antes de su cita con los Cuadrado. Estaba cansado tambi�n del marat�n sexual de los �ltimos d�as. Katy era una perfeccionista del orgasmo. Como buena hija de la eficiencia americana, sab�a lo que quer�a del encuentro f�sico y exig�a capacidad y habilidad en su pareja. Se pon�a cachonda, con los pezones enhiestos y la respiraci�n entrecortada apenas �l empezaba a trajinarla, pero no le perdonaba que llegara a su cl�max antes que ella, y menos no conseguirlo. Con el paso del tiempo, �l aspiraba a una posesi�n cultural de la hembra, a cortejar y conquistar, no s�lo un cuerpo tembloroso y apetecible, sino

toda la persona. Le excitaba desnudar a la vez el cuerpo y el alma de la mujer, y se demoraba en los preliminares verbales y en el toma y daca de provocaciones y negativas, antes de recorrer el ritmo apresurado del coito.

Katy, como otras americanas que hab�a conocido, una vez establecido el rendez-vous de la atracci�n mutua, tomaba posesi�n de su masculinidad y la usaba con la naturalidad del animal insaciable. 'Let's make it again, darling'. Y se encaramaba sobre �l como un gato. "Uno no est� ya para estos trotes, pensaba Mariano-. �Ojal� encuentre en Londres un chicarr�n que la satisfaga!". El sexo como comunicaci�n y como juego era propio de culturas m�s viejas y m�s pobres, se dec�a. Cuando la abundancia no es mucha, hay que estirar lo poco que uno tiene, y lo que uno tiene es tiempo, palabras, gestos para apurar lentamente, pausadamente, esa celebraci�n de la vida.

Ataj� hacia la playa, sin entrar en la ciudad, por un camino reci�n abierto- m�s naranjos talados -y aparc� el coche en el patio trasero del hotel. Con la llave, el portero le entreg� un papel en donde Antonio hab�a escrito: Te esperamos a las ocho en la terraza del Rompeolas. Subi� a la habitaci�n y dej� correr el agua en el ba�o, mientras echaba un vistazo a las revistas que hab�a comprado en el aeropuerto. Una de ellas daba cuenta de que, en Madrid, se hablaba de gestiones para llevar a Escriv� a los altares, Mariano sonri�, se meti� en el ba�o y trat� de relajarse. Con la relajaci�n f�sica, vino la mental y su fantas�a y los recuerdos entraron en juego. Ya en la cama, y antes de dormirse, comenz� a anticipar su conversaci�n con Antonio. �De verdad valdr�a la pena hablar del Opus? �No ser�a mejor divertir a Irene con sus historias de California y de Per� y con sus chorradas sobre el cambio de civilizaci�n?

CAP�TULO 2. LOS INSOMNIOS DE ANTONIO (1948-1953)

-�Mam�! �Mam�!

Un grito despert� a la pareja. Antonio se sobresalt�, mientras Irene acud�a r�pida a la habitaci�n de Anto�ito. Volvi� en seguida.

-Este ni�o, con tanta pel�cula y tantos tebeos, tiene unos sue�os delirantes. �Sabes lo que so�aba? Pues que sal�a de la tele un monstruo marino y le devoraba.

Antonio sonri� en medio del sopor de las primeras horas de la noche e intent� dormirse otra vez. Pero en su memoria se manten�a el recuerdo de su encuentro con Mariano. Volvi� a pasarse mentalmente su pel�cula, esa pel�cula que empezaba en 1948, el a�o en que inici� sus estudios de Derecho.

Los Cuadrado viv�an desde que acab� la guerra en el piso principal de la calle Mart�nez Campos 17, en el madrile�o barrio de Chamber�.

Diariamente, Antonio sub�a y bajaba cuatro veces la calle, camino del colegio de los hermanos de La Salle, al otro lado de la Castellana. Don Leoncio Cuadrado hab�a prosperado con su negocio de repuestos para autom�viles, que hab�a abierto en Madrid vali�ndose de las amistades y contactos que, como antiguo empleado de la Ford, hab�a ido acumulando desde los a�os treinta. Muchos coches hab�an resultado descompuestos en la contienda, los parques oficiales necesitaban aprovisionarse y, desde su oficina de los bulevares, el se�or Cuadrado reg�a un variado mundillo de representantes, vendedores y empleados de mostrador, viendo aumentar sus cifras de venta y gan�ndose el respeto, entre otros, de don Manuel, el director del Banco Hispano, quien, como una y otra vez escuchaba Elena de labios de su marido, "se fi� de m� desde el primer momento".

Antonio crec�a en ese ambiente de la clase media madrile�a que hab�a suspirado aliviada al acabarse el infierno en la capital y, que a�o tras a�o, entre privaciones y sacrificios, ve�a consolidarse los valores, las tradiciones, las costumbres de antes de la guerra. Don Leoncio hab�a votado por la CEDA y, cuando volvi� a Madrid como alf�rez con las primeras filas victoriosas, envi� a decir a su mujer -que esperaba con los ni�os en un pueblo de �vila- que la casa de Arg�elles estaba destruida, pero que pronto tendr�an otra mejor. La fe en la reconstrucci�n de una Espa�a trabajadora, s�lidamente basada en la fe cristiana y en el respeto y admiraci�n por el Caudillo, bastaron a don Leoncio como filosof�a de la vida para resolver sus primeros conflictos y sus primeras dudas sobre el nuevo orden de cosas. Su amistad con el coronel Contreras, hecha de confraternidades de trinchera, le hab�a resuelto m�s de un problema con los cupos de neum�ticos, las primeras licencias de importaci�n y la sindicaci�n de sus empleados. Don Leoncio supo asociar al coronel a sus negocios de forma

discreta. Su instinto de comerciante le dec�a que la protecci�n militar garantizar�a a empresarios como �l un fecundo cap�tulo de prosperidad y, por consiguiente, de progreso para el pa�s.

En octubre de 1948, Antonio pisaba por vez primera el viejo caser�n de San Bernardo. Con su notable en la rev�lida del bachillerato y ante la admiraci�n de sus padres, de sus hermanos y, sobre todo, de la t�a Carmen, se dispon�a a emular las glorias jur�dicas del abuelo Juan, que fue notario de Lugo, donde su hija Elena enamor� al joven Leoncio Cuadrado en el verano de 1925.

Pronto descubri� Antonio que la facultad era una prolongaci�n de los a�os patri�ticos de su estancia forzosa en �vila y, sobre todo, de su bachillerato en La Salle. El profesor Conde les adoctrinaba con su teor�a del caudillaje y su explicaci�n del curso de la historia occidental como una sucesi�n de liderazgos, que en Espa�a encontraba con Franco un indiscutible hito de superaci�n de pat�ticas divisiones y reg�menes individualistas. Y aunque el derecho romano les mostraba el funcionamiento de una sociedad basada en lo tuyo y lo m�o, los profesores, y en especial aquel joven ayudante, Miguel Garc�a, jerarca del SEU, se esforzaban por inmunizarles contra el derecho burgu�s mediante amplias dosis de corporativismo.

Pero la calle de San Bernardo y sus alrededores empezaron a ejercer sobre los diecisiete a�os de Antonio otras importantes influencias. Descubri� que el duro que don Leoncio le daba cada lunes, bien administrado, pod�a abrirle la puerta de placeres hasta entonces desconocidos y de novedades inasequibles a sus anteriores a�os de colegial. Si, adem�s, hac�a a pie el recorrido desde su casa, pod�a tambi�n ahorrar la dotaci�n de transporte. Con dos compa�eros de colegio que estudiaban como �l primero de Derecho, comenz� a descubrir el mundo de los billares y tabernas de la zona. Nunca hab�a bebido vino m�s que los domingos en su casa, y una vez en el colegio, cuando los hermanos de La Salle ofrecieran una comida a los componentes del equipo de f�tbol, vencedor en el torneo intercolegial. Por veinte c�ntimos cada uno, Antonio y sus amigos pod�an permanecer dos o tres horas en el bar Quico tomando chatos y calamares y disfrutando del privilegio de contarse sus cosas y comentar las impresiones de la facultad, sin control de los mayores, en lo que entonces les parec�a un festival de libertades. Miguel, el gracioso del tr�o, se hab�a hecho amigo del cerillero del bar, el cual les prove�a de tres Ideales por tarde, que ellos consum�an con un largo rito de desliar y volver a liar la raci�n.

Una tarde, Miguel descubri� que, en la mesa de enfrente, una mujer de mediana edad le sonre�a cuando encontraba su mirada. En voz baja transmiti� la novedad a sus amigos, que comenzaron furtivamente a mirarla a su vez, con desasosiego en el cuerpo. S�lo dos semanas antes Antonio hab�a vuelto al colegio a confesarse con el padre Genaro, que le conoc�a desde chico y a quien confiaba sus temblores de adolescente y sus masturbaciones. El padre hab�a insistido mucho en la importancia de mantener la pureza como garant�a de aprovechamiento en el estudio y le hab�a despedido con un abrazo de amigo y un: "Conf�o en tu devoci�n a la Virgen". Aquella noche, de regreso del bar, Antonio se sent�a intranquilo. Los gestos de aquella mujer, su rojo colorete, le hab�an enardecido el pulso. En medio del rosario que rezaba antes de dormirse se le colaba el recuerdo del abultado pecho de la hembra y del entrecruce de piernas que se tra�a la t�a; Al d�a siguiente, Miguel les cont� la novedad. El cerillero le hab�a explicado que la Patro -as� se llamaba -era experta en desvirgar estudiantes a diez duros e iba a citarse con ella aquella tarde.

Antonio pas� dos semanas horribles. El cuerpo de la Patro reaparec�a en cada p�gina de los libros y a cada momento de soledad. Miguel no hab�a sido muy expl�cito sobre su experiencia, y ello a�ad�a m�s intriga al asunto. Antonio se enfad� con �l cuando descubri� en la tapa de su flamante cuaderno de apuntes, un chafarrin�n a pluma que dec�a: Soy virgo y te digo: detente, enemigo. En casa, rehu�a la mirada de sus padres, por miedo a que descubrieran su estado de �nimo. Ya hab�a tenido que soportar un chaparr�n de gritos y bofetadas de don Leoncio un d�a, no lejano, en que le sorprendi� masturb�ndose en la cama con un Par�s Hollywood arrugado debajo de la almohada.

Una tarde no pudo m�s y le pidi� al cerillero las se�as de la Patro. Al subir los crujientes escalones de madera carcomida de la vieja casa en la calle del Pez, el coraz�n le lat�a con fuerza. La Patro en persona le abri� la puerta. Al

verla de cerca, con arrugas en la cara y un diente medio ennegrecido, estuvo a punto de volverse. Pero la Patro le cogi� por un brazo, le tent� el sexo a trav�s de los pantalones y le meti� hacia dentro. "Anda, guapo, que te voy a calentar ese cuerpo sandunguero". Todo ocurri� muy deprisa. Al terminar, y mientras jadeaba en la cama y la Patro ocultaba de nuevo sus formas fl�ccidas, le entraron ganas de llorar. Se despidi� con un beso torpe en la mejilla de la hembra. "Vuelve cuando quieras, chaval". Ech� a andar deprisa calle San Bernardo arriba. Le dieron ganas de meterse en el convento de las Esclavas, frente a su casa, para confesarse, pero sinti� verg�enza. A duras penas logr� mantener la compostura durante la cena. En seguida, corri� a su cuarto y se derrumb� sobre la cama. Quer�a dormirse pronto, sin pensar, sin hacerse cuesti�n de su experiencia. Y desgranando el rosario, con los ojos llenos de l�grimas, Antonio Cuadrado, congregante de la Virgen, logr� calmar su ahogo y entr� en un sue�o profundo.

A partir de ese d�a, trat� de concentrarse en sus estudios. Dej� de frecuentar los garitos de la zona, abandon� la amistad de Miguel y logr� ser admitido en el grupo de f�tbol de la facultad, dedicando s�bados y domingos al deporte que le hab�a hecho famoso entre sus compa�eros de colegio.

Don Leoncio acostumbraba a citarle un par de veces por semana en la oficina de los bulevares, para hablarle "como a un hombre" del desarrollo de sus negocios.

-Si no sacas la oposici�n al terminar la carrera -le dijo una tarde-, creo que no estar�a mal que te vinieras conmigo. Tus hermanos son a�n muy peque�os, y yo tengo planes en la cabeza que no puedo confiar a los empleados. Espa�a tiene que desarrollar un parque automovil�stico importante; as� lo han hecho las naciones que nos preceden en el progreso. Sin carreteras y transporte, no hay desarrollo. El general Franco, como buen estratega, as� lo ha dicho a sus �ntimos, seg�n me he enterado. Van a preparar un plan de reparaci�n y ampliaci�n de la red que construy� Primo de Rivera, y se habla de montar una gran f�brica de camiones. Yo quisiera transformar nuestro comercio en una central de abastecimiento de repuestos, con sucursales en todas las provincias y relaci�n directa con las compa��as americanas que fabrican en serie millones de piezas. Un abogado como t�, mirando por tus propios intereses, ser�a capaz de organizar esa red, viajar al extranjero, tratar con el Estado. Espa�a tiene que dejar de ser un pa�s agr�cola, y ahora que disfrutamos de paz y autoridad, vuestra generaci�n debe olvidar el pasado de verbena y se�oritismo para construir de verdad una naci�n moderna.

Antonio admiraba ese tes�n de su padre, y aunque en principio no sent�a atracci�n por el comercio, comenz� a valorar esa laboriosidad diaria, ese af�n de superaci�n tan escaso entre sus compa�eros de facultad, la mayor�a de los cuales se conformar�an con entrar al servicio del Estado con un sueldo seguro. Profundiz� en el estudio de la econom�a pol�tica y, bajo la protecci�n benevolente de don Leoncio, se dedic� a leer algunas traducciones espa�olas de economistas cl�sicos. Don Manuel, el director del Banco, tom� la costumbre de llamarle "nuestro asesor jur�dico" y le regal� la colecci�n completa de una revista de econom�a y finanzas. Pero Antonio continuaba indeciso. No pod�a olvidar las historias que la t�a Carmen contaba de las tertulias del abuelo Juan, de c�mo se le respetaba en toda la provincia, de c�mo ven�an de los pueblos a pedirle consejo sobre mil vicisitudes familiares y patrimoniales. La t�a Carmen se expresaba con un especial orgullo al relatar las veces en que los pol�ticos de Madrid, que ven�an a preparar las elecciones y conseguir votos, paraban en casa del abuelo y se enzarzaban con �l en largas conversaciones sobre el futuro de Galicia y el porvenir de Espa�a.

Termin� el curso, y Antonio logr� dos sobresalientes, una matr�cula de honor en econom�a y un notable. La tarde en que trajo la matr�cula, don Leoncio le introdujo en su despacho y, entreg�ndole un cheque, le dijo: -Estoy muy satisfecho de ti. Ahora que tienes tres meses de descanso quiero que vayas con tu madre y tus hermanos a �vila. Pero tienes mi autorizaci�n para venirte a Madrid los viernes y los s�bados y volver conmigo los domingos. Pasaremos juntos esos dos d�as en la capital, y espero que eso contribuya a hacerte m�s hombre.

Antonio se sent�a efectivamente m�s hombre, sentado en la terraza de un bar de Arg�elles, bebiendo cerveza con los dos empleados m�s j�venes de su padre, que le respetaban y se dejaban invitar por �l en compensaci�n. En �vila, sal�a de

excursi�n al campo con sus antiguos compa�eros de juego. Una tarde, al regresar a casa, oy� voces en el comedor y, al entrar, vio a Pili, su hermana, con una amiga nueva.

-�Qui�n eres t�, preciosa? -le dijo desde sus dieciocho a�os llenos de aplomo.

La chica enrojeci�. Pili se adelant�:

-Es Amparo, una compa�era de colegio que ha venido tambi�n a veranear a �vila. Su padre es militar.

Brome� Antonio con las chicas un rato, pero, aquella noche, las trenzas rubias de Amparo y sus profundos ojos negros no se le iban de la memoria.

Aquel domingo hubo una excursi�n de chicas y chicos a un santuario cercano, y Antonio se encontr� emparejado con Amparo. Casi sin darse cuenta, empez� a contarle sus �xitos deportivos, sus ex�menes y sus dudas acerca del futuro. Amparo le miraba con sus grandes ojos abiertos, y su dulzura alentaba el discurso de Antonio. Al volver, la acompa�� hasta su casa y le acarici� el talle hasta hacerla enrojecer de nuevo. Desde aquel d�a, se hac�a el encontradizo con Amparo, y Pili se extra�� de que su hermano, que siempre la llamaba mocosa y nunca le hac�a caso, le preguntara una y otra vez sobre los sucesos del colegio.

-�No me digas que te gusta mi amiga! �Pero si es la m�s cursi de la clase!

-�T� s� que eres cursi, so tonta! -se enfad� Antonio.

A finales de verano, Antonio y Amparo eran novios formales a los ojos de toda la pandilla. Todas las tardes, en su compa��a, desgranaba sus ideas y sus planes de futuro, sinti�ndose seguro ante la mirada de admiraci�n y aprobaci�n de la chiquilla. El amor de Amparo le parec�a el asidero m�s firme para su madurez. Sin que ella le dijera nada, se iba decidiendo paulatinamente por el comercio, y pronto construy� un sue�o de hogar confortable, de mujer sol�cita, en perfecta reproducci�n de lo que hab�a visto en sus padres.

"Por tu amor, Amparo, me siento capaz de todo", le dec�a muy convencido.

Con los primeros besos y las primeras caricias, descubri� tambi�n la dureza y morbidez de su cuerpo de mujer y se impuso como un deber de caballero cristiano el no mancillar ese cuerpo, para recibido intacto despu�s del matrimonio.

Don Leoncio not� el cambio y, sin hacer comentario alguno, se dijo para sus adentros que aquella ni�a ser�a el mejor aliado de sus planes.

Comenz� el nuevo curso, y Antonio inici� su vida ordenada de estudio, deporte y noviazgo. Todas las tardes recog�a a Amparo a la salida del colegio y la acompa�aba a su casa, con la t�cita aprobaci�n de los padres de la muchacha. Los domingos iban al cine y, a veces, organizaban guateques caseros con parejas similares. Pero pronto ocurrir�an los sucesos que do�a Elena dar�a en llamar la tragedia de los Cuadrado.

Desde finales de octubre, Antonio notaba que Ortega, un compa�ero de curso, se hac�a el encontradizo con �l. Ortega era un muchacho serio, con fama de empoll�n, que siempre pon�a cara adusta cuando alguien soltaba una verdura y que hab�a logrado obtener tres matr�culas en primero.

Una ma�ana en que la ausencia imprevista de un catedr�tico hab�a cortado las actividades de la clase a las once, Ortega le dijo que quer�a hablar con �l Salieron a la calle y, San Bernardo abajo, llegaron a la Gran V�a y continuaron por Princesa.

-Supongo -le dijo Ortega -que te habr�s dado ya cuenta de que la mayor�a de la clase s�lo piensa en sacar el t�tulo para colocarse y prosperar. No hay muchos con vocaci�n de l�der, con ilusi�n de servicio, de sacrificarse por los dem�s. En la residencia vemos el prestigio profesional como instrumento de apostolado, no como algo personal. La inteligencia es un don de Dios que hay que poner a su servicio, y el Se�or quiere que Espa�a vuelva a la grandeza de sus santos y de sus h�roes, no a trav�s de luchas y conquistas, sino mediante la ordenaci�n cristiana de la sociedad. �T� has le�do Camino?

Antonio confes� que no. Animado por la sinceridad de Ortega, le cont� sus problemas de fe, circunscritos b�sicamente a la cuesti�n de las chicas, y la soluci�n que hab�a encontrado en el noviazgo.

-Estoy de acuerdo en que hace falta gente como la que t� dices, pero yo creo que me debo a la continuaci�n de los negocios de mi padre, aunque, eso s�, haciendo las cosas honradamente y colaborando a ese plan cristiano de la sociedad de que me hablas.

-Te voy a prestar Camino -y Ortega puso en sus manos un librito forrado de

azul-. Cuando quieras, charlaremos de �l. Yo tomo el metro aqu�. Ya nos veremos ma�ana.

Antonio se qued� solo en la confluencia de Urquijo con Princesa y, meti�ndose el libro en el bolsillo, camin� hacia la parada del 62, que le dejaba frente a su casa. Las palabras, y sobre todo el tono de la voz de Ortega, le hab�an impresionado. Abri� el libro y ley� el primer punto: Que tu vida no sea una vida est�ril. S� �til. Deja poso. Ilumina con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra con tu vida de ap�stol la se�al viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio y enciende los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en tu coraz�n. La dureza de la frase le impresion�. A su memoria acudieron las palabras del jesuita con el que hab�a hecho los ejercicios espirituales durante el �ltimo a�o del colegio: "Alistarse bajo las banderas de Cristo y renunciar por �l a la afirmaci�n propia es signo de felicidad en esta tierra y de predestinaci�n para la vida eterna".

Juan C�spedes, un compa�ero de clase, profes� como jesuita diez d�as despu�s. "�Qu� habr� sido de �l? �Estar� m�s contento que yo, con mis planes y mi Amparo?"

Tres d�as despu�s, �l mismo busc� a Ortega.

-He le�do Camino por completo y me ha gustado mucho.

Es fuerte, �no? No he comprendido algunas cosas y me gustar�a que me las explicaras. Por ejemplo, eso que dice de que el matrimonio es para la clase de tropa. �No te parece un poco despectivo hablando de un sacramento?

-No tienes que verlo as�, Antonio, sino compar�ndolo a la castidad, el Amor con may�scula. Si quieres, vente esta tarde por la residencia y te presentar� a un cura que te lo explicar� mejor.

Aquella tarde, envi� a decir a Amparo que no ir�a a recogerla y encamin� sus pasos a las se�as que le hab�an dado: Padilla, 1, primero, izquierda. Le abri� un chico de poco m�s o menos su misma edad, que le sonri� y le invit� a pasar.

-�Est� Ortega? -pregunt�.

-Dir�s Carlos. Aqu� nos tuteamos todos. S� est�. Espera un momento.

Segundos despu�s, aparec�a Carlos Ortega.

-Hola, Antonio. Te voy a ense�ar la residencia. �sta es la sala de estudios -le explic� en voz muy baja, se�al�ndole un cuarto en que se api�aban diez o doce chicos, en riguroso silencio, sentados a lo largo de varias mesas-. Y �ste es el oratorio. Est� el Se�or, �sabes?

Antonio entr� en una habitaci�n oscura. Cuando se acostumbr� a la escasa luz del vel�n, vio un altar rodeado de sillas de enea, donde permanec�an inm�viles dos o tres muchachos. Se qued� all� unos minutos de rodillas. Uno de los chicos encendi� una peque�a luz y ley� de manera muy pausada y casi en un susurro algo que le record� Camino.

Carlos le hizo salir del oratorio y lo llev� por un largo pasillo. Se pararon ante un cuarto cerrado y su compa�ero golpe� la puerta. "Avanti", se oy� decir desde dentro. Al entrar, vio a un sacerdote joven, vestido con una sotana esmeradamente planchada y un alto alzacuellos, sentado frente a un escritorio sencillo, rodeado de estantes con libros.

-Don Jes�s, �ste es Antonio Cuadrado, compa�ero de curso, que quiere charlar un rato con usted.

-Con que un jurista, �eh? Si�ntate... �Qu� es lo que m�s te gusta del derecho? -le pregunt� al salir Carlos.

Antonio volvi� a relatar sus primeras ilusiones y sus preocupaciones actuales. Don Jes�s le escuchaba sol�cito, jugueteando con un cortaplumas negro.

-Mira, Antonio, nosotros, en la Obra, vemos con muy buenos ojos el matrimonio. Incluso el Padre est� pensando en admitir casados dentro de nuestro instituto. Pero a algunos el Se�or nos pide m�s, porque necesita hombres como Pedro, y Pablo, y Juan, en medio del mundo, para cristianizarle desde dentro, liberados de las ligaduras de la carne y de las ambiciones del triunfo personal. Yo soy ingeniero y hubiera podido entrar en la empresa de mi abuelo. Tampoco se me daban mal las chicas, y mi vida hubiera podido ser m�s o menos como la que t� me est�s describiendo. Pero el Padre me ense�� a no ponerle 'peros' al Se�or, a no decirle que no, y hace ya diez a�os, cuando m�s me costaba el renunciamiento entr� a preguntarle en el oratorio: "Si me pides todo esto, �qu� me ir�s a dar?" No te hagas cuesti�n de estas cosas, porque, si �l lo quiere, te lo pedir�.

Tienes que profundizar en tu vida cristiana, jugar limpio con tu novia... En todo eso podemos ayudarte. Ven a estudiar por casa y, si quieres, habla con el director para que te fije un plan de vida. A m� podr�s verme siempre que te apetezca. Pero con cita previa, �eh! , porque somos muchos y hay que cuidar el orden.
Antonio sali� de Padilla con un mont�n de ideas zumb�ndole en la cabeza. El camino hacia su casa era pr�cticamente el mismo que segu�a de colegial, y los recuerdos de aquella �poca se fund�an con las cosas que hab�a visto y escuchado aquel d�a y que apelaban a ese fondo de inseguridad radical del que s�lo sal�a confi�ndose a un sacerdote.
Cada vez que pensaba en temas religiosos, m�s all� del pecado, no pod�a evitar el recuerdo de aquel Cristo grande, de madera negra, que hab�a en la capilla del colegio y en el que sus ojos se hab�an ido fijando, a�o tras a�o, durante las muchas horas que los hermanos los manten�an dedicados a los ejercicios de piedad.
Se durmi� con esa sensaci�n indefinible que hab�a experimentado en algunos de sus d�as de colegial, despu�s de unos ejercicios espirituales o alguna pr�ctica similar. Le parec�a pertenecer a dos mundos, uno real y manejable, compuesto de las experiencias diarias de su vida, y otro misterioso y m�gico, nacido de las cosas que le dec�an sobre Dios y la otra vida, que en tales ocasiones se convert�a en algo sobrecogedor. A la ma�ana siguiente, Carlos Ortega le pregunt� sonriente:
-�Te has entendido bien con don Jes�s? �Verdad que es un cura estupendo?
Antonio le confi� sus nerviosismos, c�mo ese tipo de encuentros suscitaba en su mente un caudal de ideas contradictorias que amenazaba con trastornar la tranquilidad necesaria para estudiar y hacer planes sobre su futuro, del brazo de Amparo.
-No te lo tomes as�, hombre. Nadie va a quitarte tu libertad. El Padre suele decir que la raz�n m�s sobrenatural para entrar en la Obra consiste en el "porque me da la gana", y que las puertas permanecen bien abiertas para el que no quiera perseverar con la voluntariedad actual.
Pasaron dos meses durante los cuales Antonio recuper� la calma y, sin plante�rselo expl�citamente, renunci� de hecho a aquellas novedades. No le dijo nada a Amparo sobre su experiencia, porque tem�a que la ni�a tratar�a de interrogarle y de profundizar en asuntos de los que no quer�a hacerse cuesti�n. Pero d�as antes de las vacaciones de Semana Santa, Carlos, que le hab�a dejado en paz todo ese tiempo, se le acerc� una ma�ana.
-No s� si tienes costumbre de hacer ejercicios espirituales todos los a�os, pero te aviso que la residencia organiza una tanda para los cuatro primeros d�as de Semana Santa. Los dirigir�n don Jes�s y don Antonio, otro sacerdote de la Obra, y se dar�n en Molinoviejo, una finca de la Obra en la sierra. Todav�a quedan plazas y son muy baratas.
Antonio le contest� que hab�a pensado ir a �vila durante esos d�as. En realidad, como se dec�a a s� mismo al volver a casa, no hab�a tal plan, pero la propuesta le hab�a hecho sentirse inc�modo de nuevo. Le daban ganas de rehuir a Carlos cada vez que se lo encontraba, porque planteaba las cosas de una manera radical, sencilla, pero tajante. Todo lo contrario de don Benito, aquel cura amigo de los padres de Amparo que una tarde de verano les hizo compa��a en su casa y que, mientras merendaban, cant� las excelencias del matrimonio cristiano. Incluso escandaliz� un poco a la madre cuando dijo que la Iglesia debiera revisar el asunto del celibato eclesi�stico, ya que la soledad del sacerdote es el peor enemigo de su apostolado. "Yo espero -dec�a- que el mundo eclesi�stico cat�lico dejar� de ser un mundo de varones gobernados por leyes y protocolos, jerarqu�as y papeleo, y se convertir� en una levadura de cari�o, comprensi�n y ejemplo en el seno del mundo ordinario, siendo m�s testigos de la fe que cruzados de ella. As� lo han comprendido los protestantes, y creo que su influencia moral en la sociedad moderna es m�s profunda que la nuestra. Yeso supone permitir el matrimonio a los curas". Esa manera de ver las cosas le ca�a mejor a Antonio que la severidad de los jesuitas en los ejercicios colegiales, con sus arengas de las dos banderas, y le empezaba a dar la impresi�n de que los de Padilla se acercaban m�s a esto que a aquello. Por la tarde, Amparo le sorprendi� con una novedad. Sus padres hab�an decidido pasar la Semana Santa en casa de unos

parientes en Barcelona y ella tendr�a que acompa�arles. Antonio se molest�.
-O sea que vas a dejarme solo durante todas las vacaciones...
-No te pongas as�, chato -repuso Amparo, mientras le acariciaba zalamera el pelo-, que son muy pocos d�as y, mientras, te escribir� una carta cada d�a.
Al dejar a Amparo, y bajo los efectos del enfado, Antonio encamin� sus pasos a Padilla y solicit� ver al director. Juan Cort�s, con su t�tulo reci�n estrenado de doctor en Medicina, le recibi� en su sobrio cuarto, fumando una cachimba.
-Vengo a apuntarme para los ejercicios de Semana Santa -le dijo Antonio sin m�s pre�mbulos.
-�Hombre! Llegas justo a tiempo para ocupar la �ltima plaza. Supongo que CarJos te habr� explicado el plan, �no?
-S�lo me ha dicho que son en la sierra.
-Me refiero a si te ha hablado de nuestro estilo. Se trata de pasar cuatro d�as en verdadero silencio, oyendo y meditando las charlas y oraciones y hablando s�lo con el cura y el director. Es una ocasi�n �nica para tratar de verdad con el Se�or y trabar amistad con �l. De modo que hazte a la idea de meterte dentro de ti mismo y salir con unos cuantos prop�sitos concretos. Tienes que coger el tren para Ortigosa del Monte en el and�n de cercan�as, a las siete y media. All� te encontrar�s a unos cuantos de la residencia. �nete a ellos y te llevar�n hasta Molinoviejo y efectivamente, el domingo de Ramos por la tarde, Antonio encontr� alguna cara conocida de Padilla en el and�n de la estaci�n.
Subi� con el grupo al tren. Le toc� sentarse al lado de un estudiante de Ingenier�a, que esgrim�a su flamante regla de c�lculo y se pas� el viaje explic�ndole medidas. A �l lo hab�an "pescado" para los ejercicios, seg�n dijo, porque el director espiritual de su hermana era un sacerdote de la Obra y no pudo evitar prometer a su madre que dedicar�a unos d�as a las cosas del alma.
-Yo no tengo mentalidad humanista, como dec�s vosotros, y pienso que las cosas de la vida o se pueden medir o no vale la pena discutidas. La religi�n es de estas �ltimas, y no creo que saque nada en limpio imaginando c�mo ser� la otra vida. Mi padre, que estudi� en el Instituto Escuela, se pone muy pesado sobre lo que �l llama la �tica ciudadana no sacralizada, pero a m� me parece que lo que pasa es que la gente tiene mucho cuento y no quiere trabajar en serio, y que la masa necesita l�deres racionales. Hay mucha gente en la Escuela de Caminos que piensa como yo.
Antonio no ten�a ganas de comentar nada, porque s�lo pensaba en Amparo y en que pasaran pronto esos d�as. Cuando pidi� dinero a su padre para los ejercicios, �ste le alab� el gusto. "Me parece una buena idea. Yo tambi�n pensaba ir a las conferencias del padre Aguirre. Hay que limpiar fondos y acordarse de vez en cuando de que esta vida es s�lo un tr�nsito". Esa actitud paterna fortaleci� su decisi�n. No iba a permitir que una mocosa condicionase su vida. Pero, en el tren, comprendi� que aquello no era m�s que una rabieta, y al pensar en los cuatro d�as de soledad que se le ven�an encima, se reproch� su s�bita determinaci�n. En fin, ya estaba hecho. Al bajar del tren, era de noche. Sigui� con los otros un sendero que llevaba hasta la carretera de Segovia. Cruzaron �sta y entraron en la finca, un pinar frondoso. Al final de la avenida, una casa grande, precedida por un patio enlosado con una fuente en el centro. Pasaron a un sal�n amueblado en el mismo estilo que su casa de �vila, sillas y mesas, armarios y sof�s de madera negra y una chimenea con un trofeo de caza. Eran unos treinta. Reconoci� a Juan Cort�s, el director de Padilla, que tambi�n lo era de la tanda. Con su pipa y repartiendo sonrisas, iba acomodando a los ejercitantes en peque�as habitaciones. Antonio le toc� compartir con otros tres una sala m�s grande, al final de un largo pasillo.
Desde ni�o, se hab�a acostumbrado a que se lo dieran todo hecho, y s�lo aquellos dos a�os de universidad hab�an representado una cierta autonom�a de comportamiento y de elecci�n en el empleo del tiempo. Ahora regresaba al orden marcado por el colegio y sus padres, se dec�a mientras deshac�a la peque�a maleta y ordenaba sus cosas en un armario empotrado cerca de su cama.
Pasaron todos a un comedor, con una mesa central y varias otras de cuatro comensales. Advirti� que unos cuantos muchachos se esmeraban mucho en atender a los dem�s y exhib�an una constante sonrisa. "�stos deben de ser de la Obra", se dijo. Cuatro o cinco chicas, esmeradamente vestidas de negro, con cofia y delantal blanco, serv�an en silencio. El ingeniero de Caminos, que segu�a a su

lado, trat� de hablar a una de ellas. Inmediatamente, el chico que se hallaba a su izquierda le dijo:
-No es costumbre hablar directamente con la administraci�n. P�dele al director lo que quieras.
Antonio y el ingeniero se quedaron de piedra, pero el otro los fulmin� con una ampliaci�n de su sonrisa y un "Son las reglas de la casa".
Despu�s de cenar, entraron en el oratorio. Estaba construido como un coro conventual, con dos filas de asientos unos frente a otros. Al fondo, un altar de piedra con otra fila detr�s, y en el altar, con el sagrario, seis candelabros. Una vez todos acomodados, se apagaron las luces y se encendi� una peque�ita sobre una mesa situada al lado del altar. Desde ella, un sacerdote empez� a hablarles. Antonio qued� impresionado por la "mise en scene" y, poco a poco, se encontr� prendido en la pl�tica.
"Nuestras vidas son como un chispazo en el misterio de la eternidad. Lucen un instante y se apagan. Para que no se apaguen del todo y para siempre, hemos de mantenemos conectados con ese potente caudal de energ�a que es Dios, encarnado en Jesucristo. Con �l, seremos permanentes. Sin �l, una leve pavesa, un poco de humo, nada. Nuestra fe cat�lica es la �nica explicaci�n que da sentido a la vida, que la hace soportable, que ilumina sus oscuridades y sus sobresaltos. En estos d�as, ten�is que volver a encontrar ese caudal de energ�a y pedirle a Jes�s que, por la intercesi�n de su sant�sima Madre, os ayude a dejar la piara donde hozan tantos hombres sensuales y convertiros en mesnada, en ej�rcito de alegr�a y paz, en la nueva raza de ap�stoles que �l quiere establecer dentro de su Iglesia".
Durante media hora sigui� la pl�tica. No se o�a una tos, ni un movimiento. Los treinta ejercitantes parec�an ensimismados, aunque Antonio crey� ver por el rabillo del ojo que el ingeniero bostezaba y se remov�a en su asiento.
Al salir del oratorio, todos en silencio, se dirigieron a sus habitaciones. Antonio se arrebuj� entre las mantas. Sent�a fr�o y desconcierto. Y miedo. Quer�a dormirse pronto y no pensar. Tras unos segundos de lucha, el cansancio y la tensi�n le rindieron y se qued� profundamente dormido. Al d�a siguiente, y al siguiente, y al siguiente, m�s pl�ticas, m�s sermones, algunos en la sala de estar, con Juan Cort�s como protagonista. Entre acto y acto, v�a crucis, rosarios, paseos por la pineda. Antonio se sent�a aplastado por los argumentos de las charlas, por el ambiente. La �ltima tarde tuvo una conversaci�n con don Jes�s. Quiso llevarle a su terreno, a sus ilusiones para el futuro, a su amor por Amparo. Don Jes�s, cort�s pero firme, le interrumpi�.
-Mira, Antonio, todo eso est� muy bien, pero tu visita a Molinoviejo es probablemente una indicaci�n cari�osa del Se�or para que profundices en el sentido de tu vida. Piensa que lo m�s f�cil es conformarse con una vida cristiana, protegida por el apoyo de la autoridad y glorificando a Dios como uno m�s. �No has reflexionado nunca en la par�bola de los talentos? �l te ha concedido un n�mero importante de posibilidades. Tienes estudios, inteligencia, una capacidad de influencia. �No se te ha ocurrido que podr�as darlo todo? Yo no te presiono, pero �stos son momentos en que hay que mostrarse valiente con uno mismo. Luego, en Madrid, tus circunstancias ahogar�n estos planteamientos radicales, y t�, que a lo mejor has nacido para caudillo, te conformar�s con ser soldado de a pie.
Antonio se sent�a interiormente desgarrado. No ten�a argumentos que oponer a la contundencia de los de don Jes�s. Se aferraba a su felicidad, a sus planes para el futuro largamente conversados con Amparo. Entraba en el oratorio y, en la semioscuridad del recinto, la luz del sagrario parec�a hacerle gui�os.
Sali� confuso de los ejercicios. Pas� unos d�as de vacaciones, los que quedaban de Semana Santa, desasosegado y de mal humor. Y para colmo, Amparo se encontraba lejos y su presencia cari�osa, sus grandes ojos no estaban all� para calmarle.
El Domingo de Resurrecci�n, Carlos le llam� por tel�fono y le invit� a una merienda que se celebraba en la residencia.
-Tr�ete algo para contribuir -le sugiri� al colgar.
Al entrar en Padilla, oy� c�nticos procedentes de la sala de estar. Entr� y se uni� al grupo de unos veinte que, bajo la direcci�n de don Jes�s, cantaban una canci�n gallega. Al terminar, se repartieron los bocadillos en partes iguales, mientras un botijo de agua fresca corr�a de mano en mano. Juan, el director,

dijo:
-Estamos alegres porque Cristo ha resucitado. Esta alegr�a tiene que llevamos a hacer la vida agradable a los dem�s, y a veces eso significa empujar a alguien para que se lance a la santa locura de dejar de pensar en s� mismo. �A ver, don Jes�s, otra canci�n!
As� pasaron la tarde. De vez en cuando alguien contaba un chiste. Antonio estaba cada vez m�s impresionado ante sus nuevos camaradas. A intervalos regulares, uno se levantaba, dirig�a una se�a al director y se iba. Antonio descubri� que se turnaban en el oratorio para "hacer compa��a al Se�or", como le dijo despu�s Carlos.
Al salir de Padilla, camin� despacio Serrano abajo. Eran las nueve de la noche. Las terrazas de los bares, con el buen tiempo, estaban llenas de chicos y chicas hablando y riendo. Se sent�a raro. Pensaba en retazos de los ejercicios, en la residencia. �No tendr�a �l derecho, como todos aquellos que llenaban las terrazas, a sonre�r a la vida del brazo de Amparo? Los puntos de Camino, largamente meditados en Molinoviejo, se iban convirtiendo en respuestas autom�ticas a sus reflexiones. �T� aburguesarte, t� del mont�n, si has nacido para caudillo?
En casa, su hermana le recibi� juguetona.
-Tienes tres cartas de Amparo. �Vaya suerte!
Cogi� los sobres y, despu�s de haber cenado en silencio, se meti� en su cuarto. Ley� una y otra vez las cuartillas escritas con la letra picuda de monjas. Todas dec�an aproximadamente lo mismo. La �ltima terminaba as�: Quiero sentirme tu mujer y que nuestro hogar sea tu descanso y tu raz�n de vivir. Te quiere, Amparo.
Pero los sentimientos de la chavala se le aparec�an como falsos, examinados desde aquella aventura excluyente y totalitaria que se abr�a ante su vida.
Al acostarse, rez� despacio un padrenuestro y se durmi� repitiendo: "H�gase tu voluntad aqu� en la tierra como en los cielos".
El mi�rcoles siguiente regres� Amparo. Se vieron por la tarde, y la chiquilla lo recibi� con las mejillas encendidas. Deposit� en ellas un t�mido beso, mientras Amparo le estrechaba las manos. Permanecieron un rato en silencio, paseando Mart�nez Campos abajo.
-�C�mo te ha ido en los ejercicios? �Has pensado en m�? Mientras le relataba superficialmente la estancia, sent�a en su interior una especie de desencanto. Hab�a imaginado que la presencia de Amparo, la sola mirada de sus ojos, detendr�a sus nerviosismos y calmar�a sus tensiones, restableciendo su equilibrio emocional. Pero se daba cuenta de que no era as�. Al dejarla, y mientras volv�a a casa, casi habl� en voz alta: "�Jes�s, dime lo que quieres de m�! �Y d�melo pronto!".
Durante los meses siguientes, trat� de mantener una especie de dualidad en su comportamiento. Por una parte, intent� redoblar su inter�s por las clases ya reanudadas, por el f�tbol dominguero y los paseos y conversaciones con Amparo. Por otra, conserv� su fidelidad al plan de vida que entre don Jes�s y Juan Cort�s le hab�an trazado y que inclu�a misa diaria, diez minutos de oraci�n con Camino y examen de conciencia nocturno. Una vez a la semana, pretextando ante Amparo una reuni�n de compa�eros de estudio, se pasaba la tarde en Padilla, donde se confesaba y charlaba con don Jes�s, aceptaba las bromas y las insinuaciones de Juan Cort�s y charlaba con Carlos de las cosas de la Obra. Carlos ten�a la virtud de estimular su curiosidad con ese traj�n de mostrar y ocultar que se tra�a. Nunca le daba explicaciones definidas sobre cosas concretas, sino que le manten�a en una especie de tensi�n permanente respecto al camino y las aventuras reservadas a los que, como �l, hab�an entregado sus vidas a Dios en el seno de la Obra. Una tarde, cansado ya de preguntarle sin �xito cu�les eran las obligaciones derivadas del voto de obediencia en el Opus, le espet�:
-Pero vamos a ver, Carlos, suponte que yo entro en la Obra y que en la vida civil llego a ser general del ej�rcito, que hay una guerra y, en el otro lado, otro general es tambi�n del Opus y que nuestros superiores dan unas instrucciones contrarias a nuestros respectivos jefes militares. �Qu� habr�a que hacer en ese caso?
Carlos respondi� sonriente: -Eso ya lo habr� previsto el Padre y lo dejar� bien

claro por escrito. Mira, Antonio, yo no s� si t� vas a entrar en la Obra o no. Lo que tienes que entender de una vez por todas es que nuestro esp�ritu consiste en una absoluta fidelidad al Padre y a sus delegados y que, con esa fidelidad, ellos se podr�n equivocar, pero t� nunca. La obediencia m�s importante, la que Cristo nos ense�� en el Huerto de los Olivos, es la sumisi�n de la inteligencia, el aceptar la voluntad de Dios sin entenderla. Y �se es el n�cleo de la entrega en la Obra, especialmente aplicable a nosotros, que somos, como dice el Padre, la aristocracia de la inteligencia.

-O sea -repuso Antonio-, que, seg�n vosotros, todo cuanto me ocurra en la vida tendr� soluci�n si me f�o de los superiores...

-Exactamente. No has podido expresarlo de manera m�s clara. Se ve que vas cogiendo el esp�ritu -concluy� Carlos-. Vamos al oratorio a despedirnos del Se�or.

Poco a poco, Antonio iba cayendo en un abismo sin fondo. Por un lado, su anterior esquema de vida se volv�a cada vez m�s problem�tico si analizaba su futuro profesional y familiar a la luz de aquel catolicismo sin fisuras que la Obra, como consumaci�n del credo m�s sencillo del colegio, le presentaba. Por otro, aquel horizonte de entrega sin condiciones, que le garantizaba la simplicidad en esta vida y la felicidad en la otra, se estaba convirtiendo en una obsesi�n, fortalecida por el clima de simpat�a y solidaridad de la residencia, tan distinto a los ambientes fr�volos, groseros y pragm�ticos de la facultad. Tom� la costumbre de permanecer callado, absorto en sus pensamientos, durante mucho tiempo, tanto que Amparo, e incluso su familia, lo notaron.

Don Leoncio tranquilizaba a la madre.

-Son cosas de la adolescencia, mujer. Los chicos de hoy piensan m�s que nosotros, no est�n tan abrumados por las necesidades y las obligaciones como estaba yo a su edad y le dan m�s vueltas a las cosas. Luego hay tambi�n lo de la chavala, que se lo ha tomado muy en serio. D�jalo en paz.

En las siguientes vacaciones de Semana Santa, los Cuadrado se marcharon a �vila, y Amparo consigui� de sus padres permiso para ir con ellos. Hac�a un tiempo primaveral, y los novios se pasaban el d�a de excursi�n por el campo. Una tarde, a mitad del camino de regreso hacia las murallas, el cielo se encapot� y empezaron a caer gruesas gotas. Antonio y Amparo se guarecieron en una caba�a que descubrieron en la esquina de la arboleda. Pronto, las caricias del chico se hicieron m�s insistentes e inquisidoras.

Amparo protestaba cada vez m�s d�bilmente y se arrimaba al caliente cuerpo de Antonio. �ste logr� desatar las cintas del sost�n de la muchacha y, por primera vez en sus relaciones, acarici� y bes� sus pechos. Amparo se estremec�a y, casi sin darse cuenta, torpemente, ayudada por las manos de Antonio, asi� el miembro viril de �ste y empez� a masturbarle. El chico se encabrit�, le subi� las faldas y se enzarzaron en una lucha que termin� con una eyaculaci�n de Antonio encima de Amparo, pero sin ayuntamiento sexual. Los dos temblaban y Amparo se ech� a llorar.

-�Ves? �La culpa es m�a, por acariciarte m�s de la cuenta!

-No digas eso, Amparo, esto es lo m�s natural del mundo y s�lo falta que nos casemos para hacerlo como Dios manda.

Par� de llover y completaron en silencio el recorrido hasta la casa. Antonio sali� de nuevo a la calle y, casi sin darse cuenta, termin� en una iglesia. La tranquilidad del silencioso y oscuro templo, el olor a cera y a incienso de una reciente ceremonia, le trajeron recuerdos mezclados de la escena con Amparo y de los mensajes religiosos acumulados en su memoria. "Soy un cerdo -se dijo-, un cerdo completo. Casi violo a mi novia, y todo por una satisfacci�n moment�nea". Dos l�grimas surcaban sus mejillas. Apoy� la cabeza en el banco de delante y llor� profunda, mansamente.

Unos d�as despu�s, ya en Madrid, confi� a don Jes�s su pena, sentados ambos en los silloncitos del cuarto del cura en Padilla.

-Mira, Antonio, yo creo que lo que intentabas era ahogar en el cuerpo de Amparo un impulso superior. Dios te est� haciendo se�as de que quiere m�s, y t� intentas zafarte de esa llamada, enga��ndote con el atractivo de una mujer. F�jate a qu� niveles de desencanto te lleva ese comportamiento.

-Don Jes�s, yo s�lo s� que no hago m�s que comparar constantemente lo que me espera en la vida si sigo con mi plan previo con las cosas que ustedes me dicen.

Y estoy hecho un l�o. Adem�s, no puedo ni concentrarme en el estudio. A veces, cuando salgo con Amparo, su belleza, sus gestos, su conversaci�n destaca sobre un tel�n de fondo que yo pongo hecho de todas las sublimidades de la entrega, y eso lo estropea todo. Incluso sus caricias me saben a ac�bar. Sin embargo, no creo que Dios est� insatisfecho de m�. Incluso me parece que, si la mitad de mis compa�eros de clase llevaran la vida que yo llevo y tuvieran mis planes de cristianismo serio de persona mayor, ya ser�a gran cosa para el apostolado de la Obra.
-No tires balones fuera, Antonio. En las cosas del Amor con may�scula, todos los planteamientos son personales. Es de ti de quien estamos hablando, de tu capacidad de generosidad. Dios no quiere utilizarte como pescador de hombres m�s que si eres fiel a tu llamada personal. Si �l quiere que te cases y seas un soldado de a pie, ya nos lo har� saber. Pero me parece, y conste que no quiero ni puedo presionarte, que te est� haciendo las suficientes se�as como para que te tomes en serio la posibilidad de una vocaci�n de entrega total. Se aproxima ya el mes de mayo. Vamos t� y yo a pedirle a la Virgen que te ayude a ver claro. Ella es nuestra Madre y sabe de amores verdaderos, sacrificados. �Te parece?
Durante el mes de mayo, Antonio aument� en otro d�a su cupo de visitas a Padilla. Los lunes, a las siete de la tarde, �l y otros cinco estudiantes asist�an a un c�rculo de estudios, en el que Carlos Ortega les comentaba el evangelio de la misa del d�a y luego les hablaba de alg�n aspecto de la vida interior o del apostolado de la Obra, terminando con seis puntos de examen, siempre los mismos. La cosa duraba de media hora a tres cuartos, y Carlos usaba como gui�n un papelito lleno de referencias a Camino. Al final se rezaban tres avemar�as y se celebraba una tertulia para hablar de deporte, o de apostolado.
En la segunda semana de mayo, una ma�ana luminosa antes del mediod�a, Carlos acompa�� a Antonio San Bernardo arriba, hasta mitad de la calle.
-Durante el mes de mayo, tenemos costumbre de hacer una romer�a a una ermita de la Virgen, rezando las tres partes del rosario, una al ir, otra all� y otra al volver, pidi�ndole por todo lo nuestro y por la intenci�n especial de cada uno. �Quieres que vayamos el domingo por la ma�ana?
Antonio acept� complacido, porque la devoci�n a la Virgen era uno de los aspectos m�s agradables de su austera religi�n. El domingo siguiente, a las diez de la ma�ana, apareci� en la estaci�n de metro de Vallecas, donde Carlos le hab�a citado. Carlos compareci� con Gregorio, el ingeniero que hab�a hecho con �l los ejercicios en Molinoviejo y que, aunque menos, tambi�n frecuentaba Padilla.
-Hemos pensado -dijo Carlos- que podr�amos matar dos p�jaros de un tiro y, al mismo tiempo que la romer�a, haremos una visita a los pobres.
Antonio record� que, al terminar el c�rculo, se pasaba una bolsa donde cada uno echaba el dinero que pod�a. Le hab�an explicado que ese dinero era para los pobres de la Virgen. Vallecas arriba hab�a una iglesia con una advocaci�n mariana, y hacia ella se encaminaron los tres, rezando el rosario en voz baja para que los transe�ntes no lo advirtieran. Permanecieron en la iglesia alrededor de un cuarto de hora. Antonio le pidi� a la Virgen que le ayudara a resolver su problema, y se sinti� aliviado porque la imagen, iluminada por el sol ma�anero que atravesaba una ventana, le recordaba la sonriente cara de Amparo. Carlos les indic� el camino de la sacrist�a, donde deb�an encontrar al cura que facilitaba la lista de familias pobres del barrio. Lo encontraron limpiando candelabros. Era un hombre joven, fuerte, con una sotana sucia y un jersey azul encima de ella.
-Vosotros sois los estudiantes de Madrid que llamaron por tel�fono ayer, �no? Me da igual si sois falangistas o comunistas. A ver si les pod�is echar una mano al barrio de latas de ah� arriba, porque, en cuanto viene el invierno, se inunda y adi�s. No tiene p�rdida el encontrarlo. Est� detr�s de aquella loma que se ve desde la ventana. Cualquier choza, cualquier cueva, merece ser socorrida.
Llegaron en seguida. Al sol primaveral, docenas de cr�os semidesnudos jugaban con palos y piedras. Las madres tend�an la ropa y, en una esquina de la loma, al abrigo del viento, cuatro mesas de madera con sendos taburetes de piedra eran el asiento de cuatro vocingleras partidas de cartas para los hombres. Gregario, m�s decidido, empez� a interrogar a uno de los jugadores.
-�Tiene usted empleo?

-�Hombre! Lo que se dice empleo fijo, no. Aqu�, el Antonio, conoce mucha gente de obras, y en el buen tiempo, nunca falta un jornal de pe�n. Pero como te desgracies o en cuanto llega el fr�o, se acab�. Pero por lo menos aqu� se vive, y no como est�bamos en Badajoz, que era una miseria viva. Y la parienta se saca sus pesetas lavando en una casa de Madrid. Peor est�n los reci�n llegados, que ahora viene mucho personal de Ja�n y de Granada, que los tenemos que dejar dormir en nuestras cuevas y, oiga ust�, ya no se cabe. Si al menos nos dejaran obrar un poco, pero los "polis" te denuncian en cuanto construyes algo fuerte, y cada mes viene un mandao del due�o de todo esto que nos cobra tres duros por cueva y cinco por choza y no deja abrir m�s agujeros.
-�Y qu� hac�a usted en Badajoz? -curiose� Gregorio.
-Pues lo que todos, joven, pasar hambre y echar jornales en la siembra y en la recolecci�n del cereal. �Una muerte! Sin luz, sin agua, sin m�dico, a diez kil�metros del pueblo.
-Bueno, Gregorio -interrumpi� Carlos-, nosotros a lo nuestro. Aqu� tiene usted diez duros de parte de los universitarios. D� gracias a Dios y c�mprele a los chicos unos pasteles y con las mismas, empuj� a Antonio y a Gregorio hacia la carretera. De regreso, rezaron de nuevo el rosario. Antonio coment� al final:
-A veces no nos damos cuenta de que a diez minutos de casa hay toda esta miseria. Mi padre dice que es necesario crear puestos de trabajo para impedir otra guerra civil.
-Mira -intervino Gregorio-, yo no me creo nada de lo que dijo este tipo. Seguro que era un vago, que prefiere gandulear en la capital a trabajar en serio en el campo. �Con su capataz quisiera yo hablar! Mucho cuento es lo que tiene esa gente, y no hacen m�s que crear problemas de saturaci�n y desorden en Madrid. Este pa�s no tiene m�s soluci�n que disciplina y una minor�a rectora firme y racional.
-Bueno, todo eso es pol�tica -dijo Carlos-. Nosotros hemos venido aqu� a honrar a la Virgen practicando la caridad y las virtudes humanas. En el fondo, estas limosnas nos benefician m�s a nosotros, que as� vemos la suerte que nos ha tocado de pertenecer a una clase pudiente y las cuentas que tenemos que dar a Dios usando bien de los talentos recibidos. Cuando seamos profesionales, ser� hora de plantearse las cosas como t� dices, Gregorio. Hoy voy a dedicar la oraci�n al tema de la pobreza de esp�ritu, porque nosotros hemos de mantenernos desprendidos de las cosas materiales en el esp�ritu, para mejor servir a Dios, y esta gente pobre, aun sin tener, a lo mejor son ricos y avarientos en la intenci�n.
Se despidieron al llegar al metro. A partir de entonces, Antonio se concentr� en la preparaci�n de los ex�menes. Hab�a sido un estudiante constante, un par de horas al d�a de trabajo, y estaba seguro de sacar buenas notas. Acabadas las clases, se quedaba en casa todo el d�a, y Amparo iba a hacerle compa��a por las tardes, al salir del colegio. Ella y Pilar se coaligaron para prepararle caf� y pasteles, estrenando sus primeras habilidades culinarias. Do�a Elena le contaba por la noche a don Leoncio todo aquel juego que se tra�an las chicas para ayudar a Antonio, y ambos sonre�an complacidos. Antonio se sent�a cada vez m�s c�modo en aquel ambiente familiar, y una noche, sin saber por qu�, tuvo un largo insomnio en el que lleg� a dos sencillas conclusiones: la primera era que iba a casarse con Amparo y dejarse de sobresaltos de conciencia. Por tanto, no volver�a a Padilla. La segunda, que quer�a casarse pronto y, para ello, har�a dos cursos de Derecho el pr�ximo a�o y adelantar�a todos los planes. Habl� con don Leoncio al d�a siguiente, y �ste no puso peros. Con ayuda del ya general Contreras, consigui� adelantar tambi�n su incorporaci�n a las milicias universitarias y, aquel verano, despu�s de los ex�menes, le toc� ir al campamento de La Granja.
Los domingos, los Cuadrado y Amparo visitaban desde �vila al flamante recluta, y a la jura de bandera asistieron tambi�n los padres de Amparo, �l luciendo su uniforme de coronel de infanter�a. Antonio, aleccionado por el general Contreras y su futuro suegro, supo acomodarse sin protestas a las minucias de la vida campamentaria y a los caprichos y veleidades del sargento u oficial de turno. "T�, a pasar desapercibido, hijo", le insist�a cada domingo don Leoncio. Ni la incomodidad de la tienda, ni el camino polvoriento del campo de tiro, ni las te�ricas a pleno sol le pudieron. Tuvo la fortuna de coincidir en la tienda con

tres compa�eros del equipo de f�tbol de la facultad, gente reidora, cuya principal afici�n consist�a en contar chistes verdes, "para mantener alta la moral", como dec�an a carcajadas. Aquel verano pas� deprisa. Una tarde de domingo, ya cercano el final del per�odo de campamento, al pasar por un corro de malditos descubri� a Juan Cort�s, el director de Padilla. Se azar� un poco y quiso escurrir el bulto, pero Juan se levant� de un salto y fue hacia �l.

-No sab�amos que estabas en La Granja. �C�mo no dijiste nada al venir? Aqu� funciona un c�rculo y hay gente de la Obra. Supusimos que los ex�menes te impedir�an venir por Padilla. �Qu� tal los resultados?

Antonio sali� del paso con cuatro cortes�as y se fue de all� con una sensaci�n indescriptible, mezcla de miedo y verg�enza, que le tuvo nervioso el resto del d�a.

Al volver a Madrid con la familia, se matricul� en segundo y tercero de Derecho. Decidi� asistir a todas las clases te�ricas por la ma�ana y a dos pr�cticas al d�a por la tarde, y empez� un marat�n de estudios s�lo interrumpido por los breves paseos vespertinos con Amparo, la pr�ctica del f�tbol universitario los domingos por la ma�ana y el usufructo del abono de tribuna para ver al Real Madrid en Chamart�n que le hab�a regalado don Leoncio como premio a su �xito en junio.

Con sus idas y venidas apresuradas de clase a clase, casi no hablaba con sus compa�eros de San Bernardo, y menos con Carlos Ortega, a quien evitaba las pocas veces que lo vislumbraba de lejos. Una tarde, despu�s de las pr�cticas de derecho civil, se top� en la escalera con Miguel, su compa�ero de colegio, con quien hab�a descubierto en primero los bares y a Patro, la prostituta.

-�Pero hombre, Antonio! �D�nde te metes? Antonio le explic� sus planes.

-Desde luego, est�s agilipoyao, chico. Mi padre dice que �ste es el �nico momento bueno de la vida, y que lo que uno no se divierta de estudiante ya no se recupera. �Por qu� no te vienes el domingo por la tarde con nosotros? �Tienes dinero, cosa de diez duros?

Antonio quiso poner inicialmente una disculpa, pero, no queriendo disminuir su hombr�a ante el compa�ero de colegio, acept�. Miguel le esperar�a a las seis en la puerta del teatro Mart�n. Un amigo le proporcionaba entradas de claque a bajo precio, con la sola obligaci�n de obedecer al jefe aplaudiendo cuando �l lo indicaba. Por un duro vieron la funci�n, con otros seis estudiantes, todos conocidos. Se extasiaban con los contoneos de una francesita, Monique Thibaut, y con las m�s rudimentarias formas de las quince garridas espa�olas del coro.

-�Te gusta la vicetiple? -le dio con el codo Miguel al encenderse las luces del descanso.

Antonio estaba nervioso y sudaba. Al final de la representaci�n, Miguel le llev� a Las Palmeras, una sala de fiestas de Quevedo donde hab�a quedado con dos chicas.

-Son de medio pelo, �sabes?, pero est�n buen�simas y les encanta el traj�n.

Antonio qued� emparejado con Ramona, una morena, gorda y risue�a, que se le pegaba al cuerpo al son de los boleros de Mach�n que insistentemente ejecutaba un conjunto no demasiado conjuntado.

Bailaron, rieron, se sobaron hasta las once de la noche y, al acompa�ar a Ramona, que viv�a en la plaza de Trafalgar, �sta se dej� besar y acariciar en el portal de su casa, hasta que Antonio se corri� en los pantalones.

Al d�a siguiente, Miguel le cont� que Ramona estaba de criada en esa casa y que la otra le hab�a dicho que �ojo! , porque ten�a un novio formal carpintero con quien se iba a casar, pero que de vez en cuando se aburr�a del novio y sal�a con un estudiante.

-Lo t�pico, Antonio. Mientras seamos estudiantes y sin compromiso, somos los due�os de la alegr�a de Madrid, y todo el mundo quiere participar de lo nuestro.

Antonio estaba cada vez m�s asustado ante sus propias reacciones. Desde aquel incidente con Amparo, hab�a frenado sus caricias y sus efusiones, para no asustar ni poner nerviosa a su novia. La vida campamentaria en verano, y ahora el duro ritmo que se hab�a impuesto, parec�an haber sosegado sus impulsos, pero ah� estaban de nuevo, rebrotando con fuerza.

Sin pensarlo demasiado, aquel jueves fue a confesarse a Padilla. Don Jes�s le recibi� con una sonrisa.

-Te nos hab�as perdido, �eh?

Antonio abri� su coraz�n a borbotones y termin� llorando de rodillas frente al crucifijo negro que don Jes�s ten�a encima de la mesa. Mientras le daba los consejos finales de la confesi�n, don Jes�s le consolaba con palmadas en los hombros:

-��nimo, Antonio! Somos un trozo de carne habitado por la gracia de Dios, y a veces nos empe�amos en no dejar que �sta se aposente del todo en nuestras vidas. Cuando uno recibe un anticipo de lo que es la compa��a de Dios, nada puede ya llenarle. Me parece que t� est�s jugando con fuego y tratando de enterrar una brasa que Cristo mismo ha encendido en tu vida.

Sali� de aquel rato sosegado, pero seco interiormente. Camin� despacio por el familiar itinerario hasta su casa. Estaba triste, pero no ten�a fuerzas para reaccionar con un pensamiento positivo. Por la noche, su memoria le presentaba de nuevo esa gran opci�n, ante la cual los planes profesionales, su vida con Amparo, palidec�an. "Ya estamos otra vez igual", dijo en voz alta y con amargura antes de quedarse dormido.

Pas� dos meses horribles. Trat� de enterrarse en el derecho civil, el can�nico, el mercantil. Se invent� un mecanismo mental para ahuyentar de la memoria las ideas inc�modas. En dos o tres ocasiones, Amparo protest� contra su mutismo y contra la dureza, la insistencia y la agresividad de sus caricias.

Ten�a los nervios de punta. En Navidades volvi� a Padilla. Nada m�s entrar, Carlos Ortega, que le abri� la puerta, le dijo:

-Iba a llamarte por tel�fono. Juan me ha dicho que quer�a verte.

Juan Cort�s le recibi� en Direcci�n. Cargando su pipa y con su caracter�stico tono de jovial paternalismo, le dijo:

-Antonio, tenemos que hablar de hombre a hombre. No hemos charlado mucho, pero me tengo por buen psic�logo (al fin y al cabo soy m�dico) y entre Carlos y don Jes�s me han ayudado a formular un diagn�stico. Creo que t� tienes una vocaci�n como una casa. Y cuanto m�s te empe�es en no aceptarla, peor lo vas a pasar. No le pongas barreras al Se�or. M�s bien, como dice el Padre, preg�ntale: "Si esto me pides, �qu� me ir�s a dar?"

-Yo no s� si tengo vocaci�n -contest� nerviosamente Antonio-. Lo �nico que s� es que me voy a volver loco si no consigo olvidarme de esta alternativa. Hasta las cosas m�s agradables de mi vida me resultan amargas a causa de esta especie de inseguridad que me invade. Pero, Juan, �t� est�s seguro?

-No es cuesti�n de estar seguro, Antonio. La entrega requiere siempre una actitud de riesgo. Si no, no tendr�a m�rito. Hemos de valorar lo que dejamos para servir a Dios, y tiene que costarnos. �l no se satisface compartiendo. Lo quiere todo de sus elegidos. Pero tenemos que d�rselo, no aceptar una irresistibilidad matem�tica. Te sugiero que te metas en el Bel�n esta Navidad, que te hagas uno de los pastores, o mejor el burro del pesebre, que mires al Ni�o reci�n nacido y le pidas a su Madre que te ayude a poner tu vida a sus pies.

Continuaron hablando un poco m�s de volver al plan de vida que hab�an concretado en los ejercicios, y Antonio se despidi� con un "Sea lo que Dios quiera".

Aquella noche, rez� casi en voz alta: "Se�or, no s� qu� l�os te traes conmigo, pero me siento incapaz de soportar esta tensi�n. Creo que quieres mi vida entera y me parece que no tengo m�s remedio que d�rtela. Hazlo de forma que no sea dolorosa para Amparo, que ella no sufra".

Al d�a siguiente, nervioso pero resuelto, se sent� frente a una cuartilla y escribi� una carta a Amparo, que se hallaba con sus padres en �vila. Querida Amparo: Algo dentro de m� que nunca me he atrevido a contarte me lleva a dejarte. Te dejo para servir a Dios. Cuando vuelvas, es mejor que no nos veamos, para no sufrir y, �por qu� no decirlo?, para no ponerme en la tentaci�n. Te encomiendo. Antonio.

Con la carta en el bolsillo, se march� a Padilla. Le recibi� Carlos, con una luz nueva en sus ojos.

-�Quieres ver a Juan? -le pregunt�.

-No s� si a Juan o a don Jes�s.

-Si vienes a lo que me figuro, a Juan. En la Obra el director es laico. El sacerdote no es director, sino confesor, asesor. S�lo decide dentro del sacramento de la penitencia.

Juan Cort�s lo recibi� en seguida.

-�A qu� vienes tan de ma�ana?

-Ya puedes imagin�rtelo, Juan. Quiero ser de la Obra.

Me parece que no tengo derecho a resistirme.

-�Estupendo! Cuando venga el Se�or en Navidad, dentro de unos d�as, tendr� un loco m�s en su manicomio. Unos consejos pr�cticos antes de nada, Antonio. Esta decisi�n que has tomado, aunque t� la consideres firme, es una cosa muy delicada que llevas dentro de ti y que tienes que proteger. No la comentes con nadie fuera de la Obra. Mu�strate natural con tus padres, procura que no se den cuenta del cambio. A la chica esa con quien pensabas casarte, p�dele discreci�n.

-Le he escrito una carta -repuso Antonio mostr�ndosela.

-�A ver? Muy bien. Escueta. Puedes a�adir lo de la discreci�n. Acabas de realizar un acto t�pico de la Obra. En se�al de entrega, nosotros damos a leer al director nuestras cartas; las que nos llegan se las damos cerradas, y �l nos las devuelve si lo cree oportuno; las que mandamos se entregan abiertas en Direcci�n. Otra cosa: aunque nosotros no vamos a espect�culos, t� sigue yendo con tu padre al f�tbol. Es cada dos domingos, �no? Ya lo interrumpir�s a su debido tiempo... Ahora, tienes que escribirle una carta al Padre. Empieza por "Querido Padre", y no te olvides de ponerle firma y fecha. La sustancia de la carta es pedirle tu admisi�n como socio numerario del Opus Dei. Puedes decirle lo que quieras. Toma esta cuartilla y avisa cuando termines. Usa mi mesa.

Antonio se sent� en ella, fij� la mirada en el crucifijo y escribi� de corrido tres l�neas. No quiso extenderse m�s. A guisa de comentario central, puso antes de la petici�n: "A pesar de todo le ruego me admita..." y subray� la frase.

Al salir al pasillo, vio a Juan, don Jes�s y Carlos charlando juntos con expresi�n de alegr�a.

-Pax, Antonio -le abraz� Carlos.

-Enhorabuena, jurista -le dijo sonriente don Jes�s.

-Esperad, esperad -interrumpi� Juan-. �Has escrito la carta?

-Claro, t�mala.

-Pues ahora s� que te felicito yo tambi�n. Pax, Antonio. Entremos todos en Direcci�n.

Se sentaron.

-No se sabe qui�n est� m�s contento, �verdad, Carlos? Por fin te ha "pitado" tu amigo. No te puedes figurar. Antonio, c�mo te he encomendado y ofrecido horas de estudio y mortificaciones para que llegaras a esto. Eres el primero en 'pitar' en estas vacaciones de Navidad. Don Jes�s, ya le puedes borrar de esa lista que cada ma�ana recitas en la misa.

Continuaron unos minutos charlando de otros chicos 'pitables' a corto plazo, y Juan encarg� a Carlos:

-Expl�cale a Antonio el plan de vida y daos una vuelta antes de comer. Ten�is permiso para tomaros unas ca�as y celebrarlo.

Antonio y Carlos bajaron a la calle de Serrano. Era un d�a de diciembre, fr�o pero soleado. Entraron en el bar de la esquina y pidieron dos ca�as. De pie en la barra, Carlos comenz� su charla, muy seguro de s� mismo. Antonio, que le miraba fascinado, escuchaba atento.

-Si quisiera resumir en pocas palabras nuestro plan de vida, ser�an sinceridad, docilidad y sencillez. Sinceridad, que es la clave de la vida en casa. Cada semana tenemos la confidencia con el director y la charla con el sacerdote, en las que hemos de abrirnos totalmente para que nos conozcan y puedan ayudarnos y apoyarse en nosotros para sacar adelante la Obra.

-�Cu�l es la diferencia entre la confidencia y la charla?

-La confidencia es m�s amplia. Al director le contamos todo, vida interior y exterior, y �l nos dirige y aconseja tambi�n en todo. El cura tiene la exclusiva del sacramento y se concentra m�s en la vida interior. Con la docilidad, logramos ser instrumentos eficaces, mazas de acero envuelto en funda acolchada, como dice el Padre. Y cuando no veas clara una cosa, vive la infancia espiritual y hazte ni�o que se f�a de su padre. Esa es la �ltima nota, sencillez. Con la entrega, nuestra vida se simplifica, se descomplica. Si eres sencillo ante Dios y los superiores, todo te ser� f�cil y agradable.

Antonio iba digiriendo las palabras. Se sent�a calmado, abierto, como un suelo f�rtil donde sus nuevos hermanos sembrar�an una simiente fecunda.

-Poco a poco -continu� Carlos-, ir�s aprendiendo las normas, las costumbres. Es

de buen esp�ritu querer aprender siempre y desear morir aprendiendo. Hoy te explicar� las dos primeras normas diarias: el ofrecimiento de obras y la ducha. Nada m�s despertarte por la ma�ana, sin conceder un segundo a la pereza, en lo que llamamos el minuto heroico, te levantas y besas el suelo, diciendo 'Serviam'. Es lo contrario del 'Non serviam', no servir�, de Luzbel el rebelde. Nosotros le decimos todos los d�as al Se�or, como primer acto reflexivo, que queremos servirle. Despu�s, la ducha de agua fr�a, en invierno y en verano, que tonifica el cuerpo y lo hace resistente a la tentaci�n. Si tienes alguna enfermedad o algo que te impida ducharte, se lo dices al director para que te dispense. Un hombre capaz de ducharse por las ma�anas con agua fr�a tiene mucho adelantado para el resto del d�a.
-�Pero mis padres se van a despertar con el ruido del agua! El cuarto de ba�o est� cerca de su alcoba.
-Procura hacerla en silencio o, si quieres, te duchas en Padilla cuando vengas.
-�Tengo que venir todos los d�as?
-No es que tengas que venir. Las normas no son una imposici�n ni algo que obligue bajo pecado. Es costumbre que hagamos la oraci�n juntos por la ma�ana y despu�s de la misa, y los adscritos, es decir, los que no viven en casa, suelen venir a la oraci�n. Si no puedes porque no te da tiempo para ir a clase, lo hablas con Juan, y arreglado.
Al despedirse, Antonio le pregunt�:
-Creo que al darme la enhorabuena hab�is dicho algo as� como "Paz", �no?
-Cuando nos encontramos o nos despedimos, y en varias ocasiones de la vida de piedad, usamos el saludo Pax. Se contesta "In aeternum", para siempre. Dice el Padre que as� se saludaban los primeros cristianos.
-Entonces, "Pax".
-"In aeternum", Antonio.
La vuelta a casa se le hizo muy corta. Ten�a tantas cosas en qu� pensar... y todas ellas iluminadas por la gran novedad de que hab�a sido capaz de negarse a s� mismo y darse por entero a Dios. A partir de entonces, intent� dejar el mon�logo y hablarle a Dios en su coraz�n, como le hab�a aconsejado don Jes�s. "Se�or -dec�a para s�-, me siento engre�do en mi interior, orgulloso de ser hijo de Dios, de linaje divino".
Durante los cuatro d�as que faltaban para Nochebuena, pas� todo su tiempo en Padilla. Como eran vacaciones, la familia Cuadrado aceptaba que los chicos fueran y vinieran a su antojo. Pilar se extra�� de tanta ausencia estando Amparo fuera, pero no dijo nada.
El d�a antes de Nochebuena Juan Cort�s invit� a Antonio a comer a Padilla. El comedor, como el resto de las habitaciones del piso, serv�a tambi�n como dormitorio nocturno. Alrededor de la mesa, que se desplegaba a las horas de las comidas y se usaba de d�a como estudio supletorio, se sentaban los nueve inquilinos fijos de la casa. Todos eran estudiantes de los �ltimos cursos, menos Juan, reci�n doctorado en Medicina, don Jes�s, el sacerdote, y To��, un ex soldado de la Divisi�n Azul que actuaba como ch�fer del Padre cuando �ste ven�a a Madrid y que trabajaba en las oficinas centrales de la Obra.
-Enhorabuena, chaval -le espet� To�� al abrirle la puerta-. Llegas justo a tiempo para rezar las preces.
Antes de entrar en el comedor, todos se arrodillaron en el oratorio y, despu�s de decir "Serviam" besando el suelo, rezaron una oraci�n en lat�n que dur� unos ocho minutos y de la que Antonio apenas entendi� nada. Luego, entre bromas, recorrieron el pasillo hasta el comedor donde, tras la bendici�n de la mesa, comenz� el almuerzo. Una chica muy joven, de negro y con cofia, serv�a en silencio. La comida consist�a en potaje de garbanzos y pescado frito y, como postre, una naranja. Se beb�a vino blanco com�n. Durante la comida, unos y otros relataron sus gestiones apost�licas en la universidad y, al final, otra vez el oratorio para hacer la visita al Sant�simo. De rodillas, tres padrenuestros y, luego, la oraci�n que el Padre hab�a compuesto y que Antonio recordaba: "Yo quisiera, Se�or, recibiros con aquella pureza, humildad y devoci�n con que os recibi� vuestra Sant�sima Madre, con el esp�ritu y fervor de los santos".
En la tertulia, sentados todos en la sala de estar, Juan le pidi� a To�� que contara algo del Padre. To�� se refiri� a uno de esos viajes que hac�an recorriendo provincias espa�olas, visitando obispos y animando a los de casa.

-Nos sorprendi� una tormenta en Somosierra y estuvimos dos horas paleando nieve, el Padre tambi�n. Luego presidi� la oraci�n, comentando ese punto de Camino que dice que, sin nieve, la cosecha no fructifica y que nuestra vida interior, aunque a veces parece oculta por la nieve, crece hacia adentro.

Durante la tertulia hab�an ido llegando otros adscritos, que se sentaban en el suelo cuando ya no hubo m�s sillas. Antonio reconoci� a un compa�ero del colegio, al que se dirigi� inmediatamente despu�s de terminar la tertulia.

-�Pero, hombre, Fernando, no sab�a nada!

-Yo s�, pero me dijeron que no interfiriese. �Qu� alegr�a!

Carlos interrumpi� el bullicio de ambos.

-Ahora estamos en silencio menor, tiempo de estudio hasta la merienda. S�lo se habla lo imprescindible.

La mayor�a se dirigi� a la sala de estudios, Antonio con ellos. Abri� su libro de civil, coloc� delante el crucifijo que le hab�an dado y, diciendo una jaculatoria, se sumergi� en el derecho hipotecario.

Pasaron las Navidades. Despu�s de Reyes, Antonio volvi� a la facultad. Cumpl�a ya casi todas las normas de la Obra, y su vida de estudio estaba punteada por su vida de oraci�n y mortificaci�n. Estren� un cilicio de hierro, que se pon�a durante dos horas en el muslo mientras estudiaba. Juntamente con Carlos hab�a redactado una lista de compa�eros de curso a los que iba a "tratar". Una tarde, su hermana Pilar se meti� en su cuarto. Estaba p�lida y llorosa.

-Amparo me ha ense�ado tu carta. Est� destrozada. �C�mo puedes estar seguro de eso de la vocaci�n?

-Mira, Pilar, �stas son cosas personales. Amparo encontrar� su felicidad y yo la encomendar�, pero te pido que no te metas en esto, por favor.

-Pero, �c�mo no me voy a meter si es mi mejor amiga y hasta hace nada la novia de mi hermano...? Tengo un recado para ti. Don Benito, el confesor de los padres de Amparo, quiere verte y te espera a las ocho en la parroquia de la Milagrosa.

Y dando la vuelta, se march�. Antonio no sab�a qu� hacer. No era cosa de llamar a Padilla para pedir consejo. Por otra parte, un cura siempre es un cura. De modo que a las ocho busc� a don Benito, al que encontr� sentado en un banco de la iglesia citada. Al ver a Antonio, don Benito se levant�, le llev� hasta la puerta y, ya en la calle, le dijo:

-�Me invitas a tomar un caf�?

-Encantado, don Benito. Vamos ah� enfrente.

Se sentaron ante sendos caf�s y Antonio empez� a contarle la historia de su decisi�n. El sacerdote escuchaba atento. Al cabo de unos diez minutos, le interrumpi�:

-Mira, muchacho, como t� comprender�s no me vas ahora a impresionar, desde tu fervor de iniciado, con las cosas de Dios. Yo llevo con honradez y convicci�n esta sotana, pero la vida me ha ense�ado que Jes�s de Nazaret, ese Hombre. Dios que todos los d�as viene a mis manos al conjuro de mis palabras, no est� tan interesado en las organizaciones eclesi�sticas como en los corazones y el comportamiento de la gente. Ni la Obra, por lo que yo s�, ha inventado nada nuevo, ni t� vas a estar m�s cerca de Dios sin Amparo que con ella. Quiero recordarte que has dado pasos p�blicos en tus relaciones con Amparo (no tengo por qu� referirme a los �ntimos) y que, en la sociedad en que vivimos, eso te compromete y, sobre todo, cuenta en la biograf�a de ella. El destino de las mujeres espa�olas, por desgracia, depende de una mezcla de pudor y belleza para tener �xito en el mercado matrimonial y, tal como somos los castizos espa�oles, el que t� te comportes de esa manera con ella no la va a beneficiar. No creo que muchos chicos entiendan eso de dejada por una cosa que no consiste en ser cura o fraile, sino en seguir siendo abogado o comerciante, pero soltero.

-�Pero, don Benito! -interrumpi� Antonio-. La Iglesia ha dado ya varias aprobaciones a la Obra y...

-Eso es asunto nuestro, hijo, de los hombres de la Iglesia, entre los que te voy a tener que incluir para mi pesar, como sigas tan terco. Al com�n de los mortales le parecer� raro eso de haber hecho los votos y seguir siendo civil. Adem�s de complicado a efectos jur�dicos y morales. Pero yo no trato de minimizar la Obra. En mi libro de historia de la Iglesia hay las suficientes fundaciones como para no extra�arme de una nueva, m�s o menos peculiar. Yo te hablo del bien de Amparo, de la grandeza del matrimonio cristiano. Y creo

recordar que la �nica vez que te vi antes de hoy, me explay� suficientemente, ante el esc�ndalo de las personas mayores, acerca de mi esperanza en un catolicismo m�s humano, menos ritualista y m�s como yo creo que Cristo lo quiere. Bueno, al fin y al cabo, y como dec�a mi prefecto de seminario para zanjar las conversaciones inc�modas, doctores tiene la Iglesia... Te veo muy seguro de ti mismo y, como te dir�n en el Opus, �qui�n soy yo para torcer la voluntad de Dios?

Se levantaron del caf� y caminaron en silencio Santa Engracia abajo. Con un "Hasta la vista, hijo", don Benito torci� en la esquina de Garc�a de Paredes y se alej� a buen paso. Antonio volvi� a casa entristecido. Hab�a frenado su imaginaci�n cada vez que �sta le presentaba a Amparo. Ahora, impresionado por los sucesos de la tarde, se la imaginaba de diferentes maneras, pero siempre llorosa, suplicante, como una Dolorosa. Tard� en dormirse aquella noche, sacudido por una serie contradictoria de pensamientos y sentimientos. A la ma�ana siguiente, despu�s de la oraci�n y la misa en Padilla, pidi� a Juan que le atendiera unos minutos.

-�No te importa esperar a que desayune? -le contest�.

Mientras tanto, Antonio compart�a los bocadillos y las bromas de los adscritos, que, en un rinc�n de la casa, despachaban lo que en la jerga de Padilla se llamaba el desayuno de los ch�feres. Al sentarse con Juan en Direcci�n y contarle el episodio, se sinti� m�s aliviado.

-Hace unas semanas, durante la oraci�n -inici� Juan su charla-, el Padre nos habl� en Lagasca del Buen Pastor, el que da la vida por sus ovejas y el �nico de fiar en la conducci�n del reba�o. En la Obra, el buen pastor es el Padre y sus delegados. S�lo a ellos nos confiamos. Los trapos sucios se lavan en casa. Por desgracia, siempre encontraremos gente consagrada a Dios que ha devaluado la calidad de su entrega y ya no considera sublime la vocaci�n. De �sos debe de ser tu don Benito. No le hagas caso. Son como los fariseos, que convirtieron la religi�n en caricatura. No des importancia al asunto. Busca a Dios en ti y en tus hermanos dentro de la Obra, y adelante.

-Pero -argument� Antonio -me ha impresionado lo que me dijo de Amparo.

-�C�mo no te va a impresionar? Esa gente juega con los afectos y con cualquier intimidad para sofocar la acci�n de la gracia en el alma. �Mira si al Se�or no le cost� trabajo renunciar a su Madre! Casi todos los que estamos aqu� hemos tenido nuestra novia. Y esa prueba de fuego, dejar lo m�s atractivo, el amor de una mujer, es lo que muchas veces espera el Se�or para confirmamos su gracia.

Las palabras de Juan descend�an como un b�lsamo sobre el coraz�n de Antonio. Camino de la facultad, mientras rezaba el rosario, se fue recuperando, y al atravesar el portal�n de San Bernardo, volvi� a sentirse orgulloso. "Hijo predilecto de Dios en su Obra, eso es lo que soy".

Al llegar las vacaciones de Semana Santa, pretextando la cercan�a y dureza de los ex�menes, no acompa�� a su familia a �vila. Don Leoncio se qued� con �l en Madrid hasta el Mi�rcoles Santo en que, por la tarde, cogi� el coche, camino de cuatro d�as de descanso. Porfi� un poco con Antonio para que se fuera con �l, pero al final lo dej� en paz. El Viernes Santo se presentaron en la casa de �vila de los Cuadrado el general Contreras y el padre de Amparo. Don Leoncio se apresur� a obsequiarles, "dentro del ayuno del d�a", como dijo, excus�ndose por la parquedad del convite.

-Quer�amos hablarte de Antonio -comenz� el general-. No s� si te habr�s enterado de lo que pasa, porque los padres sois los �ltimos en saber las cosas de los hijos.

-�Qu� pasa? -inquiri� mosqueado don Leoncio.

-Pues que ha dejado a Amparo -afirm� el padre de �sta.

-Bueno, ser�n cosas de novios -coment� don Leoncio tranquilizado-. No me ir�is a decir que ven�s en comisi�n para que resolvamos una pelea amorosa.

-Es que hay algo m�s -sugiri� Contreras en tono misterioso. Don Leoncio enrojeci�.

-�Es que est� la chica embarazada?

-�No, hombre, no es por ah�! Si�ntate y te lo contaremos -prosigui� el general-. Seg�n parece, tu hijo ha ingresado en el Opus Dei, una organizaci�n religiosa nueva, algo as� como los jesuitas, pero de paisano. No se casan, siguen trabajando como civiles y quieren llenar de sus gentes la universidad, el

gobierno, etc. Tienen buenos apoyos. El padre Escriv�, el fundador, conoci� al Caudillo en Burgos, y parece que el General qued� impresionado, de modo que le protege en forma suave. Por lo visto, la idea es crear una versi�n cat�lica y espa�ola de aquella maldita Instituci�n Libre de Ense�anza que nos trajo la guerra y la desuni�n, logrando as� intelectuales de fiar. Sin embargo, muchos curas, y entre ellos los mismos jesuitas, no est�n de acuerdo con la Obra. Les parece una cosa muy moderna, demasiado arriesgada y, seg�n creo, en Roma hay divisi�n de opiniones. Tambi�n me ha dicho una jerarqu�a de la Falange que, en su opini�n, los del Opus no son demasiado patriotas y no est�n muy dispuestos a acatar la disciplina del Movimiento.

-�Y mi hijo se ha hecho de eso? -pregunt� don Leoncio-. �Pues me dej�is de una pieza! �Si no hace un a�o que me habl� de adelantar curso para casarse pronto con Amparo, y yo lo interpret� como que entrar�a conmigo en los negocios...! Desde luego, ten�is raz�n: uno siempre es el �ltimo en enterarse.

-�Elena! -grit� llamando a su mujer-. A ver, �qu� sabes t� de lo del chico?

Elena acudi� y comenz� a hablar, nerviosa:

-No he querido decirte nada, pero Pilar me ha contado lo de los chicos y eso de la nueva vocaci�n de Anto�ito. Estaba esperando a ver por d�nde sal�a todo esto.

-O sea -concluy� don Leoncio enrojeciendo-, que lo sab�ais todos, y yo como un tonto, en la luna de Valencia. Pues ahora mismo cojo el coche y me voy a Madrid a preguntarle a ese caballerete con qu� derecho juega con el porvenir de los dem�s y las ilusiones de sus padres. Perdonadme. Y sali� del cuarto.

Minutos despu�s, son� el motor del coche y don Leoncio se alej� en direcci�n a la carretera de Madrid.

Mientras conduc�a, repasaba sus relaciones con Antonio. Le hab�a dado todo lo que estimaba necesario para que fuese feliz, mucho m�s de lo que �l mismo hab�a recibido de su padre. Antonio era un chico cari�oso, algo introvertido, pero sano y normal. �C�mo ser�a capaz de abandonar a una chica tan maja? Y luego, el pensamiento de su propia decepci�n le encoleriz�. �Con cu�nto gusto hab�a fortalecido en su mente el espect�culo de Antonio continuando y expandiendo su imperio mercantil! Tantos planes cuidadosamente acariciados para que ahora los arrojara por la borda a impulsos de un vago sentimiento religioso! Don Leoncio echaba mano de todos sus recursos imaginativos para tratar de entender c�mo habr�a ocurrido aquello. Para �l, la religi�n era una respuesta a las �ltimas preguntas, una tradici�n familiar, un freno a la inmoralidad, pero no algo cercano y posesivo. Ni siquiera cuando vot� por la CEDA influyeron en �l los curas. �l ten�a otras razones m�s s�lidas para esa decisi�n pol�tica, y el mundo eclesi�stico siempre le hab�a dado un poco de dentera. No entend�a la vida clerical y sab�a lo suficiente de los tinglados de la Iglesia espa�ola para compartir ese instinto popular contra la dominaci�n sacerdotal.

Lleg� a su casa hacia las once. Al subir encontr� todo a oscuras. Se acerc� a la habitaci�n de Antonio y oy� su tranquila respiraci�n. Estaba dormido. Abri� la puerta y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, percibi� la cara serena del muchacho, que sosten�a entre sus manos un rosario. Le vino a la memoria el Anto��n peque�o, con quien jugaba de chico. Sinti� aquel ramalazo de ternura paternal que siempre le asaltaba cuando recordaba la larga historia de su relaci�n afectiva con los cr�os. Elena, una Elena siempre cari�osa, se le enfadaba a veces porque dec�a que �l los malcriaba con sus atenciones y mimos, no incluidos en la previsi�n maternal. Y nunca olvidar�a aquella escena al final del bachillerato de Antonio, cuando le invit� a su despacho y le encendi� su primer pitillo con un encendedor de plata que hered� de su padre y le regal� despu�s. Eran muchos recuerdos, muchas ilusiones en com�n, y nunca se hab�an producido tensiones ni alejamientos importantes entre ellos. Y ahora esto... Se enfureci� s�bitamente y zarande� a Antonio. �ste despert� sobresaltado y, al ver a su padre, pregunt�:

-�Pasa algo en �vila, pap�? �Hay alguien enfermo? Don Leoncio se separ� de la cama, se sent� y encendi� un cigarro.

-No, caballero, no pasa nada. S�lo que acabo de hacer el viaje de un tir�n, interrumpiendo mi descanso, porque necesito averiguar c�mo es posible que me hayas ocultado, a m�, que siempre he sido tu amigo, esa decisi�n que has tomado y de la que he sido el �ltimo en enterarme.

Antonio se despabil� por completo y contest�:

-En primer lugar, pap�, no le he dicho a nadie nada porque se trata de un asunto muy privado y que est� a�n madurando. Claro que a Amparo se lo ten�a que decir, porque estaba directamente afectada. Yo no pod�a prever que se corriera la voz tan pronto. Te aseguro que docenas de veces en este �ltimo a�o he pensado en hablar contigo de mi problema, que no me dejaba vivir, y no lo he hecho por entender, quiz�s equivocadamente, que no me ibas a comprender. T� ten�as tus planes sobre m�, y yo ahora no estoy seguro de querer continuarlos, despu�s de mi decisi�n. S�lo te pido que tengas paciencia, que me dejes asumir mi responsabilidad. Dentro de unos d�as te explicar� lo que es la Obra, y estoy seguro de que lo vas a ver con mejor talante.

Don Leoncio qued� extra�ado ante la tranquilidad de Antonio y la seguridad con la que hablaba, lo cual a�n le enfurec�a m�s interiormente. De pronto, sinti� que hab�a una distancia tremenda entre su hijo y �l, como si hablaran lenguajes distintos, y se entristeci�. Permaneci� en silencio un rato. Finalmente se levant� y se march� sin volver a abrir la boca.

Antonio sonri�, bes� el crucifijo que guardaba debajo de la almohada y se durmi� de nuevo.

Dos d�as despu�s le tocaba hacer su confidencia semanal. Ten�a ya en gran estima esa charla peri�dica, en la que abr�a su coraz�n a Juan y recib�a est�mulo, consuelo y direcci�n como si vinieran del mismo Cristo, nuestro Se�or, tal y como le hab�an ense�ado. Antes de sentarse en Direcci�n, Antonio se met�a en el oratorio y pon�a por escrito las cosas que quer�a contar o consultar, en diminutas abreviaturas. Luego ped�a luces para mostrarse sincero y humilde y acud�a a su cita con el director. Juan le recib�a siempre con una amplia sonrisa, jugando con su pipa y dando la sensaci�n de que ten�a todo el tiempo del mundo para atenderle. Al contarle la escena con su padre, Juan se explay� en el tema de las relaciones con la familia carnal:

-Es posible que no lo entiendas ahora, pero la familia puede ser el peor obst�culo para nuestra entrega. De un lado, porque el cari�o, humanamente entendido, les lleva a contrariar nuestros mejores h�bitos de generosidad, y de otro, porque, habiendo trazado planes para sus hijos, se sienten decepcionados si tomamos otro camino, especialmente un camino de entrega y renuncia. Desgraciadamente, hay padres para quienes sus hijos son vacas que orde�ar y as� obtener el fruto de sus sacrificios. Hemos de procurar entender a nuestra familia, atenderla si nos necesita, pero con dos importantes condiciones, que nos mantengamos interiormente desprendidos de ella y que pongamos nuestra vocaci�n en primer lugar. Quiz� ser�a interesante que tu padre hablase con don Jes�s. �Crees que querr�?

-No lo s� -contest� Antonio-, pero se puede intentar.

Despu�s de la confidencia, volvi� al oratorio para grabar en su coraz�n los consejos recibidos y as� tratar de ponerlos mejor en pr�ctica.

El resto del curso transcurri� pl�cidamente. Antonio aprendi� a ofrecer el estudio, interrumpiendo sus horas sobre los libros con peque�as jaculatorias a la Virgen, a los �ngeles custodios. En Padilla, una lista con los pr�ximos chicos 'pitables' circulaba discretamente entre los de la Obra, y �l se hab�a confeccionado un se�alador de cart�n para indicar las p�ginas del libro, en el que ten�a apuntados esos nombres. En su memoria ofreci� horas de civil, de mercantil, de administrativo. S�lo iba a casa a comer y a cenar, y manten�a con su familia una actitud cari�osa, pero distante. Don Leoncio se hab�a calmado moment�neamente porque, entre los consejos de don Benito y el general Contreras y una superficial conversaci�n en Padilla que hab�a celebrado en Padilla con don Jes�s, hab�a llegado a la conclusi�n provisional de que no tenia mucho que ganar llev�ndole la contraria a su hijo y, adem�s, que nunca se sab�a en qu� parar�a aquello. Por otra parte, estaba preocupado por el ritmo de expansi�n de sus negocios, que a su juicio era muy lento, puesto que la competencia arreciaba. Ya no bastaba con tener buenas amistades en los ministerios, ni con dejar caer en una discreta comisi�n en manos de quienes recib�an el material. Hab�a que mejorar la calidad y mantener los precios para sobrevivir en la lucha mercantil, y eso le tra�a todo el d�a de la ceca a la meca. Tampoco do�a Elena, despu�s de su primer sofoco, se apur�. Su confesor, un jesuita maduro y sentencioso, la tranquilizaba.

-Estas novedades pasan pronto, hija m�a. La Iglesia es sabia por antigua, y ya

obligar� a esos chicos a decidirse entre ser religiosos, religiosos de verdad, con una distinci�n externa y unas obligaciones eclesi�sticas, o seglares. En ese momento, Anto�ito tendr� que optar o por ser sacerdote, lo cual es un honor para toda familia cristiana, o por volver con Amparo o con cualquier otra chica y casarse. A lo mejor este tiempo le sirve de entrenamiento, porque tengo entendido que, aparte que en el Opus de hacen muy buenas amistades, que siempre ayudan luego en la vida, el padre Escriv� los hace estudiar de verdad y prepararse bien para un trabajo seglar.
A fuerza de estudiar, Antonio aprob� en junio m�s de la le segundo y tercero. Luego volvi� al campamento de La Granja, ya como sargento. El panorama de su estancia all� cambi� radicalmente. Gracias a los buenos oficios de un alf�rez perteneciente tambi�n a la Obra logr� que le asignasen una tienda con otros tres numerarios. Cumpl�an las normas juntos y juntos hac�an apostolado. Una tarde, Antonio se encontr� con su amigo Miguel, a quien no hab�a vuelto a ver desde aquella noche del teatro Mart�n y el baile iba a La Granja por vez primera y se sent�a ya bastante harto. Antonio empez� a hablarle de ofrecer su cansancio a Dios. A media charla, el otro le interrumpi�:
-�No me digas que t� tambi�n te has hecho del Opus...! �Vaya plaga! Desde luego, la facultad se est� poniendo rar�sima. Y este a�o m�s. En octubre me cogi� por banda un t�o del pueblo para que me hiciera congregante mariano. Al fin le convenc� yo para que se viniera de juerga. En marzo, los del SEU, pesad�simos con que ten�amos que impedir un brote de mon�rquicos que hab�a en el curso, que iban a echar a perder el Movimiento. Me quer�an meter en pol�tica. Y ahora t�, dici�ndome las mismas cosas que un primo m�o que estudia Medicina y que se ha hecho del Opus. �Ad�nde vamos a llegar? Mira, Antonio, a m� lo que me gusta ahora son las t�as, �comprendes? Ya habr� tiempo para la pol�tica y la religi�n cuando est� casado. �Que la vida son cuatro d�as, so chalao! -y le dej� con la palabra en la boca.
En un domingo de permiso que Antonio pas� en �vila con sus padres, se top� a media tarde en la calle con Amparo. Iba con otras muchachas y, antes de que pudiera evitarlo, se encontr� salud�ndolas. Las amigas se hicieron a un lado, y Amparo, muy deprisa, con las palabras sali�ndole a borbotones, le dijo:
-No creas que me voy a morir porque me hayas dejado. He pasado unos meses mal�simos, pero ya me he repuesto y he aprendido a no enamorarme como una tonta. S�lo te digo una cosa: si alguna vez cambias de idea, no se te ocurra volver a m�, como a quien le queda siempre ese recurso. Los hombres os cre�is superiores y que nosotras os vamos a seguir el juego. Pero lo que es a m� no me vengas con cuentos...
Asombrado del cambio y la desfachatez de Amparo, no supo qu� decide. A�n le dol�a por dentro cuando miraba aquellos ojos que le hab�an enternecido tantas veces.
-Amparo, mujer, no es un capricho. Es la voluntad de Dios, y deber�as de estar orgullosa de haber puesto tu parte en mi entrega. Seguro que esto te va a traer muchos bienes espirituales.
-No quiero ni hablar contigo, Antonio. �Que seas feliz y d�jame en paz! -concluy� con rabia la chica. Y se alej�.
Antonio coment� el episodio en la confidencia de la semana siguiente. El director de la Obra en el campamento le anim� a rehuir ese recuerdo.
-Las cosas de la vida pasada s�lo deben servimos como experiencia. F�jate en lo que ha parado todo aquel entusiasmo entre la chica y t�. Cada d�a debemos convencemos m�s de que no hay otro amor que el Amor, y que el matrimonio es para la clase de tropa.
Al final del campamento, todos los de la Obra pasaron quince d�as en Molinoviejo. Era el curso anual, per�odo que, como Antonio ya sab�a, dedican todos los a�os los numerarios a una formaci�n m�s intensa. Molinoviejo presentaba para �l esta vez un atractivo distinto. Era su casa. Los treinta numerarios que se reunieron all� en aquel septiembre eran sus hermanos. Hab�a catalanes, gallegos, andaluces, vascos... El cumplimiento del horario se llevaba tan a rajatabla como en el campamento, s�lo que ahora era por una raz�n m�s entra�able, las costumbres de casa. Los chicos pasaban horas y horas oyendo contar a don Francisco, un cura ya mayor, relatos de los primeros tiempos de la Obra.

La casa del Padre en Mart�nez Campos, con la abuela, la t�a Carmen y el t�o Santiago, donde el Padre, antes de la guerra, recib�a a los primeros, y c�mo Santiago, que era entonces un cr�o, se quejaba a su madre de que los chicos de Jos� Mar�a, como dec�a �l, se lo com�an todo. M�s tarde la Obra le regal� una joya con esa inscripci�n, en recuerdo de los sacrificios de la familia del Padre por la fundaci�n. Episodios de la vida del Padre en el Madrid republicano, subrayando siempre con �nfasis su fe en el retorno de Espa�a a un per�odo m�s acorde con su historia cat�lica. La guerra, el Padre en la embajada, la escapada por los Pirineos, con el episodio del milagro de Rialp. El Padre en Burgos, la llegada de los numerarios del frente, el incremento de las vocaciones a partir de aquellos doce primeros de antes de la guerra. Don Francisco usaba un tono coloquial, que prend�a a los chicos en sus palabras, y lo contaba todo con esa persuasi�n del que ha sido testigo presencial de la epopeya.
La vida en Molinoviejo, al comienzo del oto�o, fue muy grata para Antonio. Conoci� en las tertulias detalles de la labor en Barcelona, en Sevilla, en Valencia. Un simp�tico andaluz cantaba por alegr�as con su guitarra, entre an�cdota y an�cdota. Por la ma�ana, ten�an clase de catecismo de la Obra. El director acud�a con un libro de color rojo, del que hab�a pocos ejemplares. En unas sesenta p�ginas se hallaba condensada en preguntas y respuestas la doctrina de la Obra, que ellos aprend�an de memoria, como el catecismo escolar, y repet�an usando el mismo procedimiento del colegio. El director explicaba los puntos: "�Qu� es el Opus Dei?" "El Opus Dei es un instituto secular cuyos miembros se consagran a la perfecci�n cristiana en medio del mundo". A Antonio se le estimul� su mentalidad jur�dica cuando llegaron a la explicaci�n de los votos. Recordaba su reciente derecho can�nico y no pod�a por menos de admirar la modernidad de las ideas del Padre, en relaci�n con los conceptos m�s arcaicos de la vida religiosa convencional. "La pobreza no es la materialidad de no tener nada sino el estar desprendido de todo". A Antonio le interes� especialmente la organizaci�n de las actividades apost�licas. "Son obras corporativas aquellas que dirigen s�lo los miembros de la Obra. Y comunes aquellas en que los miembros de la Obra se asocian con otros para realizar actividades temporales con fines apost�licos". Fernando, un chico mayor que preparaba oposiciones a c�tedra de civil, les explic� en una de las clases de la tarde c�mo ser�a el despliegue de esas actividades.
El Padre ha querido evitar los problemas que surgen cuando en un pa�s la Iglesia es perseguida y se le expropian sus bienes. Por eso la Obra act�a siempre a trav�s de personas interpuestas, ya sea utilizando la personalidad jur�dica de sus socios, ya sea fundando sociedades mercantiles o civiles. Las residencias, por ejemplo, son entidades acogidas a la legislaci�n espa�ola en que la Obra no es titular. El Padre hace aqu� un acto de confianza en sus hijos y en nuestros cooperadores, en el sentido de que sabremos actuar en nombre propio, pero siguiendo siempre fielmente las consignas de los superiores, que no se muestran y que, como dice el Padre, han de conjugar el nosotros oculto para que nosotros podamos conjugar el t� y el yo de la actuaci�n externa.
En Molinoviejo, Antonio pudo practicar la costumbre de dormir en el suelo una vez a la semana. Todas las noches, despu�s del examen general y del rezo de Completas en el oratorio, se iniciaba el silencio mayor. Este silencio total s�lo se interrump�a despu�s de la misa del d�a siguiente. Pero mientras la mayor�a se acostaba, un grupo en pijama extend�a mantas sobre el suelo de madera del sal�n y se acostaba en ellas, reclinando la cabeza sobre un libro. "A ver si as� se me contagia la sabidur�a", comentaba bromista el andaluz de la guitarra. Tambi�n fue introducido Antonio en otras costumbres colectivas: la vela al Sant�simo, en que se turnaban toda la noche, de hora en hora; la pr�ctica de las disciplinas, unas correas de cuero con que se daban treinta y tres golpes en el trasero un d�a a la semana; la 'enmendatio', que consist�a en acusarse durante el c�rculo semanal, delante de todos los dem�s, de alguna falta, previa consulta al director. Antonio se sent�a asombrado ante su propia ilusi�n, que tambi�n notaba en el resto, por aquellas ceremonias, que les acercaban al esp�ritu de lo que vagamente �l entend�a por cristianismo medieval. Todo aquello produc�a una disposici�n absolutamente coherente en su conciencia, que se iba llenando de seguridad en su vocaci�n. Una tarde, el director le llam� a su despacho y le dijo:

-Antonio, est�s admitido en la Obra. Ahora tienes que ganarte la oblaci�n.

Seg�n dec�a el catecismo de la Obra, los postulantes recib�an una respuesta a los seis meses de haber escrito la carta al Padre. Se le llamaba la admisi�n. Un a�o despu�s, pod�an hacer los primeros votos, la oblaci�n, que se convert�an en definitivos, la fidelidad, a los cinco a�os.

Dos d�as antes de terminarse el curso anual, Antonio not� una cierta conmoci�n durante el desayuno. Por fin, el director dijo en voz alta:

-Esta tarde va a venir el Padre.

A todos se les ilumin� la cara. La mayor�a, como Antonio, llevaba poco tiempo en la Obra. Durante la ma�ana, los pocos que ya conoc�an al Padre aleccionaban a los dem�s. Se present� hacia las seis, en un "Opel" conducido por To��. Entr� abrazando a don Francisco y diciendo en voz alta:

-Este hombre ha probado su fidelidad durante mucho tiempo.

Enseguida pas� al oratorio y, luego, todos se sentaron a su alrededor en la sala de estar.

-�Qu� me cont�is? -empez� diciendo. Y como nadie alterase el silencio, continu�-: Hijos m�os, est�is aqu� para llenaros de Dios y del esp�ritu de nuestra madre guapa, la Obra. El mundo, ah� fuera, est� lleno de rencores, bajezas, ego�smos, y vosotros ten�is misi�n espec�fica de reconquistarlo, de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Cumplidme las normas y sed sinceros con los superiores, y no habr� ning�n problema.

Pidi� un vaso de agua y, mientras, el andaluz cant� una canci�n alusiva a la entrega. El Padre coment� la letra de la canci�n y, con algunas bromas dirigidas a los que conoc�a, termin� su intervenci�n con un "Pax", estent�reamente contestado por todos, y abandon� la sala.

Aquella noche, en que le tocaba dormir en el suelo, Antonio pens� en la escena. Le hab�a impresionado la convicci�n con que hablaba Escriv�, su buen humor, su ternura. Era muy distinto de c�mo se lo hab�a imaginado leyendo Camino. Realmente un l�der con coraz�n de madre, como le hab�a dicho una vez don Jes�s.

El �ltimo d�a del curso anual Antonio advirti� una nueva excitaci�n, que no supo a qu� atribuir hasta que el director le llam� a su cuarto y le dijo que conven�a que hablara con sus padres para que le permitieran vivir en Padilla el pr�ximo curso. Aparentemente, en esa ocasi�n se comunicaban los destinos. Como la mayor�a eran estudiantes, los traslados significaban poco m�s que dejar de vivir con sus padres o ir a una ciudad donde exist�a un centro de estudios. Pero todos recibieron una gran impresi�n al saber que el andaluz iba a marchar a M�jico y que otros dos hab�an sido destinados a Portugal.

Al llegar a Madrid, comunic� a don Leoncio la noticia.

-T� sabr�s lo que haces, Antonio. Vas a empezar cuarto de carrera y no eres ning�n ni�o. Sabes que te queda siempre abierta la posibilidad de ingresar cuando quieras en el negocio familiar, y espero que este traslado no perjudique tus estudios.

Do�a Elena y Pilar le ayudaron lloriqueando a preparar las maletas. Antonio trat� de consolarlas:

-�Que no me voy al Polo Norte, caramba!

Feliz, tom� un taxi y se present� en Padilla. Carlos Ortega, que hab�a sido nombrado subdirector de la casa, le ayud� a instalarse, robando sitio de un apretad�simo armario donde guardaban ya sus cosas otros dos. Antonio iba a dormir en el mueble-cama de una salita contigua al oratorio, donde sol�an celebrarse los c�rculos. La primera noche, al cumplir los dos �ltimos ritos nocturnos, consistentes en rezar las tres avemar�as de la pureza y rociar las s�banas con agua bendita, se le vinieron a la memoria aquellos versos del Breviario que hab�a aprendido en Molinoviejo: "Nada hay m�s hermoso que morar en la casa del Se�or". Dirigi� su mirada a la puerta que separaba la habitaci�n del oratorio. A menos de tres metros, Jes�s sacramentado velaba su sue�o, desde las misteriosas apariencias del pan eucar�stico.

Empez� el curso. Antonio hab�a ganado tiempo al no tener que hacer esos viajes diarios a su casa. La vida en Padilla era una continuaci�n de la de Molinoviejo, aumentada con la ilusi�n del proselitismo. En las comidas y en las tertulias se hablaba mucho de los chicos en "tratamiento". Antonio entabl� amistad con algunos compa�eros de cuarto de Derecho, nuevos para �l al haber adelantado un curso. Pronto se vio respetado por la precisi�n de sus respuestas en clase,

pero, sobre todo, porque ya era titular del equipo de f�tbol de la facultad y manten�a h�bitos sanos, como no fumar ni frecuentar los bares. A su alrededor, comenz� a tejerse una cierta aureola de admiraci�n y cuando, en seguida, se descubri� que viv�a en una residencia del Opus, le fue f�cil llevar las conversaciones por derroteros apost�licos. Asesorado por Carlos Ortega, sab�a no asustar a la gente, hablar primero mucho de virtudes humanas, de honradez, de trabajo, de compa�erismo.

El momento culminante lo constituyeron unas conferencias teol�gicas organizadas por el SEU, en las que hablaron un jesuita, personaje importante en la congregaci�n mariana, y don Raimundo, el cura indio del Opus, como le llamaban. Don Raimundo tuvo mucho �xito. Conocedor de la teolog�a moderna y provisto de una mente fr�a y una oratoria muy directa, entusiasmaba a los muchos estudiantes que sent�an el catolicismo como forma de vida intensamente practicada en la familia, en el colegio. Los de la Obra aprovecharon la ocasi�n e indujeron a bastantes de ellos a charlar con don Raimundo en la residencia de la Moncloa y en Padilla, donde pasaba algunas ma�anas. Por ese procedimiento, Antonio invit� a varios de sus colegas, especialmente a Fernando, el hijo del subsecretario de Hacienda, compa�ero suyo tambi�n en el equipo de f�tbol. Fernando era muy jaranero y ten�a gran �xito entre las chicas. Hacia Navidad, Antonio le invit� a una tanda de ejercicios y, por indicaci�n de Juan, le acompa��. Se pas� los ejercicios anim�ndole. Como Fernando ten�a tambi�n una anterior y profunda formaci�n cristiana, prendi� el fuego. S�lo quedaba la cuesti�n de las mujeres. Al regreso de Molinoviejo, Antonio discuti� el asunto con don Raimundo, quien hab�a presidido los ejercicios y al que Fernando parec�a haber elegido como director espiritual. Don Raimundo no era muy partidario de apresurar las cosas, al contrario que Juan, el director, particularmente interesado en que "pitara" el hijo de un pol�tico tan importante. "Tenemos que dejar obrar a la gracia -dec�a el cura-. Si el Se�or lo ha elegido, no podr� resistirse, como no pude resistirme yo, aunque lo intent� cien veces, ni t�". Juan era m�s pr�ctico. Ve�a las consecuencias sociales de una vocaci�n tan destacada y tem�a que el ambiente fr�volo de guateques y fiestas debilitara los fervores de Fernando. Toda la casa ofrec�a la oraci�n y la mortificaci�n por el candidato, e incluso don Jes�s habl� a las sirvientas para que encomendaran un 'pitaje' especial. Antonio se sent�a protagonista. Adem�s, mientras el secretario de la casa hac�a las pr�cticas de la milicia universitaria, �l desempe�aba interinamente su cargo. El secretario, juntamente con el director, el subdirector y el cura, formaba el consejo local de la casa, �rgano colegiado de gobierno, como quer�a el Padre. Su misi�n espec�fica, aparte compartir las decisiones del consejo, consist�a en llevar la caja y los libros de contabilidad. Los numerarios entregaban todo el dinero que recib�an de su familia o que ganaban dando clases o de cualquier otra forma. De vez en cuando, sacaban de caja cantidades para gastos ordinarios, metro, tabaco, etc. Firmaban vales de entrada y salida, y todos pon�an gran inter�s en que sus ingresos en caja sobrepasaran las salidas y tambi�n en que cada mes les cuadrara la cuenta de gastos, cuenta donde los apuntaban todos y que entregaban luego al director. Antonio conoci� entonces las penurias de Padilla. A veces no hab�a dinero para que las chicas fueran a la compra, y la directora, que ven�a unas horas a dirigirlas y administrar la casa, se pon�a nerviosa ante las deudas en las tiendas.

Se estudiaba cuidadosamente cualquier gasto extra, especialmente los de ropa, y de vez en cuando se daban peque�os sablazos a las familias m�s pudientes. No estaba bien visto pedir dinero a Comisi�n, es decir, a la oficina central de la Obra, porque, como les contaba To��, lo que el Padre necesita es que le resolvamos los problemas econ�micos, as� �l se puede dedicar a los otros. Se predicaba la doctrina de la autosuficiencia econ�mica de las personas y las casas, y a todos les daba verg�enza contradecirla.

Antonio recib�a dos mil pesetas mensuales de don Leoncio y, adem�s, su madre le compraba la ropa y le hac�a constantes regalos. Una tarde en que estaba m�s apurado que de ordinario acudi� a las oficinas de don Leoncio para que le echara una mano. �ste aprovech� la ocasi�n para soltarle un sermoncito sobre productividad y trabajo que le hizo salir con las orejas coloradas, aunque consigui� su prop�sito.

Fernando se decidi� en el mes de mayo. Hubo alegr�a general. Antonio se sent�a

en la gloria. Su oraci�n era una continua acci�n de gracias por hab�rsele permitido ser veh�culo de las maravillas del Se�or.

En Padilla reinaba un especial desinter�s por los acontecimientos mundanos. Aunque estaban suscritos al ABC, nadie lo le�a, a excepci�n de To��. Algunas noches, en la tertulia, cuando el director sent�a a la gente m�s fatigada de lo normal, pon�an la radio y o�an alg�n programa de variedades, tipo El Zorro o cualquier otro por el estilo. La concentraci�n mental en la piedad, el estudio y el apostolado era m�xima, y una vez al mes, el d�a del retiro mensual, guardaban el silencio hasta las cinco de la tarde. Antes, dadas sus aficiones futbol�sticas, Antonio sol�a comprar el "Marca", pero ahora, aunque no se lo hab�an prohibido expresamente, hab�a dejado de hacerlo.

Una tarde se pas� por Padilla el hijo del marqu�s del tren el�ctrico, como llamaban en broma a su padre, aficionado a ellos y poseedor de una valiosa instalaci�n en miniatura. El marquesito, que era hombre le�do y preparaba las oposiciones al cuerpo diplom�tico, habl� a Antonio de sus aficiones intelectuales. Antonio se puso nervioso al reconocer que no hab�a le�do a Ortega ni a Unamuno y que sus lecturas no eran m�s que un subproducto de sus lecciones de derecho. Como consecuencia de aquella conversaci�n y asesorado por don Raimundo, empez� a leer un libro de Maritain, un gran pensador estilo franc�s, seg�n el sacerdote. Le gust�, encontr�ndolo compatible con el esp�ritu de la Obra, aunque la firmeza y homogeneidad del pensamiento del Padre no permit�an los matices maritainianos. Un d�a discuti� de eso en San Bernardo con un compa�ero falangista y comprob� que a su interlocutor no le gustaban mucho los ideales dem�crata-cristianos del pensador galo.

Sin embargo, la atenci�n doctrinal de Antonio continuaba centrada en la Obra y, aunque ya en cuarto de Derecho, con el internacional y el administrativo, ten�a acceso a ideas y situaciones jur�dicas m�s abiertas y cosmopolitas que con el puro derecho privado, su manera de enfocar los estudios era muy pragm�tica. Aprend�a las cosas para dominarlas y no para hacerse cuesti�n de ellas. La meditaci�n diaria de Camino y de las frases del Padre que figuraban en otros escritos, recogidos de sus predicaciones, le hab�a proporcionado una especie de instinto para distinguir lo interesante de lo in�til en todo cuanto le�a u o�a. En cierto sentido, como le dijo una vez don Raimundo, la visi�n sobrenatural convert�a en accidental, accesorio, cualquier planteamiento intelectual que no tuviera como finalidad sentir m�s cercano a Dios en su coraz�n, y esto s�lo se consegu�a despojando la vida interior de los asuntos terrenales. Por supuesto, era preciso ocuparse de �stos, pero sin que les impidieran continuar siendo esencialmente hombres contemplativos. Por eso Antonio se iba desinteresando de sus aficiones, aunque en verdad nunca tuvo ninguna especialmente absorbente, y se sent�a dispuesto a servir a Dios en el sitio y del modo que los superiores le indicaran. Hablando un d�a en la facultad con Fernando, a quien cuidaba especialmente para proteger su incipiente vocaci�n, no tuvo m�s remedio que aguar algunas de las ilusiones profesionales que su nuevo hermano le confiaba:

-De acuerdo, Fernando, en que desde un puesto del Estado se puede hacer mucho bien, y el Padre dice constantemente que hemos de ocupar esos cargos para instaurar una sociedad cristiana. Pero el d�a en que el trabajo, por muy importante que sea, nos impida concentramos en la oraci�n o participar en la vida de familia no estaremos haciendo el "opus Dei" sino el "opus di�boli". San Bernardo le dec�a al papa que su trabajo de pont�fice ser�a una ocupaci�n maldita, f�jate bien, si le impidiese comportarse como un verdadero contemplativo.

Estaba tan seguro de lo que dec�a que a veces no dejaba hablar a sus compa�eros cuando contradec�an sus puntos de vista. Una tarde vino a Padilla un chico de San Rafael, como llamaban el los que no pertenec�an el la Obra, y cont� que en un bar de Serrano hab�an puesto una inscripci�n que, a su juicio, deb�a considerarse como sacr�lega.

Despu�s de pedir permiso al director, Antonio rog� al muchacho que le acompa�ase a aquel lugar. Nada m�s entrar en el bar, vio un cartel pegado al cristal del mostrador que dec�a: "Venid a m� todos los que est�is cansados, que yo os aliviar�". Antonio solicit� hablar con el due�o, un hombre gordo y ya entrado en a�os, que escuch� impasible la retah�la de argumentos y nerviosismos del chico.

-Mira, muchacho -le contest� al fin-. En mi casa mando yo, con permiso de mi

mujer y de la cantidad de inspectores que vienen a decirme c�mo tengo que llevar el negocio. No me faltaba m�s que me saliese un inspector amateur en plan moral. Ese cartel se queda ah� porque ha sido una ocurrencia de un amigo, y porque hace gracia a mucha gente, y porque a m� me sale de los cojones. Y si vienes de parte del obispado, diles que aqu� viene un cura todas las noches a tomarse unas copas y no me ha echado ning�n serm�n por ello.

Antonio volvi� desasosegado a Padilla y le cont� a Juan el incidente. Juan le tranquiliz� diciendo:

-No te preocupes tanto. T� haz un acto de desagravio al Se�or cada vez que te acuerdes de ese bar o pases por delante de �l. Cuando haya gente de la Obra en el gobierno, tendremos suficiente poder para impedir esas y tantas otras costumbres contrarias al esp�ritu cristiano. Mientras tanto, hemos de limitarnos a rezar y mortificarnos, y prepararnos bien para ocupar puestos de responsabilidad o para obedecer ciegamente en el lugar donde el Padre quiera colocarnos.

Antonio entr� en el oratorio. Media hora despu�s sali� calmado y confortado. Hab�a visto claro una vez m�s que en la Obra, las iniciativas personales no serv�an si no pasaban por el tamiz de la obediencia. El Se�or hab�a querido utilizar aquel suceso para ense��rselo de manera clara.

Hacia finales de curso, Juan le llam� a Direcci�n: -Hemos recibido la lista de los que van a hacer centro de estudios este verano y t� est�s incluido en ella. Supongo que ya sabes que todos los numerarios estamos obligados a seguir unos cursos sobre el esp�ritu de la Obra y algunas asignaturas del sacerdocio en r�gimen de internado. Este verano, en La Estila, os reunir�is m�s de doscientos numerarios. Creo que ser� una gran ocasi�n para que prepares tu oblaci�n. Espero que te guste Galicia. La Estila la construy� la Obra en Santiago como residencia de estudiantes y, en verano, se aprovecha para la formaci�n interna. �Tendr�s alg�n problema para ir?

Antonio le contest� que no y comenz� a preparar su �nimo para los tres meses de vida en com�n que le esperaban. Su car�cter abierto le hac�a f�cil la convivencia con todo tipo de personas. Aquel curso en Padilla le hab�a entrenado en esa delicadeza del trato mutuo que quer�a el Padre para sus numerarios y le hab�a ense�ado a dar y recibir con buen esp�ritu la correcci�n fraterna, ese medio de apoyo y est�mulo caracter�stico de la Obra, en el que se probaba la verdadera fraternidad. S�lo una vez se hab�a molestado como To�� le hizo una correcci�n fraterna por hablar con la boca llena en el comedor, pero se le hab�a pasado en seguida

Aprob� con buenas notas el cuarto curso y consigui� de su padre unas pesetas extras para el veraneo en Galicia. Una ma�ana de primeros de julio, con otros chicos de la Obra de Madrid, se encaram� a un vag�n de tercera y salieron en direcci�n a Santiago. El viaje fue muy alegre. Ten�an un departamento para ellos solos, y cantaron, charlaron y cumplieron las normas hasta las seis de la tarde. Se apearon en una estaci�n gallega, para terminar el trayecto en autob�s.

Para Antonio supon�a una novedad el paisaje, tan verde y tupido, el acento de los campesinos, la humedad del ambiente. Ya anochecido, llegaron a la residencia. Era una casa muy grande, de cuatro pisos y, al entrar, tras haber pasado unos minutos en el oratorio, los condujeron a un saloncito donde hab�a una cena servida en bandejas. Despu�s de la tertulia, se present� un muchacho corpulento, navarro, a quien todos llamaban Pepote. �l los distribuy� por las habitaciones del caser�n. A Antonio le toc� una en el tercer piso, desde cuya ventana se ve�a un prado verde y, al fondo, una paisaje de monta�as. A la ma�ana siguiente, el oratorio estaba repleto. La recitaci�n de las Primas del Breviario por doscientas personas a la vez impresion� a Antonio y trajo a su memoria una pel�cula que hab�a visto hac�a a�os sobre la vida de unos monjes medievales. En el desayuno, en un comedor grande situado en el segundo piso, muchos saludos y reencuentros. A las diez, todos se reunieron en la sala grande del primer piso, y don �ngel L�pez Amo, un mayor de la Obra, les habl� del significado del curso anual, de la importancia de la formaci�n, de que era necesario poner en los estudios internos tanta intensidad como en los civiles. A continuaci�n Ismael S�nchez Bella, ya catedr�tico de universidad, les explic� la organizaci�n de las clases, de los distintos grupos, del profesorado, y les anim� tambi�n a la seriedad en el trabajo.

Las cosas se iniciaron a gran ritmo. Antonio ten�a clases desde las diez hasta las dos, con un descanso de diez minutos entre ellas. Estudiaba lat�n, filosof�a, liturgia e historia de la Iglesia. Esta asignatura la explicaba Ismael. El primer d�a de clase les traz� un esquema hist�rico de la cristiandad, que -les dijo- vuelve a empezar con la Obra.
-Nosotros imitamos a los primeros cristianos, inmersos en el mundo sin pertenecer al mundo. Tratamos de no incurrir en los errores de los religiosos que, por abandonar la ciudad terrenal y perderse en cuestiones jur�dicas, hicieron que la Iglesia tomase un aspecto no querido por Jesucristo. La Obra, porque Dios la inspir� as� al Padre, vuelve al esp�ritu de los primeros tiempos del cristianismo.
En la tertulia del mediod�a, se contaban los �xitos del apostolado en diversos lugares. A lo largo del verano, Antonio aprendi� muchas cosas del comienzo de la Obra en las distintas ciudades de Espa�a. Hab�a entre los asistentes un italiano y un portugu�s, que hablaron tambi�n de sus respectivos pa�ses. Por la tarde, se celebraban dos charlas sobre el esp�ritu de la Obra, en las que se repasaba el plan de vida de �sta y, despu�s de la tertulia de la noche, otra vez el Breviario. La intensidad del trabajo se romp�a los s�bados y los domingos con el deporte y las excursiones a las r�as gallegas o al Santiago monumental.
En las fiestas del Ap�stol, Laureano L�pez Rod�, catedr�tico de la universidad, trajo a celebrar misa al cardenal Quiroga, un hombr�n grande y sencillo, que pronunci� una pl�tica en alabanza del Padre.
Mediado el curso anual, Antonio tuvo una charla con Laureano en su calidad de jefe de estudios de la Obra en Espa�a. Hablaron de sus aficiones y, al comentar Antonio su inter�s por el derecho administrativo, Laureano le propuso que al terminar la carrera se uniese al grupo de j�venes de la Obra a los que �l dirig�a y orientaba en esa materia. Por respeto, el muchacho dej� la contestaci�n en el aire y por la tarde solicit� hablar con el director. El director que le hab�a correspondido en La Estila era Pepote, el muchacho navarro que los hab�a recibido a su llegada.
-En las cosas profesionales -le dijo -t� puedes elegir, siempre de acuerdo con los superiores. Por eso no est�s obligado a aceptar la propuesta de Laureano, que te la hace, no en su calidad de superior general de la Obra, sino como amigo. Lo que pasa es que ellos tienen m�s experiencia, como mayores, sobre los sitios donde m�s falta hace la gente de la Obra y donde mejor podemos ayudamos unos a otros. Otra cosa ser�a si la Obra necesitara de ti en Santiago, por ejemplo, y si la mejor forma de ejercer una actividad civil fuera trabajar con Laureano en la universidad y en el bufete. Tranquil�zate. Si no quieres tomar una decisi�n ahora, tienes todo el curso pr�ximo para tomarla, y ya te orientar�n en Madrid.
Antonio pas� unos d�as preocupado por el asunto y llevando a la oraci�n el tema de su futuro profesional con mayor frecuencia. La vocaci�n de la Obra hab�a llenado de tal manera su vida que los dem�s aspectos hab�an quedado oscurecidos. Se dio cuenta entonces de que, por razones de secularidad, ten�a que elegir algo, aunque luego lo subordinase a la aprobaci�n de los superiores.
D�as despu�s, ya cercano septiembre y el regreso, llegaron de Madrid las listas de los destinos. Antonio seguir�a viviendo en Padilla, pero ocupar�a un cargo especial en Lagasca, trabajando en Secretar�a General. Se despert� su curiosidad, que nadie satisfizo realmente, aunque notaba que algunos, y especialmente los mayores del curso, comenzaban a tratarle con mayor seguridad, como si hubiera llegado a cierta madurez en la confianza de la Obra. Al mismo tiempo, lleg� la aprobaci�n de su oblaci�n. El 3 de septiembre, en el oratorio, inmediatamente despu�s de la Consagraci�n, se acerc� al altar y de rodillas ley� la f�rmula: "Yo, Antonio Cuadrado, hago votos de pobreza, castidad y obediencia hasta la pr�xima fiesta de San Jos� como socio numerario del Opus Dei".
La oblaci�n se renovaba, con permiso de los superiores, siempre presunto, cada fiesta de San Jos�, en marzo, hasta que, a los cinco a�os, se conced�a la fidelidad, es decir, los votos perpetuos. Al final de la misa, nadie se dio por enterado p�blicamente de la ceremonia, porque les hab�an insistido mucho en que los votos de la Obra eran privados, de conciencia, y no ten�an, como la propia entrega, una naturaleza social exterior. Alguien hab�a comentado la noche anterior lo raro que le hab�a resultado asistir a los votos de una hermana suya

monja, con todo el ceremonial y una fiesta despu�s, y hab�a bromeado sobre ello hasta que don Jos� Mar�a, un cura mayor, le interrumpi� dici�ndole que cada familia en la Iglesia tiene derecho a sus costumbres, con lo cual le dej� callado.

Al llegar a Madrid, Antonio observ� un gran cambio en Padilla. Hab�a variado todo el consejo local y, de sus anteriores ocupantes, s�lo quedaba To��. El resto hab�an ido a otras casas, la mayor�a a la residencia de la Moncloa. El nuevo director, Florencio, un licenciado en qu�mica, valenciano y hermano de Ismael S�nchez Bella, le explic� que, por su cercan�a a Lagasca, Padilla se reservar�a aquel a�o como residencia de la pr�xima promoci�n de sacerdotes. Recibir�an las clases en Lagasca y vivir�an y har�an apostolado en Padilla. Los diez nuevos habitantes eran un poco mayores que los del a�o anterior, y todos ellos hab�an terminado ya la carrera. Hab�a un mejicano, Guillermo, entrado en la Obra como tantos otros sudamericanos a consecuencia de los cursos de verano en la Universidad de La R�bida, que controlaba don Vicente, un catedr�tico de la casa que hab�a convertido esos cursos en oportunidades apost�licas para "tratar" a la gente de Ultramar. Bastaba una recomendaci�n de alguien de la Obra para que don Vicente concediese una beca de estancia al sudamericano en cuesti�n. Guillermo era persona muy sensible, y Antonio intim� en seguida con �l.

Dos d�as despu�s de su llegada, se dirigi� a Lagasca. La finca era un palacete con jard�n situado entre Lagasca y Diego de Le�n. Se entraba por Diego de Le�n y hab�a dos pisos nobles, con salas, comedores, todos en puro estilo cl�sico espa�ol, y un oratorio decorado severamente. El tercer piso se hallaba destinado a residencia de los que hac�an centro de estudios. En seis habitaciones, se apretujaban, durmiendo en literas, treinta o cuarenta personas. Le recibi� don Antonio P�rez, el secretario general, de quien todo el mundo se hac�a lenguas por lo listo, elegante y guapo que era. Hab�a ganado las oposiciones al Consejo de Estado muy joven, y pronto el Padre le hab�a elevado hasta el segundo puesto de la jerarqu�a. Don Antonio le explic� amablemente sus obligaciones:

-To�� nos ha dicho que eres hombre inteligente y jurista fino y que tienes un gran esp�ritu apost�lico. En esta Secretar�a organizamos la expansi�n de la Obra en otros pa�ses, para dejar tranquilo al Padre con las cosas de Roma y el Colegio romano. Tambi�n confeccionamos las revistas y recibimos muchas visitas que vienen a la sede central. T� y otros dos conjugar�is el nosotros colectivo del sacrificio para que tantos otros hermanos nuestros puedan conjugar el t� y el yo. Espero que te resulte f�cil el trabajo.

Antonio se interes� por el horario. El secretario le respondi� que era muy variable y que ya se pondr�an de acuerdo los tres. Al d�a siguiente, a las diez, se present� de nuevo all�. Conoci� a Luis, un muchacho peruano, y a Manolo, que se preparaba para ordenarse en la promoci�n de aquel a�o. Manolo llevaba ya un a�o trabajando en Secretar�a y se encarg� de ponerles al corriente. Acordaron que Antonio disfrutase de m�s libertad por las ma�anas a fin de asistir a algunas clases en la facultad. Luis escrib�a su tesis y apenas necesitaba salir de casa, y a Manolo le pasaba lo mismo. Ambos viv�an en el centro de estudios.

Antonio inici� una nueva etapa de su vida en la Obra llena de sorpresas. Empez� a averiguar c�mo se gobernaba y las diferentes clases de superiores, consejos y comisiones existentes. Manolo, que era amigo de la conversaci�n, le explic� que, desde que el Padre viv�a en Roma y se hab�a llevado con �l a don �lvaro de Portillo, su hombre de confianza, el Consejo general de la Obra en Madrid funcionaba con cierta autonom�a respecto a la expansi�n de la labor por todo el mundo, aunque, naturalmente, el Padre se manten�a al tanto de todo y, en sus visitas o cartas y en los viajes a Roma que efectuaban los del Consejo, les daba instrucciones. Se estaba ensayando una forma de gobierno nacional en Espa�a, con una Comisi�n cuyos miembros ostentaban los mismos cargos existentes en el Consejo y en el que el consiliario, un catedr�tico de civil y sacerdote, don Amadeo de Fuenmayor, ocupaba una posici�n parecida a la del Padre en el Consejo.

-Pero en la Obra -insist�a Manolo- las funciones de gobierno son m�nimas y, m�s que otra cosa, se trata de mantener el esp�ritu del Padre, organizar las casas y los centros y procurar que la preocupaci�n apost�lica contin�e viva en todos nosotros. Precisamente una de las caracter�sticas de la batalla can�nica, como el Padre llama a su lucha filial con la curia de Roma para que aprueben la Obra tal y como Dios se la inspir� es convencer al papa y a los cardenales de que

nuestra vida no debe ser regulada minuciosamente, sino que hay que dejar la iniciativa al esp�ritu, encarnado en el Padre. Les cuesta mucho trabajo entender eso, porque en Roma hay una gran tendencia a la juridicidad, a la normativa.

Poco a poco, Antonio conoci� y trat� a los superiores mayores, es decir, a los miembros del Consejo general. El m�s simp�tico y bromista era don Jos� Mar�a, uno de los tres primeros en ordenarse y que se cuidaba de la Secci�n femenina. "A las mujeres -sol�a decir con frecuencia -hay que tenerlas ocupadas todo el d�a, porque, si no, se pasan la vida hablando. Y a�n ocupadas, hablan". A don Jos� Mar�a le gustaba tambi�n embromar a Luis, el peruano, y hacer chistes con los modismos de su castellano arequipe�o. Luis era todo cortes�a y buenas maneras y trataba con gran respeto a los superiores, y a Antonio, al ver c�mo don Jos� Mar�a se met�a con �l, le parec�a descubrir en el sacerdote un fondo de chuler�a de se�orito madrile�o, al modo de su padre. Pero conten�a sus malos pensamientos, tambi�n por respeto a los superiores. Recordaba la constante predicaci�n de La Estila. Durante todo el verano les hab�an insistido en que los superiores son los buenos pastores, en los que se deb�a ver a Jesucristo, nuestro Se�or. As�, se le hab�a creado el reflejo de no juzgados ni contradecirlos y de tratar de identificarse con sus gustos.

Paco, un pintor que hab�a vivido cierto tiempo con el Padre, le hab�a confesado una vez durante una excursi�n que hab�a llegado a modificar su visi�n est�tica y su modo de entender la pintura, remplaz�ndola por los gustos del Padre, en una lucha interior que le hab�a costado mucho, pero que le hab�a dejado lleno de paz en adelante. Y ahora pintaba v�rgenes y �ngeles y motivos de decoraci�n interna, con la seguridad de interpretar los gustos del Padre y, por consiguiente, de cumplir as� la voluntad de Dios.

Dos miembros del Consejo con los que se entend�a bien Antonio eran Luis Valls Taberner y Alberto Ullastres. En Lagasca exist�a una expl�cita admiraci�n por ambos, ya que ellos se ocupaban de la administraci�n econ�mica y el Padre los hab�a elogiado p�blicamente por su trabajo. Luis Valls era un chico catal�n, alto y elegante, de familia de financieros, que hablaba poco y sonre�a mucho. Hab�a venido a Madrid con un enchufe que le hab�a conseguido don Jos� Mar�a Alvareda, como a tantos otros de la Obra, en el Consejo superior de investigaciones cient�ficas, y muy pronto el Padre le hab�a elegido para organizar las cuestiones econ�micas. Alberto Ullastres era un catedr�tico de econom�a, de familia madrile�a burguesa, con modales finos y aspecto delicado, procedente de la Acci�n cat�lica. Entre ambos estaban dando a la Obra lo que el Padre llamaba la base econ�mica. Los ingresos resultaban siempre superiores a los gastos, porque la mayor�a de numerarios eran j�venes. Comenzaban a 'pitar' supernumerarios, es decir, hombres y mujeres casados, que se compromet�an a dar una limosna mensual, pero en su mayor parte se reclutaban tambi�n entre la juventud, y pertenec�an a la ense�anza o la burocracia. Algunas familias ricas, como los Ibarra de Bilbao, daban al Padre dinero de vez en cuando.

Sin embargo, en general, las casas de la Obra eran pobres. Faltaba casi lo imprescindible, y ahora que el Padre hab�a decidido construir el Colegio romano para la formaci�n de los dirigentes, las necesidades acuciaban. Luis Valls y Alberto Ullastres empezaron a utilizar a Antonio para escribir cartas, pasar a m�quina planes y documentos e incluso a aprovechar sus primeras habilidades de jurista.

La Obra contaba con algunas peque�as empresas, como la establecida por arquitectos e ingenieros para hacer las contratas de las construcciones del Consejo y en la que interven�an los mayores, como Miguel Fisac, Ricardo Fern�ndez Vallesp�n, Jorge Brosa y Fernando Valenciano. Tambi�n estaba la editorial Rialp, a trav�s de la cual el Padre quer�a ejercer una influencia cultural. Pero se trataba de entidades poco rentables. Luis y Alberto plantearon una nueva estrategia, que record� a Antonio las gestiones de su padre. Por una parte, se dedicaron a visitar banqueros y amigos de miembros de la Obra, pidiendo a los numerarios que les proporcionasen los nombres de sus conocidos. Por otra, lograron del Padre un documento en el que se dec�a que todos los suyos deb�an apoyar al llamado grupo Ullastres, que ser�a la base econ�mica de la expansi�n apost�lica, asegurando as� la adhesi�n de todos a sus planes. Antonio sinti� que aquella tarea le ilusionaba, y don Antonio P�rez le anim� a ello. De vez en cuando, ven�an a Lagasca otros numerarios importantes en materia

econ�mica, como Rafael Termes, que hab�a organizado una entidad bancaria en Andorra, y Gregorio Ortega Pardo, que empezaba a hacer lo mismo en Portugal. Antonio recordaba especialmente los cinturones repletos de billetes que se pon�an los que iban a Roma para llevar as� dinero al Padre, puesto que las disposiciones sobre divisas no permit�an la exportaci�n de pesetas. Aquel contrabando por motivos apost�licos le impresionaba y le hac�a sentir admiraci�n por los que lo practicaban.

Otro sujeto interesante del Consejo era Florentino P�rez Embid, un andaluz gordo y guas�n, el primer pol�tico de la Obra en raz�n de su cargo de director general de Propaganda en el Ministerio de Informaci�n de Arias Salgado. Florentino consegu�a pel�culas en Censura, que se ve�an los s�bados por la noche en Lagasca, y hablaba mucho de acci�n cultural. Pero, sobre todo, se refer�a siempre a su jefe, Rafael Calvo Serer, como l�der de la tercera fuerza, un grupo de intelectuales que se agrupaba en torno a ellos, en su mayor�a mon�rquicos y en los cuales, seg�n Florentino, se centraba la esperanza de Espa�a. Alguna vez Laureano L�pez Rod�, que adem�s de ser director de Estudios de la Obra en Espa�a, era un alto encargado del Consejo de investigaciones, ven�a a ver a don Antonio P�rez. Antonio, que le recordaba de La Estila, sent�a por �l un miedo instintivo ya que, si bien en broma, todos dec�an: "Si te coge Laureano y te organiza, est�s perdido".

Cuando los mayores se encontraban en confianza, bromeaban sobre ellos, especialmente sobre personajes de la religi�n y de la pol�tica espa�olas. A trav�s de esas bromas, Antonio aprendi� a averiguar por d�nde iban las simpat�as de la gente mayor. Por ejemplo, y a pesar de que algunos numerarios como To�� proced�an de Falange, se notaba que el Movimiento no era bien visto en Lagasca. Pero hacia donde m�s dardos se tiraban era contra las otras organizaciones apost�licas, y en particular contra los jesuitas y los propagandistas. Florentino ten�a una manera muy divertida de ensa�arse con los "meapilas" servidores del Vaticano. Una tarde en que Antonio se escandaliz� por unos ep�tetos m�s fuertes de lo normal que Florentino dedic� a los cat�licos oficiales, pidi� en su casa orientaci�n para ver si deber�a hacerle una correcci�n fraterna por falta de caridad. Florencio, el nuevo director de Padilla, le dijo simplemente que la correcci�n hab�a que consultarla con el director del hermano al que se pretend�a corregir y, en el Consejo General, con el superior mayor. Acudi�, pues, a don Antonio P�rez con su problema y don Antonio, que por primera vez le pareci� fr�o y distante, le explic� que, en la intimidad de la familia, la espontaneidad no debe extra�arnos y que Florentino no pretend�a hablar mal de otros cat�licos, sino hacer patente, como era obvio, la necesidad de no servirse de la Iglesia para fines propios.

Antonio no qued� tranquilo con la explicaci�n y una tarde, aprovechando que se encontraban solos en la peque�a oficina de Secretar�a Manolo y �l, trat� de sonsacarle. Manolo le explic� que quienes menos hab�an entendido la Obra eran los cat�licos oficiales, como si estuviesen celosos de una nueva actividad apost�lica, especialmente los jesuitas y sus centros de influencia, que hab�an controlado el catolicismo espa�ol por mucho tiempo. La Obra s�lo quer�a libertad para servir a la Iglesia en la forma en que Dios hab�a inspirado al Padre. Le cont� tambi�n que, cuando se trataba de nuevas actividades misioneras, el Padre prefer�a aquello que proporcionara menos gloria humana y que, concretamente, hab�a pedido a Roma, y obtenido, que el Papa le adjudicara una di�cesis de misi�n en Per�, en medio de una sierra abrupta, que nadie quer�a. En plena charla de ambos, entr� en la oficina don Jos� Mar�a, el sacerdote encargado de la Secci�n femenina y, al o�r de lo que estaban hablando, se explay� tambi�n:

-Vosotros sois muy j�venes y llev�is poco tiempo en la Obra, pero no pod�is ser unos simplones, y menos en este cargo. Las personas que m�s zancadillas han puesto al Padre son las que m�s aprecio deber�an sentir por la Obra, que viene a traer savia nueva a la Iglesia. Y han llegado a los peores y m�s viles procedimientos. Denuncias en Roma, en Madrid. En mitad de la guerra mundial nos denunciaban como german�filos a la embajada inglesa y como angl�filos a la alemana. Son gente que ha perdido la visi�n sobrenatural y s�lo quiere poder. Por eso el Padre sufri� tan gran impacto en su inocencia sacerdotal al llegar a Roma y verla dominada por pol�ticas peque�as, y por eso cada d�a, �l o alguno de sus hijos, se dirige a la plaza de San Pedro, reza el Credo y dice por tres

veces: "Creo en la Iglesia a pesar de todo".

Antonio empezaba a compartir esa beligerancia y, en la universidad, incorporaba a su estrategia apost�lica diversos toques de combatividad contra el catolicismo oficial. En Padilla, con tantos residentes ocupados en su preparaci�n sacerdotal, hab�a bajado el ritmo apost�lico, y s�lo Antonio, con la ayuda eficaz de Fernando, el espectacular 'pitaje' del a�o pasado, manten�a vivo el proselitismo en la facultad de Derecho. Trabajaban muy unidos y hab�an organizado un c�rculo de estudios al que semanalmente acud�an diez o doce compa�eros de San Bernardo. La mayor�a eran adictos de Fernando, antiguos camaradas de guateques, todos reunidos bajo la sombra protectora de su padre, el subsecretario de Hacienda, que, sevillano y bromista, les promet�a siempre ayuda cuando terminaran la carrera. Antonio y Fernando eran tambi�n los �nicos numerarios de Padilla que aportaban dinero a la caja, yeso les daba un mayor sentido de responsabilidad.

Don Leoncio hab�a incrementado a cinco mil pesetas su ayuda mensual, y Fernando, que durante aquel a�o se hab�a incorporado a la vida de la casa, aportaba casi el doble.

Por indicaci�n de Florencio, Antonio y Fernando actuaron tambi�n de Reyes Magos aquel curso. Todos escrib�an su carta a los Reyes, y el 6 de enero se celebraba una gran fiesta. Los regalos eran modestos: agendas, corbatas, carteras... La gracia consist�a en la cartulina que los acompa�aba, con una alusi�n humor�stica a la personalidad de cada uno y a veces una caricatura. Antonio y Fernando pasaron las tardes del 4 y el 5 de enero dando vueltas por los mercados baratos del Madrid antiguo, donde compraron asimismo algo de musgo para el Bel�n. Iban hablando, como siempre, del apostolado en la universidad. Fernando estaba preocupado porque iba a terminar el curso y la mayor�a de sus amigos a los que hab�a hablado de 'pitar' no hab�an respondido nada. Y ya estaban en quinto de carrera. Antonio le tranquilizaba y le hablaba de que a lo mejor Dios los ten�a destinados para supernumerarios o para cooperadores, una f�rmula de adhesi�n a la Obra que se hab�a aprobado en Roma y en la que cab�an incluso personas no creyentes o de otras religiones. Entusiasmados en su conversaci�n, apenas paraban mientes en el Madrid que les rodeaba. Los alrededores de la plaza Mayor eran miserables. A�n no se hab�a recuperado de la guerra civil aquel barrio, muchas de cuyas casas mostraban s�ntomas de ruina. El Madrid de los Austrias era el centro de reuni�n de los reci�n llegados a la capital, de los visitantes de los pueblos y tambi�n de los mendigos y desharrapados. Al finalizar las compras, Antonio y Fernando entraron en un bar donde se hablaba muy alto y un par de borrachos cantaban el "Raskay�" a voz en grito. Se marcharon enseguida los estudiantes con una sensaci�n de pena en el alma, porque, como confes� Fernando durante el trayecto del metro, la calle se hallaba en manos de gente grosera y materialista, a los cuales ser�a muy dif�cil hacer llegar el mensaje de la Obra. Al entrar de nuevo en el calor y la cordialidad de la residencia y dejar en Direcci�n los paquetes, hablaron brevemente de ello con Florencio. �ste, con una palmada en la espalda a cada uno les invit� a no pensar en cosas tristes en el momento en que celebraban la venida de Jes�s a la tierra.

El curso pas� muy deprisa. El trabajo de Antonio en Lagasca apenas le daba respiro, de modo que ten�a que quedarse un rato casi todas las noches para mantenerse al d�a en su quinto curso de Derecho, que le conducir�a al t�tulo. Un s�bado por la tarde, despu�s de la sesi�n de cine en Lagasca, a la que le invitaban por trabajar en Secretar�a, Antonio sali� a pasear calle Serrano abajo con Jos� Mar�a Arana, un ingeniero guipuzcoano que estaba haciendo centro de estudios y al mismo tiempo ayudaba a los superiores encargados de los asuntos econ�micos. Jos� Mar�a le relat� un viaje que hab�a hecho a Roma con Luis Valls. El Padre les hab�a animado a fundar empresas mercantiles, donde, a la vez que la rentabilidad, se buscara la influencia apost�lica. Les hab�a hablado especialmente del cine, una actividad, dec�a el Padre, en manos de jud�os y masones, que s�lo buscaban el dinero, aun a costa de ense�ar desverg�enzas. En Roma se ve�an muchos carteles cinematogr�ficos de mal gusto, y el Padre les hab�a insistido en la moral p�blica, algo por lo que todos los cat�licos deber�an luchar juntos.

Antonio notaba aumentar por d�as su deseo de poner en marcha un gigantesco imperio econ�mico al servicio de la fe, con el atractivo de esa fundamental

motivaci�n de la que carec�a la modesta empresa de don Leoncio. Le segu�an tirando las leyes, el derecho, pero, ya cercana la conclusi�n de la carrera y con su vocaci�n bien firme, no sent�a la ilusi�n de los primeros a�os por parecerse a su abuelo, el notario de Lugo.

Un d�a, hacia la mitad de la primavera, al entrar en Lagasca por la tarde, not� un especial revuelo y, sin apenas darse cuenta, se top� de bruces con el mism�simo Padre. Se arrodill� para besarle el anillo, como dispon�an las costumbres, pero el Padre le levant� y le abraz�.

-�C�mo est�s, picar�n? -le pregunt� con su pronunciado acento aragon�s-. Ya me han dicho que trabajas duro y firme y que tienes un buen esp�ritu apost�lico.

Le cogi� del brazo y le llev� hasta un rinc�n. Se sentaron juntos y comenz� a hablarle en voz baja:

-Hijo m�o, todo esto que hacemos t� y yo no tiene ning�n sentido si no estamos muy unidos a Cristo por la oraci�n y la abnegaci�n. C�mpleme las normas, s� d�cil con los superiores y yo te garantizo una gran felicidad en esta vida, y la Vida con may�sculas despu�s. �Eres sincero? -Sin dejarle contestar, el Padre prosigui�-: Nuestra sinceridad es la base de la entrega. Cu�ntalo todo, todo lo que se te pase por la cabeza y te preocupe, para que puedan ayudarte a ser Obra de Dios, Opus Dei. Y en este trabajo interno, donde hemos de ser t� y yo roca para que el edificio se asiente s�lidamente, no pienses en ti, piensa s�lo en los dem�s y en la Obra. Ten�is que sacarme adelante lo econ�mico, ten�is que llenar el mundo de empresas sobrenaturales donde el trabajo individual y el trabajo en grupo tengan el sello divino de un camino hacia Dios.

Mientras el Padre hablaba, Antonio le miraba fijamente, como embobado. Todo lo que le hab�an contado de �l, y sobre todo esa aureola de familiaridad con lo sobrenatural, de cercan�a a lo milagroso, le dominaba. Don �lvaro del Portillo, el compa�ero permanente del Padre, se acerc� y le dijo:

-Padre, nos esperan en la Secci�n femenina.

-�Tirano! -exclam� bromista y en voz alta el Padre-. �Sabes? -continu� dirigi�ndose a Antonio-. Este hermano tuyo es un tirano de mi horario. Me trae y me lleva como un fardo. Pero me hace cumplir la voluntad de Dios -a�adi� poni�ndose s�bitamente serio-, y yo le obedezco como si fuera el mismo Jesucristo.

Levant�ndose �gilmente, bes� en la frente a Antonio.

-Escr�beme con frecuencia -le susurr�. Y se march� escaleras abajo hacia el s�tano del edificio, donde se alojaba la Administraci�n, es decir, donde habitaba la Secci�n femenina.

Largo tiempo le dur� a Antonio el recuerdo de aquel primer encuentro personal con el Padre. En la oraci�n paladeaba cada instante, y su memoria, uniendo aquel momento con todo lo que antes hab�a le�do y o�do sobre �l, magnificaba la figura del fundador y le produc�a la emoci�n de la cercan�a a lo sobrenatural. En Padilla le hicieron contar una noche aquel encuentro, y todos le escucharon en silencio. Desde entonces, Antonio comenz� a escribir una carta semanal al Padre, esa costumbre que los superiores aconsejaban como de buen esp�ritu.

El curso acad�mico toc� a su fin. Con seguridad y confianza, Antonio hizo unos buenos ex�menes y, d�as despu�s, la familia Cuadrado celebraba con un almuerzo extraordinario el �xito de su primog�nito. Don Leoncio y do�a Elena, a pesar de que Antonio se hab�a alejado f�sicamente de ellos, lo sent�an a�n suyo. Pr�cticamente todas las semanas com�a un d�a en casa y, aunque no les contaba mucho de su vida, ellos adivinaban con instinto paternal que estaba contento, y eso les bastaba.

Aquel d�a, Antonio encontr� debajo de la servilleta un reloj de oro con su nombre grabado y un cheque por veinticinco mil pesetas. Su hermana Pilar le embrom� diciendo que un abogado supon�a un buen partido y que a�n estaba a tiempo. Antonio se sinti� halagado por aquel homenaje y, despu�s de comer, tuvo una breve conversaci�n con su padre.

-Los negocios, hijo -comenz� don Leoncio-, van bien, pero yo ya no tengo tantas ganas de luchar y estoy desaprovechando oportunidades nuevas por falta de cooperaci�n. T� sabes que me gustar�a mucho que trabajases conmigo, y espero que te lo pienses antes de dedicarte a otra cosa. Desde luego, tienes mi apoyo si quieres preparar unas oposiciones o pasar alg�n tiempo sin ganar dinero. Pero lo que no me parecer�a bien es que te convirtieras en un 'clases pasivas', a menos

que desees hacerte cura.
-No te preocupes, pap� -contest� Antonio-. En la Obra todos tenemos y ejercemos una profesi�n civil. Yo quiero pensarme bien mi futuro, y ten por seguro que consultar� contigo.
Continuaron hablando de temas generales, y Antonio aprovech� la ocasi�n para llevar la charla a un terreno espiritual, convenciendo a su padre para que acudiese a una tanda de ejercicios que se iban a dar en Molinoviejo pocos d�as despu�s.
-Siempre te sales con la tuya -coment� de buen humor don Leoncio-. Desde luego, si todos los de la Obra tienen la mitad de gancho que t�, vais a meter el pa�s en un pu�o.
Antonio sab�a que aquel verano tambi�n lo pasar�a en La Estila para hacer su segundo curso de centro de estudios. Pero lo que no sab�a, y que Florencio le dijo d�as despu�s del almuerzo con los Cuadrado, era que actuar�a como secretario del Consejo local, all� en Santiago, y que a la vuelta vivir�a en Lagasca, para completar r�pidamente lo que le faltase de la formaci�n interna, a la vez que seguir�a ayudando a los superiores mayores.
-A ver si te conviertes pronto en un financiero de peso y nos sacas de apuros -rubric� con broma Florencio sus palabras m�s serias.
En su interior, Antonio sinti� fortalecida su conciencia de misi�n y aquella tarde, en la oraci�n, prometi� al Se�or no fallarle, serle fiel.

CAP�TULO 3. EL DIARIO DE MARIANO (1953-1958) PARTE I

En su habitaci�n del hotel Bayren, despu�s del ba�o relajante y del reposo subsiguiente, Mariano Anaya deshizo lentamente la maleta. Tras ordenar la ropa en los armarios, dej� encima de la mesa el mont�n de papeles que siempre le acompa�aba: el �ltimo libro de Casta�eda, aquel "bestseller" americano sobre brujer�a que devoraban los californianos ilustrados, tres revisas, dos espa�olas y una francesa, los "papers" de la reciente conferencia sobre educaci�n en el Tercer Mundo a la que hab�a asistido y cuyos documentos a�n no hab�a tenido tiempo de leer completos. En una bolsa marr�n, a la que �l llamaba el caj�n de los recuerdos, Mariano llevaba consigo una veintena de peque�as agendas, algo de lo que no se separaba nunca cuando cruzaba el Atl�ntico en uno u otro sentido. Aquella bolsa no se apartaba de �l, y su contenido jam�s se hab�a incorporado ni a la habitaci�n repleta de libros y objetos que ten�a alquilada en el barrio madrile�o de Arg�elles, ni al estudio que compart�a con otro espa�ol en el campus de la Universidad de Stanford. El caj�n de los recuerdos guardaba simplemente la suma de las agendas donde, desde 1953 en adelante, hab�a apuntado su diario acontecer. La costumbre form� parte de su primer adoctrinamiento en el Opus cuando, casi reci�n "pitado", lleg� a Roma. Y aunque las p�ginas aparec�an principalmente llenas de citas, recordatorios y planes, daban tambi�n testimonio, en abreviaturas personal�simas, de los pensamientos y prop�sitos que se le ocurr�an en aquellos tres minutos de examen nocturno que todo numerario debe llevar a cabo antes de acostarse.
No sab�a c�mo, pero, a�o tras a�o, hab�a vencido la tentaci�n de tirar la agenda del a�o anterior. Y cuando dej� la Obra y efectu� aquel apresurado balance de papeles que deb�a conservar o destruir, las conserv� todas. Menos afortunado fue el fichero de papeles espirituales que los superiores del Opus de Per�, intuyendo sin duda su futuro, hab�an distra�do de sus efectos cuando sali� de Lima en aquella Navidad del 68. El fichero conten�a ideas propias y ajenas, toda su reflexi�n biogr�fica desde que, a�os antes de pertenecer a la Obra, hab�a adquirido la costumbre de sentarse frente a una cuartilla para dar salida a su espontaneidad mediterr�nea, en prosa o en verso.
Todos los a�os, durante los ejercicios espirituales, rele�a el fichero y a�ad�a algo m�s. Le divert�a y a veces le emocionaba leer sus pensamientos a los diecis�is, a los veinte, a los treinta a�os, desde perspectivas posteriores. Al abandonar la Obra y sufrir aquel vuelco radical de su personalidad, no hab�a tenido ocasi�n de releerlo a causa de aquel hurto furtivo de los Opus lime�os, pero las agendas, aunque menos expl�citas, le pon�an en contacto con su pasado cuando le apetec�a llenar de nostalgia algunas soledades. Pero generalmente estaba lleno de presente y de futuro, de ilusiones nuevas y proyectos originales. En sus cinco a�os de nueva vida, hab�a abierto todas las puertas que antes no se hab�a atrevido a franquear resueltamente y hab�a profundizado en

todos los aspectos de la vida que antes le hab�an sido menos accesibles. Por eso se sent�a como nueva y cotidianamente nacido y se conservaba joven de esp�ritu, aunque a veces le fallara el cuerpo. Sin embargo, en ciertos momentos peculiares de su estado de �nimo, met�a la mano en la bolsa de las agendas y rememoraba alguna etapa de su vida anterior.

Mariano Anaya hab�a abierto los ojos a la vida en la M�laga inmediatamente posterior a la guerra civil. A sus diez a�os, en 1941, calentaba su cuerpo en los soleados patios del colegio de los maristas, cercano a aquella casa de la calle Carreter�a, en la M�laga antigua, donde su padre ten�a un comercio de ultramarinos y en cuyo piso alto habitaba la familia. Era una familia alegre y jaranera. Mercedes, la madre, una granadina casi gitana, hab�a enredado a Miguel Anaya mientras �ste cumpl�a la "mili". Nada m�s terminarla, se casaron. Pronto muri� su padre y Miguel se hizo cargo del negocio, que en aquel entonces, 1930, era apenas un puesto de higos, altramuces y frutos secos en mitad de lo que m�s tarde ocupar�a el flamante comercio. Poco a poco, con tenacidad, la pareja fue expandiendo su territorio y, al nacer Mariano, alquilaron el piso de arriba. La guerra no les afect� mucho, aunque una bomba que explot� cercana interrumpi� el segundo embarazo de Mercedes y, con �l, su futura fecundidad. Mariano se cri� entre un vecindario de gente vocinglera y cantadora y form� parte de una banda de cr�os que interrump�an sus horas colegiales para ir a cazar gorriones a la Alameda. Pero lo que le fascin� muy pronto fue el mar. En invierno o en verano, pero sobre todo en las vacaciones de julio a septiembre, se pasaba las horas rondando el Mediterr�neo. Si hac�a buen tiempo, se ba�aba con otros chavales en el puerto.

Con frecuencia le sorprend�a la noche persiguiendo cangrejos por entre las rocas, y muchos domingos se quedaba dormido despu�s de comer hasta las tantas, en su orificio roque�o favorito, que hab�a descubierto con otros amigos al cabo de tanta correr�a. Le llenaba de vida el aire salitroso, el perfume de las algas y cuando, en las tardes de fiesta, los hombres de mar fre�an espetones y se los com�an con pan y sal, siempre consegu�a que le invitaran a su fest�n. Disfrutaba de una libertad casi animal. Sus padres, no demasiado seguros de que la vida escolar fuera buena para su hijo, proteg�an aquella libertad y disfrutaban viendo disfrutar a la chavaler�a. En los dos �ltimos veranos de su segunda ense�anza, hab�a asistido a los campamentos del Frente de Juventudes en Chapas de Marbella y all�, entre los pinos y el mar, hab�a gozado tanto como en M�laga y conocido chicos de otras ciudades y pueblos de Andaluc�a. Le ca�an bien los instructores de Falange, sencillos y elementales, con sus consignas de patriotismo y vida dura, y un cura joven que hac�a las veces de capell�n logr� interesarle en la lectura. Mariano se entend�a a las mil maravillas con el libro de las mejores poes�as de la lengua castellana que el cura le prest� y, un domingo, gan� un concurso de poes�a en honor de la Virgen de agosto.

Cuando, en la ceremonia de bajada de bandera, despu�s del toque de corneta, Mariano recit� su verso a la Virgen ante todo el campamento, el coraz�n se le sal�a por la boca. El verso empezaba as�: "Un travieso querub�n / de la corte celestial/ quiso plantar un jard�n / de maravillas sin fin / en el valle terrenal. / y con retazos del manto / de nuestra Virgen Mar�a, / compuso una sinfon�a / de luz, fragancia y encanto / que se llama Andaluc�a.

Aquella tendencia po�tica le indujo a una cierta introversi�n. Aunque continuaba participando en los juegos y correr�as de sus amigos, en plena crisis de pubertad, emprendi� su camino hacia el mundo interior. Se aficion� a pasar el tiempo solo y a devorar cuantos libros ca�an en sus manos. En el �ltimo curso de bachillerato, un brote de pleures�a le oblig� a pasar dos meses en cama, y sus padres le tra�an libros y m�s libros. Superado el examen de estado, propuso a su padre ir a Granada a estudiar Filosof�a. Los Anaya no entend�an de carreras ni de universidades, pero sab�an ya, por instinto paternal, que Mariano no iba a continuar encerrado en el portal de los ultramarinos. Pidieron consejo al director de los maristas, y �ste favoreci� sin la menor vacilaci�n los deseos de Mariano. Hab�a sostenido meses antes una charla con el muchacho en la que hab�a sondeado sus posibilidades de hacerse religioso y, aunque Mariano no se hab�a mostrado muy partidario, algo en su actitud y sus palabras le hab�a hecho pensar que el chico se orientaba de alguna manera hacia la vida espiritual. A la hora de elegir lugar para vivir, tambi�n el hermano marista les hab�a orientado hacia

una residencia abierta por el Opus en Granada, de la que ten�a las mejores referencias. Se hicieron las oportunas gestiones y, en aquel octubre del 51, Mariano aterriz� en el Carmen de las Maravillas, un trozo de historia granadina restaurada por el Opus como centro de actividades apost�licas. La decoraci�n era una mezcla de andalucismo y seriedad castellana, y Mariano se encontr� muy bien en los patios y jardines del Carmen. Disfrutaba asimismo de sus clases de filosof�a, literatura y lat�n.

Durante el primer curso, apenas le dieron los del Opus m�s instrucciones que las de comportarse como buen cristiano, cosa que �l hac�a naturalmente y sin esfuerzo, entre otras cosas porque su sensualidad estaba muy contenida y sublimada por su vena po�tica. Al segundo curso, apareci� por el Carmen un cura castellano, don Teodoro, que le entendi� muy bien y orient� sus aficiones hacia la m�stica religiosa. Muchas tardes, encaramado en la verja del carmen entre naranjos y limoneros, con la vega de Granada a sus pies, le�a a san Juan de la Cruz, y las palabras del fraile modelaban aquellas extra�as ansias de soledad y ruptura con lo material que se le hab�an despertado en su �ltima �poca de colegial. El "C�ntico espiritual" le produc�a especiales desasosiegos y una inquietud similar a la que don Teodoro le explicaba como previa a la uni�n m�stica. La figura de Jes�s, el deseado del "C�ntico", fue tomando fuerza en su vida. Mariano comulgaba con frecuencia diaria y, despu�s de la misa, se quedaba ensimismado en el oratorio, paladeando las palabras de la tradici�n eucar�stica: "Adoro te devote latens Deitas...", o las del fraile castellano: "Ad�nde te escondiste, amado, y me dejaste con gemido. Como el ciervo huiste, habi�ndome herido, sal� tras ti clamando y eras ido".

La vida introvertida de Mariano, su carencia de amigos y su escasa sociabilidad eran los obst�culos que los directores opon�an a don Teodoro cuando �ste les animaba a invitar a Mariano a entrar en la Obra. Pero porfiando, don Teodoro lo consigui�, y Mariano apenas puso inconvenientes. La intuici�n de don Teodoro fue acertada, porque la observancia y docilidad de Mariano se convirtieron en mod�licas. Apenas le costaba dar su brazo a torcer y, absorto en sus averiguaciones espirituales, aprendi� en seguida a dejarse manejar por los superiores. Incluso hizo algunas amistades en la facultad con prop�sitos estrictamente apost�licos y, al encarg�rsele que diera un c�rculo para chicos, sorprendi� a todos haciendo una comparaci�n entre los puntos de Camino relativos a la infancia espiritual y la tradici�n m�stica espa�ola.

A finales de curso, se recibieron en Granada instrucciones para que un miembro de la Obra de esa zona se incorporase el pr�ximo octubre al Colegio romano, y el consejo local de la residencia, que no contaba con mucha gente dispuesta para cambio de vida tan importante, decidi� preguntar a Mariano. Accedi� sin mayor demora. Aquel verano explic� a sus padres el nuevo plan y les tranquiliz� respecto a la continuidad de sus estudios. Mayor tranquilidad recibieron los Anaya del hermano marista, quien se crey� obligado a pintarles la vocaci�n de la Obra con tintes muy positivos. �l apenas sab�a nada de ella, pero hab�a escuchado al obispo auxiliar, don Emilio Benavent, un elogio de esta nueva organizaci�n, a la que consideraba como la fundaci�n divina para estos tiempos, de la que Espa�a, suelo del fundador, deb�a sentirse orgullosa.

Los Anaya dispusieron el ajuar de Mariano e incluso hicieron dispendios extra para costear su viaje por tren a Roma. Un 10 de septiembre, lleg� a Madrid y, en la residencia de la Moncloa, se uni� a la expedici�n de veinticinco numerarios que marchar�an dos d�as despu�s hacia el Colegio romano. Por primera vez sinti� Mariano una cierta incomodidad al comprobar que algunos de sus hermanos se asemejaban muy poco al ideal del hombre contemplativo que �l se hab�a forjado. Pero, al ver el buen humor imperante, se tranquiliz� y achac� su mal pensamiento a ese espiritualismo exagerado que don Teodoro a veces le criticaba.

La expedici�n atraves� Francia e Italia en vagones de tercera y, en esos dos d�as de viaje, Mariano apenas hizo otra cosa que leer y rezar. Los de su vag�n aprendieron a respetar su silencio y su compostura y esa manera vaga de fijar su atenci�n en los campos y monta�as del camino. Al llegar a Roma, era de noche. Les esperaban en la estaci�n con una furgoneta, que hubo de hacer tres viajes hasta el n�mero 73 de la calle Bruno Buozi, el palacete del barrio Parioli, casa central de la Obra y sede del Colegio romano. Se distribuyeron por las habitaciones con literas del tercer piso.

A la ma�ana siguiente, despu�s de rezar Prima, recibir una pl�tica y o�r misa, pasaron a un comedor donde se apretaban m�s de cien numerarios. Desayunaron e, inmediatamente, los reci�n llegados pasaron a otra sala. All� Mariano escuch� de labios de un italiano delgado una explicaci�n sobre lo que significaba venir al Colegio romano, estar cerca del Padre y de la sede del Papa, y la responsabilidad que reca�a en ellos de hacer bien sus estudios. En la sala hab�a una amplia mayor�a de espa�oles, pero con ellos se mezclaban alg�n italiano, dos mejicanos, dos norteamericanos y un alem�n.

Les expusieron tambi�n el horario, que consist�a en ir por la ma�ana al Ateneo Ang�lico, donde los dominicos preparaban para los grados eclesi�sticos, y, por la tarde, concentrarse en la formaci�n interna.

Al d�a siguiente, Mariano pas� por direcci�n, como todos, y Jos� Luis Massot, un sacerdote catal�n, le comunic� el nombre del numerario al que deb�a hacer su confidencia semanal, un tal Tom�s, vallisoletano, as� como su labor en el Colegio romano, consistente en organizar y fichar la biblioteca, junto con tres compa�eros. Al final de la conversaci�n, Jos� Luis concluy� bromista:

-Espero que ser�s el primer gran canonista andaluz.

-�Canonista? -pregunt� sorprendido Mariano-. En Granada me dijeron que iba a seguir estudiando filosof�a o teolog�a.

-Pues no -afirm� m�s severo Jos� Luis-. La Obra necesita gente con mentalidad jur�dica para las labores de direcci�n y hemos pensado que, si tu carrera civil es ya la filosof�a, ser� mejor que aqu� estudies derecho can�nico.

Mariano sali� del cuarto desconcertado, con una sensaci�n de abatimiento tal que se le derrumb� la ilusi�n que le hab�a animado. Nunca hab�a gustado de leyes ni de c�digos. Al contrario, hab�a so�ado que en Roma se fortalecer�an su vocaci�n metaf�sica y su gusto por la m�stica.

Nada m�s empezar las clases, y a pesar de que su familiaridad con el lat�n le permit�a seguirlas m�s f�cilmente que la mayor�a, se sinti� fuera de lugar. Ante un auditorio clerical, veteado por los trajes de calle que vest�an los numerarios de la Obra, los frailes dominicos se esforzaban por presentar la Iglesia como una gran organizaci�n, estrictamente regulada por normas cuya evoluci�n hist�rica hab�a sido sabiamente conducida por la providencia. Ante los ojos de Mariano se desplegaba el espect�culo de la cristiandad, con Papas administradores en lucha con los poderes civiles, con las colonizaciones culturales de pa�ses nuevos y, sobre todo, con esa insistencia en los ritos lit�rgicos, el buen hablar con Dios, que dec�a un viejo fraile franc�s. En el diario ir y venir de Bruno Buozzi al Ang�lico, Mariano comentaba aquellas cosas con los otros numerarios. S�lo Emilio, un fil�sofo como �l, sevillano, compart�a prudentemente su decepci�n.

Tom�s, el director espiritual de Mariano, trataba de hacerle ver las ventajas de semejante etapa en su formaci�n y, poco a poco, termin� renunciando a su lucha interior contra el derecho y se acopl� al rutinario estudio de las leyes de la Iglesia.

A los pocos d�as del comienzo del curso, el Padre baj� a la tertulia desde sus habitaciones del tercer piso. Cerca de doscientos numerarios se api�aban en la sala, la mayor�a sentados en el suelo. El Padre lleg� acompa�ado de sus dos custodios, �lvaro del Portillo y Javier Echevarr�a. �lvaro, adem�s de procurador general de la Obra, era el encargado, seg�n el derecho interno, de corregir las faltas espirituales del Padre. Y Javier, su secretario personal, de corregir las externas. El Padre se sent�, abraz� al que ten�a m�s cercano y comenz� a hablar:

-La vida en la Obra no tiene sentido sin orden, sin jerarqu�a. Hab�is venido aqu� a aprender a trabajar juntos, a subordinar vuestra iniciativa a los criterios corporativos, a haceros uno con la cabeza. El Se�or os ha llamado para que compong�is esa burocracia interna que es garant�a de unidad y de eficacia. Vuestros hermanos, los que cada d�a salen a la calle en su diario af�n de santificarla, se apoyan en vuestro anonimato, en vuestro servicio. En la Obra, los superiores somos servidores de los dem�s, a quien hemos de proporcionar doctrina, apoyo y consejo a trav�s de la obediencia fraternal que vivimos. Y as� como nuestras casas ser�an cochiqueras, sucios cuarteles o conventos si nuestras hermanas no se entregaran completamente a ese oficio divino de la administraci�n, a esa entrega an�nima de la limpieza y la cocina, nuestros apostolados ser�an veletas sin norte si nosotros no renunci�semos a nuestra

aventura personal para garantizar continuidad y direcci�n a la empresa.
El Padre hablaba con fuerza, con convicci�n, y todos le escuchaban atentamente. Mariano sent�a una cierta satisfacci�n en conocer al Padre, pero no participaba de ese entusiasmo y esa ceguera admirativa que la mayor�a de los numerarios demostraban hacia el fundador. Hab�a aprendido en sus libros de m�stica que el sendero hacia el Absoluto se caminaba desapeg�ndose de las criaturas, incluso de los gu�as espirituales, y no ten�a ning�n inter�s en que ni el Padre ni nadie ocupara en su coraz�n un lugar absorbente que detuviera la corriente de fusi�n con Dios.
A mediados de curso, le llamaron de la Secretar�a del Padre para decirle que �ste quer�a verle por la tarde de un d�a de mayo. Se hab�a ido acostumbrando poco a poco a la vida en el Colegio romano. Tras la rutina de las clases matutinas en el Ang�lico, asist�a a las charlas de formaci�n por las tardes y, sobre todo, pasaba muchas horas en su cargo de la biblioteca. Hab�a encontrado peque�os tesoros de espiritualidad cristiana, que le�a con fruici�n, por ejemplo una colecci�n de m�sticos orientales en lat�n que hab�an regalado recientemente. Como nadie pon�a trabas a su afici�n, le�a mucho, e iba componiendo un fichero de frases e ideas preferidas, a las que a veces a�ad�a comentarios. En la confidencia semanal, explicaba a Tom�s esas esperanzas de su alma, y el director, que al principio trat� de llevarle por caminos m�s pragm�ticos y comunes, termin� por aceptar las aficiones de su dirigido e incluso habl� elogiosamente del caso en el Consejo local, cuyo director, Jos� Luis Massot, despachaba habitualmente con don �lvaro para darle cuenta de la marcha del Colegio romano.
Mariano subi� puntualmente los escalones que separaban el Colegio romano de la villa del Consejo y fue introducido en una galer�a, la galer�a del Fumo, como la llamaban, porque all� iban a fumarse un pitillo entre horas los directores. Estaba amueblada, como todo, con ese estilo sobrio, mezcla de "Remordimiento" castellano y casa de burgues�a francesa que imperaba all�. Entr� el Padre gritando: "�D�nde est� ese hijo m�o de la m�stica andaluza?" Mariano, confuso, acept� los abrazos y el beso del Padre y el sill�n donde le hizo sentarse a su lado. El Padre empez� a contarle su afici�n a santa Teresa y a san Juan de la Cruz y c�mo en su primera etapa sacerdotal, antes de que el Se�or le inspirase la Obra, hab�a sentido el impulso de hacerse carmelita y encerrarse en un convento para cantar las alabanzas de Dios.
-Pero �l no lo ha querido. Ha dispuesto cargar a este burro de noria con una misi�n en medio del mundo, "nel bell mezzo de la strada", como dicen aqu�. Pero entre tanto af�n apost�lico, lucho por no perder el centro... Ven conmigo.
Y dirigiendo a Mariano por entre los pasillos de la villa, le llev� a su oratorio privado y encendi� las luces. Colgada del techo encima del altar luc�a la famosa Columba, aquella paloma hecha de oro y piedras preciosas, en cuyo buche se abr�a un peque�o sagrario donde estaba reservado el Sacramento. Despu�s de permanecer en silencio unos segundos, el Padre mostr� a Mariano la Columba y le dijo en voz alta:
-Hijo m�o, aqu� est� nuestra raz�n de vivir. Si amas a Jes�s sacramentado y te haces un sagrario viviente, todo ir� bien.
Mariano sali� conmovido de aquella escena y la impresi�n le dur� mucho tiempo. Hab�a reconocido un aspecto de la personalidad del Padre que le resultaba atractivo, y �se fue su principal asidero durante los ratos m�s cansados y aburridos de su estancia en Roma.
Los domingos, mientras unos cuantos se dedicaban al deporte en un estadio cercano y otros hac�an turismo romano, �l se fue construyendo un itinerario de la Roma eclesi�stica que recorr�a generalmente en compa��a de Emilio, el fil�sofo andaluz. �ste le hac�a ver la sucesi�n de estilos y de organizaci�n del culto, mientras Mariano, que se estaba convirtiendo en un experto en liturgia eucar�stica, curioseaba por los archivos y bibliotecas de las iglesias, merced a la general buena voluntad de los p�rrocos que los recib�an.
En las tertulias del Colegio romano, se comentaban las cartas que cada uno recib�a de sus pa�ses o ciudades respectivos, generalmente con menci�n de los �ltimos 'pitajes' o de la expansi�n de la labor. El 19 de marzo, adem�s de renovar la oblaci�n y festejar al Padre, los numerarios se reun�an para hacer la lista de San Jos�, donde cada uno apuntaba los candidatos 'pitables' que

encomendar�a especialmente ese a�o. Se discut�an los nombres y, finalmente, se recitaba una invocaci�n a san Jos�, para terminar rezando las Preces. La falta de comodidades y de dinero hac�a que los alumnos del Colegio romano vivieran con gran intensidad esas alegr�as apost�licas, ya que apenas hab�a otras. De vez en cuando les pasaban una pel�cula, en ocasiones se serv�a alg�n postre extra, y repicaba a fiesta cada vez que el Padre les tra�a unos paquetes de tabaco con los que incrementar la magra raci�n individual que ten�an asignada. El horizonte intelectual de aquella vida se centraba en el estudio, el perfeccionamiento de la docilidad y la sumisi�n de la inteligencia, algo que el Padre englobaba en la idea de infancia espiritual. Muy pocas veces se hablaba de pol�tica o de otro tipo de exigencias culturales, entre otras cosas porque no se recib�an peri�dicos ni revistas, salvo muy espor�dicamente. En alguna tertulia, el Padre hablaba de pol�tica eclesi�stica, generalmente para alabar o criticar a personas e instituciones, y muy pocas veces se permit�an conversaciones sobre temas pol�micos.

Una tarde asisti� a la tertulia Florentino P�rez Embid, que pasaba por Roma y delante del Padre, empez� a contar sucesos y, sobre todo, a exponer sus opiniones sobre la pol�tica espa�ola. El Padre le interrump�a casi constantemente, tom�ndolo a broma, aunque al final le consol� diciendo a todos:

-Este hijo m�o lo est� haciendo muy bien en su servicio a la Iglesia desde la vida p�blica.

Mariano, absorto en sus soliloquios, no paraba mientes en esos temas, aunque, a fuerza de o�rlo repetir, se le iba metiendo en la cabeza la idea de una "�lite" intelectual, fermento de la sociedad civil, que, para ejercer su magisterio, deb�a basarse en una doctrina segura.

Hacia finales de curso, Tom�s le indic� la conveniencia de apretar tambi�n en la carrera civil. El deseo del Padre era disponer pronto de gente preparada tambi�n en el aspecto intelectual, porque los nuevos apostolados lo exig�an. Le habl� con especial inter�s de "La actualidad espa�ola", una revista que el Padre hab�a encomendado a Antonio Font�n y algunos otros para extender el criterio cristiano en forma amena, y del Estudio general de Navarra, reci�n abierto, donde hac�an falta numerarios para constituir un claustro de profesores seguro y fiable. De acuerdo con esas instrucciones, Mariano se dispuso a acelerar sus estudios de Filosof�a y escribi� a Granada para preguntar las fechas de los ex�menes. �l se hab�a matriculado en segundo antes de salir hacia Roma. Cuando lleg� la respuesta, advirti� la incompatibilidad de fechas entre los ex�menes del Ang�lico y los de Granada y, despu�s de pedir consejo, se decidi� a dedicar el verano a preparar los ex�menes civiles de segundo. No tuvo dificultades para aprobar el can�nico en el Ang�lico. El sistema de ense�anza y de ex�menes era pueril y memorista, y apenas se necesitaba otro esfuerzo que la pura retenci�n de datos. Todos los numerarios salieron bien librados del trance y, mientras unos cuantos volv�an a Espa�a por razones similares a las de Mariano, la mayor�a se retiraron a una casa que la Obra pose�a en la playa, a continuar las labores de formaci�n interna, en un ambiente menos sofocante que el "ferragosto" romano. Mariano pas� un verano de estudio intenso. Despu�s de permanecer unos d�as con sus padres en M�laga, se encerr� en el carmen granadino con sus libros de filosof�a. Una tarde de septiembre, a mitad de los ex�menes, cay� desplomado en el camino de regreso. Dos numerarios que iban con �l lo subieron a la casa. En seguida acudi� el m�dico, que diagnostic� agotamiento. A duras penas termin� los ex�menes y se march� a descansar a M�laga, donde sus padres no sab�an qu� hacer para regalarle y cuidarle. Los Anaya hab�an desarrollado un curioso respeto hacia su hijo, al que ve�an con una aureola de inteligencia y santidad, inalcanzable para ellos. Apenas se atrev�an a aquellas ternuras de la ni�ez. Sobre todo Mercedes se sent�a inferior a su hijo. Mariano no se daba mucha cuenta de aquellas tensiones, pero, a lo largo de los d�as de descanso, tuvo oportunidad de contar a sus padres sus aspiraciones intelectuales en el marco de la Obra Ellos le o�an embobados. Desde su rutina malague�a, la nueva vida de Mariano, les parec�a una gran ascensi�n social, a la que estaban dispuestos a cooperar como fuera, en bien de la felicidad del hijo �nico. Su sencillo catolicismo atizaba tales sentimientos, porque el hermano marista de la infancia del chico les ve�a de vez en cuando y les ponderaba la importancia de los que �l llamaba los nuevos intelectuales cat�licos, que iban a fundamentar la Espa�a de

Franco en los mismos ideales colectivos que tuvo en su Siglo de Oro, desterrando para siempre los materialismos de la reciente Rep�blica. Desde la peque�a propiedad de su comercio, fabricado a base de sudores y largas horas de trabajo, los Anaya hab�an participado pronto en ese conservadurismo de la naciente clase media que, reci�n salida de las angustias del proletariado andaluz, deseaba por encima de todo la paz y el orden que permitiese prosperar su comercio, sin preocuparse de mayores complejidades sociales. Las nuevas ambiciones de su hijo les llenaban de orgullo, al ver con qu� rapidez un hijo del pueblo pod�a mezclarse con los verdaderos se�ores, y no hab�a vecina o cliente antigua que no se viera forzada a escuchar una y otra vez el relato de los �xitos universitarios de Marianito o su incorporaci�n a aquella nueva y misteriosa organizaci�n de la Iglesia, que, como dec�a siempre Mercedes, son como los jesuitas pero sin miedo a ense�ar los pantalones.

Mariano, una vez repuesto, volvi� a iniciar el viaje hacia Roma, donde le esperaba una sorpresa. A los pocos d�as de llegar, don Jos� Luis Massot le llam� a Direcci�n y le invit� a sentarse:

-Mariano -le dijo-, el Padre me ha encargado que te pregunte si quieres ser sacerdote. Como sabes, el sacerdocio en casa constituye un servicio a nuestros hermanos, una vocaci�n sobrea�adida, que s�lo el Padre discierne y que no est� en nuestras manos solicitar. Haz oraci�n y pide luces al Se�or en estos d�as. Cont�stame cuando quieras.

Mariano sali� confuso de la entrevista. El sacerdocio supon�a para �l una aspiraci�n creciente, a medida que su afici�n lit�rgica y su devoci�n eucar�stica aumentaban, pero Tom�s, su director, le hab�a sermoneado durante todo el curso anterior sobre la necesidad de contar con buenos profesionales de la ense�anza, de tal modo que ya se hab�a acostumbrado a la idea de olvidar aquella aspiraci�n. Y de repente, como una respuesta a sus soliloquios, esta invitaci�n del Padre. Corri� a dec�rselo a Tom�s.

Ambos salieron a pasear por las calles del Parioli y, cruzando el parque de Villa Borghese, llegaron a una Via Veneto que resplandec�a bajo el sol oto�al, llena de tr�fico, de turistas, de vida romana. Por excepci�n, ya que habitualmente no lo hac�an, se sentaron en un caf�, frente a la embajada americana. Tom�s concluy� de explicarle lo que durante el paseo hab�a iniciado.

-Y como en la Obra hay que estar pendientes de las indicaciones del Padre, por muy seguros que nos sintamos de un determinado criterio, lo cambiamos con gusto cuando el superior nos lo sugiere. Basta que el Padre lo haya dicho, para que dejes de pensar en un futuro docente y pienses en el sacerdocio... Aunque estoy seguro de que no te faltar�n oportunidades de ense�ar, y pronto.

Tom�s transmit�a a Mariano una seguridad psicol�gica que le permit�a olvidar sus dudas apenas hablaba con �l. Por otra parte, el ejercicio de la renuncia del yo, que constitu�a la sustancia de la formaci�n en el Colegio romano, empezaba a convertirse en una parte instintiva de su car�cter. Arropado en su certeza, Mariano dej� vagar su mirada por la multitud que les rodeaba en aquella ma�ana luminosa, y sinti� una indefinible sensaci�n de ternura. Por un instante le vino a la memoria una frase de la �ltima meditaci�n que hab�a o�do al Padre: "Al ver a la multitud, no ve�is rostros; ved almas, almas necesitadas de vuestro trabajo apost�lico".

De regreso a Bruno Buozzi, confi� a Tom�s que lo �nico que le asustaba un poco era el pensar que el sacerdocio pod�a arrebatarle ese sosiego en que �l tanto se complac�a y que le permit�a ahondar en sus aficiones intelectuales y m�sticas. Con su caracter�stica seguridad, Tom�s le contest� que en la obediencia encontrar�a el mejor gu�a de progreso espiritual, y que no se calentara la cabeza con futuribles.

Los meses siguientes fueron un marat�n de estudio, donde apenas quedaba tiempo para el reposo intelectual.

En ese curso, se hab�a comprometido consigo mismo a terminar Filosof�a en Granada, al mismo tiempo que seguir�a el segundo de Can�nico en Roma. Con el visto bueno de Tom�s, se fabric� un horario donde cada asignatura ten�a su tiempo.

Su joven cuerpo, robustecido por el descanso malague�o, apenas daba se�ales de vida en aquellas largas horas frente a los libros, con un crucifijo como todo consuelo y la luz de Roma entrando por una ventana grande que iluminaba su lugar

favorito de estudio. Mariano era puro intelecto. Aunque distra�a algo su imaginaci�n con los paseos matutinos al Ang�lico, siete u ocho horas de estudio diario le sumerg�an en otro mundo, el mundo de las ideas, de los dogmas, de las largas argumentaciones. Los libros correspondientes a las asignaturas espa�olas eran todos manuales de filosof�a escol�stica, que �l complementaba con autores seguros, recomendados por el director de estudios del Colegio romano. Poco a poco, su instintivo platonismo, que hab�a nacido como una consecuencia de sus aficiones po�ticas y m�sticas, iba siendo sustituido por esa coraza mental del sistema aristot�lico-tomista, eje de la formaci�n de la Iglesia y del que la Obra no se apartaba un �pice. B�sicamente coincidentes los criterios del Colegio romano con los programas de filosof�a de Granada, Mariano lleg� a manejar con gran soltura ese modo de entender la vida, tan sencillo y compacto, que proporcionaba la filosof�a perenne. Y aunque de vez en cuanto permit�a a su imaginaci�n divagar al hilo de un pensamiento menos seguro o m�s atrevido, como el de los m�sticos orientales o las divagaciones de alg�n fil�sofo marginal, la espina dorsal de su pensamiento se fortalec�a.

Una ma�ana, mientras Emilio y �l volv�an juntos, como de costumbre, de las clases del Ang�lico, se mofaba aqu�l de un dominico que les hab�a puesto en guardia respecto a la lectura directa de fil�sofos no cat�licos.

-No s� qu� nos va a pasar -comentaba jocoso Emilio -por estudiar directamente la racionalidad subjetiva de Descartes o los postulados a priori; de Kant, en vez de conocerlos a trav�s de un manual compuesto por un autor de segunda categor�a. Creo que las autoridades eclesi�sticas se equivocan al darnos una visi�n de segunda mano de los pensadores no cat�licos, como si los cat�licos, apoyados en nuestra fe, no fu�ramos capaces de separar el trigo de la paja. �Qu� otra cosa hizo santo Tom�s sino construir su sistema sobre el armaz�n intelectual de un fil�sofo como Arist�teles, que teol�gicamente era polite�sta?

-Yo creo que esa restricci�n se entiende en t�rminos pastorales -arguy� Mariano-. No hay ninguna necesidad, al adoctrinar a la masa de los fieles, de matizar tanto. Al fin y al cabo, el noventa por ciento de los cat�licos jam�s en su vida se plantear�n opciones intelectuales profundas, y est� claro que tampoco el noventa por ciento de los sacerdotes lo van a hacer. El cura de mi parroquia se pasa la vida sosteniendo la fe de sus feligreses, impuls�ndolos a frecuentar los sacramentos e iluminado sus dudas morales, consol�ndolos en sus desgracias. No me parece bien, por ejemplo, que, al hablarles de la libre decisi�n al elegir el pecado, tuviera que matizar todos los aspectos filos�ficos del libre albedr�o, que, como t� sabes, termina convirti�ndose en un enigma intelectual, con la doble concurrencia de la acci�n humana y la causalidad divina. Otra cosa es que t� y yo, que vamos camino de convertimos en intelectuales, conozcamos los argumentos del adversario, e incluso nos sirvamos del progreso cient�fico de toda la humanidad para edificar una visi�n cristiana de la vida. Es probable que nos toque estar presentes, de alguna forma, en las controversias doctrinales de esta �poca y que, como el Padre dice, nos corresponda un papel importante en la defensa de la fe contra los nuevos modernismos. Por eso, en casa, podemos leer libros prohibidos con permiso del Padre. Pero te digo una cosa, Emilio, y es que, a pesar de todos esos argumentos, yo sigo pensando que la raz�n principal de nuestra adhesi�n interior a la fe es inexplicable, que es un misterio, y que todas las l�gicas formales son incapaces de sustituir esa sensaci�n indefinible que nos proporciona media hora de oraci�n o los diez minutos de acci�n de gracias despu�s de comulgar.

-Bueno -dijo Emilio-, puestas as� las cosas, estoy de acuerdo contigo. Pero yo me refiero m�s bien a participar de las satisfacciones intelectuales que proporciona la lectura. Tengo la impresi�n de que, en la Iglesia, a nadie le preocupa los peligros de la mediocridad resultante de una vida sin aspiraciones intelectuales, y que todas son medidas para evitar los malos autores, con el resultado de que el cat�lico medio termina por desconfiar del mundo cultural en general y dedicarse a menesteres pr�cticos. Si la gente sintiese la mitad de curiosidad por los temas universales que siente por los temas biogr�ficos, novel�sticos o deportivos, otro gallo nos cantara en Espa�a. Y parte de la culpa corresponde a la Iglesia, con su insistencia en la ortodoxia del pensamiento.

Aquella tarde despu�s de la tertulia de la comida, Felipe, un numerario catal�n bastante serio, se llev� aparte a Mariano y, con todos los s�ntomas externos de

una correcci�n fraterna, critic� su continuo ir y venir con Emilio, con el que parec�a emparejarse siempre. Mariano recibi� en silencio y sin contestar, como estaba mandado, la correcci�n y, como aquel d�a le correspond�a la confidencia, abri� su coraz�n dolorido a Tom�s.
-Ya sabes -le dijo �ste- que en casa hemos de evitar hasta la apariencia de una amistad particular y que las capillitas van contra la unidad de la Obra. Tenemos que ser amigos de todos.
-Pero, Tom�s, Emilio y yo tenemos cantidad de cosas en com�n, la filosof�a, el origen andaluz, tantas cosas que es imposible no simpatizar.
-Nadie discute eso, Mariano, pero el problema es que nuestra libertad interior est� hecha de renuncias. �No comprendes que a lo mejor dentro de unos meses habr�s de separarte de Emilio y no volverle a ver m�s? Tu coraz�n debe estar dispuesto a amar a los que vivan contigo ahora, sin apegarse al pasado.
A Mariano le doli� aquello, pero comprendi� que Tom�s ten�a raz�n. Emilio y �l dejaron de acompa�arse con tanta frecuencia, aunque no por ello renunciaron a sus charlas, que, extra�amente, le parecieron a Mariano m�s sabrosas, menos rutinarias, desde aquella correcci�n fraterna.
En sus tardes de estudio, todo el panorama de la filosof�a perenne se abr�a ante sus ojos. Aprendi� a memorizar las grandes claves del realismo cristiano que habr�an de servirle, como dec�a un autor tomista, para encontrar respuesta inmediata a sus eventuales dudas, como una segunda naturaleza. Especialmente f�cil empez� a ser para �l la conciencia de la causalidad divina. Con los ojos de la fe, nada de lo que ocurr�a dejaba de tener sentido sobrenatural. Dios, que se ocupa de los p�jaros y de los lirios del campo, estaba detr�s de cada suceso, y cada suceso ten�a una finalidad en el plan creador. A�os antes, hab�a estado obsesionado con el problema del mal, del dolor. Ahora hab�a resuelto aquel enigma de la vida merced al infalible recurso a la causalidad divina. De esta manera, el mundo y la historia formaban un todo inteligible, compacto, donde el hombre se sent�a criatura y colaborador de Dios. Una tarde, el Padre les habl� de esa cooperaci�n.
-Cuando vosotros -les dijo-, como ingenieros, sac�is de las entra�as de la tierra los metales nobles y pon�is en marcha industrias que hacen m�s llevadera la vida en com�n, est�is cooperando a la Obra de Dios. Cuando, como arquitectos, mejor�is la calidad de las ciudades, cooper�is a la Obra de Dios. Pero cuando, como legisladores, impon�is el esp�ritu cristiano en las leyes de la propiedad, del matrimonio y de la educaci�n, a�n cooper�is m�s porque, as� como en los dos primeros casos trabaj�is con material inerme, en el segundo lo hac�is con voluntades libres, que deben dar gloria a Dios observando sus leyes paternales.
Mariano hab�a advertido que, entre los numerarios del Colegio romano, hab�a bastantes inclinados a la pr�ctica del derecho, especialmente como organizadores. Una vez le hab�a explicado Tom�s que lo que m�s necesitaba la Iglesia en realidad era gente con sentido del mando, del gobierno, de la administraci�n. Que muchos de la Obra, despu�s de aquella formaci�n can�nica, estar�an bien dispuestos a ocupar puestos de responsabilidad en la Iglesia y en el Estado, ya que el Padre pensaba que les esperaba la gran tarea de reanimar y vivificar tantas instituciones civiles y eclesi�sticas osificadas por falta de l�deres bien motivados.
Aquella cuesti�n de la organizaci�n, aun comprendi�ndola, no hac�a demasiado feliz a Mariano. La particular utop�a con que so�aba de vez en cuando, dentro de la Obra, era una utop�a de ilustraci�n. Sent�a la ilusi�n de proporcionar a los hombres doctrina, educaci�n. Hab�a visto demasiadas miserias en su M�laga natal, fruto del abandono escolar, de la falta de atenci�n. Estaba seguro de que la Obra llevar�a a muchos millones de seres, con la luz de la fe, una ilusi�n de saber, e incluso pensaba que, coronando aquel sue�o de ilustraci�n cristiana, surgir�a una nueva generaci�n de intelectuales y m�sticos cristianos, que llevar�an m�s lejos las intuiciones y las vivencias de la espiritualidad anterior.
Algunas veces hablaba con los numerarios de otros pa�ses de estos temas. Un chileno que hab�a llegado aquel a�o, precedido de fama de poeta, se mostraba particularmente de acuerdo con �l. Mariano descubri� pronto la especial sensibilidad de los sudamericanos, que en seguida llenaron el Colegio romano de canciones y poes�as. En muy poco tiempo intim� con ellas y aprendi� a valorar

sus peculiares modos de hablar el castellano y esa especie de melancol�a que se traduc�a en sus discursos. La Obra hab�a conseguido vocaciones a trav�s de los colegios de frailes espa�oles instalados en Lima, Caracas, Santiago, Bogot�... Generalmente, el sacerdote de la Obra que llegaba de Espa�a se convert�a en capell�n del colegio, con la posibilidad de encarrilar as� a los chicos m�s piadosos hacia la Obra. Casi todas las �rdenes, a excepci�n quiz� de los jesuitas, hab�an recibido bien a aquellos sacerdotes que tra�an de Espa�a un mensaje espiritual recio y moderno, precisamente lo que ellos echaban en falta en aquellas burgues�as ciudadanas, cuyos hijos, engre�dos hasta no poder m�s por las mam�s, se iban convirtiendo en golfos consumistas, sin m�s ilusi�n que heredar el poder, la riqueza y sobre todo la buena vida del pap�. A Roma llegaron algunos ejemplares t�picos de tal civilizaci�n, y aquel de quien el Padre se sent�a m�s orgulloso era Juanito Larrea, hijo del embajador ecuatoriano en la Santa Sede, al que todos profetizaban un gran futuro pol�tico.
Mariano se sent�a menos c�modo con los norteamericanos, casi todos m�s altos que la media. Los encontraba bastante pueriles, pues, aunque sab�an m�s matem�ticas y lat�n que la mayor�a, sus reacciones emocionales eran muy primarias. Una tarde de domingo en que hab�an preparado una fiesta para el Padre con ocasi�n de una celebraci�n de la Virgen, uno de ellos hizo una parodia de la fiesta espa�ola de los toros, que, aunque divirti� al Padre y a otros muchos, molest� a los escasos andaluces y aficionados verdaderos que all� hab�a. El Padre distingu�a con su predilecci�n externa a algunos de aquellos Dick, Tom y Jim, que, adem�s, se tomaban muy en serio la observancia de los min�sculos detalles de la vida en el Colegio romano. Nunca se olvidaban de cerrar las ventanas a la hora fijada, ni de dejar las sillas y ceniceros en su sitio despu�s de cada tertulia y jam�s comet�an una falta de puntualidad.
Corr�an tiempos de influencia norteamericana en el mundo, por eso eran especialmente bien vistos en el Vaticano. Rino, un espa�ol de mediana edad que trabajaba en la burocracia eclesi�stica con dos o tres m�s de la Obra, hab�a comentado una vez con Mariano y algunos otros, durante un paseo por la Via de la Consolazione, que el cardenal Spellman ten�a vara alta con el Papa y que los cl�rigos norteamericanos, m�s que ning�n otro, sent�an especialmente la vocaci�n anticomunista que tanto ponderaba la Iglesia, quiz� porque les hab�a tocado pertenecer a la naci�n l�der de la civilizaci�n occidental. Adem�s, las colectas de los cat�licos norteamericanos llenaban las arcas del pont�fice, que con aquella ayuda, sosten�a la mayor�a de las obras apost�licas.
Una tarde de primavera, dos Jos� Luis Massot se dirigi� al Colegio romano en pleno para hablarles de las inminentes elecciones pol�ticas italianas. Vino a decirles, o al menos eso entendi� Mariano, que constitu�a un deber para los cat�licos apoyar a la democracia cristiana, y que el Padre hab�a querido colaborar con los obispos italianos en aquella fecha. Para ello, los numerarios recibir�an una serie de carteles que pegar�an en las paredes de la ciudad, y procurar�an apoyar, en la medida de sus posibilidades, al partido cristiano. La parte m�s importante de la acci�n qued� reservada a los italianos, que ya ten�an casa en las principales ciudades del pa�s y entre los cuales se contaban algunos familiares de gente importante. Mariano se divirti� en aquel trance y, durante unos d�as, con otros dos, reparti� propaganda electoral por la calle. El triunfo de la democracia cristiana fue celebrado tambi�n en el Colegio romano, y el Padre, en la meditaci�n de la tarde, habl� de nuevo de su responsabilidad como l�deres cristianos, aunque insisti� una y otra vez en que "lo nuestro es m�s el trabajo discreto y oscuro de direcci�n y dar doctrina que la presencia activa en los comicios".
Al irse acercando el fin de curso, Mariano intensific� sus estudios, e incluso consigui� permiso para no ir algunas ma�anas al Ang�lico. A su alrededor se hab�a forjado una aureola de intelectualidad y espiritualidad que se reflejaba incluso en las bromas autorizadas de los d�as de fiesta. En aquellos Reyes, hab�a recibido un tarjet�n donde se le representaba sentado en una nube y leyendo dos libros a la vez, uno llamado "Metaf�sica de la abstracci�n et�rea" y el otro "Introducci�n a la teolog�a bizantina". Esas bromas, cuidadosamente controladas por Direcci�n, eran la m�xima cr�tica permitida contra un numerario, ya que se prohib�an expresamente las puyas en p�blico, debiendo resolverse cualquier cr�tica a trav�s de la correcci�n fraterna. Mariano se daba cuenta de

que tal modo de organizar la convivencia, completamente distinto a la vida universitaria granadina, proporcionaba una gran seguridad psicol�gica. Uno pod�a conducirse as� naturalmente, sin temor a las burlas de los colegas. Recordaba la crueldad con que un compa�ero de Granada hab�a comentado en p�blico una confesi�n que Mariano le hab�a hecho en un momento de confianza, relacionada con sus aspiraciones profundas de plenitud. Por unos d�as, impulsados por la broma del compa�ero, toda la clase le llam� el �ngel estre�ido, aludiendo a su confianza traicionada relativa a la repugnancia que a veces sent�a ante sus funciones digestivas.

En Roma, el clima de confianza era precisamente lo contrario, y a veces los superiores ten�an que corregirles por excesiva espontaneidad y puerilidad. Mariano experimentaba una especial sensaci�n de tradici�n eclesi�stica en aquel c�rculo semanal en que el director, despu�s de comentar el evangelio y alg�n punto del esp�ritu de la Obra, daba permiso para que los asistentes se acusaran en p�blico de sus faltas, rodilla en tierra, tras lo cual impon�a castigos, siempre bastante leves, a la vez que hac�a admoniciones generales sobre el comportamiento de todos. A Mariano le parec�a estar reviviendo la tradici�n cisterciense, que conoc�a por los libros de historia de la religi�n de la biblioteca.

Con notable facilidad, obtuvo la licenciatura en Can�nico con "Summa cum laude", y parti� r�pidamente en direcci�n a Granada, a fin de examinarse all� de un buen n�mero de asignaturas de Filosof�a. Fue recibido con gran j�bilo por don Teodoro, el sacerdote a quien deb�a su vocaci�n, que ve�a confirmarse sus esperanzas al desarrollarse la personalidad de su protegido. Estaba muy seguro de s� mismo el estudiante y consigui� matr�cula de honor en todas las asignaturas a las que se present�. Dej� cinco para septiembre y march� unos d�as a la M�laga de sus padres. All� le esperaba una peque�a sorpresa. Otro malague�o de la Obra, mayor que �l, se present� en su casa procedente de Madrid para decirle que deber�a quedarse aquel verano all� con objeto de cuidar de tres vocaciones j�venes que no hab�an logrado escapar de sus familias durante las vacaciones.

Se trataba de Paco y Pepe Luque, dos hijos de un m�dico malague�o, que estudiaban respectivamente Medicina y Derecho en Madrid, y de Rafael Montesinos, un estudiante de industriales. El numerario venido de la capital le trajo instrucciones de la Comisi�n, as� como una semblanza de los chicos.

-Son muy majos -le coment�-, pero est�n reci�n "pitados", y ya sabes t� lo que es el veraneo en M�laga.

Mariano se tom� muy en serio su cargo. Nada m�s reunir a los chicos, trazaron un plan de vida riguroso, que comprend�a estudio, una hora de playa y mucha tertulia.

Se reun�a con ellos a �ltima hora de la ma�ana y se iban a una esquina de los Ba�os del Carmen, donde no hab�a gente, especialmente chicas, algo que se recomendaba mucho en la Obra. Se ba�aban, jugaban al f�tbol con algunos amigos y expulsaban as� del cuerpo las tensiones juveniles. A Mariano le preocupaba especialmente Pepe, porque era muy enamoradizo y hab�a tenido novia en M�laga antes de entrar en la Obra. En la confidencia, que celebraban casi diariamente, Pepe le contaba sus apuros por escurrir el bulto cuando se topaba con su novia por la calle y las bromas de sus amigos al respecto. Pero el susto mayor se lo proporcion� Rafael cuando una noche se present� medio llorando en su casa. Aquella tarde, varios compa�eros le hab�an encerrado con una puta en una habitaci�n del chalet que sus padres pose�an en la playa.

Mariano le consol� como pudo, record�ndole el episodio similar de la vida de santo Tom�s de Aquino. La lucha de aquellos j�venes numerarios por conservar la pureza le parec�a excesiva. �l hab�a entendido en seguida el criterio de la Obra de que el sexto mandamiento ocupaba simplemente el sexto lugar y de que nunca pasaba nada mientras se permaneciese absorto e ilusionado en el trabajo y fortalecido por la oraci�n y la mortificaci�n. Hab�a logrado sublimar sus apetitos sexuales y sus querencias sentimentales y, apenas sent�a la tentaci�n, se escabull�a de ella con un �gil reflejo. Por eso te molestaba que aquellos chicos perdieran tanto tiempo con el asunto.

Por las tardes sal�an a pasear. Recorr�an los alrededores de M�laga, hac�an la oraci�n en el puerto, y Mariano les contaba cosas del Padre y de la vida en el

Colegio romano. As� pasaron los dos meses de verano y, cuando acompa�� hasta el tren de Madrid a los chicos, se sinti� contento. Los Anaya hab�an disfrutado viendo a su hijo tan buscado por los hijos de gente importante, e incluso un d�a ofrecieron una merienda, a base de los ricos frutos secos de la tienda, a toda la pandilla. En los ex�menes de septiembre Mariano volvi� a repetir el �xito de junio y toda la residencia del Albaic�n celebr� su licenciatura en Filosof�a, y la de otro numerario en Derecho, con una comida extraordinaria, a la que sigui� una larga tertulia de canciones y chistes andaluces. Al filo del atardecer, don Teodoro presidi� la oraci�n en el oratorio, habl�ndoles del sentido de responsabilidad respecto al Padre y de la uni�n fraternal, simbolizada por los naipes de una baraja, que, aunque d�biles por separado, se apoyan mutuamente.

-"El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad amurallada" -les a�adi�, comentando este vers�culo del Antiguo Testamento.

A finales de septiembre lleg� a Granada Juan, el vocal de San Miguel de la Comisi�n de la Obra en Espa�a. En la Comisi�n, como en el Consejo general, exist�an una serie de cargos que Mariano hab�a aprendido de memoria en el catecismo de la Obra. Los vocales de San Miguel, San Gabriel, y San Rafael ayudaban al Consiliario a tramitar y resolver las cuestiones relacionadas con los numerarios, los supernumerarios y el apostolado entre la juventud, respectivamente. Juan tra�a la relaci�n de encargos y destinos para los numerarios de Granada y, a poco de llegar, se encerr� con Mariano en la Direcci�n del Albaic�n.

-Le hemos pedido al Padre -empez� dici�ndole -que se retrase un poco tu ordenaci�n sacerdotal, porque te necesitamos en Pamplona. La asignatura de Filosof�a est� sin cubrir y hace falta un numerario de confianza para ella. Adem�s, en Pamplona hay ya mucha labor preparada entre los chicos, y hemos pensado que t� puedes participar en ella. Nos acaban de contestar afirmativamente de Roma, y espero que vayas con alegr�a a tu trabajo, aunque esto suponga aplazar la ordenaci�n, para la que me figuro que ya te hab�as preparado.

Mariano se qued� un tanto sorprendido ante la noticia, pero, acostumbrado a ver la voluntad de Dios en las decisiones de los superiores, se limit� a contestar a Juan con un: "Estoy dispuesto". Aquella tarde en la oraci�n reafirm� su voto de obediencia ante el Sagrario y le dijo a Jes�s sacramentado que dispusiera de �l como conviniera a los intereses superiores. Fortalecido interiormente, se prepar� a viajar a Pamplona. Pero antes pas� unos d�as en M�laga, donde explic� a sus padres las novedades. No les hab�a dicho nada respecto al sacerdocio, de modo que la perspectiva de que el hijo fuera profesor de universidad les supo a gloria. Mercedes insisti� en comprarle ropa m�s seria y, del brazo de Mariano, se pase� orgullosa por las tiendas de la calle, renovando el vestuario del flamante profesor.

En los primeros d�as de octubre de 1956, Mariano llegaba a la capital navarra. Al bajar del tren, que invert�a ocho horas en hacer el recorrido desde Madrid, eran las diez de la noche y llov�a.

En la estaci�n encontr� a Emilio, el fil�sofo andaluz compa�ero de clase en el Ang�lico, que le estaba esperando. Sinti� una gran alegr�a y escuch� a Emilio relatarle las novedades. Estaba en Pamplona para tomar parte en el obligatorio curso de verano y le hab�an encargado, como estudiante del �ltimo curso de Filosof�a, que ayudase a Mariano a organizar la asignatura antes de volver a Roma.

Mientras caminaban hacia la residencia de Aralar, Emilio le explic� que, como todav�a no se les permit�a dar t�tulos, los alumnos iban a examinarse a Zaragoza y ten�an que seguir los programas y los textos de all�. En Filosof�a no hab�a problemas, porque tanto los planes de estudio como las tendencias de los profesores zaragozanos eran s�lidos y seguros y se pod�a mantener la filosof�a tomista en toda su pureza. Los alumnos de Pamplona eran principalmente hijos de amigos de la Obra, que los mandaban all� para asegurar su formaci�n cristiana y evitarles la universidad oficial en esa �poca de la vida tan proclive a las influencias. Hab�a tambi�n gente de la regi�n, en su mayor�a muchachas y aquellos que no hab�an querido matricularse en Derecho o Medicina.

Al llegar a la residencia, un doble piso en una casa de la parte nueva de Pamplona, todo el mundo dorm�a. Emilio lo llev� en silencio al oratorio y, acto

seguido, le ense�� su cama, en un cuarto que ocupaba ya un compa�ero. Mariano se durmi� en seguida y, a la ma�ana siguiente, se dirigi� con Emilio a la sede del Estudio general.
La ciudad de Pamplona, envuelta en una suave neblina oto�al, le produjo una primera impresi�n de tristeza. Sus lugares anteriores, M�laga, Granada y Roma, se hallaban en el paralelo del sol y el calor, su segunda naturaleza. El oto�o de Pamplona era fr�o para su sensibilidad, hasta el punto de que casi tiritaba.
La sede principal del Estudio general se encontraba en el casco antiguo y formaba parte de una larga serie de construcciones de piedra, veteadas de musgo y de hiedra. El edificio en cuesti�n, un antiguo caser�n burocr�tico de la Diputaci�n navarra, cedido al efecto, ten�a un patio con sabor medieval y una serie de salones destartalados, que los de la Obra iban acondicionando poco a poco, a medida de las necesidades docentes y administrativas. Mariano pas� al despacho de don Ismael, que le esperaba. Ismael S�nchez Bella supon�a toda una instituci�n para los j�venes de la Obra. El Padre lo hab�a hecho llamar de Argentina, adonde hab�a llevado junto con otros la semilla de la Obra, porque, a juicio de los entendidos, pose�a el empuje gestor y el entusiasmo contagioso necesarios para poner en marcha la universidad de la Obra. Recibi� a Mariano con un abrazo y un "Pax" jubiloso, y le dijo:
-�Te esper�bamos con impaciencia! Te necesitamos para muchas cosas. Ya ver�s como no tendr�s tiempo de aburrirte.
Le entreg� una lista de los alumnos de filosof�a con sus respectivas fichas, que acostumbraban a rellenar los de la Obra que los enviaban, dando sus impresiones sobre el muchacho.
-No son muchos y creo que no tendr�s problemas con ellos -le coment�-. Cinco por lo menos son ya de casa, entre chicos y chicas, y no s� a qui�n he o�do decir que hay varios 'pitables' entre ellos. Habla con Rafa, el secretario, para los tr�mites administrativos y p�sate por aqu� a las siete de esta tarde, porque vamos a celebrar un claustro.
Mariano dedic� el resto de la ma�ana a recorrer, en compa��a de Emilio, las instalaciones. Media hora antes de comer regresaron a la residencia. Despu�s de la tertulia del mediod�a, tuvo ocasi�n de hablar con el director, el mismo Rafa secretario del Estudio general. Los numerarios de la Obra en Pamplona ten�an que simultanear cargos docentes, administrativos y apost�licos, y a Rafa le hab�a correspondido ser secretario del Estudio general y director de la residencia Aralar, adem�s de explicar derecho natural. Rafa le puso al corriente.
-De los veinte chicos que hay en Aralar, la mayor�a son andaluces y madrile�os. Muy vagos, con costumbres de ni�os mimados, que se te van de tasca en seguida y se juntan, no se sabe c�mo, con lo peor de Pamplona. Pero algunos compensan tanto esfuerzo. F�jate en Ram�n y Juan, que son muy 'pitables'. Adem�s, estamos empezando a "tratar" a los mayores del colegio de los escolapios, aqu� al lado. T� te encargar�s este a�o de organizar los c�rculos de San Rafael y tambi�n de montar las actividades culturales de la residencia, que por ahora se reducen a una conferencia al mes y un concierto de m�sica cl�sica los domingos, con discos que trae V�ctor, un supernumerario pamplon�s muy aficionado.
A media tarde, Rafa y Mariano regresaron a la C�mara de Comptos, como se llamaba la sede del Estudio general, y entraron con los otros profesores, alrededor de la quincena, en la sala de reuniones. La mayor�a eran numerarios, aunque hab�a tambi�n alg�n supernumerario. Por entonces el criterio estribaba, como explic� Ismael, en que el profesorado perteneciera en su conjunto a la casa y poco a poco permit�a la entrada a gente segura, de prestigio profesional.
-Claro que -brome�- otra soluci�n ser�a que viniesen los de fuera y "pitasen" en seguida.
Sin embargo, el motivo de la reuni�n era una discusi�n de las notas de septiembre. Hab�a bastantes reclamaciones de padres amigos, porque los suspensos en Zaragoza no hab�an disminuido. Adem�s de presionar sobre los chicos, Ismael quer�a que todos los profesores del Estudio entablaran amistad con los correspondientes profesores titulares de la universidad principal, para as� poder influir m�s en los resultados finales. Explic� sucintamente el procedimiento.
-Hay que contar con los numerarios de Zaragoza, y sobre todo con Pepe Orland�s y Jos� Manuel Casas, que conocen a todo el mundo.

Los citados eran numerarios ya mayores, catedr�ticos de universidad, que llevaban ya tiempo en Zaragoza y hab�an sido requeridos para cooperar desde all� a la consolidaci�n del Estudio general de Navarra. Mientras hablaba Ismael, los dem�s profesores callaban. La convicci�n que reflejaban sus palabras y ademanes resultaba contagiosa, y Mariano experiment� la sensaci�n de una solidaridad institucional que, mientras caminaba luego solo por la ciudad, iba paladeando. Aquella escena le record� algo. Un pasaje de la historia de la orden dominica, cuando san Alberto Magno hab�a recibido el encargo papal de consolidar la universidad parisina. Seg�n el relato, el monje, con unos cuantos de los suyos, hab�a logrado en poco tiempo el favor del rey y el obispo, merced al esfuerzo y el tes�n de sus compa�eros dominicos, entre los que se contaba Tom�s de Aquino. Unos d�as despu�s, ya empezadas las clases, confi� a Ismael semejantes pensamientos, y el rector aprovech� la ocasi�n para dirigirle un largo discurso sobre el futuro del Estudio general.

-El Padre quiere que Pamplona se transforme en un foco de irradiaci�n cultural y espiritual, como aquellas universidades mayores de la cristiandad. Pero, a diferencia de entonces, el mundo exterior es menos creyente y est� siendo dominado por la ciencia progresista, descendiente directa de la herej�a modernista. Gracias a la paz de Franco y a la tradici�n espiritual vasca, el norte de Espa�a es a�n un lugar no inficionado por el progresismo, esa nueva herej�a que comienza a calar incluso en la Iglesia. La fe sencilla del pueblo navarro es el mejor caldo de cultivo de nuestros planes. Aqu� los juristas aprender�n a respetar la ley natural, emanaci�n de la ley divina, que se ha hecho carne en las costumbres y en el respeto a la autoridad del pueblo vasco. Aqu� los fil�sofos comprender�n que el verdadero sentido de la filosof�a es ser fiel a su papel de sierva de la teolog�a, para traducir en lenguaje comprensible y en raciocinio sencillo las hondas verdades y los misterios sublimes de la revelaci�n. Los m�dicos dedicar�n sus mejores esfuerzos a entender que una enfermedad es tambi�n un signo de la voluntad de Dios y sabr�n explicar a sus pacientes que el cuerpo debe estar siempre subordinado al esp�ritu. Desde Pamplona -continuaba encendido Ismael-, irradiaremos el mensaje de la Obra a Sudam�rica, donde hay tantas familias sedientas de buena doctrina, que empiezan ya a mandarnos a sus hijos para que los eduquemos aqu�. Y todo ello hemos de hacerlo, como quiere el Padre, con esp�ritu sacerdotal y mentalidad laica. Esp�ritu sacerdotal para ver almas en nuestros alumnos, en nuestros amigos, y mentalidad laica para no caer en los errores de las �rdenes religiosas que terminaron separadas del pueblo fiel. Por eso, hemos de vestir bien, vivir en casas con apariencia externa de familia burguesa, aunque, como dice el Padre, un diplom�tico de la Obra lleve el cilicio debajo del chaqu� y en nuestras casas se viva en un orden y una obediencia que para s� quisieran los religiosos m�s observantes.

Mariano aprendi� a contagiarse de ese optimismo, y acud�a a �l apenas ten�a alg�n problema. Su primera desilusi�n fue motivada por el escaso inter�s de los alumnos frente a la filosof�a. La mayor parte de los matriculados en su clase eran, como le dijo Emilio antes de regresar a Roma, "desechos de tienta". Sus padres hab�an renunciado a que estudiaran una carrera importante y lo m�s que hab�an conseguido era que los del Opus se hicieran cargo de ellos por unos a�os. Claro que estaban los de casa, siempre dispuestos a aprender, pero no excesivamente dotados de esa chispa de genio que Mariano sab�a ya descubrir en el futuro cultivador de la abstracci�n filos�fica. S�lo, entre los estudiantes navarros, una chica, Bego�a Urruzola, presentaba s�ntomas de poseer una buena cabeza. Desde los primeros d�as, se le acerc� a pedirle alguna aclaraci�n despu�s de clase y sugerencias para posibles lecturas de ampliaci�n. Mariano la atend�a siempre con esa mezcla de cortes�a y frialdad de rigor en los profesores numerarios, "para que no se hagan ilusiones", como dec�a en broma Ismael. Pero una tarde Rata, el director de Aralar, le llam� a su cuarto y le cont� que se hab�a enterado de una charla que tuvo lugar en la cafeter�a Iru�a, t�pico lugar de reuni�n vespertina de los estudiantes, donde hab�an corrido ciertas bromas sobre �l y Bego�a.

-Estoy seguro -le dijo Rafa- que t� no has dado la menor ocasi�n para estos comentarios, pero, dado este ambiente provinciano y el prestigio corporativo, te aconsejo que tomes m�s precauciones.

A Mariano le sent� mal aquel incidente, porque se sent�a �ntimamente inocente y seguro. Sin embargo, al domingo siguiente, en que le correspond�a retiro espiritual, dedic� la mayor parte del tiempo de silencio a examinarse sobre ello y, a fuerza de introspecci�n, encontr� que, junto a las razones pedag�gicas y de satisfacci�n intelectual que motivaban sus atenciones a Bego�a, la �nica alumna digna de tal nombre, hab�a algo indefinible relacionado con el sexo. Y como no quer�a bromas con lo que hasta ahora hab�a sido capaz de sublimar f�cilmente, decidi� cortar por lo sano. A partir de entonces, rehu�a la mirada de la chica en clase y adoptaba una postura tan adusta ante sus requerimientos que, al cabo de un tiempo, ella dej� de formularle preguntas.

CAP�TULO 3. EL DIARIO DE MARIANO (1953-1958) PARTE II

Con V�ctor, el supernumerario pamplon�s amigo de la m�sica, descubri� las riquezas monumentales y los lugares t�picos de la ciudad y conoci�, tambi�n de su mano, a algunos intelectuales locales, como a un profesor de instituto, antiguo seminarista, que le colocaba grandes discursos sobre sus aficiones a la l�gica matem�tica, y a don Joaqu�n, el pr�cer carlista, que reun�a los jueves en su vieja casona de la calle Estafeta a lo que �l llamaba la intelectualidad del Reino y que consist�a en dos can�nigos de la catedral, licenciados por Roma, y un grupo variable de pol�ticos y propietarios agr�colas. All� descubri� Mariano muchas cosas, que, a�os m�s tarde, englobar�a bajo el t�tulo de sociolog�a del carlismo.

-Ustedes -le dec�a don Joaqu�n- han venido a tiempo para continuar la gran tradici�n cultural de Balmes, Donoso y V�zquez de Mella, esa tradici�n que est� en la ra�z del alma noble de Espa�a y que el modernismo, los ecos de una Europa materialista, han intentado tantas veces destruir. Una y mil veces usar� mi influencia en la diputaci�n, en el ayuntamiento, donde sea, para hacer posible ese prop�sito de monse�or Escriv�, que yo mismo le escuch� exponer en Madrid hace unos a�os. Lo que m�s me gust� de lo que dijo fue aquello de dar liebre por gato, es decir, vestir la ortodoxia y la tradici�n con un ropaje moderno, accesible a la juventud, y as�, aceptando lo accesorio de los cambios en el progreso cient�fico y t�cnico, mantener intacta e incontaminada esa filosof�a de la vida que hemos heredado y por la que tantos hemos dado vidas y haciendas en esta guerra y en las pasadas.

La pr�ctica imbricaci�n de ideales espirituales y pol�ticos que aquellas convicciones reflejaban impresion� a Mariano, que, por primera vez, se topaba con tipos humanos muy alejados de su arquetipo mediterr�neo. Para �l, plat�nico instintivo, heredero de un talante so�ador, propiciado por soles de siglos, que siente una cierta desaz�n cuando de estar muy seguro se trata y alberga por ello, en sus profundidades emocionales, un cierto escepticismo acerca de toda aventura humana excesivamente segura de s� misma, todo aquello resultaba una novedad. Desde su vertiente m�stica ilustrada, no se tomaba demasiado en serio otras actividades externas que aquel sue�o pedag�gico que tantas veces le rondaba la cabeza y que �l ve�a como un gran resurgimiento cultural y una civilizaci�n de las masas por v�a de la persuasi�n y un cierto despotismo ilustrado. Pero ni siquiera en los momentos m�s duros de su adoctrinamiento romano hab�a aceptado la necesidad de la alianza entre el altar, la espada y la inteligencia, en un remedo de aquellas aventuras b�licas de la pasada cristiandad, que, para �l, eran simplemente deficiencias, exabruptos de la historia. Sin duda Dios deb�a de re�rse, con una buena risa mediterr�nea, de todas aquellas magnificaciones in�tiles de su mensaje, aunque permitiese, desde el fondo de ese misterio nuclear de la libertad humana, tragedias y malos pasos de sus propios incondicionales.

Se iba acomodando paulatinamente a los fr�os, a las lluvias y a las nieves de Pamplona. Alg�n domingo, en plan de apostolado, acompa�aba a los chicos de la residencia a cortas excursiones por los montes que rodeaban la ciudad y, poco a poco, empez� a sentir y valorar la belleza de los mil matices de verde, de las arboledas de robles y casta�os, de los riachuelos roqueros y de los caser�os, a veces escondidos en un repecho de monta�a. Aquello parec�a sentarle bien f�sicamente, y su endeble contextura empez� a endurecerse con el clima, los paseos y aquella dieta navarra que inclu�a buenos platos de huevos y chorizo, regados con vino rojo, aun a la hora del desayuno. Como le dec�a en broma don Teodoro, que de Granada hab�a sido trasladado a Pamplona casi al mismo tiempo

que �l, "las chicas de la Obra han entendido literalmente el mensaje del Padre de que ellas son responsables, a trav�s de la cocina, del fervor espiritual y la madurez intelectual de nuestros estudiantes. �Y hay que ver c�mo se esmeran!".

Alg�n tiempo m�s tarde, despu�s de muchas presiones del nuncio Antoniutti, el gobierno espa�ol acord� dar validez civil a los t�tulos acad�micos de la universidad de Navarra, siempre que entre los profesores hubiera un determinado porcentaje de catedr�ticos.

Con ese motivo, se procedi� desde Madrid a enrolar a cuantos, pertenecientes a la Obra o no, aceptaran trasladarse de sus universidades civiles a Pamplona. El proceso comprend�a un examen detallado de las tendencias ideol�gicas de los candidatos. Para los alumnos supon�a una gran ventaja no tener que examinarse en Zaragoza. De ah� que al rector S�nchez Bella se le diera carta blanca y una cierta capacidad de negociaci�n econ�mica para atraer a quienes hicieran posible tal libertad. Los dos fichajes m�s notorios fueron los del m�dico Ortiz de Land�zuri y el romanista �lvaro d'Ors, ambos supernumerarios de confianza. A su vez, Mariano fue comisionado por el rector para buscar fil�sofos importables a Pamplona. Con tal motivo, y aprovechando las vacaciones de Semana Santa, viaj� a Madrid y le fue permitido el acceso a los ficheros de la Obra, donde figuraban las listas y las circunstancias de los socios numerarios, de los supernumerarios y de los amigos cooperadores. El joven sacerdote encargado del registro le ayud� en la tarea y le present� a don Jes�s Arellano, catedr�tico de filosof�a, numerario mayor, que ejerc�a en Sevilla y era el principal protagonista de esa operaci�n de selecci�n. Mariano sab�a ya que la filosof�a espa�ola era muy ortodoxa, puesto que el Ministerio de Educaci�n, al adjudicar las c�tedras, ten�a buen cuidado en impedir el acceso a ellas a quienes no se adher�an a los postulados de la filosof�a perenne. La vigilancia ministerial se hab�a hecho m�s dura desde el episodio de aquel a�o, en que, por culpa de la debilidad del ministro Ruiz Jim�nez, gente de izquierda e intelectuales no franquistas hab�an fraguado una especie de conspiraci�n universitaria, que hab�a terminado a tiros por las calles de Madrid y con la destituci�n por el General�simo de Ruiz Jim�nez y el ministro del Movimiento.

Un d�a, Mariano fue invitado a quedarse a merendar en Diego de Le�n, la casa central de la Obra, y all� presenci� una animada conversaci�n al respecto entre numerarios importantes. Estaban presentes Rafael Calvo Serer, Florentino P�rez Embid, Antonio Font�n, Laureano L�pez Rod� y Jes�s Arellano, con el que hab�a venido. Sin intervenir, les o�a quejarse de la traici�n de Joaquinito -como llamaban al ministro- a los ideales del dieciocho de julio y de la necesidad de oponerse a los intentos de secularizaci�n de la tradici�n espa�ola. Y si bien el tono y las maneras eran modernas, a Mariano le recordaban la tertulia pamplonesa de don Joaqu�n, el pr�cer carlista. Aunque se sent�a b�sicamente de acuerdo con el fondo de la cuesti�n, experiment� un cierto desasosiego ante la contundencia de la posici�n ideol�gica de sus hermanos mayores, especialmente cuando, aun en tono de broma, uno de ellos habl� de la necesidad de establecer la inquisici�n.

Aquella noche, paseando por la madrile�a calle de Serrano con otro profesor de Pamplona que hab�a venido con la misma misi�n que �l, aunque para la facultad de Medicina, hablaron del tema. El m�dico le cont� que su padre, m�dico tambi�n, hab�a sido amigo de don Gregorio Mara��n y le relat� las experiencias comunes de los intelectuales de la Rep�blica. Mariano ten�a escaso conocimiento de aquellos episodios de una historia a�n reciente, porque en el colegio le hab�an pintado todo lo relativo a la guerra civil con los simplificadores tonos del rojo y el azul, y �l no hab�a tenido ni el tiempo ni la inclinaci�n para analizar intelectualmente el asunto. Seg�n el m�dico, y en esto coincid�a con lo que Mariano acababa de o�r en Diego de Le�n, hab�an sido los intelectuales quienes prendieron el odio de la lucha de clases que condujo a la guerra y quienes, en sus dudas acad�micas, no supieron distinguir el plano de la especulaci�n cient�fica, donde cab�a una moderada modernizaci�n a la europea, del plano de la doctrina popular, que, debido a la ignorancia masiva de los espa�oles, no debi� manipularse.

-Espa�a -le dec�a muy seguro su interlocutor- es un pa�s apasionado y radical, que necesita autoridad, l�deres y un fiel seguimiento del catolicismo, �nica garant�a de orden y concierto social. La Instituci�n Libre de Ense�anza quiso desconocerlo, y por eso pas� lo que pas�. Y ahora el Padre nos pide que seamos

de nuevo levadura en la masa, a fin de que no vuelva a producirse una tragedia semejante.

Al volver a Pamplona, Mariano llevaba consigo un nuevo prop�sito: redactar su tesis doctoral. En Madrid le hab�an insistido en ello, como una estrategia paralela a la contrataci�n de catedr�ticos para Pamplona. Porque as� como, inmediatamente despu�s de la guerra, las c�tedras sirvieron como cauce a la expansi�n apost�lica de la Obra por provincias al ingresar un numerario en la universidad respectiva, y las becas del Consejo Superior de investigaciones cient�ficas consiguieron un efecto similar respecto al extranjero, hab�a ahora un motivo suplementario: la autonom�a docente de Pamplona. Don Laureano, desde su doble posici�n como jefe de estudios para la regi�n espa�ola de la Obra y como alto cargo en el Consejo de investigaciones, planeaba todo el movimiento de acceso a las oposiciones, especialmente la posibilidad de nombrar tribunales amigos para que los de casa no tropezaran con dificultades.

Mariano acept� complacido la idea y, a medida que avanzaba el curso, comenz� a darle vueltas al asunto.

Tambi�n le lleg� la noticia de que pasar�a aquel verano en la universidad de La R�bida, como subdirector del centro m�vil que se organizaba all� cada verano para atender a los numerarios asistentes y a los chicos de San Rafael, a los que se pretend�a "tratar" con esa ocasi�n. La perspectiva le ilusion� verdaderamente, pues, aunque se hab�a casi acostumbrado a los rigores navarros y aunque la primavera norte�a era francamente bonita, con la floraci�n de los bosques y los prados, a medida que se acercaba el verano sent�a la llamada del mar.

Un tema que hab�a quedado como entre par�ntesis era el de su proyectada ordenaci�n sacerdotal. No le hab�an vuelto a hablar de ello, y �l, con ese instintivo acatamiento de la voluntad de Dios que hab�a desarrollado, logr� dejar de considerarlo, ilusionado como estaba con las perspectivas intelectuales.

Despu�s de acompa�ar a Zaragoza a sus alumnos, que no salieron demasiado malparados del trance de los ex�menes y de una fugaz visita a M�laga, lleg� por fin a La R�bida. Mucho hab�a o�do hablar de aquel feudo de don Vicente Rodr�guez Casado, flamante rector del cotarro, cuya habilidad para conseguir permisos y dineros para sostenerlo era notoria.

-Hola, chaval -le dijo don Vicente, a quien encontr� ba�ando su inmenso cuerpo en la playa-. Aqu� los andaluces estamos en mayor�a y tenemos que ense�ar a vivir a los dem�s.

La gran humanidad y la simpat�a de don Vicente eran contagiosas. Hab�a organizado una especie de relajaci�n en el modelo de curso anual de la Obra. Treinta o cuarenta estudiantes, espa�oles y sudamericanos, segu�an cursos de historia, literatura, arte, disfrutaban de las delicias del lugar, com�an todo lo que quer�an y, de noche, por grupos o en com�n, organizaban veladas de cine, montaban tertulias o cantaban. El tiempo pasaba all� muy deprisa. Mientras tanto, los de la Obra se afanaban por reclutar adictos entre las mejores cabezas presentes.

Durante aquella grata temporada, Mariano se debat�a entre posturas contradictorias. Como subdirector del centro, se pasaba el d�a persiguiendo a los numerarios, generalmente j�venes, para que cumplieran las normas, estudiaran algo y no olvidaran su labor de apostolado. Por otro lado, sent�a las mismas tentaciones que ellos de hacer el lagarto bajo el agradable sol y disfrutar de esas vacaciones. Hab�a gente interesante entre los sudamericanos, especialmente dos peruanos muy ceremoniosos, que se sab�an mil y una an�cdotas de la conquista espa�ola y deleitaban a todos con sus historias de Cuzco, Arequipa y Lima, que, como ellos explicaban, fue capital del Virreinato por pura equivocaci�n de Pizarro.

Don Vicente incorpor� a Mariano a las tertulias con los invitados, profesores que ven�an a La R�bida a pronunciar sus conferencias y luego se enredaban en discusiones pol�ticas y acad�micas. All� se familiariz� con esa confianza, caracter�stica de la gente mayor de la Obra, en la vigencia del modelo tradicional espa�ol. Por no llevarle la contraria a don Vicente o a Jes�s Arellano, que les visitaba con frecuencia desde Sevilla, los conferenciantes ajenos asent�an a todas aquellas magnificaciones del verdadero esp�ritu espa�ol.

Una noche tras otra, entre copa y copa de buen vino jerezano y tapas de jam�n y queso, se trazaban esquemas imperiales del destino espa�ol, que conclu�an en una mal disimulada propaganda de la Obra. Todos se hac�an lenguas de la colecci�n Rialp, en que, bajo la direcci�n de Rafael Calvo, iban apareciendo, uno tras otro, los autores m�s preclaros del pensamiento espa�ol tradicional.

Sin embargo, la dureza de aquella ortodoxia quedaba dulcificada por el contexto mediterr�neo de las reuniones. All�, a diferencia de los recientes episodios de Madrid y Pamplona, Mariano ve�a m�s humanizadas las estrategias y menos arriscadas las posiciones ideol�gicas.

Conversando sobre sus lecturas en relaci�n a la tesis doctoral, qued� m�s o menos definido el tema. Mariano estaba empe�ado en hacer una tesis erudita, sobre las relaciones entre la naturaleza y la gracia en la patr�stica. Todos le alabaron el gusto, pero le recomendaron que incorporase al esquema un cap�tulo donde pudiera introducir la idea de la infancia espiritual, que el Padre desarrollaba en Camino y que, seg�n Arellano, ten�a profundas implicaciones filos�ficas.

De regreso a Pamplona, vio incrementados sus deberes lectivos con dos cursos de filosof�a en vez de uno, aunque le trasladaron a una casa de mayores donde todos los habitantes pertenec�an a la Obra y no hab�a aquel traj�n de Aralar, con tanto estudiante d�scolo y tanta p�rdida de tiempo. En la casa nueva, otro piso del ensanche de Pamplona, viv�an ocho profesores, presididos por Jos� Javier, un navarro de edad algo superior a la media y que a su condici�n de profesor de civil un�a la de notario. Jos� Javier era muy espiritual, y Mariano simpatiz� con �l, aunque sus opiniones presentaban esa sencillez y rotundidad que tanto incomodaba a su �nimo mediterr�neo. Jos� Javier hab�a sido uno de los primeros de la Obra en Madrid despu�s de la guerra y sent�a por el Padre una fidelidad perruna. Conoc�a bien a la gente de las clases pudientes, como �l dec�a, y sus buenos oficios en la diputaci�n o entre los caciques locales resultaban muy valiosos para la universidad. En diversas ocasiones, Mariano le oy� contar an�cdotas sobre c�mo se consiguieron las subvenciones de la diputaci�n y los terrenos del ayuntamiento para el futuro campus. Le impresionaba la seguridad con que Jos� Javier ve�a la marcha de la instituci�n.

Empez� tambi�n a familiarizarse con lo que se llamaba la labor de San Gabriel, es decir, el apostolado entre los matrimonios, en el cual representaban un gran papel las mujeres. Siempre le hab�a parecido acertado el criterio del Padre en cuya virtud exist�a una absoluta separaci�n de sexos a la hora del apostolado, no s�lo por razones de precauci�n sentimental y sexual, sino porque compart�a los prejuicios tradicionales del intelectual cat�lico respecto a las funciones y habilidades de la mujer, actitud que s�lo hab�a depuesto moment�neamente con ocasi�n del caso de Bego�a Urruzola. Sin embargo, oyendo hablar a don Teodoro y otros sacerdotes de la complicidad de las mujeres en relaci�n al apostolado entre sus maridos, comprendi� el porqu� de aquella dedicaci�n tan grande de los curas a la Secci�n femenina. Era una actividad doblemente productiva. Porque si, por una parte, "pitaban" chicas y sirvientas para velar por la buena administraci�n de las casas, por otra, las casadas que se incorporaban recib�an consejo y est�mulo para atraerse a sus maridos, que terminaban por encontrarse un cura del Opus invitado a comer cada cierto tiempo. En ese ambiente casero, entraban tambi�n los numerarios, y muy pronto no hubo familia pamplonesa de alguna importancia econ�mica y social que no recibiese a los de la Obra. Mariano empez� a cobrar fama de listo entre aquellas personas, cuyos problemas teol�gicos, como con sorna dec�a Jos� Javier, no pasaban de la cintura para arriba. Las meriendas a base de chocolate y los copiosos almuerzos de caza y buen vino eran ocasi�n propicia para la tertulia espiritual y Mariano no tard� en descubrir que, como dec�a el Padre, para el hombre casado la vocaci�n empieza en la cocina de una esposa fiel.

S�lo una vez, por ausencia temporal de otro numerario, hab�a bajado Mariano al incipiente barrio industrial de la ciudad, donde, en casa de un obrero de la Obra, se iniciaba la labor de oblatos. Tal y como hab�a o�do Mariano en Roma, el Padre hab�a ordenado que, tan pronto como estuviese asentada la labor entre las clases pudientes, se procediese con tiento a buscar vocaciones entre los obreros ejemplares en su oficio, que fueran semillero de buen comportamiento social. En la "Instrucci�n de San Gabriel", uno de los documentos b�sicos que, con el

catecismo, se estudiaban en la Obra, se hablaba del apostolado entre los obreros, "que hab�an de tener la ilusi�n de dar gloria a Dios desde su sitio, sin apetecer cambiar la situaci�n donde la providencia los hab�a puesto". Jos� Javier le hab�a explicado que el obrero navarro, casi reci�n llegado del campo, s�lo ten�a vicios animales y que, con la tradici�n de la influencia eclesi�stica en la regi�n, no hab�an sido contaminados por las ideas perniciosas de los cinturones industriales de Madrid, Barcelona o Bilbao.
Sin embargo, Anselmo, que as� se llamaba el oblato obrero, le explic� aquella tarde que algunos sacerdotes y seminaristas navarros estaban difundiendo ideas comunistas desde el confesionario, e incluso un cierto cl�rigo, don Lucio, pronunciaba sermones muy confusos, de los que ya se hab�a dado parte al gobierno civil.
Mariano, despu�s de presidir el c�rculo para los obreros amigos de Anselmo, acept� su invitaci�n de tomar unos vasos en un bar de al lado y qued� impresionado por un ambiente y unos modos de hablar que hasta entonces le hab�an sido desconocidos, perdidos ya en las profundidades de su memoria los recuerdos de su primera infancia malague�a. Los conflictos de la modernizaci�n industrial y los problemas obreros consiguientes le cog�an completamente desprevenido. De regreso a la residencia, iba pensando si aquel mundo intelectual en que �l centraba sus ilusiones no ser�a una quimera del esp�ritu, ajena a la verdadera vida de los hombres.
Jos� Javier, el director, estaba leyendo en su cuarto y acept� de buen grado entrar en las disquisiciones de Mariano.
-Desde luego -le dijo-, los hombres de letras siempre corremos el riesgo de quedarnos en la luna. Por eso yo me paso mucho tiempo escuchando a la gente sencilla, en mis excursiones por los pueblos de Navarra. Pero la dificultad est� en la ciudad y la industria. Si pudi�semos encontrar la f�rmula para espiritualizar el capitalismo y para que los patronos se comportasen con los obreros como en esas grandes familias agr�colas, quiz� se podr�an evitar la deshumanizaci�n y los conflictos.
-De acuerdo, Jos� Javier. Pero mi impresi�n es que la cosa va muy despacio y, mientras, por inercia o por abulia, los responsables se atraen las iras de los trabajadores.
-�Vaya, ya hemos topado con el problema de la debilidad humana...! Como los ricos no se muestren a la altura de su responsabilidad, volver�n los conflictos del 36. Por eso nuestra labor resulta m�s urgente y por eso quiere el Padre que lleguemos a todos los centros del poder social. Pero no con teolog�as largas y filosof�as metaf�sicas, como lleg�is algunos -a�adi� con sorna-, sino con la clara y sencilla doctrina del libre albedr�o y los Nov�simos.
-�Hombre, eso tampoco! -se mosque� Mariano-. Por mucho que quieras simplificar, en una visi�n completa de la vida no puedes renunciar a hacerte cargo de la complejidad del ser humano y de la facilidad de caer en una mecanizaci�n del comportamiento. Precisamente la gran novedad del Renacimiento, que los cristianos no hemos sabido todav�a asumir por completo, consiste en quitarle a la existencia humana ese car�cter de mero s�mbolo de la realidad ultraterrena, donde no hay lugar m�s que para la repetici�n de un comportamiento consuetudinario y lanzarla al optimismo de una creaci�n en que el hombre es protagonista, con Dios, del progreso material e intelectual, en una aventura lineal y no en el c�rculo cerrado anterior.
-�Ves c�mo no se os puede dar confianza? -repuso Jos� Javier-. En cuanto se os deja, mont�is unas argumentaciones que s�lo sirven para complicarle la vida a la gente com�n. T� dame doctrina moral clara y terminante y gu�rdate tus elucubraciones para los c�rculos intelectuales. No es que me parezca mal ese nivel de especulaci�n. Es que con frecuencia se convierte en caldo de cultivo para el disentimiento moral. Porque esas cosas son disputables en el plano filos�fico, pero al precio de que no influyan en la seguridad que hemos de poner en las normas de comportamiento.
-O sea, que volvemos a Plat�n.
Y dejando a Jos� Javier con la boca abierta, Mariano sali� del cuarto con un gesto de precipitada contrariedad.
Durante los d�as siguientes se sinti� inc�modo consigo mismo. Una turbulencia de ideas luchaba en su mente y, por primera vez, empez� a analizar su vocaci�n.

Hasta entonces, en el ambiente universitario granadino, en el clima intenso de Roma, hab�a conseguido mantener su atenci�n dentro de un contexto intelectual donde, a lo m�s, se le planteaban conflictos de enfoque, como los suscitados por los numerarios mayores de Madrid y La R�bida. Incluso en Pamplona, su medio ambiente favorec�a la tranquilidad para la meditaci�n y, si algo a su alrededor resultaba chocante, lo evitaba o se lo evitaban, con esa particular sensibilidad con que la Obra, a trav�s de las normas y costumbres, aislaba a sus miembros de zonas y episodios conflictivos. Pero ahora, no sab�a si por el clima norte�o, por el tipo humano predominante entre sus amigos y conocidos navarros o por esas primeras experiencias en la sociedad pamplonesa, incluyendo aquella visita al mundo obrero, se sent�a desasosegado. Una tarde en que su desasosiego se hizo mayor, fue a hablar con don Teodoro, su gran amigo desde Granada, con el que tantas veces se hab�a confesado y sincerado. Don Teodoro, de quien todos dec�an que era un gran conocedor de la naturaleza humana y que, por su larga experiencia de la vida antes de entrar en la Obra, gozaba de la confianza de los superiores, oy� en silencio sus lamentaciones. Al cabo de un rato le interrumpi�:
-Escucha, Mariano, nada de lo que me est�s diciendo tiene importancia. Por mucho que t� y yo y todos los nuestros, incluso el Padre, abracemos una ideal tan ambicioso de transformaci�n del mundo, hemos de conservar esa seguridad de nuestros m�sticos, que tanto te gustan, de que el reino de Dios no es de este mundo. La historia de la predicaci�n del Evangelio es, en cierto sentido, la historia de un fracaso constante, porque parece como si el misterio de la libertad y tambi�n, �por qu� no?, el "misterium iniquitatis", no fuera compatible con esa ansia de perfectibilidad humana que significa el cristianismo. Y m�s a�n si nos ponemos a discutir el tema, m�s controvertido, de la estrategia de la evangelizaci�n, en el que no s�lo dentro de la Iglesia, sino dentro de cada uno de nosotros, los criterios son con frecuencia contradictorios. La Obra, por boca del Padre, ha adoptado un camino de presencia activa en la sociedad, mucho m�s complicado, por ejemplo, que la f�rmula carmelitana de nuestros santa Teresa y san Juan de la Cruz. Y probablemente la �nica f�rmula para que lo nuestro funcione consista en una gran fidelidad al carisma del Padre. Pero seguridades, certezas, no las tiene nadie, ni siquiera el mismo Padre. Creo que ahora que empiezas a participar en un mundo m�s amplio que el universitario, te son a�n m�s necesarias las precauciones de nuestras constituciones, que tienden a preservar la calidad de tu vida contemplativa y, quer�moslo o no, la condici�n sacerdotal de nuestra vocaci�n, que en los numerarios significa una radical indiferencia hacia las cosas terrenales, por muy metidos que en ellas estemos.
-�Pero, don Teodoro -arguy� Mariano-, ah� est� precisamente el conflicto! A medida que nos convirtamos en protagonistas de cualquier actividad, no podremos dejar de ilusionarnos con nuestras opciones y de convertirlas casi en recetas infalibles. Y cuando, como quiere el Padre, influyamos para que la legislaci�n sobre educaci�n sea cristiana, no podemos evitar traducir a f�rmulas concretas una interpretaci�n peculiar de la educaci�n, que puede ser distinta y aun contraria a la que sostengan otros cristianos. Pero, sobre todo, lo que m�s me incomoda es que, a nivel especulativo, podremos disentir de otros grupos y que, mientras disentimos, el mundo va por su cuenta y no espera a que intelectuales y pol�ticos nos pongamos de acuerdo. Con lo cual, lo m�s propio de la vocaci�n de la Obra, que es esa transformaci�n social, lleva en s� misma la contradicci�n de una renuncia esencial a mezclamos de coraz�n en los conflictos humanos..., por lo menos mientras la vocaci�n de numerario no imponga ese despegue y esa indiferencia de la que usted me habla.
-Te est�s convirtiendo en un racionalista -le dijo con una amplia sonrisa don Teodoro-. �A d�nde ha ido a parar aquel m�stico de las soledades mediterr�neas que yo conoc� y que aceptaba sin racionalizarlo el misterio de la acci�n divina? Mira, Mariano, mi �nico consejo, si es que has venido a ped�rmelo, o mi consuelo, que es lo que en realidad buscamos cuando nos hallamos intranquilos, es que no te dejes impresionar por los primeros conflictos que encuentres en tus vivencias adultas en la Obra. Seg�n parece, est�s a punto de que te concedan la fidelidad, ese punto final el cap�tulo transitorio de tu entrega con el que sellas una decisi�n firme de darte por completo. Af�rrate a esa fidelidad y

acepta con ella la sumisi�n de la inteligencia, que es la principal de las sumisiones para gente como t�, y procura encontrar en la vida de piedad ese sosiego diario a nuestros conflictos, internos y externos. Con ello no vas a dejar de tenerlos, pero s� te sentir�s anclado en la seguridad de la fe y de la filiaci�n divina, lo �nico que verdaderamente importa para que t� y yo recorramos el corto camino que Dios nos tiene destinado. Sin certezas, sin garant�as racionales. S�lo con esa desnuda seguridad de la abnegaci�n propia.

Mariano procur� poner en pr�ctica los consejos de don Teodoro. La principal estrategia, la m�s aconsejada en la Obra, consisti� en abrumarse de trabajo. En aquellos tiempos fundacionales de la universidad de Navarra, hab�a mucho que hacer y, si uno estaba cerca de Ismael, le ca�an encima un encargo tras otro. Mariano pasaba toda la ma�ana en el Museo de Navarra, donde se daban las ense�anzas de Filosof�a y Letras, y empez� a actuar pr�cticamente como secretario de la facultad. Hab�a que ocuparse de mil y un detalles de la administraci�n de �sta, que, aunque peque�a, presentaba en embri�n todos los problemas de una grande. Cada vez le quedaba menos tiempo para estudiar, pues la tarde, reservada para ello, iba siendo progresivamente invadida por los encargos acad�micos. Y de vez en cuando por encargos apost�licos. No obstante, manten�a lo que �l llamaba las dos horas sagradas, desde el final de la tertulia del mediod�a hasta aproximadamente las cuatro y media o las cinco, en que sacaba sus libros y sus ficheros y se consagraba bien a preparar las clases, bien a componer el armaz�n de su tesis.

En esas dos horas, con el cilicio apretado al muslo y un paquete de bisontes a su lado, abandonaba las circunstancias de su jornada diaria y retornaba a ese mundo de la especulaci�n intelectual que le parec�a su gran esperanza. Con el tiempo, y despu�s de conseguir los oportunos permisos internos, se hab�a empezado a familiarizar con los grandes fil�sofos occidentales no incluidos en la tradici�n eclesi�stica. Ten�a obras de Kant, de Hegel, de Husserl, y luchaba con ellos cada d�a desde sus certezas metaf�sicas. Era un ejercicio de imaginaci�n que le dejaba extenuado, pero que le compensaba de la rutina de su tarea cotidiana. Por un instinto de ortodoxia y una elemental aversi�n al esc�ndalo, sus clases de la ma�ana constitu�an un modelo de claridad y procuraba, como una vez le dijo un ex seminarista petulante, "escamotear los problemas ante su juvenil audiencia". En verdad, a �l no le hubiera importado exponer en p�blico todas sus incertidumbres l�gicas, todas las lagunas de interpretaci�n que a solas encontraba, y, desde luego, le hubiera gustado mucho provocar una confrontaci�n con cualquier Kant o Hegel redivivo, pero guardaba muy presentes las instrucciones recibidas de dar doctrina segura y, sobre todo, ten�a la amarga impresi�n de que ninguno de los alumnos deseaba ir m�s all� de una cierta memorizaci�n de los autores y los problemas fundamentales de la filosof�a occidental. A veces pensaba si no ser�a antipedag�gico incluir la filosof�a en los primeros a�os de carrera, cuando la gente apenas posee capacidad de abstracci�n ni experiencia personal de donde partir. Pero se consolaba con la apelaci�n a la ortodoxia, ya que, seg�n tantas veces le recordaba Ismael, "de lo que se trata es de que los chicos respiren el buen realismo cristiano que lleva diez siglos fundamentando la fe cat�lica, y no de sembrar en ellos dudas o vacilaciones met�dicas".

Casi sin darse cuenta, iba abriendo una fosa entre su metodolog�a personal durante aquellas dos horas de estudio y el modo m�s seguro y cl�sico en que daba sus clases. Pero ese conflicto, que alguna vez le inquietaba, dejaba de hacerlo en cuanto invocaba su asc�tica y renunciaba ante el Sagrario a la tentaci�n de la inteligencia. All� s� que se encontraba seguro.

Por encima de sus especulaciones y sus aficiones, incluso al margen de las tareas y encargos apost�licos, la vida contemplativa, aquellas dos medias horas de oraci�n al d�a, le serenaban y le sumerg�an en un acto de fe desnuda, donde todo se le antojaba pura gratuidad divina y donde se calmaban, incluso f�sicamente, los pulsos de su coraz�n. Su fe era una especie de instinto de identidad radical frente a cualquier otra circunstancia. Se hab�a convertido en una segunda naturaleza y descansaba en vivencias muy sencillas que ven�an de muy lejos, de los silencios frente al Mediterr�neo, de las soledades en el carmen granadino. Ni siquiera la vocaci�n a la Obra la hab�a modificado sustancial mente. Todav�a se emocionaba con la desnudez de los versos de Juan de la Cruz y

se le hac�a corta la acci�n de gracias despu�s de comulgar. Aquella querencia por el misterio era una adhesi�n suprema de su esp�ritu, que adem�s siempre le dejaba insatisfecho. Doblemente insatisfecho, porque sab�a que s�lo la muerte colmar�a aquel deseo y porque sab�a tambi�n que nada de lo que hiciese en la tierra tendr�a verdaderamente ninguna relaci�n con su real naturaleza de criatura inmortal.

En las vacaciones de Semana Santa de aquel curso del 57-58, Mariano march� con otros diez numerarios a hacer ejercicios espirituales en el colegio Gaztelueta de Bilbao, aquel primer �xito de la Obra entre la burgues�a vasca. El viaje en coche le proporcion� una nueva oportunidad de recrearse en la geograf�a norte�a, m�s civilizada y humana que las arideces mediterr�neas. Siempre que hab�a vascos se cantaba y en aquella tertulia de comienzo de los ejercicios se form� casi un orfe�n. La mezcla de llaneza y timidez que Mariano hab�a ido detectando en el pueblo vasco llegaba a una curiosa sublimaci�n en los vascos de la Obra. Eran gente segura de s� misma, como si la Obra fuera una cosa descubierta por ellos y que les perteneciera m�s que a los dem�s. Les gustaban sin embargo las bromas pueriles, como cuando Jes�s Urteaga, ante el regocijo general, amenazaba con el pu�o al colegio de los jesuitas que se adivinaba a lo lejos y dec�a: "�Rend�os!". Todo ello compatible con los largos silencios y las caras serias. Aunque Mariano tomaba las naturales precauciones para no generalizar, aquellos vascos hermanos suyos no le ca�an del todo bien. Uno de los curas ilustrados de la tertulia carlista de don V�ctor le dijo una vez que aquella espontaneidad era una manera de luchar contra una innata timidez, y que la vasca es una raza radicalmente insegura de s� misma, incrustada como se halla entre dos civilizaciones, la francesa y la castellana, que nunca hab�a logrado asimilar por entero. Los de la Obra eran en su gran mayor�a hijos de la clase media burguesa, y en aquellos d�as andaban muy ilusionados con la Escuela de Ingenieros, que, como un ap�ndice tecnol�gico de la universidad de Navarra, funcionaba, naturalmente, en San Sebasti�n. All� se hab�a repetido aquel continuo ir y venir de los numerarios y numerarias por las casas de los pudientes de la zona, hasta lograr un buen mont�n de apoyos oficiales y privados.

Mariano no llevaba especiales cargas de conciencia a aquellos ejercicios. Hab�a zanjado moment�neamente sus conflictos interiores y, quiz� como compensaci�n inconsciente, deseaba abrirse a nuevas experiencias ajenas a su mundo. Por ello charl� mucho con uno de los encargados de la Escuela de Ingenieros, un chiflado del progreso t�cnico que se pasaba la vida denostando a los humanistas y criticando a los capitalistas.

-F�jate, Mariano -le dijo una tarde paseando por la r�a de Bilbao-, todo este desarrollo industrial es puro colonialismo tecnol�gico. Aqu� s�lo hay patentes extranjeras, capital extranjero, y el que hay nacional est� en manos de una minor�a de paletos que s�lo aspira a cortar el cup�n para mantener una especie de mimetismo anglo-franc�s en sus casas de Las Arenas. La primera generaci�n industrial, aquellos hombres duros del mineral, ennoblecidos por la monarqu�a, no han encontrado todav�a sucesores que den un nuevo paso adelante. Nosotros en la escuela estamos tratando de convencerles para que gasten dinero en investigaci�n, iniciando as� una nueva etapa de la industria vasca. Pero que si quieres... Me temo que en Espa�a, como no haya imposici�n del estado, va a ser dif�cil el desarrollo. F�jate en la noticia del a�o, el Sputnik ruso, el primer ingenio espacial. �Te figuras a la Rusia anterior al capitalismo de Estado metida en una tal aventura?

Lo del Sputnik, seg�n estaba averiguando Mariano, tra�a muy entusiasmados a los ingenieros, hasta el punto de que en cierto momento de la tertulia, durante el �ltimo d�a de ejercicios, hab�an hecho reaccionar al director, que hubo de recordar a los presentes el car�cter materialista del comunismo ruso. El otro tema que rondaba por los pasillos de Gaztelueta, sobre todo en labios de los mayores, era el nombramiento de Laureano L�pez Rod� como alto cargo del gobierno, al lado del almirante Carrero Blanco, para llevar a cabo la reforma de la administraci�n del estado.

-Laureano es muy capaz de poner todo boca abajo -dec�a con sorna uno de ellos.

-Quiz� sea �ste el punto de partida de la modernizaci�n de Espa�a -coment� con Mariano el ingeniero anticapitalista-. Con un hombre disciplinado, bien

intencionado, deseoso de hacer cosas de acuerdo con el esp�ritu de la Obra, la maquinaria estatal puede empezar a funcionar y a zarandear a estos capitalistas de chicha y nabo.
Aquellos d�as en Bilbao le sentaron bien. Al volver a Pamplona, dio un buen empuj�n a su tesis y, de acuerdo con las instrucciones, mand� los dos primeros cap�tulos a la censura de la Obra en Madrid. Un mes despu�s, Jos� Javier, el director de la casa, le llam� a su despacho.
-Tengo buenas noticias de Madrid. Te han concedido la fidelidad, de modo que hemos de ir preparando la ceremonia. Como tantas veces se nos ha dicho, la fidelidad es el punto final de un proceso de prueba, la consumaci�n de ese deseo nuestro de no mirar m�s hacia atr�s y, cuando se nos concede, es porque los superiores se han convencido de nuestra sinceridad. �Est�s contento?
Mariano, que todas las semanas celebraba su confidencia con Jos� Javier y le hab�a abierto honestamente su coraz�n en cada una de ellas, no sent�a sin embargo esa afinidad natural que le un�a a otros, a don Teodoro, por ejemplo. Sin embargo, se hab�a tomado muy en serio la sencilla idea del catecismo de que la apertura del coraz�n al superior era de naturaleza sobrenatural, no un movimiento de simpat�a o camarader�a humana, y con Jos� Javier, como con cualquier otro de los directores que hab�a tenido, obraba en consecuencia. Incluso, para no dar demasiada lata, no pormenorizaba aquellos combates intelectuales que libraba consigo mismo y a los que, en una especie de lenguaje convencional, Jos� Javier y �l llamaban sencilla y jocosamente su "lucha cultural". La confidencia semanal no s�lo no le costaba ning�n esfuerzo, sino que se hab�a convertido en una especie de catarsis peri�dica, como la confesi�n, donde siempre encontraba consuelo. A los que recib�an la confidencia les resultaba muy f�cil tom�rsela en serio, porque se encontraban en presencia de un aut�ntico ejercicio de humildad y auto negaci�n, de modo que, a pesar de todos los problemas de comunicaci�n o de disparidad de personalidades, Mariano hab�a llegado a la conclusi�n de que aquella pr�ctica constitu�a una magn�fica caracter�stica del esp�ritu de la Obra y una gran garant�a de paz interior para el que la efectuase bien.
Adem�s, se estaba dando cuenta de que, en ese reparto del ejercicio de la obediencia en la Obra, la confidencia era el menos r�gido, el m�s solidario. As�, lo que el director dec�a en el c�rculo, comentando una orden venida de Madrid y que pod�a sentar mal a algunos, se dulcificaba luego en la confidencia personal. Recordaba, por ejemplo, aquella vez en Granada en que el director, durante el c�rculo semanal, hab�a ponderado muy en�rgicamente, como parte importante del voto de pobreza, la necesidad de que cuadrara mensualmente la cuenta de gastos. Mariano siempre se hac�a un l�o con dicha cuenta y, aunque gastaba poco dinero, menos habilidad ten�a a�n para apuntado. Al tratar el tema en la confidencia, el mismo director que, en t�rminos generales se hab�a mostrado tan estricto, comprendi� y disculp� los fallos de Mariano y le aconsej� no darle demasiada importancia al asunto.
-Hay una peque�a cuesti�n que hemos de tratar -continu� Jos� Javier-. De Madrid dicen en otra nota que los primeros cap�tulos de tu tesis presentan algunos problemas doctrinales y que no sigas adelante hasta que no llegue Alfredo, que vendr� pronto a pasar unos d�as en Pamplona, y charles con �l.
Mariano sab�a que Alfredo era un sacerdote que disfrutaba de la confianza del Padre y por ello desempe�aba un cargo muy peculiar en la Comisi�n. Era el director espiritual, lo cual implicaba la elaboraci�n de material para la predicaci�n y el apostolado, as� como la censura de los escritos. Se encargaba, adem�s, de las relaciones con los obispos y del control de la labor entre los sacerdotes diocesanos.
Hac�a pocos a�os que �sta hab�a comenzado, y Mariano recordaba que en Roma le hab�an contado aquella an�cdota ya legendaria del Padre. Por lo visto, comentando �ste con �lvaro del Portillo durante un viaje en tren la creciente desorientaci�n del clero y los muchos abandonos de que Roma era testigo, se preguntaba c�mo podr�a la Obra, b�sicamente cosa de laicos, estar presente en el mundo sacerdotal sin abandonar su naturaleza propia, inspirada por Dios. Despu�s de sumirse ambos en la oraci�n, el Padre dijo en voz alta: "�Caben!". Y procedi� a explicarle a �lvaro una f�rmula jur�dica seg�n la cual los sacerdotes, sin abandonar la natural obediencia al obispo y la incardinaci�n a una di�cesis,

podr�an entrar en la Obra y participar en esa fraternidad. Aquello hab�a puesto en marcha una pol�tica de visitas a 100 sacerdotes, principalmente rurales, en la que desempe�aban un cierto papel las sirvientas de la Obra, que presentaban el cura de la Obra al p�rroco de su pueblo y propiciaban los contactos. Ya hab�a habido vocaciones entre el clero castellano, gallego y andaluz, y en las convivencias, los sacerdotes de la Obra, muy ufanos, contaban an�cdotas sobre esa labor que Mariano escuchaba con simpat�a. Le agradaba especialmente aquel esfuerzo por ayudar al clero rural a mantener viva su ilusi�n doctrinal, sugiri�ndoles libros y reuniones de grupo para mitigar su a veces tr�gica soledad. Alfredo ven�a a Pamplona, termin� dici�ndole Jos� Javier, precisamente para alentar esas actividades.
A su llegada, una semana despu�s, les presentaron. Mariano le hab�a visto una sola vez, pero hab�a o�do hablar de su agudeza intelectual y de la claridad de su doctrina. Se mostr� afable con �l, aunque algo distante, y en un mon�logo de unos veinte minutos le vino a decir que el tema de su tesis, las relaciones entre la naturaleza y la gracia en las obras de los Padres de la Iglesia, no era para alguien como �l, aun joven y sin experiencia, sino para que lo desarrollase una persona de mayor edad. Le demostr� su debilidad con argumentos tomados de los cap�tulos de su tesis, demostr�ndole as� que los hab�a le�do despacio y poniendo de relieve algunas afirmaciones casi her�ticas que Mariano hac�a en el texto.
-Adem�s -concluy� Alfredo-, no veo c�mo podr�as incluir en una tesis tan hist�rica la doctrina del Padre. Y ya sabes que debemos difundirla en todos nuestros escritos.
Mariano intent� argumentar contra la hip�tesis de Alfredo, pero se ve�a que �ste no estaba dispuesto a aceptar contradicciones a su papel decisorio. Cort�smente, Alfredo le sugiri� dos o tres temas, haciendo hincapi� en que las tesis de filosof�a de los numerarios, como las de teolog�a, eran especialmente vigiladas por los superiores, como deb�a comprender Mariano.
Todo su instinto de libertad intelectual se le vino a �ste a las mejillas, en un arrebol de ira que su interlocutor debi� de notar, porque cambi� de tema, elogiando la labor pedag�gica de Mariano en la universidad, donde "me han dicho que explicas muy bien".
All� termin� el encuentro. Horas despu�s Mariano acudi� desconsolado a Jos� Javier. Tras haberle permitido desahogarse, e incluso dejar escapar una l�grima furtiva de rabia, �ste le dijo serenamente:
-�sta es la cruz de la inteligencia de la que nos habla el Padre. Ser�a contradictorio que, estando a punto de pronunciar tu fidelidad a la Obra, mantuvieses al mismo tiempo una actitud de rebeld�a intelectual contra tus superiores. Este verano, en esta misma habitaci�n, nos dec�a el Padre a unos cuantos que la disponibilidad interior de un hijo suyo debe ser tal que, si es qu�mico y est� seguro de que con cinco minutos m�s de investigaci�n va a descubrir la piedra filosofal y el superior le dice que lo deje y se dedique a otra cosa, lo deja con el coraz�n libre y gozoso. A todos nos parece que nuestras ideas son las mejores, pero en casa tenemos la suerte de contar con un gu�a seguro para saber si son o no acertadas y, sobre todo, si van a dar gloria a Dios. No te tomes tan en serio el asunto de la tesis. Dentro de unos d�as celebraremos tu fidelidad y, luego, buscas otro tema y santas pascuas. Quiero verte alegre y tranquilo, como t� eres. y d�ndole una palmada en la espalda, le despidi�.
Mariano ensay� mil trucos para recuperar su equilibrio anterior. Volvi� a charlar con don Teodoro, dio grandes paseos en solitario por los verdes alrededores de la ciudad y busc� el consuelo en la oraci�n. Pero se encontraba fr�o, como si una tristeza interior le calase hasta los huesos. Sent�a algo as� como una expropiaci�n de su pensamiento, de su raciocinio, llevada a cabo por quien debiera ser su mejor aliado en la lucha espiritual, algo de lo que no ten�a experiencia anterior. Poco a poco, en medio de esa aridez interior, fueron surgiendo las frases m�gicas de san Juan de la Cruz en "La noche oscura del alma", aquellas que hablaban del vac�o creador, del despego absoluto de sus mejores certezas, del abismo en que el alma debe sumergirse para no guardar ni una sola atadura de amor propio. "Sufre si quieres gozar, baja si quieres subir, muere si quieres vivir". Mariano se repet�a una y otra vez aquellas paradojas a

lo divino del fraile carmelita y, lentamente, recuper� una fr�a tranquilidad, la del que no debe esperar nada para recibirlo todo.

Una noche en que el turno de vela le tuvo ante el Sant�simo una larga hora al filo de la madrugada, Mariano le habl� a la Eucarist�a en voz alta. Estaba solo en el oratorio y, entre l�grimas, prometi� la entrega de la inteligencia y no guiarse por otro patr�n que la voluntad de los superiores. Con los nervios rotos, pero al fin en paz, aquella noche Mariano Anaya, numerario del Opus Dei, se durmi� profundamente.

CAPITULO IV

LOS INSOMNIOS DE ANTONIO (1958-1967) (Primera parte)

Antonio segu�a sin conciliar el sue�o. Envidiaba la facilidad con que Irene lo hac�a. Hab�a sido ella la que se hab�a levantado a calmar los sue�os agitados de Anto�ito, y all� estaba otra vez, a su lado, pl�cidamente dormida. "Es que nosotros nos movemos m�s f�sicamente y tenemos la mente m�s tranquila", le dec�a sonriente cuando �l se quejaba de su mala suerte.

Efectivamente, en aquellos d�as de Gand�a, con el ejercicio f�sico, Antonio dorm�a por lo general mejor. Se arrebuj� entre las s�banas y, con el rabillo del ojo, mir� la hora en la esfera luminosa de su reloj. Las tres de la ma�ana. Se dio media vuelta, top� con el calor del cuerpo de Irene y se estremeci� de placer. Pero no se durmi�. Volvi� a su pel�cula mental, que se hab�a detenido en lo que �l llamaba la �poca de la desilusi�n.

En 1958, Antonio Cuadrado era nada menos que director general de Hispamun, S. A., compa��a espa�ola de comercio exterior, y consejero de varias otras sociedades. Ten�a a su mando cinco o seis empleados, dos secretarias y una red creciente de contactos con el exterior. Esto hab�a sido posible merced a la expansi�n de aquellos planes financieros de la Obra que protagonizaron Luis Valls y Alberto Ullastres y de cuyo equipo auxiliar se hab�a convertido Antonio en una pieza clave.

Todo empez� una tarde de 1956 en que Luis Valls fue a visitar al padre de Antonio, don Leoncio. Hasta entonces y desde que hab�a empezado a colaborar tres a�os antes en la Secretar�a general de la Obra en Diego de Le�n, Antonio se hab�a dedicado a tareas variadas. La principal, desde el punto de vista interno, fue terminar los estudios de la Obra, de tal suerte que se encontraba ya "de facto" dispuesto a que el Padre le llamase al sacerdocio. Pero nadie le hab�a hablado del tema en todo aquel tiempo. Tambi�n hab�a escrito y defendido su tesis doctoral en Derecho, lo que hab�a llenado de satisfacci�n a sus padres, e incluso, durante un par de cursos, jug� con la idea de dedicarse a la ense�anza universitaria, pues trabaj� como ayudante de c�tedra de un profesor amigo de su familia.

Cogido en medio del conflicto acad�mico entre los grupos Opus y anti-Opus, y no teniendo demasiada ilusi�n por pelear esas batallas, renunci� a su eventual carrera cient�fica y, con permiso de sus superiores, comenz� a trabajar en el imperio mercantil de los Cuadrado. Por entonces ya hab�a dejado la Secretar�a general de la Obra y, aunque a ratos ayudaba en cosas concretas, su principal responsabilidad se centr� en la organizaci�n del apostolado entre los casados de Madrid. Viv�a con otros ocho numerarios en un peque�o piso de la calle Espa�oleto, en pleno barrio de Chamber�, no lejos de sus padres, y don Leoncio Cuadrado empezaba a saborear la presencia de su hijo mayor en la oficina.

Durante los a�os 54 y 55, Antonio se familiariz� en detalle con el comercio, e incluso acompa�� a su padre a Pamplona, Bilbao y Francia, para efectuar los contactos peri�dicos que se establec�an con los suministradores de material y repuestos para el transporte.

Una tarde, a finales del invierno de 1956, Luis Valls le pidi� que le proporcionase una entrevista con su padre, como tantos otros numerarios hab�an hecho. Don Leoncio acept� encantado la visita y, al d�a siguiente, se reun�an los tres en el despacho del se�or Cuadrado, en los bulevares. Luis, en una especie de vago discurso, le habl� de cosas generales y poco concretas, de la necesidad de contar con buenos cristianos en los negocios y, en particular, de Antonio. Termin� proponi�ndole mantenerse en contacto con ellos a trav�s de �ste, para lo que �l llamaba sus planes futuros. Al marcharse Luis, quedaron solos padre e hijo. Antonio trat� de interpretar para su padre los imprecisos rasgos de la conversaci�n anterior.

-Mira, pap�, la Obra necesita una base econ�mica para la expansi�n apost�lica. Ninguna de las actividades que se llevan a cabo son rentables, y el Padre quiere que algunos se dediquen, o nos dediquemos, a allegar medios econ�micos.

-Me parece l�gico -interrumpi� don Leoncio-. Pero eso pod�is hacerlo cada uno en lo suyo, t� en tus negocios familiares, otros ejerciendo la arquitectura, la medicina, etc.

-Desde luego -confirm� Antonio-, pero en la Obra se piensa adem�s que todo ese movimiento de actividad material debiera estar coordinado desde arriba, para impulsarlo en sentido cristiano.

No sab�a c�mo lograr que su padre participase del entusiasmo con que �l, y otros como �l en la Obra, le�an aquellas frases de la "Instrucci�n de San Gabriel" en las que el Padre dise�aba una gran movilizaci�n de personas y capitales al servicio de la Obra, para influir en la econom�a y en la pol�tica mundiales. Se trataba de toda una cruzada de cristianizaci�n de las finanzas y la pol�tica, con objeto de que, poco a poco, los puestos claves fueran ocupados por gente de confianza, impregnados de ese esp�ritu de servicio a la humanidad que la Obra aportaba al mundo.

-Bueno, Antonio, si de lo que se trata es de asociarse con alguien de la Obra para un negocio concreto, todo depende de lo que cada uno aporte. Si es verdad lo que dices de que dispon�is de gente lista y bien intencionada, no nos sobrar�n esos contactos, ahora que los negocios andan m�s bien flojos.

M�s no pudo sacarle a su padre, se explic� al d�a siguiente al relatar a Luis Valls el resultado de la visita. No se volvi� a hablar del tema hasta que, otra tarde, Luis le llam� para presentarle a Antonio P�rez Ruiz. P�rez Ruiz era un supernumerario economista, con buenos contactos en el mundo mercantil y cierta experiencia en la agricultura. Luis les habl� a ambos de la conveniencia de organizar una empresa de comercio exterior y les prometi� la presencia en el consejo de administraci�n, como presidente, del propio Alberto Ullastres. Se trataba de encontrar otros accionistas y poner inmediatamente en marcha el asunto. Paralelamente, les cont� Luis, se estaban organizando empresas de construcci�n, de cine, de inversi�n, todo ello apoyado en la intervenci�n de la Obra en el Banco Popular. Los dos Antonios intimaron en seguida.

P�rez Ruiz ten�a la cabeza llena de aventuras de exportaci�n agr�cola y un modo muy suyo de entusiasmar a quienes le o�an. Por otra parte, su fidelidad a la Obra era absoluta, y su respeto por los numerarios tal que constantemente se esforzaba por permanecer en segundo plano en relaci�n al otro Antonio. Este le cont� inmediatamente el plan a don Leoncio, que acept� entrar en la sociedad y, no queriendo quebrar el entusiasmo de su hijo, incluso le cedi� unas habitaciones en sus oficinas hasta que consiguieran local propio.

Tambi�n aport� otro socio, don Isaac, un financiero jud�o que hab�a apoyado en Marruecos la causa del Movimiento y disfrutaba de los favores de la administraci�n franquista.

La sociedad se complet� con varios representantes del Banco Popular, principal accionista, entre ellos un numerario mayor, Jorge Brasa. Brosa y Alberto Ullastres se convirtieron en las cabezas visibles de la organizaci�n, aunque el trabajo real lo desempe�aban los Antonios.

A partir de entonces, estos se dedicaron a montar las bases del negocio. Don Leoncio advirti� que la atenci�n de su hijo se centraba cada vez m�s en la nueva sociedad, aunque �l mismo se sent�a cada vez m�s impresionado por el buen decir y la preparaci�n de aquellos consocios de su hijo.

Como primer negocio se escogieron las exportaciones a Europa de productos hort�colas tempranas.

Era una empresa arriesgada, pero P�rez Ruiz ten�a buenos conocimientos entre los agricultores de M�laga, Granada y Valencia y supo presentarles las ventajas de asociarse con Hispamun. M�s discretamente, se comenzaron a crear delegaciones en provincias y en el extranjero, con representantes de la Obra en todas ellas. A los Antonios les causaba una gran ilusi�n el que la empresa pudiera proporcionar ayuda econ�mica, en forma de sueldos y comisiones, a algunos de sus compa�eros, pero lo que les llenaba de entusiasmo sobre todo era que esta actividad llegara a convertirse en el fundamento econ�mico de la expansi�n apost�lica de la Obra en otros pa�ses.

Viajaron a los mercados europeos. Por aquel entonces, exist�an ya peque�os

grupos del Opus en ciertas grandes ciudades, como Par�s, Londres, Bonn... Los Antonios quedaron muy impresionados ante la estrechez econ�mica con qu� viv�an los numerarios. En Alemania, y durante una larga temporada, los de la Obra se hab�an alimentado b�sicamente con v�veres de la ayuda americana. Eran, curas y seglares, gente joven y optimista, y en todos los pa�ses recibieron con alegr�a a sus hermanos comerciantes. El cl�max del a�o, que compens� con creces a los Antonios de su esfuerzo, se produjo en Par�s.

Al cabo de unos meses, se hab�an establecido ya las delegaciones europeas de Hispamun. En cada una de ellas, los numerarios hab�an asociado a supernumerarios, cooperadores o amigos del mundo del comercio, deseosos de ayudar a la Obra en su pa�s respectivo o simplemente interesados en el tr�fico mercantil con Espa�a.

Se decidi� celebrar una reuni�n general en Par�s, y all� arribaron desde las distintas capitales europeas una docena larga de personas. Se reunieron en un hotel modesto. Al segundo d�a, un recado telef�nico desde la residencia parisina de la Obra advirti� a Antonio que el Padre se hallaba en Par�s y aquella tarde recibir�a a todos los numerarios y a P�rez Ruiz como representante de los dem�s. En el peque�o sal�n de un piso de Saint-Germain, el Padre y �lvaro del Portillo acogieron a los delegados y les exhortaron a santificar su trabajo y a procurar el alivio econ�mico de la Obra. Los Antonios no cab�an en s� de gozo. El Padre tuvo especiales muestras de cari�o para ellos y les recomend� discreci�n en su nueva labor.

De regreso a Madrid, llenos de ardor gracias a aquel episodio, se aplicaron con mayor desvelo al trabajo, donde ya hab�an padecido alg�n peque�o descalabro, fruto de su inexperiencia y del indudable car�cter arriesgado de la exportaci�n agr�cola.

Pero un acontecimiento pol�tico cambiar�a sustancialmente las circunstancias. Concentrado como se hallaba en los negocios y en el apostolado, Antonio apenas ten�a ojos para nada. Por otra parte, su atenci�n intelectual hab�a disminuido y casi no le�a otra cosa, aparte los libros de piedad, que revistas econ�micas. Pero a trav�s de �stas y de los malos humores de don Leoncio se daba cuenta de que la situaci�n econ�mica espa�ola iba de mal en peor, que la cosecha hab�a sido mala y que los incidentes laborales y el descontento de los trabajadores aumentaban. Por lo pronto, el Ministerio de Comercio apenas dispon�a de divisas para las importaciones, y algunos hablaban de volver al racionamiento y al gas�geno. Una tarde en que regres� a Espa�oleto particularmente cansado del trabajo, not� una cierta excitaci�n en la casa. Seg�n le dijo el director, Franco se propon�a realizar un cambio de gobierno y se rumoreaba que entrar�an ministros pertenecientes a la Obra.

-Supongo que estar�s bien enterado, �no? -a�adi� con cierto aire de complicidad el director, aludiendo a sus contactos con los superiores de la Obra.

En realidad, una vez recibidas las instrucciones para montar la compa��a, apenas hab�a vuelto a hablar con Luis Valls o Alberto Ullastres. Saludaba a �ste en las reuniones del consejo de administraci�n, pero, dadas las diferencias de edad y de posici�n relativa en la Obra, no hab�an intimado. Desde luego, estaba enterado de las conversaciones pol�ticas del segundo piso de Diego de Le�n y de las visitas a don Antonio P�rez de los pol�ticos de la Obra, como Laureano L�pez Rod� y Florentino P�rez Embid. Pero, aparte participar levemente en alg�n momento de broma, nunca hab�a entrado en esas reuniones ni tenido especial acceso a tales cabildeos. Adem�s, Luis Valls era muy enigm�tico y no dec�a m�s palabras que las justas, supliendo todo con una amplia sonrisa.

Al dar la radio las noticias de la noche, los habitantes de Espa�oleto se congregaron alrededor del aparato. Y efectivamente oyeron que Mariano Navarro, un supernumerario de la Obra, hab�a sido nombrado ministro de Hacienda, y Alberto Ullastres, de Comercio. Una sensaci�n de alegr�a y novedad invadi� a los presentes, y Antonio pens� en la satisfacci�n que experimentar�a el Padre al ver que la "Instrucci�n de San Gabriel" empezaba a cumplirse. La "Instrucci�n" era el documento m�s "le�do en aquel momento. Estaba fechada antes de la guerra civil, y todos se hac�an lenguas, al comentada, del carisma del Padre, de su sentido prof�tico y su visi�n del futuro al prever, desde unos comienzos tan modestos, aquel despliegue posterior de la Obra en la econom�a, en la pol�tica. Antonio hab�a saludado a Mariano Navarro en alg�n retiro espiritual para casados

y sab�a que era uno de los supernumerarios m�s antiguos. Comprendi� en seguida que Alberto Ullastres tendr�a que dejar la presidencia de Hispamun y se le vino a la cabeza un fugaz impulso de entusiasmo al pensar en lo f�cil que resultar�a para �l, como ministro, apoyar los planes de los Antonios.

Al d�a siguiente por la tarde fue a la organizaci�n central de los negocios e inversiones de la Obra, una sociedad financiera llamada Esfina, con sede en la calle Claudio Coello. All� se reun�an los directivos de las diferentes sociedades del grupo y all� ten�an despacho Luis Valls y Alberto Ullastres.

Not� tambi�n al entrar la excitaci�n fruto de la novedad y, pasando a una de las salas, vio a un nutrido grupo tomando unas copas y rodeando a Alberto Ullastres, que hab�a venido a despedirse. Se uni� Antonio al corro. Numerarios, supernumerarios y miembros de confianza de las sociedades del grupo bromeaban y felicitaban al nuevo ministro. En una esquina se contaba que, cuando el peri�dico de la ma�ana hab�a llegado a Diego de Le�n con las fotos de los ministros en primera p�gina, una sirvienta hab�a corrido a dar la nueva a la directora, dici�ndole: "�Mire, se�orita, el se�orito del yogurt! ", porque Alberto Ullastres, a causa de su est�mago, guardaba una dieta que inclu�a ese alimento diario.

D�as despu�s, se reun�a el consejo de administraci�n de Hispamun para proceder a la sustituci�n del presidente. Cesaba tambi�n Jorge Brasa, a quien Ullastres hab�a nombrado colaborador suyo en el ministerio.

Don Leoncio Cuadrado, d�as m�s tarde, felicit� en privado a su hijo por el �xito de la Obra.

-A ver si son capaces de arreglar la econom�a -le dijo. y con cierta sorna a�adi�-: Porque para este trabajo no basta con ser honrado y bien intencionado, sino dar con las teclas que pongan al pa�s en pie.

Antonio not� a su alrededor un cambio en las reacciones. Empleados del banco, amigos y colaboradores comerciales de su padre le trataban de otra manera. Hasta ahora, su pertenencia al Opus Dei no hab�a sido cuestionada m�s que en t�rminos de curiosidad, con aquellas preguntas siempre repetidas de si se pod�a casar, si ten�a que entregar todo el dinero que ganaba, etc., residuos de las explicaciones que su padre daba a sus �ntimos. Y como �l se comportaba muy naturalmente en el tr�fico mercantil, la gente hab�a terminado por no preguntar acerca de algo que no entend�an bien. Ahora era distinto. Una ma�ana en que hab�a ido al banco para firmar un aval, don Manuel, el viejo amigo de su padre, le retuvo unos momentos:

-Oye, Anto�ito, me tienes que explicar en qu� consiste eso vuestro. Adem�s, en la direcci�n general est�n deseando saber hacia qu� soluciones se van a inclinar los nuevos ministros, y yo supongo que t� estar�s enterado.

Sali� como pudo del compromiso, y aquella tarde solicit� ver a Luis Valls. �ste le recibi� con su mejor sonrisa y escuch� tranquilamente las preguntas y los interrogantes de Antonio: �Tienen los de la Obra alguna pol�tica econ�mica concreta? �Cu�les ser�n las relaciones entre ellos y los superiores internos? �Se podr� hablar de esto en p�blico? Luis no le dio apenas respuestas concretas, limit�ndose a aconsejarle que esperase los acontecimientos y tratase de eludir los aprietos en que le pon�an sus amigos.

El cerebro de Antonio comenz� a vacilar, sobre todo despu�s de asistir una tarde en Diego de Le�n a una meditaci�n presidida por don Antonio P�rez, el secretario general de la Obra. Durante media hora don Antonio habl� de la necesidad de hacer compatibles responsabilidades personales en la vida p�blica con la obediencia y los planes corporativos.

Antonio, que no ten�a ninguna idea preconcebida, ni prejuicios a favor o en contra de cualquier estrategia, a lo �nico que aspiraba en aquel momento era a que le proporcionaran una orientaci�n clara al respecto. Nadie se la daba. Ni en Diego de Le�n, ni mucho menos en Espa�oleto, cuyo director estaba a�n m�s despistado que �l mismo. Le dec�a para salir del paso, en la confidencia semanal que hab�a que conservar la confianza en el Padre y que ya �l explicar�a las cosas a su debido tiempo. Antonio, sin resolver el asunto, decidi� congelarlo moment�neamente y se concentr�, con el otro Antonio, en los problemas de Hispamun.

De resultas de la reuni�n en Par�s, estaban d�ndole vueltas a un tema complicado. La mayor�a de las delegaciones en Europa apenas dispon�an de dinero

para comenzar sus actividades. Los de la Obra, en apuros para solventar sus propios asuntos, no encontraban manera de allegar recursos, y sus socios o colaboradores ajenos impon�an condiciones, como la propiedad de la mayor�a de las acciones en las respectivas sociedades, que no conven�a aceptar. Los Antonios se hab�an tra�do una propuesta a Madrid para anticipar dinero a las diversas delegaciones, a fin de permitirles arrancar, pero exist�a el problema del control estatal sobre divisas y env�os de dinero al extranjero. "�No crees que Alberto Ullastres entender� el problema y nos ayudar�?", le preguntaba P�rez Ruiz. Antonio decidi� incluir esta cuesti�n entre las varias que presentar�a a Luis Valls cuando despachara con �l la pr�xima vez. A medida que se desarrollaban las actividades econ�micas de la Obra, se iba tambi�n desarrollando una l�nea jer�rquica de decisiones. En cada empresa que se fundaba se nombraba un encargado de despachar con los superiores. Cada centro nacional de decisiones estaba regido por un administrador regional.

En Espa�a, desde mucho tiempo antes el cargo ven�a siendo desempe�ado por Andr�s Rueda, un muchacho segoviano cuya familia ten�a negocios de zapater�a. La administraci�n se divid�a en tantas secciones como tareas desempe�aba. Hab�a, por ejemplo, la secci�n de financiaci�n de casas, la de apostolados concretos, y acababa de crearse la secci�n de empresas.

Con esa secci�n despachaban los encargados de cada sociedad. Ten�an que entregar peri�dicamente balances de su actividad y recib�an toda clase de consejos y �rdenes, que se convert�an en decisiones de la empresa en cuesti�n a trav�s del voto mayoritario de los miembros de la Obra. Algunas sociedades m�s importantes, como Hispamun, despachaban tamo bien directamente con Luis Valls, el fact�tum general, "mi banquero", como le llamaba el Padre. Valls efectuaba de vez en cuando viajes a Roma o recib�a en Madrid a los emisarios de la oficina central. Antonio ya hab�a averiguado que el mensaje de Roma era muy simple y se reduc�a a dos consignas b�sicas: conseguir mucho dinero para financiar las casas y los apostolados, especialmente la construcci�n del Colegio romano de la Obra en la capital del mundo cat�lico, y penetrar, a trav�s de afiliados o de personas de confianza, en la mayor cantidad posible de centros y entidades de poder.

Los que estaban metidos en todo este engranaje comenzaban a disfrutar en la Obra del respeto y el status especial que antes s�lo se otorgaba t�citamente a los intelectuales, es decir, generalmente a los catedr�ticos de universidad. A fuerza de o�r el mensaje de expansi�n y de su inevitable prerrequisito econ�mico, los miembros de la Obra se iban mentalizando en estas cuestiones de eficacia, y as� como al principio la cohesi�n interna se basaba fundamentalmente en la fidelidad a las normas de piedad y los votos y en la consecuci�n de nuevos adeptos, a partir de mediados de los a�os cincuenta, tal y como Antonio advert�a, se hab�a ido imponiendo un sentido pr�ctico, simbolizado en la expansi�n geogr�fica, en el Colegio romano, en la universidad de Navarra y, ahora, en el mundo financiero y pol�tico. Sin embargo, el asunto no aparec�a del todo claro, como se puso de relieve en un incidente que le ocurri� a Antonio por aquellas fechas. Hac�a dos o tres a�os que participaba en la labor de San Gabriel, dirigiendo a los supernumerarios. Los superiores hab�an tenido que echar mano de todos los que hab�an terminado la carrera para ocuparse de este asunto, porque un empuj�n del Padre les hab�a forzado a incrementar el apostolado entre casados. El asunto iba viento en popa, ya que muchos de los chicos que no hab�an querido 'pitar' en su d�a como numerarios lo hac�an ahora ya casados y tra�an a sus amigos y parientes con ellos.

Todo lo que era rigidez en el plan de vida de los numerarios era flexibilidad en el de los supernumerarios. Cumpl�an s�lo las normas que su trabajo y obligaciones familiares les permit�an, aunque algunas esposas se quejasen de tanto c�rculo y tanto retiro, daban una aportaci�n econ�mica mensual y, poco a poco, se incorporaban a las actividades corporativas. Antonio se daba buena ma�a para alentarlos en la confidencia quincenal y en el c�rculo semanal y ten�a a su cargo una docena de ellos. Para este asunto exist�a asimismo una organizaci�n, al triple nivel de ciudad, naci�n y Roma. A trav�s de ella se tramitaban las incorporaciones, se organizan los actos de formaci�n, se daban consignas. Mariano acud�a peri�dicamente a ver a Fernando Valenciano, un ingeniero de Caminos, director de la labor de San Gabriel en Madrid. Uno de los supernumerarios m�s d�ciles y entusiastas era �lvaro Lacalle, militar de

profesi�n, que cooperaba tambi�n en algunas actividades econ�micas de la Obra. Luis Valls indic� un d�a a Antonio la conveniencia de sondear a �lvaro acerca de su disponibilidad para ocupar un cargo pol�tico.
D�as despu�s, �lvaro fue nombrado por Mariano Navarro director general en el Ministerio de Hacienda. Fernando Valenciano llam� la atenci�n a Antonio por aquella gesti�n, y �ste se extra�� de la falta de coordinaci�n entre los superiores. M�s tarde comprender�a que, en aquellos momentos, hab�a tensiones y conflictos a nivel de los mandos sobre los l�mites y las reglas del juego en toda aquella aventura de la expansi�n, y que el Padre no se decid�a a dar criterios claros al respecto.
Tropez� con nuevos problemas en una convivencia de supernumerarios a la que asisti� como miembro del Consejo local. A semejanza de los numerarios, los supernumerarios deb�an destinar cuatro d�as al a�o a ejercicios espirituales, y una semana a la convivencia de formaci�n. No todos acud�an puntualmente, ya que significaba una ausencia demasiado prolongada de sus obligaciones, pero, como la mayor�a de los casados de Madrid pertenec�an a la clase media alta, como ninguno era propiamente asalariado en los t�rminos de la masa laboral espa�ola, la mayor�a pod�a permit�rselo.
En aquella convivencia se habl� mucho de la organizaci�n de los supernumerarios para ayudar a las actividades de la Obra y se anim� a todos ellos a responsabilizarse de una parcela de tal ayuda. Habitualmente, los supernumerarios se asociaban en grupos de diez o doce, al mando de un numerario que les dirig�a. Poco a poco, dentro de cada grupo se nombraban encargados de una misi�n especial. Hab�a uno encargado de contabilizar las suscripciones a las revistas de la Obra, como "Actualidad espa�ola", y de animar a los del grupo para conseguir m�s suscripciones. Otro se ocupaba de avisar para las reuniones comunes. El conflicto estall� cuando Rafa Escol�, un numerario catal�n, director de la convivencia, se opuso en el Consejo local a hablar a los supernumerarios del asunto de Esfina. Los superiores, especialmente algunos que hab�an acudido de Madrid a Molinoviejo expresamente con esa finalidad, presionaban para que en cada grupo de supernumerarios hubiera uno encargado de encauzar todas las gestiones conducentes a incrementar la influencia de la Obra en el mundo econ�mico. A corto plazo, se trataba de atraer hacia Esfina, entidad financiera, los ahorros de parientes y amigos, a los que se otorgar�a un inter�s superior al bancario, habl�ndoles adem�s del fin cristiano de aquellas inversiones, destinadas a sostener una Prensa cat�lica. Rafa Escol� arg��a, desde su veteran�a en la Obra, que aquello no entraba en el esp�ritu fundacional y que a �l le parec�a mal utilizar a los supernumerarios para eso, m�s a�n convirti�ndolo en una tarea fija, paralela a las propiamente apost�licas. Antonio asisti� callado a la conversaci�n entre Rafa y el superior de Madrid, quien al final, prudentemente, decidi� aplazar el discurso a los supernumerarios y aconsej� a Rafa "pasarse por Comisi�n" a la vuelta. M�s tarde, Antonio habl� del tema con Rafa y, cuando volvi� a Madrid, lo hizo con su director en Espa�oleto.
Una vez m�s se le recomend� paciencia y esperar a que el Padre se pronunciase, aunque Antonio argumentaba, con datos de su propio trabajo en Hispamun, que aquella pol�tica no era sino la consecuencia de la movilizaci�n general de personas y capitales en beneficio del apostolado, claramente descrita en la "Instrucci�n de San Gabriel". Le aconsejaron escribir una nota sobre el asunto y se pas� dos d�as corrigiendo sucesivos borradores, hasta dar con una redacci�n que le satisfizo y en la que expon�a sus preocupaciones y daba una soluci�n al trabajo corporativo. Dec�a en su �ltimo p�rrafo: "Si se considera que esa movilizaci�n de personas y capitales, por razones de discreci�n o confusi�n apost�lica, no debe hacerse desde los organismos de la Obra, se podr�a simplemente fomentar la dedicaci�n de personas individuales a la industria y al comercio, y ellos, mediante empresas familiares o de pura asociaci�n civil, conseguir�an el dinero que luego la Obra repartir�a entre las actividades individuales que presentaran mayor inter�s apost�lico".
Mand� la nota a Comisi�n siguiendo los tr�mites de rigor y se dispuso a esperar respuesta. Sin embargo, dos meses despu�s sobrevino un suceso que le supondr�a una clave para entender muchas cosas en el futuro. Andr�s Rueda, el administrador regional, le cit� a una reuni�n en la casa de la calle

Montesquinza, sede igualmente de la Administraci�n regional. All� compareci� una tarde y se encontr� con el propio Andr�s y con Jos� Mar�a Gonz�lez, un funcionario del Ministerio de Comercio, asimismo numerario, que Ullastres hab�a destinado a su servicio directo. La reuni�n se inici� propiamente con la llegada de don Jos� Mar�a Hern�ndez Garnica, el sacerdote encargado de la Secci�n femenina que Antonio conoci� en Diego de Le�n y que ahora resid�a en Roma. Don Jos� Mar�a les revel� que hab�a estudiado con el Padre una manera de conseguir beneficios econ�micos, consistente en que algunos de la Obra cooperasen con comerciantes de importancia. Su cooperaci�n estribar�a en facilitar a dichos comerciantes contactos con los miembros de la Obra que gobernaban ahora los ministerios econ�micos. En concreto, don Jos� Mar�a le dijo a Antonio que deb�a proponer tal tipo de cooperaci�n a don Isaac, el conocido financiero jud�o, amigo de su padre y socio ahora de Hispamun. No parec�a que la cuesti�n fuera a discutirse mucho m�s, porque en seguida despidieron a Antonio, no sin antes encarecerle que pusiera en marcha el plan cuanto antes.

Antonio explic� el asunto a su padre, que lo entendi� a la primera. La tradici�n comercial de premiar a los intermediarios con el poder se hab�a desarrollado mucho durante las carest�as de la posguerra. La escasez de materias primas, de divisas, el establecimiento de cupos, etc., permit�a una gran discrecionalidad a los que decid�an en los ministerios, y alrededor de ellos bull�an amigos y parientes solicitando favores para s� y sus sociedades. Eran famosos algunos ministros anteriores de Comercio, que no s�lo favorecieron descaradamente a sus amigos, sino que se beneficiaron personalmente mediante su participaci�n, m�s o menos disimulada, en sociedades y empresas. Don Leoncio no hab�a tenido m�s remedio, en otras ocasiones, que dar comisi�n a funcionarios de organismos oficiales para conseguir ventas, y hab�a llegado a la conclusi�n de que, sin ese lubrificante, resultaba muy dif�cil trabajar con entidades p�blicas.

La diferencia en este caso, como no se cansaba de repetir Antonio, consist�a en su finalidad sobrenatural: contribuir a la expansi�n de la Obra. Don Leoncio prometi� su apoyo a la gesti�n, y una ma�ana visitaron a don Isaac, el cual se avino en seguida a dar una cierta comisi�n al grupo sobre las ventas en las que intervinieran con sus gestiones burocr�ticas.

Por aquellos tiempos, don Isaac se hallaba en relaciones con la Comisar�a de abastecimientos y las importaciones y exportaciones dependientes de ella. No se estableci� ning�n "modus procedendi" especial, y una tarde, en casa de un amigo com�n, el financiero tuvo ocasi�n de saludar al nuevo ministro Ullastres, a quien ya hab�a tratado brevemente en los consejos de Hispamun. A Antonio le hab�an insistido particularmente sobre la necesidad de discreci�n. De esos asuntos no deb�an enterarse m�s que los superiores especialmente encargados de los problemas econ�micos. Precisamente, se hab�a ganado una buena bronca del Padre cuando, en la residencia de Par�s, hab�a hablado de temas econ�micos delante de los compa�eros de all�, que no estaban en el ajo.

Pero el asunto se revel� m�s dif�cil de lo que parec�a. A lo largo del a�o 58, Antonio trat� de hablar en favor de sus nuevos intereses tanto con Alberto Ullastres como con Jorge Brosa. Pero observ� una notoria resistencia en ambos, e incluso lleg� a sospechar que los superiores no hab�an hablado con ellos o que, si lo hab�an hecho, no hab�an conseguido un apoyo sustancial. Luis Valls provoc� una reuni�n en la casa de la Obra donde viv�a Jorge Brosa, a la que acudieron los dos Antonios y Francisco Planell, otro superior de la organizaci�n. Pese a sus argumentos, no consiguieron de Brosa un compromiso de ning�n tipo al respecto. Don Isaac le hab�a dado ya a Antonio alg�n dinero, pero, por lo visto, sus empleados se quejaban de que esas nuevas amistades no eran tan eficientes como parec�an.

Mientras tanto, los dos Antonios segu�an tratando de expandir la organizaci�n internacional de Hispamun y luchaban contra las dificultades del comercio exterior, que tan f�cil arreglo hubieran tenido de colaborar un poquit�n los del ministerio.

A medida que pasaba el tiempo, Antonio iba notando esa especial tensi�n nerviosa y esa susceptibilidad que su madre sab�a tan bien detectar y temer en don Leoncio. Las responsabilidades comerciales que hab�an reca�do sobre �l en el contexto de la Obra empezaban a quitarle el sue�o, sobre todo cuando se trataba de conciliar el objetivo m�s inequ�voco, conseguir beneficios econ�micos

sustanciosos, con los m�s complicados de hacerla correctamente, tanto en t�rminos mercantiles como en t�rminos apost�licos. Su af�n proselitista, el cuidado de sus hermanos supernumerarios le serv�a de consuelo. A veces le asaltaba la idea de que toda actividad econ�mica no beneficiaba a su vocaci�n. En los ejercicios espirituales de aquel a�o repas� con el sacerdote que dirig�a la tanda esa nueva etapa de su vida. El entusiasmo y la satisfacci�n de sacar adelante la Obra figuraban sin duda entre los datos positivos, pero hab�a bastantes negativos: la falta de sosiego para cumplir las normas, el constante colarse en la oraci�n de los temas profesionales, el alejamiento, por d�as y por semanas enteras, de aquel gusto, aquella devoci�n, con que antes realizaba sus ejercicios de piedad... El cura, un vasco reci�n ordenado y reci�n llegado del Colegio romano, le escuchaba en silencio. Dos temas m�s inc�modos surgieron en el mon�logo de Antonio. Notaba que aquella vida tan excitante le quitaba las ganas de mortificarse. Ya no se pon�a el cilicio cada jornada con aquella primera ilusi�n de penitencia. Ve�a llegar con temor la noche en que le tocaba dormir en el suelo y, con mayor frecuencia de la debida, perd�a el buen humor y hac�a sufrir a la gente que lo rodeaba. La cuesti�n de la pureza constitu�a el segundo problema. A medida que pasaba m�s tiempo en la Obra, y ya llevaba casi diez a�os, le costaba m�s la abstinencia. Se iba acercando a la treintena y, de repente, la calle, la oficina, los viajes, se le hab�an convertido en una gran tentaci�n carnal. En ocasiones ten�a que frenar sus llamadas a la secretaria por el tel�fono interior de la oficina, porque un fino instinto le dec�a que las m�s de las veces no la necesitaba y lo hac�a s�lo por verla de espaldas, cuando se dirig�a hacia la puerta contoneando su figura. Aqu� el sacerdote le interrumpi� y le record� los preceptos espec�ficos de la vocaci�n de numerario: por orden del Padre, un numerario no deb�a trabajar solo en el mismo recinto que una mujer, ni ir con ella por la calle, y se recomendaba no tener secretaria, sino secretario.
Antonio repuso que las m�s de las veces esas circunstancias eran imprevisibles en el mundo de los negocios y que, salvo en posiciones de alta categor�a financiera, nadie pod�a permitirse el lujo de tener un secretario. Era una profesi�n de mujeres. En todo caso, la vida en medio del mundo despertaba en �l pasiones y sentimientos que cre�a definitivamente desterrados desde su ruptura con Amparo. Incluso el ir a las casas de los supernumerarios y conocer a sus mujeres supon�a una tentaci�n. �ltimamente hab�a tenido bastantes eyaculaciones nocturnas, y no estaba muy seguro de no haber cooperado en su producci�n, al no cortar r�pidamente los pensamientos o no cambiar de postura en la cama.
-O sea -termin� con la cabeza entre las manos-, que el voto de castidad se me est� convirtiendo en una obsesi�n, en una carga, y no en la esperada liberaci�n.
Sali� de los ejercicios con un prop�sito renovado de recuperarse. Volvi� a sus primeras costumbres de piedad y trat� de aislarse lo suficiente para hacer bien la oraci�n de la tarde. Con la de la ma�ana no ten�a problemas, porque todos los de la casa la hac�an juntos en el oratorio, temprano, antes de la misa, escuchando puntos de Camino o de otros documentos internos. Pero por la tarde, cansado de trabajar, a veces le faltaban los �nimos para meterse otra media hora en el oratorio al regresar a su casa y, con sus obligaciones y citas, la media hora en la oficina se ve�a constantemente interrumpida. Se prometi� a s� mismo volver a casa a tiempo. Tambi�n decidi� llevarse el cilicio a la oficina, para sentir el hierro en su carne durante aquellas horas. Y sobre todo, resolvi� confiarse a los superiores, no poner en duda ni discutir internamente sus decisiones y dedicar m�s tiempo al apostolado.
Al curso siguiente, cambi� de casa. Cada a�o, los superiores de la Obra reorganizaban �stas por intereses apost�licos o conveniencias de la vida de familia. Una vez hab�a o�do decir que era bueno cambiar, para no apegarse ni formar amistades particulares entre los socios. �l manten�a especiales lazos de afecto con algunos de sus primeros �ntimos, pero hab�a aprendido a no hacerse ilusiones sobre ello y a intimar en seguida con sus nuevos compa�eros. Sent�a algunas reservas respecto a aquellos cuyo car�cter o modo de pensar le chocaban, pero no se hac�a demasiada cuesti�n de ello. Algunas veces le pon�an nervioso los entusiastas o los pueriles, aquellos que, concentrados en la observancia, manifestaban puntos de vista rid�culos o infantiles respecto a la gente que no era "de casa" o a los apostolados.

Fue destinado a la casa que la Obra ten�a en la calle Villanueva, una de las m�s antiguas, donde viv�an compa�eros de mayor edad que �l. All� advirti� que, a partir de los cuarenta a�os, los socios numerarios, y en especial aquellos que se dedicaban a tareas no apost�licas o corporativas, iban consiguiendo un cierto status de autonom�a o relajaci�n de las primeras observancias. Vicent�n Rodr�guez Casado, catedr�tico y pol�tico, era uno de aquellos tipos que hac�a pr�cticamente lo que le ven�a en gana. Hasta entonces, Antonio estaba acostumbrado a pedir permiso al director para comer o cenar fuera de casa, explic�ndole en cada caso las razones, a no faltar a los c�rculos salvo por motivos muy graves y, en general, a subordinar toda su vida exterior a las exigencias de la piedad, el apostolado y la vida de familia. Y ahora estaba empezando a darse cuenta de que los mayores ten�an bastantes bulas al respecto y que algunos constitu�an ocasi�n de esc�ndalo, incluso para los de fuera, por sus aficiones gastron�micas, su frivolidad e incluso su mala lengua.
Dos o tres veces a lo largo de ese curso trat� el tema de la ejemplaridad con sus superiores. �l mismo sent�a grandes dudas, al hacer un viaje, al comprar objetos de uso o consumo, sobre el grado de comodidad que un numerario pod�a introducir en su vida.
En las casas, especialmente en las de mayores, se combinaban comodidades e incomodidades. Ya todos contaban con una habitaci�n individual, aunque hab�an de compartir los cuartos de ba�o. La comida era abundante, pero s�lo se tomaba aperitivo, caf� y copa en las fiestas o cuando el director lo decid�a. No estaba bien visto dormir la siesta. Sin embargo, algunos se retiraban a sus cuartos en vez de rezar el rosario con los dem�s despu�s de la tertulia. Al disponer muchos de las instalaciones y medios de los negocios o entidades que presid�an, se produc�a una paulatina creaci�n de lo que el Padre tanto criticaba, el peculio personal. A cargo de los gastos generales de las sociedades, o de representaci�n de los pol�ticos, los numerarios usaban coches, hac�an viajes, invitaban a comer a sus amigos... Todo ello daba origen a un principio de insinceridad. Con frecuencia, cuando le asaltaba una duda al respecto, Antonio sol�a darse a s� mismo, sobre la marcha, razones de conveniencia apost�lica, sobre todo en relaci�n con sus nuevas actividades mercantiles, pero, en momentos de reflexi�n y examen, sent�a cierta culpabilidad, especialmente al comparar sus libertades y las de quienes se encontraban en su misma situaci�n con las de aquellos numerarios que trabajaban en cosas de la Obra, en asuntos internos o en apostolados de ense�anza. Comenzaba a dibujarse en su vida aquella peligrosa dicotom�a contra la que tanto le pon�an en guardia en tiempos pasados, ya que, obsesionado por los apostolados econ�micos y las responsabilidades, consciente o inconscientemente, necesitaba cada vez m�s excitaci�n y compensaciones para su cansado trabajo diario.
Al final del curso se produjeron dos importantes acontecimientos en su mundo de los negocios. Una tarde, don Antonio P�rez, el secretario general de la Obra, le inform� de que hab�an logrado convencer a Alberto Ullastres a fin de que nombrase a un miembro de la Obra para alg�n cargo del ministerio desde el cual pudiera ayudar o, al menos, o�r las pretensiones de los encargados de las empresas apost�licas. Su sorpresa fue may�scula cuando Antonio P�rez Ruiz le inform� aquella noche de que lo iban a nombrar para la Comisar�a de abastecimientos, algo que sucedi� d�as despu�s.
La alegr�a de los Antonios, as� como de los miembros del equipo de Hispamun, fue grande, porque cada d�a resultaba m�s patente que, sin un cierto apoyo gubernamental, no hab�a manera de desarrollar los planes de comercio exterior que se hab�an trazado y, consiguientemente, de conseguir beneficios para la expansi�n de la Obra.
Aparentemente, los superiores estaban cada vez m�s interesados en crear equipos de gente de confianza alrededor de los ministros de la Obra, y el propio don Jos� Mar�a Hern�ndez Garnica, el sacerdote, se hab�a jactado delante de Antonio de haber sido quien recomendara para el cargo de subsecretario de Comercio a un supernumerario, abogado del estado.
De todas maneras, Antonio no ten�a mucha seguridad sobre lo que ser�a mejor, si apoyar a don Isaac en sus negocios, para conseguir simplemente dinero, o expandir las actividades de Hispamun. La soluci�n le vino dada por un acontecimiento, bastante desagradable para �l, que se produjo despu�s del

verano.
En el mes de septiembre, despu�s de que Antonio hubo regresado del curso anual en Molinoviejo, m�s relajado y con m�s ganas de trabajar, apareci� por Madrid Manolo Barturen. Era �ste un numerario, ingeniero de Minas, que llevaba cierto tiempo en Estados Unidos representando intereses financieros vascos. Una tarde se present� en la oficina y habl� a Antonio de sus planes, los cuales estribaban simplemente en la sustituci�n del criterio de ayuda a don Isaac por un montaje propio.
Antonio reaccion� alegando las instrucciones que hab�a recibido, y Manolo zanj� la entrevista dando un violento portazo. Antonio corri� a contar la entrevista a Luis Valls. Valls le respondi� que cada uno deb�a hacer las cosas como mejor le pareciese, con lo que le dej� extra�amente desconcertado. Acudi� finalmente al secretario general de la Obra, que le tranquiliz� y vino a decirle que era preferible el punto de vista de Barturen. La confusi�n no hac�a m�s que aumentar en la cabeza de Antonio.
Finalmente, en un momento de ira, y sin consultar con nadie, encamin� sus pasos a las oficinas de don Isaac y solicit� verle. Cuando, con todo afecto, el financiero le recibi�, Antonio fue muy breve. Vino a decirle que, por razones personales, no se sent�a capacitado para continuar aquella colaboraci�n y que, por tanto, renunciaba a los beneficios de ella. Don Isaac le dej� hablar y trat� de quitarle importancia al asunto, pero Antonio se despidi� en seguida. Camino de Villanueva, la cabeza le daba vueltas. Contra su costumbre, entr� en un bar de la calle Alcal� y se bebi� dos copas de co�ac, una tras otra.
Ten�a el pulso acelerad�simo y, al subir en el ascensor, se le desencaden� una taquicardia. Entr� en la residencia, salud� al Se�or en el oratorio y se derrumb� en su cama.
A la ma�ana siguiente, m�s calmado, se present� a ver a Luis Valls, que por entonces ostentaba ya un alto cargo en el Banco Popular, y le cont� su reacci�n y su decisi�n. Luis tambi�n trat� de minimizar la cuesti�n y pareci� aceptar el nuevo estado de cosas. Por la tarde, Antonio sostuvo una larga conversaci�n con su padre, en la que le expuso sus deseos de volver a desempe�ar m�s intensamente sus actividades en los negocios familiares, dejando un poco de lado las empresas de la Obra. El momento era propicio, porque se acababa de conseguir una representaci�n de art�culos electr�nicos japoneses y, con la instalaci�n de la televisi�n en Espa�a, hab�a muchas oportunidades de colocarse bien en ese mercado. Don Leoncio comprendi� las razones de su hijo y asinti� a todo.
S�lo faltaba resolver la contradicci�n de la obediencia. Por primera vez en su vida, hab�a actuado directamente contra las instrucciones recibidas. Desde el punto de vista externo, no se planteaba ning�n problema, porque los superiores hab�an aceptado la situaci�n y, en concreto, don Antonio P�rez le hab�a tranquilizado mucho dici�ndole que, mientras �l se esforzase en santificar el mundo de las empresas y colaborase en la financiaci�n de los apostolados, la Obra no le dada m�s orientaciones concretas. Por parte de Luis Valls y todo el equipo econ�mico, a medida que pasaba el tiempo, descubr�a un creciente desinter�s por los temas de Hispamun, desinter�s que lleg� a su culminaci�n cuando, meses m�s tarde, se produjo un reajuste en la actividad de la sociedad, que entr� m�s de lleno en la �rbita de los negocios de su padre, abandonando el Banco Popular parte de las acciones y quedando �stas casi en su mitad en manos de los Cuadrado y la Obra. Aquello fue el inicio de una nueva �poca, m�s sosegada y menos conflictiva, pero tambi�n el punto de partida de las vacilaciones internas de Antonio, que nunca llegar�a ya a resolver esa falta de confianza en los superiores y en la doctrina de la Obra que se le hab�a metido en la conciencia a consecuencia del caso.
A partir de 1962, con la ascensi�n al poder pol�tico de Laureano L�pez Rod� y sus colaboradores en el Plan de desarrollo, Antonio empez� a percibir un clima peculiar en la Obra y alrededor de ella. El cincuenta por ciento de las conversaciones apost�licas con terceros, que antes se invert�an totalmente en hablar de vida interior, se refer�an al asunto de la libertad de los miembros de la Obra y a defender �sta de las acusaciones de auto-ayuda que de todas partes llov�an.
Personalmente, se iba inventando su propia teor�a, para su tranquilidad �ntima y como fundamento de su sinceridad apost�lica. "La Obra -sol�a pensar y decir-

est� explorando nuevos modos de presencia de los cristianos en el mundo, y por eso a veces camina en zig-zag. Pero �sa es una cuesti�n accidental. Lo sustancial es la entrega personal, la rectitud de intenci�n, y de eso hay toneladas en casa". Para tal argumentaci�n, le resultaba siempre sencillo apelar al espect�culo de sacrificio y abnegaci�n de tantos numerarios, de las chicas y tambi�n de las familias de los supernumerarios que �l trataba. Porque, a excepci�n de aquellos numerarios mayores que no se comportaban con demasiada ejemplaridad en la vida p�blica y que en la interna disfrutaban de bulas y privilegios, todav�a en los a�os sesenta, pensaba Antonio, los miembros de la Obra viv�an una vida sacrificada y obediente. Bastaba presenciar c�mo la inmensa mayor�a de los numerarios aceptaban renunciar a sus planes personales, manten�an una lucha constante con su ego�smo y se esforzaban por llevar adelante las consignas apost�licas. Recordaba, por ejemplo, el esfuerzo que les costaba a todos pedir dinero en aquellos maratones de asalto al bolsillo ajeno que de vez en cuando organizaban los superiores.
Uno especialmente importante tuvo lugar cuando Antonio empez� a desempe�ar el cargo de secretario de la Asociaci�n de amigos de la universidad de Navarra.
El episodio conflictivo de los negocios de la Obra hab�a quedado atr�s. Por instinto de coherencia, procuraba alejarse del entramado de actividades econ�micas que se desarrollaba alrededor de Esfina, del Banco Popular, del Banco Atl�ntico, aunque se afanaba, eso s�, porque la cantidad anual que ingresaba en la Obra como producto de sus negocios familiares fuera siempre creciente. Aparentemente nadie le ped�a m�s. Las actividades de Hispamun decrecieron paulatinamente, abandon�ndose poco a poco aquellas utop�as de financiaci�n del apostolado exterior. Un suceso desgraciado, la muerte de P�rez Ruiz en accidente de autom�vil, que Antonio sinti� profundamente, termin� de alejarle de aquellas �reas de influencia. Su ilusi�n apost�lica se concentraba cada vez m�s en la labor entre los supernumerarios y, como remate, un cierto d�a le pidieron que reorganizase la Asociaci�n de amigos de la universidad de Navarra y, en concreto, diese un nuevo empuje a las ayudas y limosnas destinadas a esa obra corporativa.
Acept� de buen grado el encargo, hizo algunos viajes a Pamplona, y, con el apoyo de los superiores, se dispuso a montar una red de influencias para el sostenimiento econ�mico de la universidad.
�ste ten�a dos or�genes: por una parte, lo que se consegu�a sacar al Estado y a las entidades p�blicas,.aspecto que controlaban directamente los superiores. Alguna vez particip� en conversaciones marginales con el mundo de la Presidencia del Gobierno y los supernumerarios, como Chemari Sampelayo, de quienes Laureano se rodeaba. Pero sin intervenci�n importante. Por otro, y su tarea consisti� precisamente en montarla, una red, paralela a la labor apost�lica de los supernumerarios, que abarcaba todas las ciudades donde la Obra se hallaba presente.
Viaj� bastante con ese fin, y su trabajo culmin� en dos acontecimientos que luego recordar�a con frecuencia: la asamblea general de Amigos en Pamplona, reunida alrededor del Padre en 1963, y las gestiones de financiaci�n extraordinaria de 1967.
Tambi�n efectu� un viaje por Am�rica, tocando en la mayor�a de las capitales del hemisferio sur y dando conferencias en los centros de la Obra juntamente con otro numerario. Pero aquello fue m�s divertido que fruct�fero, ya que, en la mayor�a de aquellos pa�ses, la Obra no pose�a a�n la capacidad de financiar a la vez las realizaciones nacionales y la universidad de Navarra.
En 1963 se trataba, seg�n le dijeron los superiores, de organizar una gran concentraci�n de Amigos en Pamplona, a la que el Padre dirigir�a la palabra para enfervorizados en su apoyo a la universidad. Antonio qued� encargado, con otros dos numerarios, de planificar y llevar a cabo la concentraci�n. En primer lugar contaba con el apoyo de los pol�ticos e intelectuales que presid�an la asociaci�n. Por aquellos tiempos, el conde de Mayalde, Gregario Mara��n y el doctor Jim�nez D�az hab�an sido atra�dos al �mbito de la Obra y, en concreto, de la universidad. A rengl�n seguido, mediante la red provincial de delegados de la Asociaci�n de amigos, se planearon los viajes. Con el apoyo de los muchos contactos establecidos ya con el poder, se organizaron trenes especiales desde Barcelona, Madrid y Sevilla. En un momento dado, m�s de cinco mil personas

cayeron sobre Pamplona, donde los de la Obra hab�an preparado los alojamientos y los actos. Acudieron asimismo afiliados a la Obra, acompa�ados de sus amigos desde Francia y Alemania, y el Padre tuvo que someterse a un sinf�n de intervenciones en un teatro y en los colegios mayores. Antonio, por vez primera, qued� impresionado ante el fanatismo de las mujeres. Corr�an a besar al Padre, ped�an a gritos su bendici�n y le arrancaban trozos de sotana. Un espect�culo parecido dieron los obreros de la Obra, que levantaron en volandas el coche del fundador. �ste andaba muy seguro de s� mismo por entre aquella muchedumbre, y todo fue como una gran fiesta de optimismo que levant� la moral de Antonio. No obstante, el leitmotiv de los discursos del Padre consisti� en la defensa de la libertad profesional de los socios de la Obra y en la negaci�n de las acusaciones de asalto al poder. En ese sentido, Antonio volvi� a Madrid con la sensaci�n de que la mejor manera de defenderse de esas acusaciones era justamente evitar que los numerarios protagonizasen situaciones pol�ticas importantes, algo que durante el invierno siguiente constituy� el centro de sus preocupaciones.

Con el benepl�cito del director de la casa de Villanueva, se hab�a acostumbrado a poner por escrito sus pensamientos al respecto y enviados al consiliario. �ste no era ya Antonio P�rez, sino Florencio S�nchez Bella, no demasiado interesado, al parecer, en aclarar las cosas, sino en mantener una especie de entusiasmo general que desagradaba a Antonio.

Todo aquel traj�n de redacciones se aceler� con motivo de dos sucesos: uno producto de su vida mercantil; el otro, un incidente ocurrido en una convivencia de numerarios celebrada en una finca que la Obra ten�a en Piedralabes y que se llamaba La Pililla. Aquella finca le era particularmente desagradable, primero, porque hac�a en ella un calor sofocante durante el verano, y las chicharras y los grillos no le dejaban dormir. En segundo lugar, porque le hab�an contado que, M�zquiz, un sacerdote de la Obra e ingeniero de Caminos, hab�a logrado frenar un expediente de expropiaci�n de La Pililla en el Ministerio de Obras P�blicas, expediente promovido por el trazado de una l�nea f�rrea. A�n pod�an verse en la finca los tajos y las zanjas de las interrumpidas obras, un recordatorio para Antonio de la prepotencia administrativa de que tantos acusaban a la asociaci�n. A mitad de la convivencia, apareci� el consiliario, don Florencio. Los numerarios asistentes a ella, que procuraban olvidar con el deporte, el descanso y la piedad los inviernos de trabajo, se ve�an sin embargo exhortados a aprenderse de memoria el nuevo catecismo de la Obra y los nuevos documentos internos. El catecismo hab�a variado bastante, y Antonio lo not�. Era menos dogm�tico, m�s flexible y hac�a muchas referencias a la libertad profesional, el gran caballo de batalla.

Al reunirse en tertulia alrededor de Florencio todos los asistentes a la convivencia, el consiliario empez� a ponderarles las actividades apost�licas en marcha y, en concreto, la nueva imprenta que acababa de importarse para el edificio azul donde la Obra regentaba varias empresas de Prensa. Con cierto atrevimiento, no exento de respeto, uno de los curas presentes, un tal Pedro Rodr�guez, pregunt� en voz alta al consiliario qu� explicaci�n deb�an dar a la gente de fuera sobre las relaciones de dependencia entre esas empresas y la jerarqu�a de la Obra. El consiliario, a quien no pareci� sentarle demasiado bien la pregunta, respondi� que cada cual diese la respuesta que le pareciese m�s acertada.

Antonio sali� de aquella tertulia muy molesto. Le parec�a que la Obra no se daba cuenta de lo que se le ven�a encima y que no se pod�a mantener por m�s tiempo aquella doble verdad, una para consumo interno y otra para el exterior. Asimismo encontraba cada vez m�s pueril la actitud de los superiores, como si aquella vida de encierro corporativo que llevaban, manteniendo con el exterior una relaci�n basada en informes y documentos, pero sin experiencia directa, les hubiera privado de toda capacidad de an�lisis.

Durmi� mal varias noches y no logr� calmarse. Y algunos d�as despu�s de su regreso a Madrid, le volvi� a ocurrir otro suceso desagradable. Un fabricante de art�culos electr�nicos con quien empezaban a entablar relaci�n los Cuadrado se present� en la oficina a proponer y discutir una cooperaci�n comercial. Era un hombre sencillo, muy a la pata la llana y, como �l mismo dec�a, amigo de la claridad. Al esbozar el contenido de la cooperaci�n, hizo una referencia expresa

a las posibilidades de los Cuadrado de conseguir favores ministeriales. Antonio, a quien ya le llov�a sobre mojado, mont� una desagradable escena de aclaraci�n, que enfad� a su interlocutor y asombr� a los empleados asistentes. Antonio se enfad� despu�s consigo mismo, y aquella semana, en la confidencia, tuvo una discusi�n con su director, que trataba de calmar sus furores sin conseguido.

A partir de entonces, inconscientemente, huy� cuanto pudo de Madrid y comenz� a desarrollar esa especie de vida paralela que tanto afeaba antes en los mayores de la Obra. Part�a en viaje siempre que pod�a e inventaba constantemente nuevas salidas. La convivencia en las casas de la Obra era cada vez m�s superficial. Cuando se tocaba en la tertulia alg�n tema conflictivo, el director interrump�a la conversaci�n y se pon�a la tele. M�s tarde, Antonio reflexion� sobre el curioso papel que la tele vino a desempe�ar en las casas de la Obra. Cuando llegaron los primeros aparatos a las casas de los mayores, se recibieron a la vez notas de Roma reglamentando su uso. El consejo local de cada casa deb�a determinar semanalmente los programas que se ver�an, ejercitando una cierta censura y evitando que la tele perjudicara el primordial car�cter apost�lico de las tertulias o el descanso nocturno. Bien pronto la presi�n de los programas de noche traslad� el rezo del rosario desde despu�s de la tertulia de la cena a despu�s de la del almuerzo y se interfiri� tambi�n en el examen de conciencia colectivo que cerraba el d�a. Poco a poco, como en tantas familias, la tele signific� en las casas de la Obra el procedimiento para evitar conflictos y pol�micas durante las tertulias, hasta que lleg� un momento en que ya no se hablaba, s�lo se ve�a la televisi�n. El cansancio de la jornada era una explicaci�n; la prohibici�n formal de ir a espect�culos p�blicos, otra; pero, a medida que pasaba el tiempo, Antonio se encontr� c�modo con ese arreglo, aunque el precio fuese tener cada vez menos cosas en com�n con los habitantes de Villanueva y forjarse su propio mundo de relaciones, amigos e intereses.

Posiblemente, el �nico lazo que le manten�a fuertemente vinculado a la Obra fuese su responsabilidad en el apostolado entre los casados, donde ejerc�a su personal modo de impartir consejos y consuelos y donde recib�a las correspondientes gratificaciones psicol�gicas. En ese grupo, en ese ambiente, �l era la Obra, se le escuchaba con respeto y nadie interfer�a especialmente en su misi�n. Adem�s, los superiores se hab�an dado cuenta, seg�n le hab�a confesado una vez un miembro de la Comisi�n, de que la labor de San Gabriel era el �nico asidero que contaban en la Obra muchos numerarios mayores y de que tal encargo beneficiaba a veces m�s a la vocaci�n del numerario, d�ndole una raz�n de proseguir, que a los destinatarios de ella.

CAPITULO IV

LOS INSOMNIOS DE ANTONIO (1958-1967) (Segunda parte)

La duplicidad de la vida de Antonio se inici� de esa manera. Por una parte, se aferraba a la labor entre los casados, a la que estaba especialmente vinculada su vida de piedad. Por otra, trataba de encerrarse en su mundo de los negocios, viajes y amigos, para evitar los conflictos que suscitaba la falta de definici�n de la Obra. De vez en cuando, sin embargo, no pod�a evitar el enfrentarse con ellos, y entonces escrib�a largos documentos que entregaba a los superiores sin recibir de nadie la menor respuesta.

Para colmo, desde que se hab�a celebrado el Concilio Vaticano, descubri� en los superiores una extra�a ambivalencia respecto a las novedades que aqu�l hab�a introducido en la Iglesia. Al principio de su vocaci�n, se hab�a sentido orgulloso de la modernidad de la Obra frente a lo que �l entend�a como arcaico en otras organizaciones eclesi�sticas. Pero cuando el Concilio empez� a publicar documentos, comprob� que la Obra rechazaba algunos de ellos. Y en un viaje de negocios a Mil�n tuvo la impresi�n de que entre los miembros de la Obra se respiraba un cierto recelo contra el papa Montini, sobre todo despu�s que �ste hab�a solicitado al gobierno espa�ol clemencia en relaci�n al caso Grimau. Le hab�an dicho all� que el Padre hab�a criticado �speramente aquella jugada antiespa�ola del entonces arzobispo de Mil�n, que, para colmo, no hab�a dado demasiadas facilidades para la labor apost�lica de la Obra en su di�cesis.

Tal y como lo ve�a Antonio, parec�a producirse un cierto criticismo corporativo de la Obra respecto a la nueva actitud de la Iglesia, y eso se reflejaba en las docenas de documentos que mandaba el Padre acerca de la liturgia, los libros que se deb�an evitar, la actitud respecto a la libertad religiosa, etc.

Por todo eso, Antonio se encontraba cada vez m�s inc�modo en la Obra, mientras paralelamente maduraban sus otras experiencias de la vida y se abr�a a ilusiones distintas.

El tema de la mujer y el hogar propio perturbaban cada vez con mayor frecuencia su imaginaci�n. Su hermana Pilar se hab�a casado con un ingeniero industrial, y Elena Cuadrado hab�a recibido con gran j�bilo al primer nieto. De vez en cuando, Antonio pasaba algunos ratos en la casa de sus padres y se sumerg�a en ese clima de felicidad peque�a pero reconfortante, que rodeaba los peque�os sucesos de la vida hogare�a y que �l se hab�a negado.

A veces se descubr�a a �l mismo envidiando a su padre y a su cu�ado por todos aquellos peque�os detalles que sus mujeres les ofrec�an constantemente y asist�a con cierto regocijo a las triviales peleas caseras y a los reproches femeninos contra el abuso de los hombres y el machismo espa�ol. Se daba cuenta de que su padre y su cu�ado, al precio de algunas libertades, m�s hipot�ticas que reales, hab�an conseguido un entorno afectivo del que �l carec�a y de que aquellos sue�os abracadabrantes de sus primeros a�os en el Opus Dei estaban siendo troceados por los conflictos permanentes que su vocaci�n le planteaba.

-�Te pasa algo, Antonio? -le pregunt� un d�a su padre-. �ltimamente te noto m�s nervioso. Fumas constantemente y parece como si no pudieras parar quieto en ning�n sitio.

La gram�tica parda con que don Leoncio andaba por la vida a sus cerca de setenta a�os le hab�a ense�ado a no interferir demasiado en la vida de los dem�s, y aquel asunto de la vocaci�n de Antonio, que nunca hab�a logrado entender del todo, se le empezaba a presentar como conflictivo a juzgar por tantas cosas como o�a por la calle. La madurez comercial de Antonio era indudable. Hab�a contribuido, con su capacidad, su juventud y sus nuevos contactos a trav�s del Opus, a expandir los negocios familiares y hacerlos entrar en niveles de superior categor�a. Pero aquella solter�a sin apartarse del mundo y aquel runr�n de las mescolanzas pol�tico-religiosas del Opus eran aspectos menos positivos.

-Estoy bien, pap�. S�lo que me meto en muchos tinglados a la vez y no descanso suficientemente.

Antonio evad�a la confrontaci�n con su padre y con su madre porque estaba seguro de que no iban a entender su conflicto interior y porque no le parec�a honrado, pese a todo, "lavar los trapos sucios fuera de casa", como se dec�a en la Obra y sin embargo, sent�a una imperiosa necesidad de desahogarse con alguien que fuera neutral en el asunto, que no tuviera, como sus superiores, la obligaci�n de ayudarle a seguir, que fuera capaz de darle un consejo en su solo beneficio personal.

Sin buscarla, se le present� la ocasi�n. En un viaje a Alemania, precisamente para deshacer el tinglado de la financiaci�n comercial de los apostolados, que se hab�a montado durante la primera etapa de Hispamun, le ocurri� un incidente. Hab�a pasado dos enojosos d�as en la residencia del Opus de Colonia, tratando de aclarar c�mo se podr�a recuperar el dinero prestado desde Espa�a. La Obra de Colonia se hab�a comprometido en una sociedad con un comerciante local y no le hab�a ido demasiado bien. El dinero que los compa�eros de Espa�a le hab�an prestado para arrancar hab�a terminado por invertirse en cuestiones particulares de la Obra, en el pago del plazo de la residencia de estudiantes, etc. Antonio no sab�a c�mo arrancarles una promesa clara de devoluci�n, ahora que resultaba m�s necesaria la clarificaci�n contable de Hispamun. El asunto se hab�a complicado porque los dos numerarios que iniciaron all� los negocios hab�an abandonado la Obra.

Una tarde en que el consiliario de Alemania le hab�a dicho una estupidez de mayor dimensi�n con respecto a esos asuntos econ�micos, Antonio se fue a dar una vuelta por el centro de la ciudad, tratando de calmar su enfado. Pero cuanto m�s trataba de calmarse, m�s encolerizado se sent�a interiormente. Su andar sin rumbo fijo le llev� a un bar de los alrededores de la estaci�n del ferrocarril, donde se sent� y pidi� una cerveza. Cuando quiso apercibirse de d�nde estaba, se encontr� en un ambiente de t�pica negociaci�n carnal, con varias notorias prostitutas encandilando a otros tantos clientes. El impacto de la escena y la excitaci�n consiguiente barri� de su mente la preocupaci�n y experiment� un fren�tico deseo de satisfacer sus instintos para compensar aquel bulle-bulle de sus imaginativos conflictos.

Todo ocurri� muy deprisa. Una rubia alemana se le colg� del brazo, le solt� cuatro frases en ingl�s y lo llev� a una casa, situada a la vuelta de la esquina. La explosi�n del orgasmo, precedido por esa fusi�n carnal rompedora de la tensi�n intelectual, le dej� exhausto, pero absolutamente tranquilo. Tanto que cay� en un profundo sue�o, del que se despert� tres horas despu�s sin que nadie le molestara. Volvi� a toda prisa a la residencia y se meti� en la cama. Al ser despertado, como todos, para acudir a la oraci�n matutina y a la misa, dio media vuelta y sigui� durmiendo. Se levant� cuando los dem�s ya estaban desayunando, pretextando que no se sent�a muy bien, y se march� a la calle. El mecanismo del comienzo del d�a en las residencias de la Obra, con el forzado inicio de una hora larga en el oratorio, le pon�a en una amarga situaci�n psicol�gica. Desde que su cuerpo le presentaba factura por aquellos conflictos intelectuales, le pasaba lo mismo que a otros de la Obra, cuyas intimidades le hab�a tocado escuchar alguna vez. La noche, en vez de ser un sosiego, significaba un mal trago, porque el insomnio mental despertaba las apetencias sensitivas, y la imaginaci�n se le llenaba de figuraciones carnales que afloraban al relajarse la represi�n diurna. Una tras otra, figuras de mujer, residuos de pasadas memorias o de furtivas miradas presentes, se le met�an en la cama. El cuerpo se le retorc�a buscando la eyaculaci�n y, cuando �sta se produc�a y entraba en calma, le ven�an las dudas y las angustias acerca de si hab�a o no consentido y si deb�a por tanto confesarse por la ma�ana antes de comulgar. Los sacerdotes de la Obra estaban muy acostumbrados a esas visitas furtivas de sus hermanos antes de la misa, y, en la experiencia de Antonio, no daban mucha importancia al asunto. Pero una cosa era eso, y otra la confesi�n de una real fornicaci�n. No se sent�a con ganas de arrodillarse frente a ning�n cura de la residencia de Colonia, entre otras cosas porque la mayor�a de ellos hab�an participado, como superiores de la Obra, en las discusiones de los temas econ�micos. No obstante, ansiaba limpiarse de su mala conciencia.
Se dirigi�, pues, a la catedral de Colonia, donde hab�a visto un confesionario con el cartel: "Se habla espa�ol". Al entrar, vio a un cura sentado en �l leyendo un libro a la luz de una peque�a bombilla. Se arrodill� y le cont� su incidente. De acuerdo con las reglas, ten�a que referirse a su voto de castidad, que agravaba el pecado y, bien pronto, despu�s del mal trago, se encontr� hablando del Opus Dei.
El cura era un franciscano espa�ol, cercano ya a los sesenta a�os, que se hab�a enrolado en la emigraci�n clerical que sigui� a la emigraci�n laboral a Alemania. Llevaba ya cinco a�os viviendo en Colonia. Le cont� a Antonio los sinsabores y las tragedias de aquellas familias, sus traumas y el olvido en que viv�an por parte de las autoridades espa�olas. La gente del PC y otros grupos pol�ticos que alentaban la rebeli�n obrera le hab�an contado problemas de Espa�a a la luz de su particular sentido cr�tico. No pod�a entender c�mo los de la Obra hab�an contribuido a fabricar un modelo de desarrollo tan material y tan carente de sentido social.
-Cuando fui por primera vez a Roma -le cont� a Antonio-, conoc� al padre Escriv� y me pareci� hombre espiritual. �C�mo consiente �l esa connivencia vuestra con un capitalismo tan despiadado?
Antonio se sinti� obligado a hacer una defensa de la liberalidad profesional de los miembros de la Obra y, enzarzados en la discusi�n, dejaron el confesionario y se sentaron en un caf� cercano.
-Mire usted -le dijo el fraile-, yo siento una antipat�a instintiva por todas las connivencias Iglesia-Estado, que tan dif�cil hacen separar el trigo de la paja en la sinceridad religiosa. Despu�s de nuestra guerra, yo tuve, como p�rroco, que repartir recomendaciones e influencias, incluso los beneficios de Auxilio social, sobre la base de aquella mezcla de ortodoxia religiosa y lealtad patri�tica que se mont�. Y en la medida en que dejaba de creer en aquel guiso, me volv�a m�s enemigo de la dichosa confesionalidad del Estado. Luego, durante mi estancia en Roma, estuve a punto de colgar los h�bitos por tanta hipocres�a como descubr� en el asunto de la democracia cristiana. Pero me refugi� en mi sencilla espiritualidad franciscana. Creo que lo �nico que me mantiene en la organizaci�n eclesi�stica es el hecho de que me permitan esta tarea de consuelo al menesteroso y este mantenimiento de una fe sencilla entre los que se acercan a mi tenderete. Y a fuerza de hacerla sencilla, he terminado yo mismo por

simplificar mis propias creencias. �Cree usted, por ejemplo, que los curas podemos dedicarnos a asustar a la gente con los asuntos de la bragueta, cuando, probablemente, lo �nico que les queda a estos obreros son las satisfacciones corporales y afectivas? A veces pienso que, desde Trento, la teolog�a cat�lica ha elaborado toda su praxis del sexto mandamiento para que los cat�licos no piensen en otra cosa y no tengan otros conflictos �ticos. Y mientras tanto, la clase dominante sigue en su machito.
-Un poco marxista, le veo, padre- coment� relajado y jocoso Antonio.
-Yo no s� si los marxistas espa�oles que me rodean me han llevado a pensar as�. Pero cada vez que me cuentan los tinglados de Espa�a y de su modernizaci�n, a base de recibir turistas y echar para ac� a tanto espa�ol que no encuentra lugar en su pa�s, menos ganas me dan de volver y m�s me asusta esa nueva clericalizaci�n de los asuntos pol�ticos que vosotros, y perdona, represent�is.
Antonio volvi� a Madrid con el prop�sito firme de esclarecer su situaci�n. En la primera confidencia, coment� con el director de Villanueva su estado de �nimo, incluyendo aquel incidente en Colonia y aquellas apetencias de hogar propio que se le hab�an despertado. Por supuesto, hizo especial hincapi� en su desencanto respecto a las realidades de la penetraci�n de la Obra en la sociedad y por primera vez incluy� en su relato aquel reproche de legitimaci�n del modelo capitalista espa�ol que el franciscano le atribu�a.
El director, despu�s de hacer referencia al juicio m�s elevado de los superiores, centr� sus consejos en la conocida teor�a del paso del tiempo.
-Como sabes, Antonio, el Padre nos ha explicado que, cuando la gente se acerca a los cuarenta a�os, pierde la ilusi�n de lo que hace, se aburre; y los solteros se quieren casar, y los casados, liberarse del yugo. T� vas empezando a apurar tu treintena y pienso que se cumple en ti, como en otros, esa predicci�n.
Antonio no quiso llevarle la contraria, y anduvo unos d�as cabizbajo y derrotado. Pero alg�n tiempo despu�s, su cargo relativo a la universidad de Navarra le proporcion� ciertos momentos de excitaci�n y a�adi� tambi�n le�a al fuego de su particular conciencia.
Las actividades de la universidad demandaban cada vez m�s dinero. El Padre, a trav�s de los miembros de la Obra que formaban parte del gobierno, presionaba para que el estado espa�ol se hiciese cargo de una mayor proporci�n en la financiaci�n del centro. No obstante, hab�a suficientes pol�ticos en contra para bloquear tal ampliaci�n de la ayuda. Antonio sab�a que no se planteaban problemas en las inversiones de capital, porque los compa�eros que dirig�an entidades financieras oficiales otorgaban generosos pr�stamos para construir. El problema estribaba en los gastos de sostenimiento, especialmente de la ya copiosa n�mina de personal. Una tarde fue citado a Diego de Le�n. C�sar Ortiz, Alejandro Cantero y Rafael Caama�o, tres de los directivos de la Comisi�n regional de la Obra, le explicaron, junto a otros como �l, que se hab�a trazado un plan de reforzamiento para la red de Amigos de la universidad, basado esta vez en encontrar personas o instituciones que se comprometieran a aportaciones anuales sustanciosas, de cincuenta mil pesetas para arriba. La estrategia dise�ada consist�a en concentrar el esfuerzo durante un par de semanas de todos los efectivos de la Obra y en que no se pensara en otra cosa durante tal per�odo. Todo estaba muy estudiado. El administrador de la universidad pasar�a unos d�as en cada ciudad importante, y los superiores locales recibir�an instrucciones para apoyarlo especialmente.
Los miembros de la Comisi�n llevar�an directamente el asunto en Madrid, y Antonio quedaba asignado para esa tarea. Se centraliz� un plan en la oficina de la Asociaci�n de la calle Vitrubio, en cuyos bajos se contaba con amplios salones.
Durante cinco d�as Antonio apenas dedic� la menor atenci�n a sus actividades comerciales. Explic� a su padre el asunto y le hizo firmar uno de aquellos compromisos. Don Leoncio, que por entonces era ya cooperador de la Obra, accedi� gustosamente y vio con buenos ojos rebrotar la ilusi�n en el comportamiento de su hijo.
Tarde tras tarde, los locales de Vitrubio herv�an con la llegada de noticias. El plan se desencadenaba por la ma�ana. Cada persona requerida se presentaba all� unos minutos antes de ir al trabajo y explicaba su meta del d�a. Se consultaban listas para ver qui�n pod�a ayudar y el interesado, despedido con palabras de

�nimo, se iba a la calle. Por la tarde volv�a y daba cuenta de su gesti�n. Por Vitrubio pasaron todos los hombres de la Obra de Madrid con cierta importancia pol�tica o econ�mica. Antonio qued� impresionado ante la docilidad de tantas personas importantes, que, como ni�os, ven�an luego a ser felicitadas por el �xito. En aquel tiempo hab�a bastante gente de la Obra en altos cargos, y los L�pez Bravo, los Garc�a Monc�, los Mortes y los Espinosa rivalizaban en el empe�o. Algunos contaban an�cdotas sobre la operaci�n y, al finalizar aquellos d�as m�s de doscientas personas e instituciones se hab�an comprometido a sostener la universidad de Navarra.

El Padre mand� bendiciones especiales de Roma para los interesados y, el �ltimo d�a, los directivos de la Comisi�n celebraron el triunfo. Antonio particip� de aquellas mieles y de aquella sensaci�n del �xito colectivo, pero dos semanas despu�s, don Manuel, el director de su banco y amigo de toda la vida de su padre, vino a tomar caf� en la casa de los Cuadrado. En ella se encontraron.

-�Hombre, Antonio! -le dijo-. No se habla de otra cosa en todo Madrid. Mis muchachos dicen que as� ya se puede pedir, solt�ndonos ministros e inspectores de Hacienda para hacer la colecta. Desde luego, no ten�is miedo a nada.

Antonio le explic� la importancia de la universidad y el papel que desempe�ar�a en la creaci�n de una �lite dirigente responsable, y se march�. Se march� indignado, arguy�ndose a s� mismo que cada nuevo episodio de su madurez en la Obra se convert�a en conflictivo en cuanto o�a dos versiones contradictorias del mismo. La ilusi�n y el entusiasmo de aquellos d�as se hab�an enfriado por cuatro palabras de un modesto funcionario de Banca. A medida que conoc�a en ambientes distintos a los estrictamente apost�licos, ve�a las cosas de la Obra con menos seguridad y, pese a que trataba de arroparse en la simplicidad de las argumentaciones de los superiores, no pod�a dejar de reconocer la importancia de las cr�ticas.

Eran dos mundos distintos. En uno buscaba esa seguridad psicol�gica que da el pertenecer a un grupo homog�neo, compacto, motivado, solidario. En el otro, la calle, el resto de la gente con la que trataba, perd�a esa seguridad, aunque encontraba otros puntos de vista, otros modos de ver la vida y, sobre todo, una especial crispaci�n, que se hab�a acostumbrado a detectar, contra el creciente poder de la Obra y su utilizaci�n discriminada en beneficio de las aventuras dise�adas por el Padre.

Porque ah� estaba el quid del asunto. En la sociedad espa�ola, con su peculiar entramado de intereses dominantes, los objetivos que el Padre fijaba significaban, a la corta o a la larga, una incorporaci�n de las personas y las instituciones de la Obra a las reglas de juego del poder. Antonio, que hab�a respirado el mundo mercantil desde muy ni�o y que, desde la Obra hab�a so�ado en ponerlo al servicio de la fe, se daba cuenta cada vez m�s r�pidamente, no s�lo de que aqu�l era un planteamiento pueril, sino sobre todo de que la espiritualidad de la Obra, sus metas, se deterioraban y envilec�an hasta llegar a esa doble verdad, a esa hipocres�a en que se hab�a convertido su propia vida y de nada le serv�a ya esgrimirse a s� mismo el argumento de la vida de piedad y sacrificio que llevaban tantos. Porque comprobaba que hab�a otras maneras de entender la fe y la religi�n que no pasaban por ese despliegue de influencias y solidaridades en que la Obra se hab�a convertido. Cuanto m�s ped�a luz a los superiores, m�s rehu�an �stos las respuestas coherentes y, al final, como soluci�n de sus dudas, le remit�an al carisma del Padre. Una vez, encerrado en una habitaci�n de Villanueva con don Francisco, el cura, discuti� el asunto a fondo.

Don Francisco, uno de los primeros, hab�a cobrado fama de hombre comprensivo, y a su confesionario acud�an hombres y mujeres de la Obra con sus problemas de vocaci�n. Al principio, los superiores no hab�an visto bien ese papel antijer�rquico de don Francisco, ya que sosten�an que todos los conflictos deb�an resolverse por la v�a ordinaria, pero se hab�an resignado a aceptar el hecho, tanto m�s cuanto que algunos numerarios hab�an continuado en la Obra por los buenos oficios del cura, con el cual manten�an contacto incluso algunos de los que se hab�an marchado. Sus argumentos se basaban en la fe y la solidaridad primarias. Apelaba a los resortes psicol�gicos m�s elementales, y una y otra vez hac�a ver a sus interlocutores que, a pesar de todo, permanecer en la Obra era mucho m�s confortable y sobrenatural que plantearse el dejarla.

-Pero, don Francisco, algo ha cambiado tanto en la Obra como en m�. Aquellas ilusiones de santidad, vida interior y entrega se han convertido en un entramado de gestiones, influencias e instituciones que se supone deben conducir a la difusi�n del esp�ritu de la Obra, pero que con frecuencia se enredan en s� mismas. Y en cuanto a m�, cuanto m�s participo del mundo exterior, m�s pueril me parece ese criterio de usar el poder del dinero y la pol�tica para conseguir adhesiones a la fe. Y para colmo, esa especie de secreto idiota que consiste en decir que no nos ayudamos o no hacemos las cosas en equipo, cuando al observador menos perspicaz nuestras actitudes le parecen nacidos de una jerarqu�a y una solidaridad superlativas... Cada vez con m�s frecuencia, los superiores me dicen que escriba notas y que ellos las transmitir�n a Roma. Llevo tres a�os haci�ndolo, y hasta ahora no he recibido la m�s m�nima respuesta. �Usted cree que el Padre es consciente de todo lo que est� pasando en la Obra aqu�?
-Con toda sinceridad, Antonio, yo tampoco lo s�. Yo tengo una vivencia del Padre muy personal, que se remonta a mi juventud, y a ella hago mi apuesta. Es posible que el Padre d� ahora m�s libertad a los superiores regionales, despu�s de haber trazado las l�neas maestras de acci�n, y que no se entere de esos conflictos. Al menos eso es lo que a m� me gustar�a creer.
-�Pero eso es rid�culo, don Francisco! �C�mo no se iba a prever que al entrar corporativamente en el mundo de la pol�tica y los negocios, no ocurrir�a lo que est� ocurriendo? Estoy ya harto de mentir cuando me preguntan, y sobre todo de mentirme a m� mismo. Y para colmo, al haber dejado de ser nuestras casas santuarios de vida interior y focos de apostolado, y convertirse en una especie de pensiones para se�oritos ricos y caprichosos, estoy empezando a envidiar a mis hermanos y a mis amigos, sus hogares y sus afectos femeninos. Aparte el tema de la carne, que se ha convertido en evasi�n natural de mis zozobras.
-No ir�s a decirme -arguy� cari�osamente don Francisco- que a estas alturas no est�s enterado de lo problem�tico que es el matrimonio y de lo cortos que resultan los consuelos de esa naturaleza. Por lo menos, nosotros nos hemos librado de esas tensiones entre hombre y mujer que son el caldo de cultivo de mi oficio de confesor.
-De acuerdo, de acuerdo. Pero en esta soledad psicol�gica en que me encuentro, sin m�s recurso que una piedad cada vez m�s dif�cil de aislar del barullo, la tendencia a salir de esta zozobra del cuerpo y del esp�ritu me llevan a apetecer constantemente el calor femenino y esa radical seguridad que hay en el pacto matrimonial y familiar que, con todos sus inconvenientes, no me negar� usted que lleva funcionando siglos como f�rmula primaria de convivencia humana.
-Antonio, no s� qu� decirte. Yo tambi�n encuentro cada vez m�s dif�cil acercarme a los superiores, liad�simos en sus gestiones y que no parecen tener tiempo, como tengo yo, para discutir estas cosas. Pero mi fe en el Padre es tan primordial en mi vida que conf�o en que �l arreglar� todo esto. Adem�s, a mis a�os, me siento realizado en mi labor, en mi confesionario, en mis dirigidos, en mi sencillez interior, en la devoci�n a la Virgen. Comprendo que no te pueda servir esta receta, aunque s� te invito a no dar pasos definitivos, que luego lamentes. La vida es muy complicada, Antonio, y en la Obra encontramos por lo menos la seguridad, algunos apoyos firmes y, lo quieras o no, bastantes lazos de afecto y amistad con personas que, con todos sus defecto, tratan de portarse bien y dar gloria a Dios.
-�Pero �se es un panorama absolutamente negativo, don Francisco! Casi me est� invitando a que coja carrerilla hacia la muerte, a que sofoque lo mejor de mi capacidad intelectual y me sumerja en una especie de sopor pasivo. Me horroriza la idea de envejecer en este contexto. Cada d�a nos convertimos en solterones m�s caprichosos e insoportables. Nuestras casas ser�n asilos de ancianos c�libes. Todo eso crispa mi instinto de vivir, de plantearme las cosas racionalmente. No soporto esta pelea, y sobre todo no soporto que mi vida sea manipulada por una sucesi�n de decisiones contradictorias en las que s�lo se me pide una adhesi�n emocional, de fe ciega. Por lo menos mi padre envejece rodeado del cari�o y las atenciones de su mujer y sus hijos, con la sensaci�n de haber dado a su familia y a sus empleados un futuro mejor, con la conciencia de haber mantenido una coherencia dentro del modelo de comportamiento que le ense�aron desde ni�o. Yo me siento cada d�a m�s inseguro y, lo que es peor, mi visi�n de la Obra como familia, como ra�z de mi vida, se deteriora a toda velocidad, a

fuerza de recibir instrucciones carente s de sentido y de dialogar con unos superiores cada vez menos sensibles y m�s encerrados en s� mismos. Estoy perdiendo la salud a chorros, duermo mal, tengo constantemente taquicardias y palpitaciones. �Don Francisco, esto no hay quien lo aguante!
-�Ten por seguro que te encomendar�, Antonio, y que rezar� para que Dios te ilumine!

EL DIARIO DE MARIANO (1967-1969)

En las agendas de Mariano hab�a una fecha importante: 8 de diciembre de 1967. Tan importante que, a�os despu�s, pod�a reproducir casi literalmente sus sentimientos y su estado de �nimo en aquel d�a.
El 8 de diciembre de 1967, Mariano volaba de Madrid a Lima. Iba camino de la fundaci�n de una universidad de la Obra en el norte de Per�, para cuya tarea hab�a sido designado por el Padre. Era, se dec�a, mientras las horas pasaban lentamente en el largo viaje trasatl�ntico, su �ltima oportunidad de volver a recuperar su adhesi�n a la Obra, gravemente maltrecha por los acontecimientos de los a�os pasados.
Desde aquel incidente de 1958 en que los superiores le hab�an denegado el permiso para su tesis doctoral y le hab�an forzado a una inmolaci�n de su inteligencia, hab�a empezado a romperse, primero sutilmente, luego m�s expl�citamente, su original y compacta identificaci�n con la Obra.
Su vida entre los libros, durante el largo per�odo de su docencia en la universidad de Navarra, hab�a contribuido a forjar esa identidad de intelectual casi puro, por la que otros hermanos suyos en el Instituto, m�s vitales, le embromaban. Mariano se tomaba muy en serio la coherencia de los discursos racionales, hab�a aprendido a valorar el esfuerzo de la creaci�n intelectual y, aunque en el fondo de sus vivencias, lat�a esa radical inseguridad del ser humano para la que no ten�a otra respuesta que la fe m�s desnuda, hab�a llegado a la conclusi�n �ntima de que ese mundo de las ideas era el m�s apropiado a su temperamento y de que, e. trav�s de �l, deb�a tener lugar su colaboraci�n al plan de Dios que la Obra significaba en la historia. En teor�a, nadie le llevaba la contraria. Mientras diera sus clases, mientras cumpliera las normas de piedad y participara de alguna manera en el apostolado, los superiores le aceptaban como era y respetaban sus lecturas, sus viajes de estudio y hasta sus peque�as man�as de mis�ntropo en potencia.
Sin embargo, se hab�a dado cuenta de que en la Obra lat�a profundamente esa radical desconfianza hacia la raz�n, hacia la cultura, en una palabra, hacia el progreso humano que jalonaba la historia de la Iglesia cat�lica. Con el tiempo, la Obra hab�a montado toda una organizaci�n de censura interna para garantizar la ortodoxia de sus miembros, y los documentos y cartas del Padre conten�an cada vez m�s prohibiciones, m�s cautelas en relaci�n a la modernidad. Especialmente desagradable le resultaba a Mariano esa continua insistencia en los peligros de la carne para la pureza de la fe. Le parec�a una cosa pueril, porque, en su experiencia, avalada por toda la historia de la cristiandad, la gran masa de los cristianos no hab�an perdido la fe por la fornicaci�n sino, m�s bien, en el ejercicio de un curioso mecanismo de transferencia y b�squeda de la seguridad psicol�gica: cuando mayor importancia daban a sus pecados de la carne menos fuerza ten�an para rebelarse contra las verdades dogm�ticas. Como dec�a un antrop�logo alem�n, que Mariano hab�a le�do recientemente, daba la impresi�n de que los eclesi�sticos hubieran mantenido su control ideol�gico sobre los cristianos precisamente a base de probarles constantemente su animalidad, su abyecci�n carnal, gracias a un c�digo moral b�sicamente construido en torno a la vida sexual.
Pero lo que a Mariano le tra�a de cabeza era la postura del Padre respecto al Concilio Vaticano. No entend�a por qu� la Obra no se entusiasmaba, como instituci�n joven y reci�n llegada a la historia, con esa prueba de vitalidad de la Iglesia que significaba el Concilio. Hab�a sentido verdadera satisfacci�n al leer algunos de los documentos conciliares y notar c�mo se empezaban a abrir paso tantos conceptos positivos y tantas pruebas de que el Evangelio era una aut�ntica fuerza moral renovadora de la civilizaci�n, pese a la secular utilizaci�n que el aparato eclesi�stico, a lo largo de la historia, hab�a hecho de �l para bloquear el progreso humano o legitimar opresiones pol�ticas. Por eso a veces le sacaba de quicio esa especie de presunci�n con que los superiores de

la Obra alud�an al Concilio, como a algo muy superado por el esp�ritu de la Obra y en ocasiones peligroso para la ortodoxia.

Hab�a mantenido algunas discusiones en Pamplona y en las convivencias veraniegas sobre este asunto, pero le hab�an parado los pies las suficientes veces como para desalentar su ilusi�n por compartir p�blicamente esa renovaci�n cristiana. y lo que a�n era peor, hab�a empezado a sentirse m�s inseguro de lo que habitualmente estaba y a construirse una especie de autocensura mental con la que �l mismo se asfixiaba.

Por ello, un a�o antes, hab�a tomado una decisi�n, fruto de largos soliloquios y una sincera conversaci�n en Madrid sobre su posici�n intelectual en la Obra. Tal como �l se sent�a entonces, no sent�a el menor inter�s en formar parte de ese cuadro de fil�sofos conservadores, seguros y ortodoxos, que giraban alrededor de la Obra y que, en su opini�n, se limitaban a seguir traduciendo la filosof�a tomista. Tampoco ten�a ganas de luchar constantemente contra la ortodoxia, entre otras razones porque el mundo que le rodeaba en Pamplona se mostraba hostil a la modernidad, y �l no ten�a suficientes amigos entre los pensadores ajenos a lo tradicional como para sentirse arropado en sus elucubraciones.

Contaba, s�, con sus libros y sus revistas y sus ratos de libertad, pero aquel rinc�n de su intimidad intelectual cada vez ten�a menos que ver con lo que hac�a cada d�a y se iba convirtiendo en un "divertimento" bastante costoso en t�rminos de identidad personal. Por otra parte, y mientras no planteara problemas, la Obra era su hogar, un poco elemental e infantil, cierto, pero hogar al fin, y gran parte de las actividades apost�licas que compart�a le parec�an muy interesantes y atractivas. Le atra�a especialmente aquel empe�o de llevar la ilusi�n y el cari�o al mundo rural de los curas y los maestros de pueblo que la Obra efectuaba en Navarra y en el que participaba con frecuencia.

La decisi�n que tom� fue consecuencia de esas vivencias y de nuevos acontecimientos en el apostolado de la Obra. Los superiores de Espa�a hab�an recibido la indicaci�n del Padre de montar una red de colegios como punto de partida del apostolado entre la juventud. Ya no era tan f�cil como en los primeros a�os conseguir vocaciones en la universidad, y hab�a que coger a los ni�os desde m�s peque�os. Por otra parte la experiencia del colegio en Bilbao se hab�a revelado como positiva para atraer hacia la Obra a padres y madres de los medios burgueses, y hasta hab�a cola, ahora que la Obra estaba de moda, para pagar las cien mil pesetas del dep�sito que se exig�a como entrada en el flamante colegio de Somosaguas de Madrid.

Era necesario formar gente especializada en pedagog�a y administraci�n educativa para dirigir todo aquello. De eso se encarg� especialmente la universidad de Navarra.

Mariano, que siempre hab�a alimentado sue�os de esa naturaleza y que se hab�a auto convencido en sus dudas vocacionales a base de pensar en el gran esfuerzo docente de la Obra para ilustrar y dar luces a las grandes masas, consider� que aquello pod�a salvarle de sus conflictos. Al fin y al cabo la pedagog�a, la administraci�n educativa, eran ciencias instrumentales y no parec�a haber en ellas conflictos ideol�gicos graves. Ya estaba harto de que su profesi�n, su filosof�a, le planteara constantes problemas personales. De modo que solicit� especializarse la nueva perspectiva y, a tal fin, eligi� una tesis doctoral de organizaci�n escolar. Ambas decisiones fueron bien recibidas por los superiores. Don Teodoro, que hab�a asistido como �ltimo asidero espiritual y fraternal a sus luchas, se alegr� mucho de la nueva situaci�n.

-Ya ver�s, Mariano, c�mo esta nueva ilusi�n te renueva y te devuelve esa sonrisa andaluza que has ostentado siempre-le dijo la tarde en que Mariano fue a despedirse de �l, camino de Londres.

Los superiores hab�an autorizado su estancia en la universidad inglesa como medio de adquirir esas nuevas habilidades, ya que en el ambiente universitario gozaba de gran predicamento la tradici�n pedag�gica de las islas brit�nicas. Mariano dedic� horas al ingl�s, que ya le�a discretamente, y a partir de entonces, y durante tres a�os, simultane� la docencia navarra con prolongadas estancias en la capital inglesa.

La casa de la Obra en Londres estaba situada en una peque�a calle que daba a Bayswater Road, frente a Hyde Park. Era una de las muchas construcciones id�nticas, con cuatro pisos formados por peque�as habitaciones alrededor de una

escalera. All� viv�an y trabajaban los miembros de la Comisi�n regional. Hab�a pocos mayores ingleses, y todos eran ya sacerdotes. Mariano pasaba pr�cticamente el d�a en el Instituto de educaci�n de la universidad y, cuando volv�a a casa, era para rezar, ver televisi�n y participar de la tertulia o alguna reuni�n piadosa. A medida que su ingl�s mejoraba, mejoraban tambi�n sus relaciones con los colegas universitarios, que, en aquellos meses no lectivos, se dedicaban a escribir, a estudiar y a darse esa buena vida que Mariano diagnostic� como ingrediente sustancial de los humanistas ingleses, gente que sab�a pasar una tarde entera en torno a unas jarras de cerveza, hablando de lo divino y de lo humano, y que apreciaban las pel�culas, las obras de teatro y, sobre todo, las mujeres.

Mariano recordaba que, en el segundo de los tres veranos en que repiti� la experiencia, hab�a conocido a dos mujeres especialistas en pedagog�a pertenecientes al Movimiento de Liberaci�n Femenina, y c�mo protestaban contra el machismo del mundo acad�mico, que apenas les dejaba otro lugar que la ense�anza y el cuidado de los ni�os peque�os, en reproducci�n literal de su papel dom�stico.

Aquellas tres estancias en Londres marcaron profundamente a Mariano y le hicieron mucho m�s tolerante, m�s inseguro en sus convicciones y, sobre todo, m�s propicio a las influencias de culturas ajenas a la suya. Conoci� algunos cl�rigos protestantes, varios economistas marxistas y un sinf�n de personajes diversos que utilizaban como �l el Instituto de educaci�n de la universidad para ampliar estudios durante el verano, participar de los cursillos de renovaci�n pedag�gica o simplemente llenar unas horas de las vacaciones en aquella atm�sfera universitaria. Mariano pasaba largos ratos en la Biblioteca del Instituto e incluso hab�a conseguido, a partir del primer verano, un cierto status distinguido, que le daba derecho a un peque�o despacho donde pod�a fumar, cosa prohibida en las salas comunes.

Estudi� a fondo los nuevos m�todos pedag�gicos, y sobre todo las t�cnicas de administraci�n escolar, que, en aquellos tiempos, procedentes en especial de Estados Unidos, dominaban el mundo de la expansi�n educativa.

Como �l, hab�a otros profesores venidos de todos los pa�ses de la Commonwealth inglesa y algunos europeos. Y aunque en la residencia de la Obra el mensaje ideol�gico era el mismo, Mariano se daba cuenta de que el contexto plural de la vida inglesa hac�a que sus hermanos actuaran con mayor moderaci�n en sus apostolados. Todav�a se recordaba all� un incidente ocurrido durante una estancia del Padre, en que �ste insist�a repetidamente en que la Obra abriera un Colegio mayor en Oxford, sin importarle los obst�culos institucionales ni los requisitos previos y calificando de sectarias a las autoridades que se opon�an a su prisa. Al final, el Padre tuvo que aceptar la peculiaridad del mundo ingl�s e incluso, seg�n le dijo a Mariano un cura espa�ol que llevaba all� cierto tiempo, excusarse con un intermediario en esas gestiones con quien se hab�a insolentado.

A pesar de su dedicaci�n preferente a los temas pedag�gicos, Mariano le�a y conversaba de muchas otras cosas. En Londres empez� a interesarse por la pol�tica, por la est�tica e incluso por la sociolog�a, que en la Obra, por mandato expreso del Padre, estaba severamente contraindicada. La sociolog�a era una des mitificaci�n de los valores y convicciones sociales de tal fuerza que, por aquellos a�os, muchas instituciones confesionales, no s�lo cat�licas, la hab�an desterrado de sus centros docentes. El Padre, alertado por su instinto de ortodoxia, como le dijeron a Mariano, se hab�a dado cuenta del grav�simo peligro para la fe que supon�a y hab�a prohibido expresamente la entrada en las casas de la Obra de libros de sociolog�a, sobre todo de sociolog�a religiosa.

Pero Mariano contaba con un permiso de lecturas prohibidas que le conced�a mayores libertades. El tal permiso le hab�a tra�do m�s de un disgusto pues, si �l se mostraba sincero en la confidencia y comentaba en ella que este o aquel libro le hab�an originado dudas sobre determinadas partes de la doctrina cat�lica, el superior de turno, a poco que fuera celoso, cuestionaba la autorizaci�n. Como Mariano, en su madurez, hab�a ya decidido que la fe era una cosa y la teolog�a otra, y como ten�a un instinto de curiosidad intelectual muy desarrollado, rechazaba interiormente esas censuras, aunque, a veces, en momentos de depresi�n, aquella formidable conspiraci�n de ortodoxia apelando a su lealtad filial le pod�a. Pero en Inglaterra se sent�a protegido por la

indiferencia y el menor control de los superiores locales, y la especializaci�n pedag�gica que ven�a buscando se transform� en un nuevo paso hacia el vac�o de la especulaci�n intelectual sin fronteras. No obstante, los malos ratos comenzaron casi en seguida de su regreso definitivo a Espa�a. Porque tambi�n su nueva tesis, aparte los aciertos t�cnicos, reconocidos por los superiores, conten�a expresiones que no gustaron a �stos, y pronto volvi� a encontrarse en el callej�n sin salida del que cre�a haberse librado al abandonar la especializaci�n filos�fica.

De aquella situaci�n le sac� una carta de Roma que le fue comunicada en Madrid y en la que el Padre solicitaba su concurso para organizar la nueva universidad de la Obra en Am�rica. Se reanim� de golpe. Acept� en seguida la idea, pas� unos d�as en M�laga con sus padres y se dispuso a dar el salto hacia una nueva ilusi�n, eliminadora de pasados conflictos. La Obra valoraba su trabajo. El Padre sab�a que �l era �ntimamente un hombre fiel a su vocaci�n, y todos los claroscuros de conciencia quedaban iluminados por la nueva misi�n.

El avi�n de Iberia hab�a dejado ya Bogot�. Faltaban tres horas para llegar a Lima, y Mariano se qued� dormido. Despert� justo a tiempo para ponerse el cintur�n y escuchar las instrucciones previas al aterrizaje. Eran las once de la ma�ana, hora de Lima, aunque para su cuerpo fuese siete m�s tarde. Pero se hallaba completamente despierto, concentrado en su nueva aventura, paladeando cada reacci�n, cada novedad.

Desde la ventanilla, los arenales de la costa peruana se ve�an n�tidamente. En el aeropuerto le esperaba Eugenio Jim�nez, el delegado del Padre en la Comisi�n regional de la Obra en Per� y dos personas m�s a las que no conoc�a. En el camino a la Residencia comprob� que una de ellas era un espa�ol y la otra un peruano. La residencia situada en el barrio de Miraflores, una de aquellas prolongaciones de la Lima colonial edificada por la burgues�a ciudadana a semejanza de los suburbios norteamericanos. Muchos jardines, chalets variados y, de vez en cuando, un centro comercial o una torre.

Le recibi� Vicente Pazos, consiliario de la Obra, al que hab�a visto en Madrid d�as antes. Despu�s de comer se encerraron en un sal�n de la casa, antigua y destartalada mansi�n cedida por un peruano adinerado. Volvieron a hablar de los temas centrales relativos a la nueva fundaci�n. Durante el Concilio Vaticano, el obispo de Piura hab�a interesado al Padre en la creaci�n de una universidad en su di�cesis. Piura, al norte del pa�s, a m�s de mil kil�metros de Lima, era una rica zona agr�cola y minera, cuya clase acomodada ve�a a�o tras a�os marchar a sus hijos fuera de la regi�n para cursar estudios superiores. El estado hab�a montado all� escuelas de agronom�a y econom�a, pero bien pronto aquellos centros de escasa calidad t�cnica se hab�an convertido en focos de agitaci�n comunista. A�os atr�s, el cardenal norteamericano Spellman hab�a donado cierta cantidad de dinero para crear una universidad cat�lica y la familia Romero, formada por terratenientes y comerciantes de origen espa�ol, se declar� dispuesta a apoyar la iniciativa con terrenos y dinero. Un supernumerario, decano de la universidad cat�lica de Lima, pod�a ser el primer rector. Ricardo Rey, que as� se llamaba, estaba harto de presenciar la creciente fuerza del estamento estudiantil en las decisiones acad�micas, cosa que le horrorizaba, pero que el resto de las autoridades de su centro parec�an aceptar pasivamente. Por eso quer�a abandonarlo, y sab�a que la nueva universidad de la Obra compartir�a su punto de vista.

Mariano, a quien hab�an proporcionado ya datos en Madrid, hab�a confeccionado un proyecto del futuro centro y una estrategia de desarrollo del mismo, que, por consejo de Navarra, consult� antes con un funcionario espa�ol de la Unesco, especialista en Latinoam�rica y antiguo miembro de la Obra, llamado D�ez Hochtleiner.

Terminada la reuni�n, llevaron a Mariano al lugar donde vivir�a, una casa m�s peque�a, destinada a alojar a compa�eros m�s j�venes y a estudiantes pensionistas y situada en una edificaci�n similar del mismo barrio. Le asignaron la mejor habitaci�n de la casa, y el director, Jos� Ram�n, un coru��s que le conoci� en Espa�a, le recibi� con grandes muestras de alegr�a.

Apenas pudo dormir aquella noche. Extra�aba el cambio de clima -casi era ya verano y �l ven�a del duro invierno madrile�o-, los sonidos que llegaban de los jardines, llenos de p�jaros, que poblaban la zona y, sobre todo, ten�a la

imaginaci�n llena de cosas nuevas.

A partir del d�a siguiente inici� el desarrollo de la operaci�n. Tuvo una primera entrevista con Ricardo Rey y con otro supernumerario, Fernando, que, como arquitecto, trazar�a el proyecto de edificaci�n. Eugenio Jim�nez, el delegado del Padre y responsable inmediato de la fundaci�n, explic� en detalle la faceta legislativa del proyecto. Debido a la gran expansi�n demogr�fica y al crecimiento de las clases medias,

Per� sent�a una avidez universal por los centros de ense�anza superior. El gobierno, para ordenar de alguna manera aquello y evitar los abusos de algunas entidades privadas, que �nicamente pretend�an hacer dinero o mera pol�tica, hab�a decidido que s�lo mediante una ley votada en el Parlamento se podr�a crear una nueva universidad. Hab�a, por tanto, que iniciar un recorrido por las dos C�maras y convencer a senadores y diputados de la viabilidad y conveniencia de la suya.

D�as despu�s, Eugenio, Ricardo y Mariano volaron a Piura. Durante las tres horas del viaje no vieron m�s que costa y m�s costa arenosa, con la excepci�n de algunos valles agr�colas originados por los r�os que nac�an en la cordillera andina. Especialmente �rido era el desierto de Sechura que, con m�s de trescientos kil�metros de di�metro, terminaba justamente al comienzo del valle del Piura.

Aquel hab�a sido un buen a�o desde el punto de vista agr�cola, como le explic� uno de los hermanos Romero que acudi� a recibirlos. Y cuando el a�o es bueno, la ciudad y la zona prosperan y se alborozan, para compensar los a�os malos que, con m�s frecuencia de la deseada, forman el ciclo fatalista de la agricultura piurana. Mariano se encontr� en una ciudad de corte colonial cuya plaza, flanqueada por la catedral y el hotel de Turistas, presentaba ese aspecto bullanguero de las ciudades c�lidas. Mucha gente, ruido, polvo, y esa multitud de ni�os harapientos, limpiabotas o mendigos, cuya imagen perseguir�a a Mariano mucho tiempo despu�s. Se alojaron en el hotel y, durante tres d�as, desarrollaron una gran actividad. Les llevaron a los terrenos que la familia Romero hab�a donado, un trozo de desierto al filo de la "Urbanizaci�n Norte", donde los agricultores acomodados hab�an edificado algunas villas de lujo. Dieron conferencias en el centro cultural y en algunos colegios, e intimaron con los iniciadores del proyecto, con el obispo a la cabeza. Mariano fue el que m�s gasto de discursos y explicaciones hizo. Se hab�a dado cuenta muy pronto de que Ricardo era hombre de pocos vuelos intelectuales y escasas dotes oratorias, todo lo cual quedaba compensado por su capacidad de organizaci�n y su sentido pr�ctico de ingeniero. De modo que multiplic� sus intervenciones y empez� a familiarizarse con esa cortes�a y buenas maneras de la sociedad criolla, amiga de la formalidad y la correcci�n en el decir, que a veces le recordaba el mundo de la burgues�a andaluza.

Apenas ten�a tiempo de reflexionar ni cuestionar sus propias reacciones, tan prendido se encontraba en el ritmo vertiginoso de los acontecimientos y la gran cantidad de novedades.

De regreso en Lima, y despu�s de un fin de semana en que le llevaron de excursi�n por las playas cercanas, se dispusieron a iniciar la batalla pol�tica. Por influencia de la ciudadan�a local, los senadores y diputados de Piura hab�an decidido hacer causa com�n para defender el proyecto, alej�ndolo as� de las luchas partidistas que, en aquel a�o como en los anteriores, hab�an desprestigiado y dividido tanto el Parlamento. Pero el gobierno sent�a un gran recelo ante las iniciativas culturales sin fundamento t�cnico. Mariano pudo conocer al presidente Bela�nde y a algunos altos funcionarios merced a la coalici�n de amigos de la Obra existente en Lima. Desde que, diez a�os atr�s, los dos primeros miembros de la instituci�n arribaron al pa�s, su clientela estuvo garantizada, como le explicaron a Mariano, por el buen n�mero de colegios de curas y monjas espa�oles que hab�a en Lima. Los alumnos eran hijos de la burgues�a ciudadana, y pronto se present� alguna vocaci�n juvenil.

Conoci� tambi�n a Jos� Agust�n, un abogado y profesor, rico heredero de fundas y predios, quien, con sus amigos m�s cat�licos, formaba parte del grupo de peruanos que se agrupaban en torno al Instituto de cultura hisp�nica y ve�an en la Espa�a del r�gimen una continuaci�n de la tradici�n cat�lica en la que ellos hab�an sido educados. Para su formaci�n tradicional, la Obra era el s�mmum de la

modernidad, con esas caracter�sticas de eficacia y pragmatismo que la sociedad criolla envidiaba en el vecino anglosaj�n del norte. Jos� Agust�n presid�a la sociedad civil titular de las actividades externas de la Obra, que ser�a la protagonista, como peticionaria formal y persona jur�dica interpuesta, de la universidad de Piura. Pero el papel principal en la guerra de influencias lo representar�a un espa�ol.

Poco a poco, Mariano entr� asimismo en el apostolado que la Obra realizaba entre los casados y visit� los hogares de los supernumerarios. El modo de actuaci�n se parec�a mucho al utilizado en Espa�a. Los supernumerarios eran m�s aficionados a la comodidad, menos duros consigo mismos que los espa�oles, y los superiores de la Obra no ten�an manera de trastrocar sus amables vidas criollas. Incluso algunos de los numerarios se hab�an aficionado a la grata hospitalidad de las familias del grupo, y entraban y sal�an de sus casas, que casi todas las noches se convert�an en lugares de encuentro amistoso, convites y copas. Uno de esos hogares pertenec�a a Isidoro Reverte, ingeniero espa�ol que representaba en Per� los intereses de los Fierro. Como buen conocedor del pa�o, el grupo financiero espa�ol se hab�a puesto en contacto en seguida con los pol�ticos locales, e Isidoro ten�a buenos amigos en el Apra, que, como le explic� despacio un d�a a Mariano, dominaba el Parlamento y ten�a mucha influencia en la legislaci�n.

De la mano de Isidoro, Mariano conoci� a senadores y diputados apristas, que se convirtieron en valedores principales de la "Operaci�n Piura" en el Congreso legislativo. Durante los meses siguientes, la actividad del grupo promotor de la universidad se centr� en tres puntos: planear el campus universitario y mantener vivo el inter�s piurano con viajes frecuentes a la ciudad, negociar las ayudas financieras y tratar con los pol�ticos la aprobaci�n de la ley.

Mariano se dedic� principalmente a este �ltimo aspecto y lleg� a ser muy conocido en los pasillos del Parlamento. Concedi� diversas entrevistas de prensa y, en una de ellas, hubo de hacer frente a las pesquisas de un periodista joven y muy perspicaz, que planteaba la "Operaci�n Piura" como una coalici�n Apra-Opus para favorecer los intereses imperialistas de los Estados Unidos, citando a ciertos financieros norteamericanos que hab�an prometido su ayuda. Mariano sab�a menos que �l de la cuesti�n y tuvo que preguntar luego en casa de qu� se trataba. En realidad habr�a de pasar tiempo antes de que averiguase algo de lo que, a la larga, quedar�a incluido en la urdimbre de sus futuros problemas en Per�. La zona de Piura conten�a reservas petrol�feras pertenecientes a la Standard Oil Company, que controlaba la producci�n y distribuci�n del carburante en el pa�s. Los �nimos pol�ticos estaban muy alterados en aquellos d�as porque, desde la izquierda, se acusaba al gobierno Bela�nde de entreguismo. El Apra no hab�a tomado partido declarado. Para entonces, eran ya notorias sus relaciones con el capitalismo norteamericano, pese a su nunca arriada bandera populista y reivindicatoria.

Mariano visit� los campos petrol�feros y entr� en contacto con algunos ingenieros norteamericanos en aquellas excursiones alrededor de Piura que cada cierto tiempo realizaban para hacer propaganda de la universidad. Muy poco a poco, empez� a darse cuenta de por d�nde iban los tiros. En una reuni�n p�blica celebrada en un sindicato, los obreros, dejando de lado sus explicaciones sobre pedagog�a u organizaci�n del futuro centro, le preguntaron insistentemente sobre los lazos de dependencia de la nueva universidad, algo que en aquel momento no supo relacionar con el gran impulso anticolonialista que circulaba entre el pueblo. Una tarde advirti� algo de ello cuando, al visitar Talara, ciudad costera, averigu� que era necesario un permiso de la Standard Oil para entrar en determinadas zonas y que aquel procedimiento sublevaba el patriotismo de los peruanos.

Pero su dedicaci�n a la meta principal y lo complicado de los muchos asuntos que llevaba entre manos apenas le dejaban tiempo para reflexionar sobre todo aquello, y s�lo m�s tarde comprendi� y analiz� muchas de las cosas a las que entonces hab�a prestado una atenci�n superficial.

A los cuatro meses del comienzo de esas actividades, se program� un acto simb�lico. El grupo promotor de la universidad ser�a recibido por el Padre en Roma. Mariano y Eugenio Jim�nez les acompa�aron. Al regreso, ambos, juntamente con Ricardo Rey, har�an algunas gestiones en Estados Unidos.

Realizar ese viaje para visitar a monse�or Escriv� constitu�a la ilusi�n de

todos los supernumerarios. Los superiores de la Obra esperaban que el encuentro calentase el �nimo de todo aquel grupo, pero la estancia en Roma result� menos fruct�fera de lo previsto. El Padre, seg�n supo Mariano, estaba muy ocupado con las cosas del Vaticano y apenas pudo dedicarles unos minutos, en los que tampoco se mostr� demasiado elocuente. Eugenio tuvo que dedicar mucho tiempo y paciencia a consolar a algunos de los supernumerarios, que esperaban algo m�s. El problema se resolvi� con la visita subsiguiente a la universidad de Navarra, donde s� fueron muy atendidos y agasajados y donde vieron por sus propios ojos aquella primera realizaci�n universitaria de la Obra que ellos deb�an reproducir en Per�.

A la vuelta, Mariano, Eugenio y Ricardo pasaron por la costa este de Estados Unidos. El Manhattan de los rascacielos y el Washington de los edificios p�blicos tuvieron para los viajeros atenciones inesperadas. Un numerario, Manolo Barturen, les hab�a conseguido una entrevista nada menos que con el vicepresidente del gobierno. Humphrey los recibi� en las torres del Waldorf Astoria de Nueva York y coment� muy elogiosamente la iniciativa de la Obra de cooperar al desarrollo latinoamericano. Sus buenos oficios y los de otros amigos influyentes les abrieron tambi�n algunas puertas del Departamento de Estado, y sostuvieron varias conversaciones con funcionarios de la Ayuda exterior. Nada sustancial consiguieron entonces, aunque, al regresar a Lima, recibieron la visita de un representante de inversiones americanas con prop�sitos filantr�picos. Seg�n se enter� Mariano, era costumbre de la burgues�a latinoamericana invertir sus ahorros en d�lares para protegerse de la inflaci�n nacional. Agentes de compa��as norteamericanas recorr�an las ciudades importantes del cono sur ofreciendo sus servicios al efecto. A veces eran perseguidos por los gobiernos, que pretend�an as� evitar la constante evasi�n de capitales, pero, en general, sus actividades quedaban impunes. Lo que quer�a el agente en cuesti�n, que representaba a la I.O.S., quiz� la m�s famosa compa��a mundial de dep�sitos, era anunciarles que el proyecto de la universidad de Piura hab�a sido seleccionado como beneficiario de una ayuda de 25.000 d�lares en la peri�dica actividad filantr�pica que esa compa��a, como otras, ejerc�a en los pa�ses clientes. Les anunci� una visita posterior y aprovech� la ocasi�n para hacer propaganda de sus servicios.

El grupo promotor de la universidad qued� muy satisfecho con la aportaci�n, que ven�a a unirse a tantas otras en tr�mite. El proyecto universitario se beneficiaba de un privilegio fiscal entonces vigente, gracias al cual cualquier donaci�n recibida pod�a ser considerada como gasto deducible, al triple de su valor, por la empresa donante. As� se consiguieron materiales de construcci�n, muebles y ayudas en met�lico.

El problema principal segu�a siendo la autorizaci�n parlamentaria. Despu�s de un informe del gobierno, las C�maras hab�an incluido el proyecto de ley en su agenda, y Mariano, a los pocos meses de su estancia en Lima, hab�a aprendido ya a intuir los vaivenes del proceso.

En junio se dio un paso verdaderamente importante con la introducci�n de la discusi�n en el calendario parlamentario. Los �nimos pol�ticos estaban muy exaltados con el asunto de la renovaci�n del contrato de concesi�n petrol�fera a la Standard Oil. En los peri�dicos menos simpatizantes con el gobierno se tem�an cl�usulas ocultas que consumaran la virtual dominaci�n, por unos a�os m�s, de la multinacional norteamericana sobre la energ�a nacional.

El Parlamento herv�a de comentarios cuando el presidente viaj� a Talara y firm� el convenio de concesi�n. Bien pronto se denunci� la existencia de un acuerdo complementario secreto. El caso de la p�gina 11, como se conoc�a el tema, por haber desaparecido supuestamente esa hoja del borrador del contrato oficial, comenz� a conmover la opini�n p�blica. Mientras tanto, una �ltima presi�n de toda la representaci�n parlamentaria piurana, que hab�a sido convencida sobre la eficacia del grupo promotor por la actividad de los �ltimos meses, logr� la aprobaci�n de la ley autorizando la universidad, primero en la C�mara de diputados y luego en el Senado.

En el mes de julio la Obra abr�a su primera residencia en Piura. Una ma�ana de agosto, mientras Mariano escuchaba la radio en la residencia despu�s del desayuno, qued� sorprendido por un comunicado. El general Velasco Alvarado hab�a dado un golpe de estado, expulsando del pa�s al presidente Bela�nde y

suprimiendo la actividad parlamentaria. La ley de autorizaci�n de la universidad de Piura hab�a sido la �ltima en recibir la sanci�n del disuelto Congreso.
Los d�as posteriores fueron de gran excitaci�n nacional. El general Velasco, en una alocuci�n inmediatamente posterior, informaba al pa�s de la ocupaci�n "manu militari" de las instalaciones de la Standard Oil y proclamaba la fecha como "D�a de la dignidad nacional". Su voz ronca dejaba transparentar una emoci�n especial, y a Mariano le daba la impresi�n de estar escuchando a un hombre convencido de su misi�n hist�rica. En un primer momento, nadie esperaba del golpe de estado mayores cambios que los t�picos en la pol�tica de vaiv�n normal en aquellos d�as. En Per�, el golpe militar significaba un recurso tradicional de la oligarqu�a para frenar la presi�n creciente de las clases populares. Durante una inmediata estancia en Lima, Mariano escuch� los comentarios de los supernumerarios y amigos de la Obra, un tanto desconcertados. Aquel golpe no encajaba en la tradici�n anterior. El general Velasco, a quien algunos llamaban desde�osamente el cholo de Castilla para aludir a su humilde nacimiento en una barriada de Piura, empezaba a desorientarles. Hablaba de ruptura con el coloso del norte, nombraba colaboradores de notoria ideolog�a izquierdista, atend�a reclamaciones y viejos agravios populares.
Bien pronto se vio que se trataba, por vez primera, de una verdadera asunci�n militar del cambio. Se supo que mandos militares hab�an sido lentamente adoctrinados por intelectuales y l�deres pol�ticos contra su tradicional papel conservador y estimulados a tomar en sus manos la tarea de devolver la soberan�a al pueblo peruano y de aportar la tan deseada distribuci�n de la riqueza. El gobierno militar nombr� asesores y les hizo redactar leyes revolucionarias. Las autoridades de la Obra compart�an los temores de su clientela, mayoritariamente burguesa. Y no se sintieron demasiado tranquilas cuando el cardenal de Lima y la conferencia episcopal avalaron la revoluci�n, meses despu�s del golpe.
Hab�a demasiados eclesi�sticos j�venes en obras sociales y pocos en la administraci�n de sacramentos, a juicio de monse�or Orbegozo, un numerario que hab�a arribado a Per� como sacerdote, que hab�a accedido al obispado y dispensaba su amistad a los hacendados del norte del pa�s, donde ten�a su di�cesis.
-La Iglesia peruana -pontificaba ante sus amigos y amigas de la burgues�a mirafloriana una noche en que cenaba con Mariano en casa de un beneficiario de la Obra- est� peligrosamente cerca de avalar el nuevo estado de cosas, del mismo modo que antes no supo sino legitimar la oligarqu�a. Lo dif�cil, pero lo necesario, era la neutralidad pol�tica y el puro apostolado evang�lico.
En el camino de vuelta a la casa, Mariano trat� de discutir con �l esa idea, con poco �xito, porque Orbegozo ten�a una bien probada fama de hombre seguro de s� mismo y de poco amigo de dar su brazo a torcer.
D�as despu�s, el gobierno revolucionario public� un texto legal sobre la cuesti�n universitaria y, al enumerar los centros reconocidos, incluy� ya a la universidad de Piura. Todos respiraron tranquilos, y Mariano regres� a Piura para planear en detalle los cursos y las asignaturas del primer a�o, que se pensaba inaugurar, con edificio nuevo, en la pr�xima apertura acad�mica de abril del 68.
Su vida en los meses siguientes fue m�s tranquila. Piura, casi al lado del ecuador geogr�fico, ten�a unos amaneceres violentos, y a las doce de la ma�ana el sol era abrasador. La actividad ciudadana empezaba muy temprano y, a mediod�a, la gente regresaba del campo o de sus ocupaciones a refrescarse y dormir la siesta. Los piuranos hab�an aprendido el ritmo pausado de la civilizaci�n del sur y ten�an un modo amable de convivir. Por ello y por la riqueza relativa de la ciudad, le hab�an nacido a �sta grandes barriadas suburbiales, donde se amontonaban en m�seras viviendas sucesivas oleadas de emigrantes venidos de todas partes, en especial de la cercana serran�a. El contraste entre riqueza y pobreza, lujo y miseria, quedaba sin embargo atenuado por la bondad del clima y por aquellos tiempos empezaba a debilitarse, gracias a que la expansi�n de la ciudad hab�a creado muchos empleos administrativos, originando as� una pujante clase media.
Mariano se encontr� a gusto en ese nuevo ambiente donde, por vez primera desde su llegada a Per�, ten�a tiempo incluso de estudiar. Jos� Ram�n, el coru��s, otros dos numerarios y Mariano compon�an la dotaci�n de la nueva residencia, a

la que pronto atrajeron amigos para escuchar el mensaje de la Obra. Lo que descompon�a un tanto a Mariano eran las continuas invitaciones a la intensa vida nocturna piurana. El calor diurno animaba a las familias a una alegre jarana vespertina, donde se beb�a y se conversaba hasta altas horas de la noche. Mariano no ten�a h�bito de trasnochar, pero bien pronto tuvo que acostumbrarse. Poco a poco, los de la Obra introdujeron la siesta en su plan de vida y, para mantenerse en forma f�sica, Mariano y Jos� Ram�n se inscribieron en un club cercano, donde jugaban al tenis y se chapuzaban durante las horas de mayor can�cula. El peri�dico local, propiedad de uno de los benefactores de la universidad, les abri� sus p�ginas, y Mariano cont� en ellas, en larga relaci�n de art�culos, todo lo que supon�a el nuevo proyecto. Se hab�an adjudicado las obras de la universidad, y un rito obligado de todas las tardes consist�a en ir a ver subir los muros del primer edificio.

Mariano preparaba los textos y las asignaturas del �rea de humanidades, que, con un primer curso de ingenier�a, ser�an los dos primeros n�cleos de la universidad. A tal fin, trat� de familiarizarse con los estudios de secundaria y visit� la mayor�a de los colegios. Le impresionaron las grandes unidades escolares del Estado, que albergaban a miles de ni�os, expresi�n pl�stica de la demograf�a de un pa�s joven como Per�, la mitad de cuya poblaci�n tiene edades inferiores a veinticinco a�os y crece a un ritmo superior al tres por ciento anual. Los salesianos y los jesuitas manten�an colegios para la burgues�a y la clase media, y el padre Ram�n, el joven director del �ltimo, un espa�ol acriollado, fue transmiti�ndole su experiencia. Mariano se aficion� a charlar con �l, en contra de ciertas cautelas de los superiores, que no ve�an bien aquella intimidad con los antagonistas eclesi�sticos de la Obra. Tambi�n intim� con un joven pastor protestante norteamericano, licenciado en filosof�a por Berkeley, y con diversos intelectuales y l�deres pol�ticos locales. En largas charlas, discut�an los asuntos del pa�s, la ense�anza, el futuro de la zona. Los hombres de letras, y en especial los profesores de la universidad estatal, hab�an acogido con entusiasmo la revoluci�n velasquista y pon�an en ella sus esperanzas, por tanto tiempo frustradas, de igualdad, de progreso, de libertad, en contrapartida a los temores de los hacendados locales.

La reforma agraria, primera de las acometidas por el nuevo gobierno, estaba en boca de todo el mundo, y resultaba una experiencia muy curiosa visitar un d�a al patriarca Romero, due�o de fundos, y al siguiente, a uno de aquellos intelectuales progresistas. El temor del viejo a las expropiaciones romp�a su visi�n paternalista de una sociedad rural, en la que el terrateniente era director, capitalista y jefe del clan.

-La gente est� hecha para obedecer -le dec�a a Mariano-, y ya ver� usted c�mo, cuando se encuentren due�os de la tierra, van a acabar pele�ndose los unos con los otros.

El viejo Romero combinaba una filosof�a pesimista con apelaciones nost�lgicas a su duro pasado, hecho de laboriosos esfuerzos por cultivar aquellos arenales, bald�os cuando �l los adquiri�. Mariano, sin embargo, se sent�a fascinado por el espect�culo de la reivindicaci�n popular, muchas veces ret�rica, pero cargada de acentos conmovedores. Un d�a, comentando con el negro Juan, que cuidaba las pistas del club de tenis, aquellas novedades, le pregunt� si no ser�a m�s fruct�fero para todos obligar a los propietarios a obedecer las leyes laborales, en vez de suprimir su propiedad.

-Usted es muy joven, doctor, y no conoce esto. Pero nosotros sabemos de antiguo que el rico no se baja del caballo por su pie. Hay que voltearlo a la fuerza -le contest�.

Se aficion� a presenciar aquellas largas contiendas sobre el futuro de la econom�a peruana, y de la mano de Jorge, un viejo sindicalista que les hab�a ayudado en los primeros pasos de la instalaci�n de la casa, fue palpando las tensiones que desde tiempo inmemorial crec�an soterradas en aquellas tierras, la lucha de clases campesina, que, como una vez le explic� un ingeniero agr�nomo, puede ser la m�s sangrienta de todas. Luego, en la residencia, relataba aquellos encuentros, pero los otros numerarios no se mostraban en absoluto interesados en escucharle. Estaban b�sicamente preocupados por preparar la inauguraci�n y asentar el apostolado de la Obra entre aquellas familias pudientes que les hab�an acogido con tanto calor. Ya funcionaba un c�rculo de San Rafael para sus

hijos y se confeccionaban las listas de los futuros alumnos. Mariano, sin embargo, se encontraba en un estado de �nimo peculiar. Sent�a un natural agradecimiento por aquellos amables benefactores de la nueva instituci�n universitaria, y lo pasaba bien en su compa��a. Pero toda su formaci�n intelectual, su curiosidad, le empujaban continuamente a hacerse cuesti�n de lo que presenciaba.

Fue a pasar las Navidades a Lima, y su nueva actitud no pas� desapercibida. Le empezaron a gastar bromas en la residencia por aquel inter�s nuevo que le hab�a nacido por Per�. "Pero es que vosotros no parec�is daros cuenta de que est�n pasando cosas, de que la historia se desarrolla ante nuestras propias narices, y que es importante", les dec�a sin �xito. Los superiores de la Obra hubieran preferido que no variase el anterior estado de cosas, pero, sustancialmente -se tem�an- el general Velasco iba derecho al socialismo. Meses antes hab�a pasado por all� un numerario que viv�a en Chile y se hab�a declarado asustado por lo que planeaba Allende. Una tarde, Mariano fue a pasear con un ingeniero con el que hab�a simpatizado particularmente. Julio hab�a sido aprista militante, y ahora se acercaba a la Obra con �nimo de remendar su sentido religioso y resolver sus problemas afectivos.

-Lo que no puedo entender, Mariano, es que la Obra predique el mensaje evang�lico y al mismo tiempo cuente entre su clientela a la gente m�s reaccionaria de Lima. Yo no estoy muy seguro de la revoluci�n, pero basta abrir los ojos para darse cuenta de que este pa�s est� controlado por unas cuantas familias y que la gente del pueblo, ni siquiera la clase media, soportar� m�s tal control olig�rquico.

Mariano trat� de defender el apostolado de la Obra, pero Julio no le dej�:

-F�jate si os veo anticuados que hasta mis antiguos enemigos, los jesuitas de la Cat�lica, me parecen modernos al lado vuestro. Y voy a participar en un seminario organizado por ellos en que distintos profesionales vamos a discutir la situaci�n actual con los documentos del Vaticano II y de la conferencia de Medell�n.

Si algo hab�a que sacase de quicio a los de la Obra era nombrar la conferencia de Medell�n, donde algunos obispos latinoamericanos hab�an cuestionado la posici�n de la Iglesia en la sociedad sudamericana, alentando as� las nuevas actitudes de una gran parte del clero joven.

Pero el suceso m�s importante en su biograf�a le ocurri� d�as despu�s de las vacaciones. Se hab�a reunido todo el equipo promotor y se daba cuenta de la marcha de las gestiones. El consiliario de la Obra dio lectura a un documento por el que el Padre encarec�a la ortodoxia religiosa de la nueva universidad y prohib�a que sacerdotes ajenos a la Obra intervinieran en ella.

-Como sab�is -les dijo-, el Padre ha aceptado nuestra petici�n de ser canciller de la universidad de Piura.

Mariano les hizo ver que, en aquel momento de ardor nacionalista, no se ver�a con buenos ojos que un extranjero no residente en el pa�s recibiera tal nombramiento. Pero su comentario fue ignorado, e incluso not� un especial brillo beligerante en los ojos del consiliario. Cuando se empezaron a discutir las asignaturas y los textos, Mariano present� su propuesta, que inclu�a un curso de an�lisis social.

Les explic� que era muy importante que los universitarios tomaran conciencia de 10 que estaba pasando en el pafs, y que la universidad no pod�a permanecer de espaldas al asunto.

-As� act�an las dem�s -concluy�.

Su propuesta indign� a la mayor�a, y en especial a Eugenio, que le previno de los peligros de la sociolog�a, como ense�aba el Padre, y le vino a decir que se empezaba por ah� y se terminaba ense�ando marxismo.

-�Pero bueno! -se insolent� Mariano-. �Vosotros cre�is que podemos pasarnos la vida ignorando lo que ocurre a nuestro alrededor? �Cre�is que podemos montar un centro de ense�anza para cultivar la filosof�a tomista, rodeado de barriadas donde malviven miles de personas?

Sigui� as� en su perorata, encendido de c�lera, sacando fuera todo lo que en aquellos meses se le hab�a acumulado dentro. Los dem�s lo escuchaban en silencio, asustados, pero al final Eugenio sentenci�:

-Pues si as� piensas, no hay sitio para ti en esta universidad.

Se disolvi� la reuni�n, y Mariano se alej� de la residencia, caminando sin rumbo. No acababa de creer en la �ltima frase. �l hab�a sido elegido por el Padre para fundar la universidad, estaba dando lo mejor de su ilusi�n para ponerla en marcha, y ahora resultaba que una preocupaci�n de ortodoxia de los superiores pod�a situarle literalmente fuera de juego. �Ser�a verdad que la Obra no era sino una instituci�n medieval, con s�lo los suficientes s�mbolos de modernidad para no asustar a los capitalistas, como le dijo una vez Julio? �Ser�a posible que a los superiores no les importara nada la sinceridad, excepto para enterarse en detalle de las veces que uno hab�a sentido tentaciones contra la pureza? Y en particular, como se tem�a constantemente, �ser�a necesario que para seguir en la Obra tuviese que mentir a los dem�s y, sobre todo, mentirse a s� mismo?

Regres� a su residencia lime�a y se dirigi� directamente a su cuarto, tumb�ndose en la cama. No pas� por el oratorio porque, desde hada unas semanas, ni siquiera le consolaba la vida interior.

Empezaba a acostumbrarse a resolver sus conflictos a base de neutralizarlos con la pura acci�n, el ir y venir de las gestiones, y ten�a miedo de quedarse a solas consigo mismo mucho rato porque estaba seguro de que tomar�a una decisi�n que luego a lo largo se reprochar�a. Y lo malo era que no hab�a llegado a entablar verdadera amistad con nadie de la Obra en Per� para sincerarse por completo. De ah� a la depresi�n, a la neurosis no hab�a m�s que un paso, le hab�a dicho una vez un psiquiatra ingl�s cuando, a�os atr�s, hab�a comentado con �l en Londres los problemas de identidad de grupo. "El precio que hay que pagar por pertenecer a una organizaci�n confesional y mantener la estabilidad psicol�gica es renunciar a pensar por cuenta propia. Si se quiere mantener una actitud cr�tica, una de dos, o te transformas en un c�nico o vas de neurosis en neurosis. Por eso, la gente tiende a alejarse de esos tinglados, que bastante dif�cil es ya el juego de la identidad propia en la familia, en el trabajo..."

Ahora, en Per�, trataba de aferrarse a la solidaridad afectiva de la Obra, a las tareas en com�n, para compensar aquella disociaci�n ideol�gica. Pero las cosas hab�an llegado a un punto en que no sab�a qu� hacer.

Al d�a siguiente, solicit� ver al consiliario, quien, al recibirle, trat� de restar importancia al asunto:

-Necesitas descanso. �Por qu� no te vas unos d�as a Piura?

Sacando fuerzas de flaqueza, le contest�:

-Mira, Vicente, me siento muy impresionado por todo lo que estoy viviendo aqu� y creo que necesito quitarme de en medio alg�n tiempo. Como volver a Espa�a es caro e inc�modo y, de aqu� a la inauguraci�n de la universidad en abril no me necesit�is demasiado tiempo, he pensado en una estancia en la universidad de Harvard. All� dan unos cursos de administraci�n educativa que me interesan para mi tesis, y el vivir en la residencia no ser� dif�cil de arreglar.

El consiliario prometi� darle una contestaci�n r�pida. Al d�a siguiente le confirm� su aceptaci�n y le dio una carta para el director de la residencia de Boston.

Mariano lleg� una ma�ana de febrero al aeropuerto de Boston y se dirigi� a la residencia que la Obra ten�a en Cambridge. Se trataba de un chalet con jard�n a quinientos metros de la plaza central de la universidad y a escasamente diez minutos de la Escuela de educaci�n.

Hab�a conocido superficialmente en Pamplona a Carl Schmitt, el director, un fil�sofo de su misma edad, que presid�a a una docena de numerarios j�venes que estaban haciendo all� los estudios internos. Algunos iban tambi�n a clase en la universidad, aunque, seg�n pudo comprobar Mariano en seguida, exist�an en la residencia bastantes prejuicios contra la ense�anza harvardiana y, en especial, contra los nuevos modos de comportamiento de la juventud.

Mariano se zambull� en la Escuela de educaci�n, donde le permitieron incorporarse a unos cuantos cursos y seminarios, y apenas fue molestado en la residencia. Supuso que la carta del consiliario peruano conten�a recomendaciones sobre su necesidad de descanso y sosiego.

Poco a poco, al interesarse en las actividades universitarias, se le fueron alejando los recuerdos del reciente pasado. Hac�a excursiones por New England con los chicos de la residencia y se familiariz� con una de las zonas m�s pr�speras de la costa este de Estados Unidos. En Boston hab�a adem�s un sinf�n

de actividades culturales, y aunque se hallaba bastante a solas consigo mismo, recompuso sus nervios y encontr� de nuevo gusto en la oraci�n y en la especulaci�n intelectual sin fronteras. Sin embargo, se dec�a a s� mismo con frecuencia, su peculiar situaci�n no ten�a f�cil arreglo. Un cura mejicano que habitaba en la residencia, de los primeros de la Obra en su pa�s, le recomend� que tratara de alejarse de aquellas actividades corporativas que le resultaban conflictivas y solicitara, como hab�an hecho otros, vivir tranquilamente en una universidad civil. Le puso el ejemplo de un numerario mayor, profesor de f�sica en el MIT, que hab�a solucionado as� sus problemas.

-�Hombre, para ese viaje no necesito alforjas! -repuso Mariano-. Yo no entiendo la vocaci�n si tengo que pasarme la vida separando mi actividad en compartimientos estancos. Y no he entrado en la Obra para convertirme en un profesor c�libe, que vive sus man�as de espaldas a la realidad. Yo quiero, y eso me dijeron al ingresar, llevar un mensaje de doctrina y esperanza a un gran n�mero de personas en medio del mundo, sin pedir les que renuncien a sus ilusiones humanas y, sobre todo, a su raciocinio. Y me temo que sea dif�cil, ahora que el Padre est� haciendo una apuesta tan fuerte contra la modernidad. Pero, en fin, ya me estoy hartando de hacerme cuesti�n constantemente de todo. Cualquier d�a voy a explotar.

Aquella conversaci�n encresp� m�s que tranquiliz� a Mariano. Sin embargo, el golpe de gracia en su estancia americana lo constituy� un documento que se recibi� del Padre puntualizando la doctrina papal sobre la p�ldora. Mariano hab�a conocido en la Escuela de educaci�n a un cura de origen italiano que preparaba una tesis hist�rica. El cura, con quien alguna vez almorzara en la cafeter�a, le hab�a relatado su estancia reciente en Roma, donde hab�a o�do todos los chismes eclesi�sticos sobre la confecci�n de la "Humanae Vitae". Sin sospechar la identidad de Mariano, le dijo que se comentaba mucho c�mo, despu�s de que la mayor�a de los expertos hab�an votado a favor de la admisi�n de la p�ldora, el fundador del Opus hab�a tenido una entrevista con el Papa, al que hab�a amenazado con los castigos del cielo. Como resultado, el Papa hab�a aceptado el voto negativo de la minor�a. A Escriv� se le hab�a sugerido que no volviese a aparecer m�s por el Vaticano.

Transmiti� a Carl Schmitt la historia, que se neg� a creerla, aunque le dio a leer el papel que el Padre hab�a mandado sobre el control de la natalidad. El documento, seg�n lo iba leyendo, le pareci� extremadamente duro. Pon�a a los confesores y directivos de la Obra en la situaci�n de negar los sacramentos y el tradicional consuelo cristiano al pecador, algo que rebasaba incluso los t�rminos de la enc�clica papal. Mariano acababa de leer un largo art�culo en una revista cat�lica americana, escrito por un sacerdote, que se dol�a de la dureza y la incomprensi�n vaticana respecto a la vida afectiva y sexual y en el que contaba su experiencia y la de otros sacerdotes, que hab�an decidido no hostigar in�tilmente a las parejas que obraran de acuerdo con su conciencia en el tema. La diferencia entre el tono comprensivo y la profundidad psicol�gica del autor del art�culo y el exabrupto de Escriv� se le hac�a bien patente y, guiado por aquel instinto de contradicci�n que se le estaba desarrollando tan agudamente, escribi� una carta al Padre sobre el asunto. No la franque�, a la espera de hacerlo desde Per�, y a partir de entonces, casi todos los d�as le a�ad�a algo, hasta que se convirti�, a finales de marzo, en un memorial de m�s de cincuenta p�ginas, donde pon�a por escrito sus cr�ticas a la postura doctrinal de la Obra.

A los pocos d�as, regres� a Lima. Antes hab�a recibido informaci�n de que la universidad de Stanford, en California, solicitaba profesores biling�es de educaci�n, por tiempo limitado, para sus programas latinoamericanos. Guard� la documentaci�n entre sus papeles, sin hacerse demasiada cuesti�n del por qu�.

A su llegada, todos los miembros de la Obra estaban enfebrecidos con la pr�xima inauguraci�n de la universidad. El due�o de una compa��a de aviaci�n hab�a regalado unos cuantos pasajes al mes en el vuelo Lima-Piura, y el equipo promotor iba y ven�a ultimando los detalles. Al llegar a la ciudad norte�a, Mariano sinti� el hormigueo de la responsabilidad al ver terminado ya aquel primer edificio, en cuyo dise�o pedag�gico hab�a intervenido y que empezaba a llenarse de muebles y de gente. Se hab�an abierto dos residencias m�s, una para la Secci�n femenina y otra para estudiantes, porque algunos lime�os cercanos a la Obra hab�an visto el cielo abierto al poder alejar a sus hijos de las

universidades de la capital y ponerlos en manos de la instituci�n. Mariano lleg� a tiempo de participar en los ex�menes de admisi�n, en que se seleccionar�an cien de entre cerca de quinientos candidatos. Acababan de llegar dos numerarios m�s de Espa�a para completar el cuadro de profesores, y toda aquella excitaci�n volvi� a liberarle de su desasosiego interior. Al llegar el d�a de la inauguraci�n, cientos de invitados se congregaron primero en el palacio arzobispal, donde se ofici� una misa solemne, y por la tarde en el flamante nuevo edificio. Representantes de los diferentes estamentos ciudadanos se agruparon en torno al consiliario de la Obra, que supl�a la ausencia del gran canciller. El rector pronunci� un discurso vibrante y se cant� el himno nacional. Desde d�as antes, la Prensa, la radio y la televisi�n local hab�an subrayado la importancia de la fecha, y el propio presidente Velasco, hijo predilecto de Piura, mand� un mensaje de congratulaci�n. Por la noche, en diferentes sitios, los miembros de la Obra y sus amigos festejaron el �xito, y un grupo de estudiantes inici� la tradici�n de rondar con m�sica a la esposa e hijas del rector.
Mariano sab�a que llegar�a el momento en que tendr�a que plantearse su continuidad en la empresa. �l hab�a ostentado el t�tulo de prorrector 'ad tempus' de la universidad, algo que alud�a a su posici�n de cofundador y gestor en los tiempos iniciales. El Padre le hab�a indicado que deber�a permanecer en Per� tanto tiempo como se le necesitase para ponerla en marcha, y �l no estaba muy seguro de lo que deseaba hacer. Instintivamente, sab�a que, si se quedaba y se consagraba a las tareas universitarias, ir�a salvando su conflicto, sin mayores problemas. La vuelta a Espa�a le llevar�a, estaba seguro, a un inmediato esclarecimiento de su situaci�n en la Obra, algo que le causaba cierto miedo. Pero d�as despu�s resolvieron por �l la cuesti�n.
-Se ha recibido una nota de Roma -le dijo el consiliario- en la cual se te indica que te vayas a Espa�a.
-Pero �irme del todo, o c�mo...? -pregunt�.
-La nota no dice m�s. Supongo que al llegar a Madrid te lo aclarar�n. A nosotros s�lo nos corresponde obedecer-concluy� el consiliario-, aunque nos gustar�a que te quedaras m�s tiempo para consolidar la Universidad. A pesar de tu manera de pensar -termin� confes�ndole-, has sido el principal instrumento en esta fundaci�n.
Mariano sinti� un ramalazo de ira subirle a la cara y dijo casi gritando:
-�De modo que s�lo se trata de mi eficiencia? �Es que no puedo conseguir que nadie en la Obra se comporte como si fuera mi familia?
Mientras bajaba las escaleras hacia la puerta de la calle, iba diciendo en voz alta: "�No lo entiendo, no lo entiendo!".
Ya en su residencia, se dirigi� al oratorio y se qued� un rato sentado frente al altar. Se fue tranquilizando, mientras repet�a una y otra vez, casi sin darse cuenta. "Se�or, �qu� pretendes de m�?"
Al d�a siguiente, m�s calmado, sostuvo una conversaci�n con Eugenio, durante la cual trat� de averiguar m�s datos acerca de la decisi�n. No obtuvo ning�n �xito, de manera que se dirigi� a la oficina de Iberia y reserv� un pasaje para Espa�a. Se dio luego un paseo por la plaza Bol�var y subi� por el Jir�n de la Uni�n hasta la plaza de Armas. Iba despidi�ndose de las calles que, durante su �poca lime�a, hab�an sido testigos de sus visitas al Congreso, a los organismos oficiales, a las casas de los amigos influyentes. Sinti� una cierta pena y una indefinible sensaci�n de tristeza. Le dio la impresi�n de que no formaba parte de aquello, pero tampoco estaba seguro de pertenecer a ning�n otro lugar.
Se hab�a encari�ado con Per�, en �l hab�a tenido vivencias importantes y, sobre todo, la conciencia de su protagonista de algo que, con todas sus ambivalencias, se convertir�a en un fragmento de la historia de aquel pa�s.
Su aventura peruana, apretada de acontecimientos en un per�odo relativamente corto, hab�a dilatado igualmente sus horizontes vitales. Ya no volver�a a ser, aunque quisiera, un acad�mico convencional, mero testigo del comportamiento ajeno. Compartir los espasmos de libertad de un pueblo joven, asistir a los gritos de rebeli�n de quienes se sent�an oprimidos por otros m�s fuertes, hab�a sido una experiencia importante. En Espa�a, no le cab�a duda, su pertenencia a la Obra le marcaba como miembro m�s o menos activo de la clase dominante. Cuando pensaba en Espa�a desde su nueva conciencia, se daba cuenta de que los espa�oles

que podr�an entender y compartir aquellas vivencias se encontraban justamente en el bando de enfrente, formando parte de aquella heterodoxia que la gente mayor de la Obra tantas veces le hab�a ense�ado a reconocer. Por eso, en aquel momento, se sent�a ap�trida en el peor sentido de la palabra. Su patria espiritual, la Obra, le iba marginando lentamente de su seno a fuerza de no reconocer aquella renovaci�n que se produc�a en �l. Y daba igual el sitio: Madrid, Pamplona, Lima o Boston. Las residencias de la Obra, con su �nfasis en la observancia del mensaje de Escriv�, un mensaje cada vez m�s vuelto de espaldas a la modernidad, le asfixiaban. Pero ten�a la impresi�n de que en Espa�a ser�a peor. Hac�a ya m�s de un a�o que faltaba del pa�s, pero se lo imaginaba. Por lo menos en Am�rica, gracias a la pluralidad institucional de la vida anglosajona o al calor revolucionario del Per� contempor�neo, un numerario intelectual como �l encontraba un contrapunto a la presi�n de la casa en el lenguaje de la calle.
Pero en Espa�a, donde tanta gente identificaba a la Obra con la supervivencia del franquismo y donde a�os de censura hab�an reducido el di�logo social a un cuchicheo arriesgado, se tem�a lo peor.
Por una presi�n sentimental del consiliario, hab�a renunciado a mandar al Padre aquel memorial que hab�a ido confeccionando con sus dudas y sus cr�ticas. "En el archivo de Roma ya hay bastante mierda", le hab�a dicho Vicente Pazos, en una especie de petici�n fraternal de no aumentar innecesariamente las cargas del Padre.
No se resisti� a la petici�n porque ten�a la sensaci�n de que, m�s pronto o m�s tarde, con aquellos argumentos o con otros, tendr�a que plantearse la crisis, ahora que volv�a a Espa�a.
Con ese �nimo tom� el avi�n. La mayor�a de sus amigos supernumerarios, parte del equipo promotor y hasta el propio rector Rey cre�an que su alejamiento ser�a temporal y, en el aeropuerto, media docena de ellos le porfiaron mucho para que no les dejara solos con el l�o y volviera pronto. Al fin y al cabo, hab�a encarnado desde su llegada la nueva fundaci�n de la Obra en el pa�s y hab�a sido, en muchas ocasiones, el sost�n de sus des�nimos.
Otra raz�n de que se doliese de aquel exabrupto de Eugenio, cuando le neg�, por razones doctrinales, un puesto en aquello que sent�a tan hijo suyo, paternidad que nadie, salvo los superiores de la Obra, desconoc�a.
Todav�a ten�a cercano el recuerdo de aquella condecoraci�n que hab�a recibido en la embajada de Espa�a, fruto de la gesti�n de unos amigos, y a cuyo acto, al que el embajador invit� a personalidades del mundo intelectual y acad�mico peruano, no quiso asistir nadie de la Obra. Incluso le acusaron entonces de culto a la personalidad, apoyados en la teor�a de que las cosas de la Obra pertenecen a todos y nadie en particular debe apropiarse de una part�cula de gloria humana. Pero a Mariano le fue humanamente imposible desairar aquella distinci�n que premiaba la labor de un espa�ol en beneficio de Per� y de la que, en el fondo, se sent�a satisfecho.
Aquella an�cdota, igual que su discusi�n con el consiliario cuando �ste pretendi� que los art�culos del peri�dico que Mariano escrib�a los firmara un peruano perteneciente a la Obra, le vinieron a la memoria mientras el avi�n despegaba.
Era de noche, y quedaban diecisiete horas de vuelo. El cansancio de las �ltimas horas le rindi�, y un par de vasos de vino que bebi� en la cena aflojaron sus tensiones hasta que sobrevino el sue�o.

CAP�TULO 6. LA HU�DA

El 6 de diciembre de 1969 Antonio Cuadrado ayudaba a Mariano Anaya a instalarse en un cuarto de la residencia de la Obra en la calle Daniel Urrabieta del Viso, en Madrid. Mariano acababa de llegar de Pamplona y ven�a a la capital para efectuar algunos contactos acad�micos, como hab�a explicado a sus colegas de Navarra, aunque tanto �l como los superiores sab�an que, bajo ese eufemismo, se escond�a algo distinto y m�s grave.
Antonio y Mariano se conoc�an superficialmente. Hab�an coincidido tres o cuatro veces en ejercicios espirituales o convivencias de verano. Ambos se aproximaban a los cuarenta a�os y, mientras ordenaban el cuarto y los pocos av�os de Mariano, intercambiaban esas trivialidades que los dos se hab�an acostumbrado a usar en el trato entre numerarios, para evitarse los conflictos de las

correcciones fraternas o de las denuncias. Ambos ten�an sobrada experiencia de los riesgos de la sinceridad en la vida de familia y hab�an recibido suficientes avisos de los superiores cuando alg�n numerario m�s timorato o celoso les hab�a ido con el cuento de las inconveniencias u opiniones dudosas que alguno de ellos hab�a proferido delante de los dem�s. Todav�a recordaba Antonio el comentario sarc�stico que hizo en la mesa, unos d�as atr�s, molesto por uno de aquellos triunfalismos baratos que Laureano L�pez Rod� se permit�a en la casa. Al apagarle el farol de manera un tanto ruda, se produjo un cierto desasosiego entre los asistentes. Poco despu�s, el director de la casa le llam� la atenci�n, insistiendo en que una persona tan importante como Laureano ten�a derecho a encontrar un ambiente hogare�o acogedor. Antonio estaba cansado de repetir que ese argumento resultaba tan v�lido para una persona como para otra, si de verdad todo trabajo era importante, como rezaba la tradicional doctrina de la Obra. Aquella vez prefiri� callarse. La tensi�n que le rodeaba desde hada unos a�os le manten�a en un malhumor permanente. Rafael Caama�o, el delegado del Padre en la Comisi�n de Espa�a, le hab�a ido frenando en su deseo de plantear la salida de la Obra. Seg�n su tesis, que a Antonio le parec�a cada vez m�s dif�cil compartir, �l y otros como �l ten�an la obligaci�n de ayudar al Padre en el desarrollo doctrinal de la Obra poniendo por escrito todas las dudas y contradicciones que sintiesen, proporcionando as� al fundador la base de decisiones.

-La Obra es muy joven -insist�a Caama�o-, y es l�gico que el carisma del Padre haya de ser ayudado por la experiencia de los mayores como nosotros para resolver las cuestiones nuevas que se plantean, casi contradictoriamente, en este camino original que Dios le ha revelado.

Pero Antonio llevaba a�os escribiendo folios y m�s folios con sus puntos de vista, que en aquellos meses presentaban como contenidos fundamentales el tema de la libertad profesional de los socios en relaci�n con el voto de obediencia y las acusaciones de autoayuda y de tinglado que la calle hac�a, aun dentro de los estrechos marcos de censura del r�gimen, en relaci�n a las actividades pol�ticas y econ�micas de la Obra.

Por aquellos d�as se sent�a particularmente malhumorado con el asunto Matesa. Cuando el caso explot� aquel verano, se encontraba en una convivencia en Molinoviejo. Los mayores trataron de quitarle importancia al asunto e incluso, un d�a, el director de la convivencia, Rafael Termes, lleg� a prohibirle hablar del tema en la tertulia. Como le explic� en privado Jos� Javier Jacoiste, era l�gico que al Padre no le gustase que se tratara de un asunto en el que hab�a hermanos implicados. Su enfado subi� de tono cuando se les ley� a todos una nota enviada por los superiores en la que se les daban los criterios para comportarse respecto al tema. La nota dec�a, en s�ntesis, que no se pod�a dudar de la buena intenci�n ni del esp�ritu recto de los ministros de la Obra y que por ello era preciso disculpados en p�blico y en privado, ya que los superiores garantizaban que nadie de la Obra se hab�a lucrado personalmente.

Aquel planteamiento sublev� a Antonio. Como siempre, los superiores trasladaban las responsabilidades al plano de las intenciones, cosa que no pod�a admitirse en la vida p�blica. �l hab�a discutido docenas de veces ese criterio, que Caama�o le suministraba cada vez que iba a quejarse de la escasa moralidad p�blica demostrada por los hombres de la Obra. Una y otra vez, siempre que se descubr�a alg�n tinglado en que hab�an participado los miembros de la Obra, le daban la misma respuesta. "En realidad -le hab�a dicho una vez un antiguo compa�ero de universidad, ex falangista, con quien tomaba caf� cada cierto tiempo-, el r�gimen est� tan podrido por todas partes y existe tan escaso inter�s y tan estrecho marco para denunciar la corrupci�n, que vosotros dais la impresi�n de ser los menos sucios, puesto que os conform�is con la protecci�n oficial a vuestros apostolados de ense�anza y al mantenimiento de la ortodoxia doctrinal cat�lica. Pero yo te aseguro -hab�a a�adido con indignaci�n- que todos estamos metidos hasta el cuezo en este dichoso r�gimen, que no s�lo ha protegido al especulador y se ha valido de los vicios de todos para sobrevivir, sino que ha traicionado las ideas de justicia y redenci�n del pueblo, que nosotros, los falangistas, como unos idiotas, cre�mos que iban a ser respetadas y puestas en pr�ctica al final de la guerra".

Antonio, que no hab�a tenido muchos amigos entre los herederos del bando vencido

en la contienda civil, hab�a aprendido con el tiempo a detectarlos, entre otras cosas por esa especie de rabia contenida que demostraban ante el espect�culo del r�gimen, a cuya cr�tica se sumaban ya los desilusionados de �ste. Un funcionario de correos, que hab�a entrado en los negocios de los Cuadrado despu�s de una depuraci�n y una larga estancia en la c�rcel por sus ideas republicanas, le dec�a con cierta frecuencia que la Obra estaba sirviendo de nuevo apoyo al franquismo, una vez que le iban fallando los anteriores. De todas maneras, el mundo mercantil, con su pragmatismo cotidiano, no era especial lugar para la especulaci�n pol�tica, y Antonio hab�a comprobado que, en ese terreno, cat�licos y falangistas, mon�rquicos y republicanos, ostentaban una moral parecida. Y ahora que estaba de moda el estilo agresivo en los negocios y la moral del �xito, nadie hac�a muchos ascos al precio que hab�a que pagar por ello en t�rminos �ticos.

"�Qu� distinto- pensaba Antonio mientras se acostaba- de aquellos sue�os inocentes de hace veinte a�os, cuando, al entrar en la Obra, pensaba que la ejemplaridad de los hombres del Opus deb�a ser acicate y est�mulo para la santificaci�n de todas las actividades terrenas! Y qu� pena que, para conseguir influencias y plataformas, la Obra tenga que caer en las mismas inmoralidades, chanchullos y secretos de archivo que al principio tanto se criticaban!". Como le dec�a su amigo banquero, "esa cuadratura del c�rculo que pretend�is es imposible. Si quer�is dar ejemplo de sobriedad, de renuncia y de espiritualidad, m�s vale que os apart�is de muchas cosas, sobre todo de la pol�tica y los negocios, porque si a mis sesenta a�os yo s� algo de la vida, es que todo eso pringa y un d�a, os encontrar�is justificando moralmente, en nombre de esa santidad que predic�is, las mismas chapuzas, arreglos e injusticias que otros hacemos sin pretender justificadas".

A la ma�ana siguiente, Mariano se despert� con la sensaci�n de cansancio que acompa�aba sus primeras horas en los �ltimos tiempos. Sin duda se trataba de un efecto secundario de la medicaci�n con que le trataban en la cl�nica de Navarra para calmar sus nervios. Desde su regreso de Am�rica, hab�a sufrido ya dos crisis de depresi�n, que le hab�an puesto en manos de sus hermanos, los m�dicos de la universidad de Navarra. Con la mejor intenci�n, ellos le administraban Valium, Librium y todo el amplio espectro de las modernas drogas, y Mariano se sent�a cada vez menos due�o de sus actos, m�s ab�lico y m�s dependiente de la medicaci�n. Tras una primera etapa, a la llegada de Lima, en que tuvo un par de conversaciones sinceras y prolongadas con los superiores, se avino a pasar una temporada de reflexi�n y descanso en Pamplona y a no cuestionar su vocaci�n durante ese tiempo.

Pero en vano. Aunque durante el d�a se esforzaba por borrar de su memoria su pasado conflictivo y evitar los soliloquios, a base de engolfarse en el trabajo de secretario de la residencia que le hab�an adjudicado, por la noche rebrotaban todas sus angustias y pasaba unas horas horribles. Por dos veces crey� perder la raz�n, y por dos veces le sacaron del hoyo a fuerza de estimulantes y calmantes. En un momento de mayor vigor, pregunt� a un numerario psiquiatra si no ser�a mejor enfrentarse de una vez con su problema vocacional en vez de andarse por las ramas. Hurtando el bulto, el numerario le dijo que �sa era una cuesti�n que deb�a resolver con los superiores, y no con �l. A fuerza de insistir, y por recomendaci�n de don Teodoro que asist�a entristecido al espect�culo, sostuvo dos conversaciones con Rafael Caama�o, en el curso de dos visitas de �ste a Pamplona. Haciendo acopio de fuerzas, le present� sus agravios y sus cuitas. Rafael le recomend� nuevamente descanso y demorar el tema hasta mejor ocasi�n. "Nuestra vocaci�n -le hab�a dicho al despedirse- es un don de Dios que no tenemos derecho a cuestionar sin el consejo de los superiores. Ellos tienen la misi�n espec�fica de ayudamos y quieren lo mejor para nosotros". Mariano no encontraba manera de resistirse a aquella presi�n, mezcla de atenciones afectuosas y firmeza, que le dispensaban.

Pero una tarde sorprendi� una conversaci�n entre el director de la residencia y el cura. Hab�an dejado medio entreabierta la puerta y �l, que cruzaba el pasillo, oy� pronunciar su nombre y no resisti� a la tentaci�n de quedarse escuchando sin hacer ruido. El cura le pon�a como ejemplo de ese grupo creciente de numerarios que ven�an a tratarse a Pamplona de des�rdenes nerviosos y que �l, como capell�n de la cl�nica, hab�a tenido ocasi�n de atender espiritualmente.

"Te aseguro, Ram�n -le dec�a al director-, que es un espect�culo deprimente. He hablado de esto, sin dar detalles, con un psiquiatra que no es de casa y me ha asegurado que �l no ve m�s soluci�n para esos casos que la puesta en cuesti�n de las respectivas biograf�as". "�Pero eso es una barbaridad! -le contest� el director-. Con ese criterio, muchos matrimonios, muchas vocaciones, muchas situaciones establecidas se vendr�an abajo". "Pues la alternativa, seg�n el psiquiatra -replic� el cura-, es incrementar el n�mero de enfermos mentales y, por lo que voy viendo, en la Obra ya tenemos un cupo m�s que suficiente".
No quiso o�r m�s y sali� disparado hacia la calle. Aquello era exactamente lo que necesitaba o�r. De un golpe, brotaron en �l fuerzas desconocidas, un instinto de vivir que no aceptaba m�s aquella presi�n. A la ma�ana siguiente, fue a la cl�nica y sugiri� que le recetaran un cambio de aires, porque ten�a muchas ganas de pasar unos d�as en M�laga. El psiquiatra apoy� la iniciativa y, con su aval, logr� el permiso de los superiores.
Las relaciones de Mariano con sus padres se manten�an en un plano de pura afectividad familiar. Un pudor mutuo les imped�a hablar de cosas personales, y los Anaya, sin mayores elucubraciones, daban por sentado que a Mariano le iba bien en sus aventuras religioso-intelectuales. Hab�an notado, cuando fue a visitarles al regreso de Lima, algunas cosas extra�as, pero lo achacaban al cansancio de aquella fundaci�n. Tampoco Mariano conoc�a ya las claves de la intimidad familiar. Estaba acostumbrado, desde mucho tiempo atr�s, a creer que ellos no comprend�an su horizonte vital y se conformaba con di�logos triviales, compensados por la ternura y el mimo de los brazos y las atenciones maternales. Le aburr�a, pero al mismo tiempo le calmaba, aquel paso de las horas en cotidiana repetici�n de gestos y actos sencillos: la tienda, los amigos del barrio, la tertulia de su padre en el bar frontero, escasamente modificados por la modernizaci�n de las costumbres que M�laga sufr�a a impulsos del turismo devorador. Mariano intu�a, sin embargo, que sus padres sabr�an aceptar su decisi�n por la misma raz�n que, desde muy ni�o, hab�an aceptado su libertad y su modo de ser, y porque conservaban esa disposici�n permanente, producto de su pasado de carencias, a propiciar el que su hijo sacara m�s partido de la vida que ellos. Le bast� mirar a los ojos de su madre y dar una vuelta por el puerto con su padre para saber que podr�a contar con su apoyo.
Cara al mar, en una semana de introspecci�n y fr�a consideraci�n de los hechos, decidi� que ten�a que abandonar la Obra, antes de que �sta aniquilase su existencia. Se convenci� a s� mismo de que Dios, ese misterio que hab�a presidido su vida desde peque�o, no pod�a ser invocado como argumento para obstaculizar su madurez intelectual ni el modo en que las experiencias de su biograf�a configuraban su personalidad. La vocaci�n se iba convirtiendo en un cors� asfixiante, en una constante auto humillaci�n. Y todo porque el Padre hab�a hecho una opci�n concreta entre las muy variadas que el cristianismo ofrec�a a los hombres de fe en aquella segunda mitad del siglo XX. Volv�a a su independencia instintiva, a aquella abolici�n de intermediarios con el Absoluto que tanto le hab�a cautivado en los m�sticos y, por primera vez en muchos meses, se sinti� de nuevo reconfortado por las poes�as de San Juan de la Cruz, que repasaba despacio, bajo el calor tibio del sol invernal, en un banco del parque. Lentamente se ilusionaba con una nueva etapa de su vida acad�mica, abierto a nuevas corrientes intelectuales, a nuevos retos de la civilizaci�n, en alg�n lugar donde las ortodoxias de grupo y el ambiente inmediato no secara la espontaneidad creadora. Igualmente, gracias a su aventura peruana, lograba interesarse en esas epopeyas de la historia de los pueblos concernientes a la liberaci�n, a la explosi�n de situaciones encadenadas, algo que su tranquilo pasado espa�ol, protegido por la vocaci�n, ajeno a otras realidades del pa�s, le hab�a impedido desarrollar. �Qu� estrechos encontraba los horizontes intelectuales de sus compa�eros de Navarra, sensibilizados constantemente para una caza de brujas de la heterodoxia, neg�ndose a dialogar sobre las contradicciones de la vida espa�ola, ansiosos �nicamente de mantener el confort y la seguridad psicol�gica de una clientela embaucada por la ilusi�n inmovilista del catolicismo de consumo burgu�s!
Con la fuerza de su decisi�n, plante� a la vuelta la necesidad que experimentaba de esclarecer su situaci�n, sin esperar un minuto m�s. Esta vez, convencidos de que la cosa iba en serio, los superiores de Pamplona accedieron a llamar por

tel�fono a Madrid, y Caama�o autoriz� el viaje de Mariano para tratar lo que cada vez m�s parec�a un desenlace.

No forz� a su cuerpo a levantarse instant�neamente, como era costumbre en sus a�os primeros. La Obra se hab�a vuelto m�s comprensiva con el cuidado de la salud y el descanso. Se arregl� despacio y baj� al primer piso, donde ya los dem�s terminaban de desayunar. Con �l bajaba tambi�n Laureano, muy de tiros largos. Mariano apenas cruz� la palabra con aquel hermano suyo, que para tantos cr�ticos de la Obra simbolizaba la nueva alianza cat�lico-capitalista y que unos meses antes hab�a obtenido una parad�jica victoria pol�tica al haber reaccionado Franco al caso Matesa nombrando m�s ministros de su cuerda, presididos por el almirante Carrero. Mariano no estaba interesado en hablar con �l, ya que supon�a que tendr�an muy poco en com�n, pero pens�, al musitar un fr�o "Hasta luego" mientras se levantaba de la mesa, que le ser�a imposible convivir con aquella persona si eran verdad la mitad de los chismes que se contaban sobre su obstinaci�n, su negativa a aceptar las razones del contrario y su pol�tica de valimiento, adulaci�n y silencio eficaz.

Llam� por tel�fono a la Comisi�n regional. Caama�o, muy circunspecto, le pregunt� si hab�a tenido buen viaje y le indic� que le esperaba en seguida en Diego de Le�n. Al salir al vest�bulo de la residencia, se top� con Antonio Cuadrado, que se dispon�a a salir a su vez. Fuera hac�a fr�o. Antonio se dirigi� hacia su "Morris", y al ver a Mariano iniciar desorientado su camino a pie, le invit� a subir.

-Voy a Diego de Le�n. �Te pilla de camino? -Por supuesto.

Algo en la actitud de Mariano hizo intuir a Antonio que en aquel viaje a Madrid hab�a algo m�s de lo que superficialmente le hab�a dicho la noche anterior. Por el camino, le fue preguntando cosas de Per�, de la universidad, de la revoluci�n militar. Cuando lo dej� a la puerta de Diego de Le�n y sigui� su camino, ten�a ya la certidumbre de que aquel Mariano se hallaba tan cerca de la puerta de salida como �l mismo.

Mientras tanto, Mariano franqueaba la puerta de acceso a la casa central de la Obra en Madrid, una vez que una sirvienta portera le hubiera identificado y comprobado por el tel�fono interior que le esperaban. Subi� en un ascensor hasta una de las siete plantas en que se hab�a convertido el primitivo chalet que �l conoci� quince a�os atr�s. En una sala decorada de rojo, le esperaba Rafael Caama�o. Sonriente, le recibi� con un "Pax" y le invit� a sentarse. Encendieron unos pitillos y Caama�o le pregunt� por su salud. Mariano respondi� que aquella estancia en M�laga le hab�a ayudado mucho, pero que tambi�n le hab�a dado mayor seguridad en su decisi�n de apartarse de la Obra. Caama�o apel� inmediatamente a razones de tipo afectivo. La Obra estaba muy satisfecha de su papel en la fundaci�n de Piura y, si lo hab�an movido de all�, hab�a sido por razones de unidad, para no perjudicar la unanimidad de criterios que siempre deb�a existir en sus apostolados. Pero todos reconoc�an el esp�ritu de servicio y la dedicaci�n de Mariano. �ste empez� un nuevo recitado de sus agravios intelectuales y, a medida que sus argumentos se volv�an m�s rotundos, la cara de Caama�o se tornaba m�s grave.

-�Y no podr�as -le interrumpi�- hacer un voto de confianza en el Padre, en su carisma, y esperar a que �l nos vaya dando criterios sobre esas aparentes contradicciones?

-Es que ni son aparentes, Rafa, ni yo espero que el Padre cambie. Al fin y al cabo el Padre es hijo de su tiempo y de su educaci�n y tiene todo el derecho a pensar como piensa y a exigir a sus seguidores fidelidad a su doctrina. Pero tambi�n tenemos derecho a abandonarle los que no compartimos sus puntos de vista ni queremos encarnarlos. Al fin y al cabo, este proceso de disensi�n es tan antiguo como la historia de los grupos humanos, y la historia de la Iglesia no es una excepci�n. �No quedamos en que hay libertad para dejar la Obra cuando nos plazca?

-�Y, ad�nde vas a ir ahora? �No sientes miedo a la soledad, al anonimato de la calle, a la p�rdida de nuestra vida de familia a tus cuarenta a�os?

-Ten por seguro que s�. Pero todo eso es mejor que esta constante auto negaci�n y esta zozobra.

Hab�a levantado la voz con cierta excitaci�n en las �ltimas frases y Caama�o trat� de calmarle:

-Bueno, hombre, no te pongas as�. Si te empe�as, iniciaremos los tr�mites para pedir al Padre que te dispense de tus votos y, mientras, te procuraremos la dispensa de vida en familia para que puedas vivir solo con autorizaci�n de la Obra. A lo mejor, en ese tiempo, todav�a cambias.
-Me parece que no me has entendido, Rafa. Me quiero marchar ya, lo antes posible, y te ruego que no hagas m�s desagradable mi situaci�n.
Caama�o vari� de talante y le dijo secamente: -esperar�s en Madrid la realizaci�n de los tr�mites que, como socio de la Obra, te has comprometido a observar. Procuraremos darnos la m�xima prisa, pero no olvides, Mariano, que la Obra es una organizaci�n de la Iglesia, con sus reglas para hacer las cosas a las que tenemos que sometemos todos. Te llamar� por tel�fono en cuanto tenga algo que decirte.
Y, sin mediar otra palabra, se levant�, le acompa�� al ascensor y le despidi�.
Cuatro d�as despu�s, volvi� a encontrarse con Caama�o, esta vez en la residencia de Daniel Urrabieta. Durante aquel tiempo, se hab�a dedicado a visitar algunos centros culturales de Madrid, hab�a pasado horas en el British Council, rodeado de aquellas revistas que le recordaban otros esquemas culturales, y hab�a evitado en lo posible quedarse en la casa, porque la residencia le deprim�a. Era una casa de mayores, donde viv�an, entre otros numerarios, Luis Valls, Jorge Brosa, Laureano y unos curas extremadamente aburridos, que permanec�an horas en la sala de estar mientras los dem�s iban a su trabajo, leyendo peri�dicos, viendo la tele, cautivos en conversaciones anodinas, vulgares, que le daban grima. El d�a anterior hab�a reemplazado a un numerario en el encargo de dar un c�rculo a los supernumerarios importantes. �stos, los ministros, los altos funcionarios, los banqueros, los comerciantes, depend�an jer�rquicamente de la residencia de Daniel Urrabieta, aunque las confidencias o charlas peri�dicas sol�an sostenerlas con los superiores de Diego de Le�n. En aquel c�rculo, hab�a hablado de Per�, de su pobreza y subdesarrollo, y se hab�a calentado un poco al referirse a la vocaci�n cristiana a la justicia, muy al estilo del Concilio. Observ� algunas malas caras entre los asistentes, en especial la de un numerario que asist�a tambi�n al c�rculo, pero no le concedi� importancia. Al encontrarle en el pasillo, Caama�o le salud� e inmediatamente le llev� aparte.
-Te estaba buscando. Parece, Mariano, que ayer diste un c�rculo poco acorde con el esp�ritu de la Obra. Eso no est� bien y, para evitarlo, he dicho al director que no te encarguen actividades de esa naturaleza mientras te encuentres en la presente situaci�n.
Mariano no tuvo tiempo de reaccionar porque Caama�o se march� inmediatamente. Enfadado, se fue a dar un paseo por la todav�a tranquila colonia del Viso. A los pocos pasos, se top� con Antonio Cuadrado, que caminaba muy cabizbajo. Venciendo una primera sensaci�n de sorpresa, se juntaron en el paseo y Mariano, sin m�s, le relat� su enfado por la reprimenda que le acababa de echar Rafa.
-Parece que el d�a va de broncas -le contest� Antonio-. A m� tambi�n me ha tocado mi raci�n. En concreto, Rafa me ha prohibido discutir con Laureano en la tertulia. Me ha pedido en s�ntesis, por el bien de la paz, que no toque temas conflictivos. Y todo porque el domingo, antes de cenar, sali� el tema Matesa y yo di mi versi�n. Los de Diego de Le�n se enteran de todo lo que pasa en esta residencia.
-�Y eso por qu�- pregunt� Mariano-, habiendo tantas casas de la Obra?
-Pues muy sencillo. La cantidad de plataformas apost�licas, empresas y otras cosas con que cuenta ya la Obra requieren apoyo gubernamental, y Laureano es el pa�o de l�grimas de, la Comisi�n. Si vivieras m�s tiempo en Daniel Urrabieta, ver�as c�mo cada lunes y cada martes te encontrabas aqu�, encerrados con Laureano, a Rafa Caama�o, C�sar Ortiz o alg�n otro superior... Luego est� lo de la ortodoxia cat�lica. Tienen que mantenerse compinchados para llevar la contraria al Vaticano y a los obispos m�s o menos "progres". y finalmente aqu� estan adscritos todos los supernumerarios importantes, y los superiores vienen a zanjar peleas, a suavizar tensiones, como las del Banco Popular entre Valls y Arana, las del diario "Madrid" entre Calvo Serer y Valls, o entre los ministros; y como ellos quieren cuidar a Laureano, pues se procura que los dem�s no le demos el co�azo. As� de sencillo. Yo espero que, a fuerza de poner de relieve todas esas cosas por escrito, ahora que va a haber un congreso general de la Obra, los que pensamos que hay que reformarla y volver a un esp�ritu m�s

evang�lico lograremos convencer al Padre.
-En eso me parece que te equivocas, Antonio. Por la poca historia y sociolog�a que yo s�, la Obra, viviendo su fundador y siendo �ste como es, no va a cambiar en absoluto. M�s bien todo lo contrario.
Y procedi� a repetir a Antonio la larga argumentaci�n que al efecto hab�a elaborado y utilizaba en sus discusiones con los superiores.
-Por eso -concluy�- estoy aqu�, para liquidar esta etapa de mi vida e iniciar r�pidamente otra, antes de que me consuman estos conflictos y este soberano aburrimiento.
Antonio se qued� pensativo y no dijo nada m�s. Era ya casi la hora de cenar y volvieron a la residencia. Durante la cena escucharon cuatro trivialidades de Brosa sobre la dif�cil situaci�n econ�mica y, luego, en la sala de estar, vieron la televisi�n hasta que se fueron a la cama.
Dos d�as m�s tarde, tuvo lugar una escena parecida. Era el santo de uno de la casa, y todos hab�an procurado evitar compromisos para comer fuera. Estaba invitado Caama�o. Las sirvientas, con cofia y delantal adornados con puntillas, sirvieron en silencio un espl�ndido aperitivo antes de que los numerarios se sentaran a la mesa. Corr�a el whisky y el buen vino. Mariano, mientras se beb�a su copa, observaba el espect�culo. Le hab�a dicho Antonio que en las casas de los mayores en Madrid, quiz� para compensar otro tipo de carencias, se rizaba el rizo a la hora de comer y beber. Estaba comprobando la certeza de la afirmaci�n. Canap�s, tapas de cocina... Aquello era un "capolavoro" de la Secci�n femenina. O�a tambi�n expresarse en la intimidad familiar a los mayores. Quiz�s el que le parec�a m�s rid�culo era Laureano, con su af�n de trivializar las cosas, en una especie de "show" de colegio de frailes. A�n recordaba como, d�as antes, hab�a asistido fascinado a un mon�logo en el que Laureano daba sus razones pata prohibir la difusi�n en Espa�a de la literatura que �l llamaba disolvente. Eran las mismas que daban sus maestros en los a�os cuarenta.
-Lo que hay que hacer con el Movimiento es pararlo -dec�a ri�ndose el ministro, para rematar su relato de un reciente �xito pol�tico.
Oy�ndole, daba la impresi�n de que sus opositores o adversarios eran o peligrosos subversivos contra el r�gimen o tarados mentales. Comentando la salida del gobierno tecnocr�tico de Federico Silva, dec�a precisamente que, en realidad, el suyo era un problema de psiquiatr�a. Finalmente, se celebr� mucho una frase reciente del Padre, comentando las relaciones Iglesia-Estado, en que aconsejaba a los pol�ticos de la Obra maniobrar con el dinero destinado al Vaticano, "�nico lenguaje que Roma entiende".
De pronto, Antonio Cuadrado, muy colorado, aprovech� una pausa para decir que, en su opini�n, el esp�ritu de la Obra era conciliador y que no comprend�a c�mo los pol�ticos, en vez de criticar a sus colegas, no procuraban atra�rselos, ya que estaba claro, seg�n la doctrina original, que en la Obra caben toda clase de cat�licos, siempre que tengan ilusi�n por santificar su trabajo, lo que no se deb�a dudar de ninguno de los mencionados. Se hizo un silencio, hasta que el director reanim� la tertulia.
Cuando aqu�lla termin�, Caama�o se qued� a solas con Antonio y volvi� a censurarle su conducta.
-No es que me parezcan mal tus puntos de vista. Pero es m�s constructivo ponerlos por escrito y mandarlos al Padre, en vez de provocar estas escenas.
-�Pero, Rafa! Llevo as� tres a�os, escribiendo papeles y frenando mis impaciencias sin que me sirva de nada. Ante chorradas como las que suelta Laureano o citas del Padre en plan c�nico, no puedo contenerme, y luego pasa lo que t� sabes.
Antonio alud�a a esa evasi�n que buscaba despu�s de los encuentros conflictivos y que los superiores conoc�an y disculpaban. En los �ltimos a�os se le hab�a creado el h�bito de romper su bloqueo mental por el procedimiento de correrse una juerga, como hizo aquella vez en Alemania. Su evasi�n sexual, que Antonio repudiaba pero no pod�a evitar, como �nico medio para no caer en la exasperaci�n y subsiguiente depresi�n, se achacaba a las tensiones de su vida y se aceptaba. "Ya se arreglar� esto tuyo de la carne cuando se arregle lo otro -le sol�a decir Caama�o-. T� ten fe en el Padre y en la Obra". Lo �nico que Antonio evitaba era el trabarse en lazos afectivos con mujer alguna, con lo cual su expansi�n carnal, que le dejaba tranquilo por un tiempo, no le produc�a satisfacciones de

intimidad amistosa ni le creaba m�s problemas que esa dependencia corporal y las verg�enzas morales consiguientes.

Aquella tarde, Mariano le pidi� a Antonio que, al salir en coche, le dejara en el centro si le ven�a bien. Despu�s de ir en silencio unos minutos, se inici� la conversaci�n, favorecida por el lento fluir del tr�fico.

-Vas de cabreo en cabreo, Antonio. Yo que t� dejar�a tranquila la cr�tica y me plantear�a la salida. Porque �qu� es lo que te retiene en la Obra?

-Hombre, muchas cosas, pero, sobre todo, la convicci�n que ning�n superior me ha contradicho expresamente, de que esto va a cambiar, tiene que cambiar. Esta especie de luna de miel con la pol�tica y los negocios que atravesamos, y que da pie a tantos malentendidos y tensiones, no es sino una trampa, de la que espero que salgamos pronto y en la que el Padre ha ca�do por su af�n de llegar apost�licamente a todas partes a gran velocidad y de montar muchas actividades deficitarias, que requieren una financiaci�n externa. Yo creo que hay en la doctrina fundacional suficientes semillas de espiritualidad para que cambie la estrategia y volvamos a un servicio a la Iglesia menos marcado por estos protagonismos y esas mescolanzas, m�s testimonial, m�s virtuoso, no s�... Rafa me apoya en esta visi�n m�a, a pesar de sus broncas, y �l est� muy cerca del Padre. Adem�s, pese a los atractivos de la vida matrimonial, he visto suficientes conflictos ya entre familiares y amigos para darme cuenta de que, si busco la felicidad por ese camino, es posible que tenga menos �xito. En la abnegaci�n hay por lo menos una especie de seguridad de que Dios premiar� mi esfuerzo con la paz interior, con esa certidumbre del que no quiere nada para s�, que al fin y al cabo es la esencia del cristianismo.

-Me parece Antonio que, a pesar de tu fe, tu entusiasmo y tus buenas intenciones, no te das cuenta del factor hist�rico, biogr�fico, de la Obra, del que hablamos el otro d�a. �Acaso no te has percatado de esa especie de desprecio a las dem�s formas de entender el catolicismo que se respira en casa? �O de todo el montaje contra la renovaci�n conciliar? �O del mecanismo selectivo de atenciones sociales que va desarroll�ndose en la Obra? Ahora que la Iglesia quiere acercarse al pueblo, nosotros robustecemos la liturgia en el lat�n de Trento. Cuando hay conciencia general de que se ha dado poca importancia a la justicia, a los derechos humanos, el Padre erre que erre con la pureza y la obediencia ciega a la autoridad y mientras en otras instituciones se moderan los planteamientos minoristas, nosotros tenemos una clientela burguesa a la que se trata de no asustar. Y no quiero referirme a lo intelectual, porque es abracadabrante. Esa lista incesantemente aumentada de autores prohibidos, ahora que la Iglesia ha suprimido el �ndice, de censuras constantes, ese escamoteo de los documentos papales m�s l�cidos, esa vuelta al catecismo de P�o V... �T� conoces alg�n intelectual serio en la Obra? Hay profesionales pasables, m�dicos, abogados, arquitectos, bur�cratas. Pero los fil�sofos, los poetas, los humanistas, o se han marchado, o est�n castrados por la neurosis o la autocensura. Y eso en una instituci�n que afirmaba que sus numerarios deb�an ser la aristocracia de la inteligencia. �De pena!

Embebidos en la charla, hab�an llegado a la Plaza de Espa�a.

D�jame aqu�, Antonio. Hasta luego.

Y Mariano se qued� en la primera luz roja, dejando a Antonio en plena confusi�n. Antonio intu�a que las cosas eran as�, que no hab�a arreglo, pero se aferraba a su racionalidad, a sus sinceros cambios de impresiones con los superiores. �No ser�a lo suyo miedo a ese salto en el vac�o, un miedo que Mariano aparentemente no sent�a?

Aquella noche durmi� mal. �Qu� pasar�a si toda aquella espera no fuese sino un artilugio de los superiores para retenerle en la Obra a cualquier precio? Una vez, en una convivencia, hab�a o�do contar a un sacerdote mayor la cantidad de mimos y atenciones que se desplegaban para que un hombre que hubiera pasado toda su vida en la Obra no se marchase. En una ocasi�n se hab�a llegado a nombrar superior a uno de los que vacilaban, a ver si as�, con la ilusi�n del mando, se le reten�a. Pero tambi�n, y eso se subrayaba con acentos muy secretos, se trataba de no permitir el desprestigio corporativo, inevitable si se iban los m�s antiguos, los m�s maduros, y de evitar que se difundieran en la calle los conflictos internos. "Los trapos sucios se lavan en casa", era la frase con que sol�an terminar aquellas disquisiciones sobre la perseverancia.

A la ma�ana siguiente, telefone� a Caama�o y solicit� verlo. Not� un extra�o giro en su actitud, puesto que le contest� que, a partir de ahora, se hab�a decidido que �l dejaba de ocuparse de su caso y que se pusiera de acuerdo con los superiores locales para seguir tratando sus problemas.

Aquella devaluaci�n de su importancia le molest�. Rafa le hab�a dicho al principio de sus encuentros que estaba dispuesto a pasar con �l todas las horas que hicieran falta. Y ahora, quiz� por la creciente contundencia de sus argumentos, se quitaba de en medio. Quiso cargarse de raz�n, y horas m�s tarde se present� a saludar a uno de los superiores de la delegaci�n de Madrid, Jer�nimo Padilla, hombre de cortos alcances intelectuales y de gran lealtad. Al recibirle, le anticip� que ya hab�a recibido instrucciones de Caama�o y que estaba seguro que "lo tuyo no tiene importancia, porque quieres mucho al Padre. Ser� cosa de los cuarenta a�os. En realidad basta con no hacerse cuesti�n de tantas cosas..." Al escuchar aquella salmodia mal enhebrada, dicha en tono pueril y como para salir del paso, Antonio se enfad�.

Mira, Jer�nimo, yo llevo tres a�os escribiendo mis conflictos y hablando de ellos con los superiores mayores. Tal y como estaban las cosas hasta hoy, no se trataba de reformarme yo, sino de cooperar en la reforma de la Obra. Pero si lo que me est�s diciendo es que yo soy el problema, cambio de postura y te voy a redactar en una cuartilla cuatro o cinco preguntas que, si no son contestadas de manera satisfactoria, me llevar�n a dejar la Obra.

Trat� Jer�nimo de recoger velas, pero Antonio le fren� cort�smente.

-Ahora mismo te redacto la cuartilla y me voy. Quiero contestaci�n por escrito y en corto plazo.

Ni siquiera fue a la oficina aquel d�a. Se sent�a excitado. Pas� por la residencia a la hora de comer y se encontr� con que s�lo se hab�an sentado a la mesa Mariano y �l. Evitando que se enteraran las chicas que les serv�an, se enzarzaron en el tema. Mariano se mostraba m�s aburrido que de costumbre, porque Caama�o le hab�a dicho que no ten�a todav�a ninguna noticia para �l.

-�Tienes alguna idea de en qu� consisten esos tr�mites? -pregunt� a Antonio-. Seguro que, como jurista, podr�s proporcionarme alg�n dato.

Antonio record� que el director de la casa guardaba en el caj�n de su mesa un ejemplar del catecismo de la Obra y subi� a buscarlo. Hall� el caj�n abierto. Por lo com�n, los documentos internos se conservaban bajo llave y s�lo se pod�an leer con permiso expreso. La legislaci�n de la Obra era confusa. �ltimamente, con todas las derogaciones y cambios fruto de la nueva actitud del Padre, hab�a que ser un experto para reconocer lo que permanec�a vigente. La Obra hab�a dejado de ser un instituto secular, pero tampoco era lo que jur�dicamente el Padre solicitaba de la Iglesia, por no se sab�a bien qu� razones de derecho can�nico y pol�tica eclesi�stica. El catecismo, sucesivamente reformado, se mostraba muy poco expl�cito al respecto. Antonio y Mariano leyeron las escasas frases que el libro dedicaba a la separaci�n de socios y a las penas a los infractores de la observancia.

-Has hecho bien en llamarme la atenci�n sobre esto, porque yo,a pesar de ser jurista como t� dices, no me hab�a planteado con rigor el tema. Por m�s que leo, aqu� no hay sino una potestad absoluta de la Obra sobre nosotros, incondicionada y carente de recursos. Incluso necesitamos autorizaci�n para irnos voluntariamente. Y aqu� no dice nada de plazos ni formalidades.

-O sea -concluy� Mariano- que pueden pasar meses y hasta a�os antes de que me dejen en paz.

Antonio pensaba vertiginosamente. Sus �ltimas horas de confrontaci�n hab�an literalmente disuelto sus �ltimas esperanzas y ten�a la impresi�n de que le estaban tomando el pelo.

-�Sabes lo que te digo? Que si t� quieres marcharte ya, yo tambi�n, y que la mejor forma es poner tierra por medio. Al fin y al cabo, es doctrina de la Obra que las puertas est�n muy abiertas para salir, y no me veo yo con muchas ganas de sufrir unos tr�mites desconocidos y sin garant�a. Vaya escribir una carta al Padre dici�ndole que revoco mis votos. Ya que se insiste tanto en que son privados, s�lo hace falta una privada decisi�n de renunciar a ellos. Pero la carta la echar� al correo sin tr�mite interior, desde fuera.

Mariano le dej� hablar. Interiormente, se sent�a solidario de Antonio. �Qu� ventaja ten�a esperar? �No supondr�an esos tr�mites un nuevo mecanismo de

terrorismo afectivo para volver a someterle a la aniquilaci�n mental de la que empezaba a recuperarse?
-�Y qu� hacemos? -pregunt� Antonio
-Pues lo mejor es quitarse de en medio lisa y llanamente.
-Pero algo habr� que decir al director de la casa, �no? -Yo creo que no, que eso nos llevar�a justamente a lo contrario de lo que perseguimos, aparte que al nuevo director �valiente cosa le importamos!
Antonio hab�a asistido un mes antes a un curioso episodio. El anterior director de la residencia era un catedr�tico de universidad, muy amable, poco estricto y abierto al di�logo, con el que sosten�a conversaciones sinceras y que comprend�a sus conflictos. Al volver Antonio de una corta ausencia, not� una cierta conmoci�n en la casa. Al fin descubri� que la causa era una crisis nerviosa del director, que hab�a sido r�pidamente reemplazado. Aquello le impresion� por unos d�as y alent� sus preocupaciones reformistas. El nuevo director era un arquitecto muy pueril, mezcla de cinismo y fanatismo y, para colmo, franquista hasta la m�dula. La protecci�n ideal para Laureano.
Le explic� a Mariano el episodio y concluy�:
-Lo mejor es marchamos ma�ana despu�s del desayuno, cuando todo el mundo se haya ido a trabajar. Yo dejar� las maletas en la oficina y me ir� unos d�as fuera. A la vuelta, espero quedarme una temporada con mis padres. �T� tienes ad�nde ir?
-Pues ahora que me planteas la cuesti�n de golpe, creo que lo mejor ser� pasar las Navidades en M�laga y luego irme a Am�rica, a tratar de conseguir una plaza de profesor en Stanford.
-�Pues manos a la obra...! Y nunca mejor dicho -concluy� sonriendo por vez primera.
Pasaron la tarde preparando las maletas. Antonio dej� en su cuarto algunos libros y papeles. Sonri� al abandonar tambi�n el cilicio y las disciplinas. La mayor parte de su bagaje personal se encontraba en la oficina. Los continuos cambios de residencia le forzaban a ello, para simplificar esas mudanzas peri�dicas que los mayores tanto tem�an. Mariano, due�o de un modesto hatillo, termin� en seguida. Cenaron con los dem�s, en una de tantas reuniones triviales que eran ya la norma en las residencias de mayores, vieron la televisi�n y se acostaron.
A la ma�ana siguiente, sobre las diez, cargaron el "Morris". En silencio abandonaron la casa y se dirigieron a la estaci�n de Atocha, donde Mariano tomar�a un tren para M�laga. Apenas se dijeron nada. Mariano se sent�a curiosamente tranquilo. S�lo pensaba en el futuro, en su nueva vida. La noche anterior hab�a estado planeando algo que ahora, en plena vigilia, le parec�a casi rid�culo. Una lista de libros que hasta entonces no hab�a podido comprar. Se hab�a dormido seleccionando autores y t�tulos.
Antonio, por el contrario, estaba nervioso. Nada cambiar�a en su vida exterior de comerciante. Pero tendr�a que afrontar una probable conmoci�n familiar, porque su padre, en los �ltimos tiempos, hab�a simpatizado mucho con ciertas personas de la Obra, se confesaba con uno de sus curas y se mostraba cada vez m�s conservador. Lo mejor ser�a, pensaba para sus adentros, plantearle su abandono en el terreno de las relaciones con las mujeres. Aparte ser verdad el hecho de que no pod�a soportar m�s la carga de un celibato sin sentido, probablemente su padre entender�a esto mejor que sus otros conflictos.
En la fr�a y gris ma�ana madrile�a, la estaci�n de Atocha se recortaba en la niebla. Aparc� frente al and�n central y Mariano se ape�.
-Que tengas suerte, Antonio. Y francamente, te agradezco el que me hayas puesto entre la espada y la pared. A lo mejor, sin ti, me quedo atrapado en el l�o.
Mariano se alej�, con una maleta en cada mano. Antonio se qued� un momento ensimismado.
-�Pero venga, hombre, que es para hoy!
Aquel grito estent�reo le sacudi�. Un taxista, pugnando por aparcar, le apremiaba a dejarle sitio. Sonri�, puso el coche en marcha y sali� de la estaci�n, calle Atocha arriba.
CAP�TULO 7. LA PLAYA DE GAND�A
-Irene, �ste es Mariano -los present� jovial Antonio-. �Sabes? Le he contado ya tantas cosas de ti a mi mujer que me parece que tendr�s que estar muy brillante esta noche para no dejarme mal.

Irene sonre�a, muy guapa en su atuendo deportivo y con sus mejores abalorios, como Antonio llamaba a los peque�os obsequios que tra�a a Irene de sus frecuentes viajes.
-Sois como dos cr�os. Lo de vuestra huida del Opus tiene mucha gracia y me imagino la cara que debieron poner vuestros jefes aquel d�a.
Se acomodaron en la terraza interior del bar restaurante Rompeolas. Hac�a una noche preciosa, muy estrellada. Las aceras del paseo mar�timo de Gand�a estaban cubiertas de gente que iba y ven�a charlando, entrando y saliendo de tiendas y cafeter�as. La mesa a la que se encontraban sentados, daba a una cristalera que les proteg�a de la brisa marina y aminoraba tambi�n los ruidos del exterior. No hab�a mucho p�blico. Pidieron unas copas. Mariano sonre�a a Irene. Antonio comenz�:
-�Qu� ibas a contarme de tu veraneo americano?
-�Ah, s�! Fig�rate que, una tarde en San Francisco, me fui a cenar con Katy a un restaurante espa�ol. El camarero que nos atendi� era Joaqu�n Vald�s. �Te acuerdas de �l? Un aragon�s que se hizo cura en la Obra, muy bromista, muy entendido en toros, que en Roma! e ense�� unos lances de capa al cardenal Tedesquini aquel d�a en que Escriv� le invit� al Colegio romano.
-Ya caigo. �Era abogado, no?
-S�, aunque no ejerci� nunca. Al principio me parec�a imposible, pero �l me salud� muy cari�oso. Despu�s de dejar a Katy, volv� a toda prisa al restaurante y estuvimos hasta las tantas charlando. Aquel d�a se public� en la Prensa la muerte de Escriv�, con un art�culo bastante largo del "New York Times", que comentamos. Joaqu�n me cont� su historia. Yo le hab�a visto en M�jico a principios de los a�os sesenta y, por lo visto, por aquel tiempo ya se hab�a hartado de ser cura, de ser del Opus y de la vida que llevaba. Parece que en M�jico se produjo una gran desbandada, y Joaqu�n form� parte de ella. El hombre acept� las condiciones que le pusieron los superiores para marcharse y que inclu�an el no vivir en M�jico ni en Espa�a. �Vaya una barbaridad! As� que se dirigi� a Estados Unidos donde, despu�s de diversos empleos a cual m�s raro, recal� en una universidad de California. All� se abri� paso como lector de espa�ol. Empezaba a estar desahogado de dinero y se cas� con una chica valenciana. Y hete aqu� que la universidad empez� a recortar presupuestos y a exigir el t�tulo de doctor a los profesores. Joaqu�n necesitaba el doctorado de Letras. Vino a Espa�a para las convalidaciones de su grado eclesi�stico, pensando que todo ser�a f�cil. Pero el Opus se neg� a certificarle los estudios eclesi�sticos.
Apel� a amigos, a obispos de la Curia romana. Y nada. Al final prescindieron de sus servicios en la universidad y se qued� en la calle. Su mujer continu� trabajando y a �l no le qued� otra soluci�n que colocarse como camarero. Se ha convertido en una mezcla de c�nico y resentido y me dijo que a veces, cuando cruzaba cada ma�ana la bah�a de San Francisco para ir al trabajo, le entraban ganas de tirarse por el puente.
-�Qu� horror! -exclam� Irene-. �Y por qu� hace eso el Opus?
-Pues muy sencillo -contest� Mariano-. En primer lugar, el Opus, como la mayor�a de las organizaciones que califican de vocacional, sagrada o al menos relevante la pertenencia a ellas, tratan de minimizar las deserciones. Escriv� cre�a que nadie abandonar�a la Obra, porque, en sus cortos alcances, la vida no pod�a tener mejor sentido para los que hubieran probado las delicias de la entrega. Por eso sufr�a tanto con lo que �l llamaba la traici�n de sus primeros y permiti� aquel libelo que escribi� Juan Jim�nez Vargas, "El cateto", donde se pon�a en solfa a uno de los primeros que se fue. El tema de los que abandonan ha sido siempre considerado como tab�, desagradable, inc�modo de hablar en p�blico. A los jefes les gustar�a que los que se van dejasen literalmente de existir, de modo que ellos no se viesen obligados a soportar la existencia de quienes han hecho un corte de mangas o simplemente se han cansado de instituci�n tan excelsa.
"Te�ricamente, se incluyen ciertas reglas de condescendencia respecto a los que renuncian a la Obra, tras los penosos tr�mites del abandono, pero las instrucciones pr�cticas a los miembros recomiendan evitar su trato. Yo mismo lo hice as�, y ahora me arrepiento, con algunos de los que se fueron antes que yo. Recuerdo una an�cdota, tambi�n de M�jico, que en mi opini�n ilustra este asunto

mejor que cualquier an�lisis.
Cuando Faustino Castro, que era cura del Opus, dej� la Obra en M�jico, igualmente despu�s de un desagradable juicio interno, ten�a muchos amigos y dirigidos espirituales entre el clero local. Uno de ellos, que le hab�a perdido de vista hac�a tiempo, fue a la residencia para reencontrarlo, y otro cura de la Obra que le recibi� no s�lo no le dio ninguna orientaci�n, sino que le dijo que desconoc�a la existencia de un cura de tal nombre en la Obra.
-�Joder! -interrumpi� Antonio, exaltado-. No conoc�a esa putada. Algunas veces me he encontrado con "ex" que cuentan penas, pero en general mi impresi�n no era tan mala...
-Y as� es -repuso Mariano- cuando el que se va no plantea problemas, no es contestatario o, en suma, se calla y renuncia a hacerse cuesti�n en p�blico de ese per�odo de su vida. En este caso, e incluso en episodios individuales, de t� a t�, hay quienes reciben apoyo de antiguos compa�eros para recomponer su vida. Pero como hables mal o cuentes algo que no les guste, y se enteren, tratan de hacerte la pu�eta por los medios m�s inveros�miles, especialmente calumni�ndote, poniendo en duda tu idoneidad profesional o simplemente, en el caso de los curas, entorpeciendo o dilatando los procesos eclesi�sticos de re acomodaci�n del sujeto en cuesti�n.
"Pero volviendo a Joaqu�n Vald�s, en el asunto de no darle el certificado hay otro problema a�n m�s importante. Escriv� presumi� siempre, donde quer�an o�rle, de la preparaci�n doctrinal de sus curas, de lo bien que estudiaban la carrera, etc. En la pr�ctica, con esa man�a de incrementar cuantitativamente el reba�o, los estudios internos, que ten�an homologaci�n eclesi�stica, se llevaban a cabo deprisa y sin profundizar. Se valoraba m�s la disposici�n y la lealtad de los candidatos al sacerdocio que su idoneidad y su preparaci�n. y esto es algo que se pone de manifiesto cuando se dan certificados de estudios. La Curia romana, que siempre le ha tenido ganas al monse�or, hubiera ido averiguando los detalles de esos estudios y, a lo mejor, hubiera terminado por negarle el privilegio de ordenar sacerdotes o de permitirles hacer los estudios dentro de la Obra. Lo malo es que, con esa operaci�n, cualquier convalidaci�n para la vida civil con la que ganarse la vida queda gravemente perjudicada, como en el caso de Joaqu�n, a quien se le ha inferido un da�o moral y econ�mico de dif�cil reparaci�n. Y es que, hijo, del mundo eclesi�stico no te puedes fiar para cosas serias ni borracho. O est�s en el mito y entonces... una mala noche en una mala posada, o m�s vale que montes tu vida fuera del alcance de las autoridades, que, como es natural, subordinan sus decisiones sobre las personas a los m�s altos fines de la instituci�n, interpretados por el estratega de turno.
-No entiendo bien eso del mito -intervino Irene.
-Pues est� muy claro, guapa. En las �pocas preindustriales, agr�colas, y aun hoy en extensas zonas de la geograf�a, el instinto humano de contar con una explicaci�n global de la realidad y entender algo sobre el caos y la dureza de la naturaleza f�sica tiene un componente m�tico, es decir, no l�gico o no racional, o no comprobable emp�ricamente, manipulado adem�s por los jefes de la tribu, del grupo, para conseguir la legitimaci�n de su autoridad. Ese componente hace referencia a dioses creadores, interventores, que, en un momento de la historia del pueblo en cuesti�n, hacen un pacto (la ley de Mois�s, la encarnaci�n de Cristo), en cuya virtud toda la vida de ese pueblo y la de sus individuos singulares adquieren un sentido. Y sobre todo un sentido ultra terrestre, mediante la prolongaci�n misteriosa de la vida personal, mucho m�s individualizada en la tradici�n judeo-cristiana que en el mito hind�, por ejemplo, donde el individuo se funde con el Absoluto.
-Que te est�s enrollando, Mariano -brome� Antonio.
-S�, perdona, chico. En s�ntesis, un fragmento importante del mensaje divino, interpretado por los jefes religiosos y pol�ticos, consiste en sublimar el sacrificio, la mala suerte en la vida, el destino aciago o las cabronadas de la gente, especialmente de las autoridades, minimizando la importancia de la vida �sta, que en frase de santa Teresa, de la que existen versiones en cualquier lenguaje m�tico, no es m�s que "una mala noche en una mala posada". El foll�n se arma cu�ndo la solidez del mito se resquebraja por las mil y una razones por las que se resquebraja, y surgen entonces, o culturas y modos de entender la realidad que consideran pernicioso el mito para el denominado progreso humano, o

acomodaciones del mito, por ejemplo, esas pretensiones de la nueva clerec�a sudamericana, que lee el Evangelio de modo distinto a como lo le�an sus antecesores y que desean que el mundo eclesi�stico se apunte a la causa de los derechos humanos, algo que tiene muy pocos precedentes en la historia del pontificado romano.

Antonio tom� la palabra:

-Con esa frialdad de an�lisis, Mariano, no dejas lugar para lo trascendente. Oy�ndote, da la impresi�n de que el ser humano tiene capacidad suficiente para explicar todo lo que le pasa. Yo estoy cada d�a m�s convencido, no s�lo de que necesitamos una fe, un mito como t� le llamas, para que la vida tenga sentido, sino tambi�n de que, como dec�a no s� qui�n, hay m�s cosas en la tierra y en el cielo de las que el hombre conoce.

-No voy a discutir eso contigo, Antonio, sobre todo lo primero. Entre otras razones porque la fe o se tiene o no se tiene, y yo he perdido, al menos la fe que ten�a antes. Sin embargo, me da la impresi�n de que mucha gente sobrestima la importancia de la fe en su vida, o al menos, la sobrestima verbalmente, al hablar. En cierta ocasi�n alguien me dijo aquella tonter�a de que, sin la fe, sin Dios, se suicidar�a. Ya me gustar�a verle cuando, por cualquier circunstancia, dejase de creer. Seguro que encontrar�a alguna otra raz�n para vivir, incluyendo la muy simple de seguir estando vivo. Adem�s, todos, hasta los m�s intelectuales, nos pasamos largu�simas temporadas sin plantearnos esas grandes cuestiones de principio, sin tratar de rellenar los agujeros de la ciencia. Creo que es Becker quien afirma que la civilizaci�n industrial, con la gran cantidad de informaci�n de todas clases a que nos expone y las mil y una actividades a las que permite dedicarse, ha trastornado ese modelo de hombre contemplativo que pod�a emplear horas en discurrir metaf�sicas y que no ten�a otro remedio que discurrirlas, para luchar contra el abatimiento, la explotaci�n o el simple aburrimiento de una vida mon�tona y carente de est�mulos. No creo que a ninguno de los que nos quejamos, por distintos motivos, del duro precio que hay que pagar por participar en esta civilizaci�n de consumo, de continua sucesi�n de contactos humanos, de ampliaci�n del campo de visi�n o acci�n, le apetezca regresar a la elementalidad de nuestros a�os de posguerra, y menos a�n a la cultura agr�cola, compuesta por el paso lent�simo del tiempo, el trabajo brutal y el control obsesivo del individuo por su familia y su entorno, siempre el mismo, siempre repetido. Ya me gustar�a ver a uno de esos rom�nticos del retorno al campo y a las virtudes sencillas metido en un pueblo de Castilla durante el invierno. Seguro que, despu�s de comprobar la imposibilidad de entenderse con los viejos del lugar y aprenderse de memoria los anuncios de la tele, suspirar�a por regresar a la dureza del asfalto.

-En eso estoy completamente de acuerdo -intervino Irene-. Y a ti te pasa igual, Antonio. En cuanto pasamos m�s de tres semanas en Gand�a, a pesar de que esto no es precisamente un pueblo, te mustias, te aburres y te pones imposible.

-De acuerdo, de acuerdo. Pero me parece que os est�is yendo por las ramas. Yo digo y mantengo una cosa muy sencilla, y es que, a pesar de los errores y brutalidades de las organizaciones eclesi�sticas, de nuestro Opus, ellas responden a una necesidad fundamental del esp�ritu y, convenientemente modernizadas, seguir�n siendo importantes. Alguien tiene que preocuparse del mensaje moral, de interpretar y fomentar la solidaridad humana, de premiar el sacrificio, de hacemos mirar por encima de nuestras limitaciones animales.

-�Hombre, eso s�! Nadie duda de que la religi�n haya representado un papel importante como freno de las malas costumbres. Ya dec�a Voltaire que, al fin y al cabo, prefer�a vivir en una rep�blica cristiana, porque el temor al infierno impide muchas cabronadas. Yo estoy dispuesto a aceptar un balance positivo de la mayor�a de las religiones, incluso la nuestra y la musulmana, que me parecen las m�s sanguinarias y fan�ticas. Lo cual no me impide participar de ese com�n sentir popular que desconf�a de los curas y de sus manejos ni de alegrarme de la progresiva disminuci�n de la influencia eclesi�stica. El Opus, que empez� siendo muy m�tico y muy antieclesi�stico, con esa puesta en solfa permanente que Escriv� hac�a de la Curia romana y de los eclesi�sticos que no pensaban como �l, termin� siendo una legitimaci�n del desarrollismo franquista, como con tanta fuerza explica Pep�n Vidal, a quien por cierto acabo de ver fugazmente en Par�s... Pero con tanta teor�a nos hemos olvidado de pedir la cena. A ver,

Irene, �qu� quieres comer?
Irene, que hab�a le�do ya dos veces la carta, contest�: -Ya era hora de que lleg�ramos a esto. Yo quiero pescado, como siempre, y supongo que Antonio tambi�n. En Gand�a comemos mucho pescado, para desengrasar de la dieta carn�vora madrile�a. Esta fritada de pescado variada es buena y est� fresca.
-Pues me uno a vosotros -contest� Mariano. Y pidi� al camarero-: Por favor, tres raciones de fritada de pescado variada. Y ensalada �no? �Seguimos con el vino tinto?
-De acuerdo -asinti� Antonio. Se hab�a quedado moment�neamente ensimismado.
-Ya est� con la amnesia -dijo Irene-. De vez en cuando, en plena comida, o en casa, o de paseo, se me queda pensativo y no hay manera de hacerle bajar.
-Es que no hay por qu� estar siempre hablando, como t� o como �ste -repuso Antonio.
-Yo lo atribuyo -sigui� Irene- a que, de vez en cuando, se acuerda de su vida pasada, monta su pel�cula mental, y adi�s.
-Eso no tiene nada de extra�o, mujer -intervino Mariano-. Yo creo que la nostalgia que siente Antonio, y que a veces tambi�n siento yo, es similar a la nostalgia de muchas personas por tiempos m�s solidarios y compactos, por grupos m�s homog�neos y afectivos, unida casi siempre a las �pocas juveniles. En esta soledad urbana en que vivimos la mayor�a, con un Madrid carente de cohesiones c�vicas, donde cada uno va a lo suyo y se ha implantado la ley de la selva de la competencia capitalista, unos a�oran el pueblo, otros la camarader�a de las trincheras... Los cuarentones a�oramos los fuegos campamentarios del Frente de Juventudes, los fratrias del Opus y otras solidaridades religiosas o, simplemente, la camarader�a de la pandilla universitaria o del caf� o el deporte de �pocas m�s vivibles, m�s �ntimas...
"Hay que reconocer que en el Opus de los a�os cuarenta y cincuenta �ramos, como los mosqueteros, unos para todos. Cuando ten�amos ex�menes, la gente se quedaba de noche para ayudarte a repasar los temas: si estabas enfermo, te hac�an compa��a; viaj�bamos juntos en verano... Ten�as la sensaci�n de ser relevante en el marco de una epopeya que ahora puede parecemos trivial y provinciana, pero que resultaba sin duda fascinante para aquellos ni�os de clase media, sin apenas m�s horizonte que una Espa�a mon�tona y carente de matices. La fe, el arca de referencia de la religi�n, con continuas llamadas a identificamos con los primeros cristianos, con la tradici�n conservadora espa�ola, hecha de sacrificios individuales a un flamante y totalitario destino colectivo, significaba un asunto muy gordo, que nos proporcion� largas temporadas de conciencia heroica, garantizadas por el continuo traj�n de oraci�n, mortificaci�n y apostolado que nos tra�amos y que nos permit�a literalmente olvidarnos de nosotros mismos. Ten�amos la sensaci�n, al dejar por obediencia a la novia, al cambiar de ciudad, de profesi�n, de que est�bamos metidos en una reproducci�n fiel de los disc�pulos de Cristo. Y aunque despu�s haya pasado todo lo que ha pasado, en nosotros y en la organizaci�n, es imposible no recordar las solidaridades y el fervor de aquella �poca como otros recuerdan la dulzura del noviazgo desde la desilusi�n matrimonial. Yo creo que aqu� se tocan las profundidades m�s rec�nditas del inconsciente, que tanta tinta hace derramar a psic�logos, soci�logos y antrop�logos, pero que, para m�, han descrito mejor los poetas y los dramaturgos. No se sabe bien c�mo, pero este animal simb�lico que somos busca constantemente un pentagrama donde inscribir su canci�n individual, en la que solicita reconocimiento, integraci�n, relevancia.
Necesitamos que cuenten con nosotros, que se nos diga que somos importantes, que nuestras acciones sean contempladas por alguien (un amigo, un jefe, una mujer, un Dios), destinatario de nuestros gestos de relevancia. No voy a referirme, por obvio, al amor o a las grandes solidaridades de grupo que han encauzado en la historia ese instinto, pero no cabe duda de que la religi�n, y sobre todo un Dios lejano y cercano a la vez, interlocutor principal de cada uno, han sido la soluci�n de esa tensi�n humana, de ese deseo de no estar solo, de comunicarse radicalmente.
-�Qu� bien hablas! -coment� zalamera Irene.
-�Y c�mo te enrollas! -balbuce� entre bostezos Antonio-. Desde luego, los humanistas ten�is una manera de sacarle punta a las cosas que no tiene precio y donde lo m�s sencillo se convierte en problem�tico. Para m�, por muchos adornos

que quieras ponerle al asunto, toda la naturaleza humana est� programada por una causa superior, que la revelaci�n nos ha medio desvelado, aun con grandes lagunas, que hay que rellenar con la fe, con la confianza en un Dios padre. Todas las averiguaciones de la psicolog�a moderna no son sino explicaciones rebuscadas de lo que sabemos gracias a esa mezcla de fe e intuici�n que est� al alcance de cualquiera. Y para m� no cabe duda de que la excesiva racionalizaci�n del yo, eso que est� tan de moda ahora, no es sino un recurso fallido de una sociedad enferma, enferma de principios.
-Ya sali� el fundamentalista que todos llevamos dentro -glos� regocijado Mariano-. No me faltaba m�s que encontrarme en Gand�a aquello de lo que vengo huyendo. Porque, en Estados Unidos, despu�s de una d�cada de cuestionamientos, durante la cual, quiz� por primera vez en su historia, los intelectuales, los marginados del "main stream", empezaban a poner en discusi�n, con ayuda de las minor�as deprimidas, los cimientos de la �tica capitalista y de la filosof�a de la vida del blanco protestante, han vuelto los fundamentalistas... Esos t�os, seguros de s� mismos, que se tienen por descendientes de aquella panda de puritanos resentidos, que montaron una convivencia basada en el inter�s inmediato y pragm�tico, con apelaciones constantes, eso s�, a un Dios sacado directamente de una Biblia luterana... y es que me sacan de quicio �C�mo pueden estar tan seguros de lo que es la vida? Y sobre todo, �c�mo pueden estado hasta el extremo de organizar una civilizaci�n que, a pesar de todos sus adelantos t�cnicos, se basa en poner al servicio del consumo de unos pocos el esfuerzo y la miseria de los muchos, hasta necesitar montar un aparato b�lico y represivo incre�ble a todo lo ancho del planeta? Porque lo que no dec�an esos nuevos santones de la democracia americana, el Sam Erwin del Watergate o los investigadores de la CIA, era que mucho m�s s�rdido que el tejemaneje de pol�tica interna es y, sobre todo, ha sido la decidida protecci�n a los reg�menes tir�nico s en todo el mundo y el pacto, a cualquier precio, con las oligarqu�as locales, para mantener las inversiones americanas en el exterior y sus corolarios b�licos. Y cuando esa misma gente predica el fundamentalismo religioso y los esquemas acartonados de interpretaci�n de la realidad, me entran ganas de borrarme del planeta.
"Pero, aparte de esa configuraci�n de la religi�n como ideolog�a de la clase dominante, que es ya un lugar com�n en el adoctrinamiento socialista o en el mero abrir los ojos a la realidad, lo que me parece m�s importante en ese fundamentalismo que t�, Antonio, transpiras es su car�cter de escapatoria a la anomia, a lo desconocido, consustancial al ser humano desde que �ste existe. T� y yo, pero otros adem�s de nosotros, a la hora de encontrar sentido a los momentos malos de la vida, quisi�ramos que hubiera alguna raz�n coherente. Como dice un compa�ero de facultad, antes, cuando ten�as un hijo subnormal, pod�as asirte a una explicaci�n sobrenatural, a la idea de un castigo divino o, a�n m�s retorcidamente, a la de una cruz que deb�as llevar para mejor entrar en el cielo. Ahora nos asusta la fr�a realidad estad�stica de los cromosomas y los genes, y esa especie de vac�o de responsabilidad producido por la ausencia de los dioses en nuestro horizonte mental. De un Dios al que echarle la culpa, o a quien impetrar, o con quien negociar esas lagunas de significado que presenta la vida.
"De ah� que la gente que tiene suficientes agallas para enfrentarse en pelotas a la realidad, sin buscar explicaciones metaf�sicas ni causales, sea muy poca. Es decir, hay poca que reflexione conscientemente acerca de ese vac�o y que lo asuma, porque cada d�a existen m�s ateos pr�cticos, que simplemente se atienen a lo de cada d�a, sin mayores planteamientos y, cuando les pasa algo incomprensible, lo embotan a base de trabajo o de estupefacientes de otra naturaleza. Pero sigue habiendo millones de fundamentalistas, peligros�simos, porque, en su af�n de conseguir una seguridad psicol�gica, usan el poder pol�tico, econ�mico, familiar que poseen para que los ritos sociales sigan dominados por la inmovilidad de lo est�tico y frenan la din�mica y la confrontaci�n de ideas y actitudes de las maneras m�s inveros�miles. Y no es que ellos no hagan cabronadas. Las hacen y son conscientes de ello. Pero se han montado un mecanismo de justificaci�n que consiste en trasladar al plano de la conciencia, en las llamadas relaciones personales con Dios, la mayor�a de los conflictos que, en puridad, habr�a que resolver mediante la confrontaci�n

social.
"A m� los fundamentalistas, los que est�n seguros de s� mismos y de su visi�n del mundo, me dan escalofr�os, sobre todo si disponen, que siempre disponen, de autoridad.
-Bueno -interrumpi� Antonio-, v�monos a la cama que es tard�simo.
-S�, ya es la una y media -concret� Irene.
Pagaron, y el matrimonio acompa�� a Mariano al hotel, despidi�ndose con un "Hasta ma�ana".
A la ma�ana siguiente se encontraron en la playa. Jugaron un rato con los chicos, a los que Mariano invit� a algunas chucher�as.
-No me los descompongas -protest� Irene-, que luego se ponen insufribles para comer, con tanto chicle y tanto refresco.
-No s� si habr�is observado -coment� Mariano- que los ni�os de ahora tienen siempre que estar chupando o mascando algo. No logro acordarme bien de ese per�odo de mi infancia, pero creo que nosotros no �ramos as�, quiz� porque la vida no nos lo permit�a.
-�Y que lo digas! -confirm� Irene-. Estos chicos te salen por una fortuna en chupachups y dem�s lindezas.
-A veces pienso -terci� Antonio- que los ni�os vienen ahora al mundo con una mayor ansiedad, que tienen que calmar con m�s excitaci�n, sea visual, auditiva o digestiva. Parece que van adelantados, como los coches cuando no les funciona bien la combusti�n.
-El espect�culo de la adolescencia forzada es impresionante -pontific� Mariano-. Por muchas razones, mantenemos a los ni�os durante cada vez m�s a�os en una mera actitud consumidora y de puro aprendizaje te�rico. De ah� nacen tantas y tantas subculturas juveniles. Es algo que excede de los l�mites de clase y grupo. Parece como si, por falta de ilusi�n en participar del mundo adulto, o porque nosotros no estamos tan convencidos como nuestros padres de la necesidad de disciplinar a los ni�os desde muy pronto y preparados para una fijaci�n, una profesi�n, un matrimonio, los chicos, desde la infancia a una cada vez m�s prolongada adolescencia, no hacen sino demorar sus opciones vitales serias. Es decir que, por un lado, con la pr�ctica de la gratificaci�n instant�nea, no perdonan una y quieren consumir de todo desde peque�os. Y por otro, con la permisividad adulta y el fen�meno del paro en el mercado del trabajo, am�n de la progresiva desaparici�n del servicio militar, la gente joven, salvo si lo necesita con urgencia, no tiene prisa por colocarse ni crear un lazo afectivo fijo. y hay millones de gente as�.
-A veces pienso -intervino Antonio- que, entre la superpoblaci�n, la crisis del sistema y la estrecha pol�tica nacionalista de los gobernantes, el mundo que espera a estos chicos ser� espantoso. Y quiz� por eso, me siento m�s inclinado a no negarles ahora esas satisfacciones elementales. �Y el sexo? �No has le�do esa estad�stica seg�n la cual se producen m�s de cinco mil embarazos al a�o entre las colegialas inglesas?
-�C�mo dices? -intervino Irene.
-Pues que, a pesar de todas las precauciones y de la educaci�n sexual temprana, la precocidad en este terreno sigue originando conflictos -le contest� su marido.
-En realidad, no s� para qu� se publican esas estad�sticas -apunt� Mariano-. Son ganas de enfurecer a�n m�s a los conservadores. La verdad es que el fen�meno de la escolaridad obligatoria, es decir, el encierro forzoso de todos los ni�os y ni�as juntos siete u ocho horas al d�a, por fuerza ha de provocar, entre otros, esos efectos en una sociedad que ya no vigila tan estrechamente como antes a sus menores ni les impone pautas de comportamiento tan estrechas como las que nos impusieron a nosotros.
-�Cinco mil embarazos al a�o! -repiti� Irene, mirando fijamente a Elenita, que jugaba con otros cr�os al borde del agua.
-Bueno, no es para tanto -brome� Mariano-. Has de tener en cuenta que en Inglaterra existen m�s de doce millones de colegiales entre los diez y los dieciocho a�os.
-�Qu� vas a hacer por fin, Mariano? -pregunt� Antonio-. �Te quedas en Gand�a?
-Bueno -le contest�-. No se est� tan mal aqu�, y quiz�s aguante una semana. Me han hablado en el hotel de dos o tres sitios pintorescos y voy a explorar un

poco esta costa que no conozco. �Cenamos de nuevo juntos esta noche?
-Id vosotros solos -intervino Irene-. Me ha empezado el dichoso dolor de cabeza mensual y os voy a dar la cena.
-Entonces, a las lo en el Bayren -quedaron los amigos.
Despu�s de cenar, se sentaron en el vest�bulo del hotel. No hab�a casi nadie. En una sala cercana, diez o quince personas ve�an la televisi�n. Comentaron sus respectivas ilusiones y desilusiones, sus aspiraciones futuras.
-A veces -confes� Antonio-, me entra una desilusi�n global por la trivialidad de la vida que llevo y me dan ganas de volver a renunciar a todo, ya que no me siento con las fuerzas ni la �tica suficientes para meterme en una de esas nuevas solidaridades que tratan de cambiar el mundo. He conocido a varios pol�ticos de izquierda que, desde su clandestinidad, gozan y se emocionan con su papel en la Espa�a futura y hablan de sus esperanzas de ilusi�n colectiva, que me dan a la vez envidia y miedo.
-No s� lo que har�s t� -contest� Mariano-, pero lo que es yo no pienso alistarme en ninguna militancia absoluta, despu�s de la experiencia por la que pasamos y al final, Antonio, todas las militancias son muy parecidas. Yo no s� por qu� demonios no podemos dejar de seguir aspirando a ser l�deres de algo y a continuar haciendo alg�n tipo de apostolado.
-Me contaba el due�o de unos grandes almacenes -coment� Antonio- que los curas que renuncian resultan magn�ficos vendedores, porque poseen ya un gran entrenamiento en el arte de la persuasi�n. Curioso, �no?
-De todas maneras, si trato de controlar algo mi vida, que la controlo poco, es en lo tocante a nuevas haza�as relacionadas con el hecho de convencer a alguien de algo. Primero, porque todav�a me encuentro de vez en cuando por la calle con alguna pareja, y la mujer, medio en broma medio en serio, me recuerda que yo, con mi entusiasmo y mi apoyo moral, soy responsable en buena parte de que tengan tres hijos en vez de dos. Y segundo, porque he dejado de considerarme aquel ser excepcional, se�alado por la providencia para desempe�ar un gran papel en la historia en relaci�n con la gente com�n. Siento que formo parte de la gente com�n. Me jode creer que mi existencia tenga un halo especial, y la experiencia me dice que debo aprender a dejar de sentirme importante. A dejar de contemplarme el ombligo y seguir alimentando eso que llam�bamos vida interior y que no era sino una fuente de ego�smo individual y corporativo. A m� me pasan las mismas o parecidas cosas que a todo el mundo y, si soy un intelectual, es porque no me puedo liberar de esa segunda naturaleza, subproducto del mundo eclesi�stico en que hemos vivido y que nos lleva a lo que nos lleva. �Lo que me ha costado sentirme solidario de afanes concretos, de tragedias elementales, de placeres sencillos! Y todav�a me cuesta. Y todav�a, en el fondo, soy un lujo de la sociedad, una correa de transmisi�n, un mediador de los verdaderos poderes, que nos utilizan, bien para legitimar sus controles, bien para alimentar sue�os de evasi�n entre las masas, como los payasos de circo. Pero, en fin, ahora al menos selecciono mis alienaciones y no consiento que nadie me vuelva a prefabricar lo que me quede de vida.
-Bueno, pero eso lo consigues a fuerza de no comprometerte casi en nada. No te has casado, no tienes pa�s u oficio estable. As� ya se puede...
-T� d�jame con mi vagabundeo y hablemos de los viejos amigos. Supongo que en tu vida profesional te seguir�s topando con ellos, �no?
-Desde luego. Pero, �sabes?, los encuentro aburridos, anticuados, incapaces de hablar de temas relevantes. Si te acuerdas, en la primera �poca no nos quit�bamos de la boca la propaganda. Est�bamos orgullosos de la Obra y quer�amos convencer y atraer a todo el mundo. Hoy, ni hablar. Su propaganda es negativa. Se limitan a explicar lo que no es el Opus. Se mantienen a la defensiva y se dedican principalmente a protestar de lo mal que va el mundo y, especialmente, de lo mal que van las costumbres. La bas�lica es la �nica iglesia de Madrid donde todav�a amenazan con el infierno a las mujeres que toman la p�ldora y, por lo visto, la censura interna de libros y revistas ha llegado a paroxismos incre�bles. Desde que mataron a Carrero y hay cierta manga ancha para escribir sobre el Opus, est�n desasosegados, cada vez m�s encerrados en s� mismos y menos propicios a hablar. Y como parece que en el Vaticano no les quieren dar la aprobaci�n, el l�o jur�dico es may�sculo. Y luego, que cada vez se descubren m�s chanchullos, m�s ajustes de cuentas y m�s porquer�as. Todo por el af�n que en

los �ltimos tiempos le entr� a Escriv� de notoriedad y poder. Fig�rate que le dio por rebuscar en las genealog�as, hasta que top� con que ten�a sangre azul. Al final, el pobre, que no entend�a nada de lo que estaba ocurriendo, se consolaba con aquel culto a la personalidad de Torreciudad, con los regalos fastuosos. Parece que Antonio P�rez, el que fue secretario general y al que ech� con grandes excomuniones, cuenta que le pidieron de Roma una condecoraci�n espa�ola para el Padre. En un periquete la consigui� del ministro de turno, hizo engarzar unas piedras nobles en oro y se la llev�. El pobre se qued� asombrado porque el Escriv� se la devolvi� airado. Luego �lvaro Portillo le explic� que al Padre s�lo se le pod�an regalar diamantes.

"Las mujeres, que se fijan mucho en detalles concretos, cuentan cosas divertidas de su intimidad romana, de su mal disimulado gusto por el vino de marca, "que me ten�is que servir en jarra si sois p�caras", de su zafiedad. Anda por ah� una chica a la que encerr� tres meses en Roma para castigar no se sabe qu� desviaciones apost�licas y a la que le registraban hasta el algod�n higi�nico. Al parecer, se le volvi� el pelo blanco de resultas de su encierro. El Escriv� la llamaba puta delante de las otras. Por fin, se escap� literalmente de all�. A lo mejor un d�a escribe sus memorias.

-Sin embargo, Antonio, Escriv� era bastante pueril. Yo no s� si se debe a que el sacerdocio cat�lico ya no me dice nada en t�rminos m�gicos o a que, con el tiempo, he devaluado mi imagen de aquel hombre, pero creo que su �nica fuerza radicaba en nuestro fanatismo. Todav�a me acuerdo de una visita a Roma en que estando yo delante, que ya no era muy de fiar, ponderaba su amistad con Carrero y presum�a de haberle recomendado como ministro a S�nchez Bella. �De qu� pretend�a convencerme con eso? En el fondo, no era m�s que un voceras extrovertido. Por eso los que le rodeaban y le conoc�an bien tomaban precauciones para que no se quedase solo con nadie. A�n recuerdo la cara de extra�eza de Jos� Mar�a Pem�n que, comiendo en Jerez conmigo y otros, tuvo que soportar una dura cr�tica por sus aseveraciones sobre la militancia mon�rquica de Escriv�. Pem�n aduc�a que hab�a hablado a fondo con �l y que le constaba. Y nosotros erre que erre en que el Padre no pod�a haberse pronunciado as�. De todas maneras, a poco que se empe�en, y si el Vaticano se inclina un poquit�n m�s a la derecha como se est� inclinando, pronto le tendremos como santo en los altares.

-�Eso s� que no! -se sulfur� Antonio-. Los cat�licos como yo no podemos aceptar semejante injusticia y procuraremos que la Iglesia no avale la vida y chanchullos de ese fan�tico.

-La Iglesia, Antonio, avalar� a Escriv�, como ha avalado a otros cien Escriv� desde que se convirti�, casi en seguida de desparramarse por Occidente, en una organizaci�n de poder y control del comportamiento. Y esa Iglesia no ha variado estructuralmente, por muy otra cosa que deseen los curas 'progres' y los nuevos te�logos. Lo que quieres decirme es que hay un abismo moral entre lo que Escriv� predicaba y lo que hac�a, o entre el Evangelio y la interpretaci�n que de �l se hace en la Obra. Pues eso no es nada nuevo en la historia del tema, hijo. Habla con sudamericanos y que te cuenten lo que hac�an los conquistadores espa�oles en nombre de la fe.

Preg�ntales a los africanos reci�n descolonizados sobre la civilizaci�n cristiana, y ver�s qu� cosas te dicen. O simplemente recuerda nuestra gloriosa cruzada.

"Lo que me parece m�s penoso de todo es lo r�pidamente que el Opus perdi� magia, misterio y "aquel" a fuerza de querer ser eficaz y relevante. En mis veranos californianos, me he topado con un sinf�n de nuevos gur�s y nuevos iluminados que tratan de devolver un poco de magia al desencanto de la sociedad industrial, y son mucho m�s interesantes y atractivos que los l�deres eclesi�sticos convencionales. Un yogui Zen me ense�� a concentrarme y dejar la mente en blanco a base de posturas, respiraci�n y silencio, y me demostr� que la supresi�n del yo, el �xtasis, lo que los cat�licos llaman el fen�meno m�stico, es bastante comercializable. F�jate, si no, en el �xito de la meditaci�n trascendental. Yo, desde luego, en tres meses, logr� reproducir por aquel procedimiento los sentimientos y reacciones mentales que experimentaba hace a�os leyendo a san Juan de la Cruz o haciendo oraci�n. Esa paz, ese sosiego, ese sentirse bien en la vida y solidario de un desconocido y superior Absoluto trascendental. Pero

los efectos se pasan cuanto te metes en cualquier traj�n, aunque duran tanto o m�s que aquel confort que sent�amos un rato despu�s de confesar y comulgar hace diez a�os. y es que, cuanto m�s mecanizado y ordenado est� nuestro comportamiento ordinario, parece producirse una mayor necesidad de evasi�n simb�lica, de sue�os, de �xtasis en una palabra. Y adem�s, la vida, Antonio, requiere drogas o cualquier otro tipo de excitante apenas uno se da cuenta de lo limitada que resulta sin aderezos de ninguna clase. Es el "unte", la "pringue", que los andaluces ponen en el pan para disimular los sabores elementales. Lo que iba buscando Col�n, las especias que aderezaran los sobrios alimentos de aquella Europa pobretona y ansiosa de sue�os y sabores distintos a la elementalidad cotidiana.
"A Escriv�, en vez de darle por la veta m�stica o por la so�adora, le dio por la organizativa, el control del comportamiento, la legitimaci�n de la vida ordinaria. Y precisamente, no por esas v�as nuevas de la remodelaci�n de la convivencia o los nuevos modos de comunicaci�n, sino por la triste y s�rdida aceptaci�n de las estructuras del poder feudal y capitalista donde se encontraba tan a sus anchas. Y como �nica esperanza, el cielo despu�s de la muerte. En fin, con su pan se lo coman.
-Yo me siento m�s d�bil que t�, Mariano, y necesito l�deres morales, profetas de una utop�a trascendente, e incluso organismos de solidaridad �tica. Por eso me revienta haber sido enga�ado por un Opus farisaico, y tengo inter�s en airear p�blicamente sus trapisondas.
-No veo que presente muchas ventajas esa operaci�n, Antonio. Cada organizaci�n confesional termina sirviendo a una particular clientela, que necesita que le digan unas cosas y no otras. En el caso del Opus, como de tantas otras sectas fundamentalistas, la clientela necesita la seguridad psicol�gica de los blancos y negros, sin capacidad de entender los grises. Le sobrecoge la incertidumbre de la vida y no quiere sentir dudas b�sicas sobre la condici�n humana. Esa es su droga, y all� se la venden. Por eso, en mi opini�n, el Opus tender� cada vez m�s a convertirse en una de esas congregaciones religiosas de ense�anza que nacieron el siglo pasado como reacci�n a la Revoluci�n francesa, y se concentrar� en la educaci�n de los ni�os y la atenci�n a los padres que les llevan a esos ni�os. Poco a poco, ir� renunciando a albergar personalidades independientes, y hasta es probable que el Vaticano, como condici�n para aprobarlos, les obligue a retirar a los numerarios de la pol�tica o los negocios, cosa que sin duda har�n por instinto de supervivencia... y se acab� la epopeya de Escriv� y la saga de la presencia cristiana en la sociedad moderna, operaci�n que ahora pertenece a otros grupos m�s abiertos y menos seguros de s� mismos.
-�Y todos esos hombres que siguen en el Opus, tratando de llevar una doble vida?
-�Hombre! En el plano biogr�fico se entiende casi todo. Calvo Serer, o Font�n, o cualquiera de los que pretenden hacer compatible su protagonismo en la Espa�a democr�tica y plural con su pertenencia a una organizaci�n autoritaria y dogm�tica, tienen particulares razones para no marcharse. La edad, la comodidad, el pacto de una conciencia fragmentada, en fin..., el ser humano. Pero ellos, que, como nosotros, desaparecer�n del mapa en el pr�ximo relevo generacional, ser�n espec�menes at�picos, sujetos no homologables con el numerario futuro, y el Opus, como tantas organizaciones, reescribir� su propia historia y relegar� al olvido los cap�tulos menos claros de su evoluci�n.
-Desde luego, tienes salida para todo. �Yo que cre�a que podr�a contar contigo para una campa�a anti-Opus, de esclarecimiento! Y ahora vas y lo justificas todo.
-Bueno, la cosa depende de tus prioridades vitales. Yo, desde luego, no voy a gastar el resto de mi energ�a en perseguir fantasmas. Estoy marcado por esa etapa, y supongo que me ser� imposible dejar de leer lo que se publique sobre el Opus en los peri�dicos o de prestarme al cotilleo correspondiente. �Pero de ah� a una cruzada de desenmascaramiento hay mucho trecho! Quiero meterme en otro tipo de follones y aventuras antes de retirarme a la vida sedentaria... Aparte que los periodistas y los historiadores, cuando nos cuenten el franquismo sin censura, supongo que tratar�n de contamos tambi�n todo lo que puedan del asunto. Sin embargo, no les arriendo la ganancia, porque, con aquellas m�quinas para la destrucci�n de papeles que se compraron en el Opus durante los a�os sesenta, a estas horas la verdadera historia no podr� documentarse m�s que a trav�s de

relatos orales. Y la gente del Opus no va a prestarse al juego. No son tan masoquistas.
La noche gandiense estaba a punto de terminar. Por las cristaleras del hotel entraban las primeras luces del alba. Mariano y Antonio se desperezaron y salieron al paseo mar�timo. A poca distancia de la playa, cien metros como m�ximo, las barcas de pesca gui�aban sus faros mientras se mec�an en el mar. En la arena, docenas de hombres uniformados limpiaban, recog�an papeles, alisaban, preparando el nuevo d�a, para que los veraneantes, aquellos disciplinados adoradores del sol, repitieran una vez m�s sus ritos, su catarsis colectiva. Por la izquierda, apoyados el uno en el otro, andando pesadamente, vacilantes, arribaban al hotel dos rubios turistas del norte, llenos de alcohol, para dormir su mona. Casi atropellaron a Antonio en la puerta.
-Nos veremos en la playa antes de comer, �no? Mariano no dijo nada, pero, al entrar de nuevo, se acerc� al mostrador, donde velaba el conserje del turno de noche.
-�Quiere usted avisar para que me preparen la cuenta? Voy a marcharme dentro de un par de horas. Habitaci�n 215. Muchas gracias.